nes de Guergué, y en presencia de un enemigo victorioso que podia destrozarlos, los carlistas volvieron á adquirir en muy poco tiempo una actitud imponente, y no sólo impidieron que Espartero avanzase, sino que áun tomaron la ofensiva contra él.

En los meses de Abril y Mayo de 1838 se hicieron grandes esfuerzos con D. Cárlos por algunos generales no empleados y por el baron de los Valles, para que llamase á Maroto y le pusiese á la cabeza del ejército; pero todos fueron inútiles. Un dia que estaba D. Cárlos en Lezaun, cerca de Estella, Villavicencio, el baron de los Valles, y el P. Gil, que habia venido expresamente de Loyola para dar este paso, se presentaron á D. Cárlos para demostrarle la necesidad de poner al frente del ejército un hombre de carácter firme, y le dijeron que no habia ninguno que conviniese mejor que Maroto. No habiendo respondido D. Cárlos con una negativa absoluta, el baron de los Valles escribió á Maroto en nombre del mismo D. Cárlos, mandándole que inmediatamente volviese á las Provincias y prometiéndole el mando del ejército y la facultad de elegir un nuevo ministerio. Esta carta se envió á Maroto por conducto de M. Alzine, de Perpiñan, uno de los agentes carlistas.

El 31 de Mayo pasó Maroto la frontera y se dirigió inmediatamente al cuartel real, que entónces se hallaba en Tolosa; y la admiracion de los ministros y demas empleados civiles y militares fué indecible, pues nadie creia que D. Cárlos tuviese intencion de darle el mando del ejército.

El 15 de Junio salió D. Cárlos de Tolosa para Elorrio, sin haber dicho á Maroto cosa alguna que pudiera hacerle creer que pensaba en darle el mando del ejército, y lo que es más,

sin darle noticia de su marcha, ni órden para que le siguiese. Esta conducta irritó á Maroto hasta tal punto que resolvió volverse á Francia, y en una conversacion que tuvo el mismo 15 de junio por la noche con un extranjero, en Tolosa, se expresó así:

«La conducta del Rey conmigo es indigna. Enviarme á buscar á Burdeos para ponerme á la cabeza del ejército, y al cabo de tres semanas que estoy aquí no haberme consultado una sola vez, ni haberme dicho nada que pueda hacerme creer que quiere emplearme, eso es infame. Así, yo estoy decidido, y mañana me vuelvo á Francia. ¡Ojalá no hubiera venido! Ya es esta la segunda vez que el Rey me insulta, siendo así que si me hubiese dado el mando del ejército, estoy completamente seguro de que le hubiera colocado en el trono de sus mayores. Conozco mejor que nadie el estado del ejército, y sé que nunca ha habido una causa que tenga más probabilidades de triunfo: todos los puntos vulnerables de las Provincias están fortificados, tenemos mucha artillería, el pueblo está firmemente adicto á D. Cárlos, y el ejército cristino completamente desmoralizado. Con tales elementos, yo estaba seguro de triunfar; pero no me quieren, me insultan, y como yo no soy hombre que me dejo tratar así, me vuelvo á Francia.»

De esta conversacion resultan dos hechos importantes; uno que Maroto se consideraba insultado por D. Cárlos, y el otro, el juicio que el mismo Maroto formaba acerca del próspero estado de la causa carlista, y de las probabilidades de próximo triunfo. Maroto jamás ha perdonado ni olvidado una injuria; todo le ha parecido lícito para satisfacer su sed de venganza, y ademas de haber entregado al enemigo las pro-

vincias que habia jurado defender, quiso urdir una trama diabólica para entregar en manos de los cristinos al soberano por quien debia combatir.

Hallábase Maroto en Elorrio, cuando el desgraciado suceso de Peñacerrada, que ocurrió el 22 de Junio, obligó á D. Cárlos á quitar el mando del ejército al general Guergué; los amigos de Maroto sitiaron á D. Cárlos y á fuerza de promesas le arrancaron el nombramiento de aquel general para el importante puesto de jefe del ejército.

Maroto tomó el mando el 25 de Junio, y el 29 pasó á las inmediaciones de Estella para vigilar los movimientos de Espartero, y fué recibido del modo más lisonjero por el ejército entre las voces de *viva el Rey! viva el general Maroto!*

Al ponerse á la cabeza de las tropas, publicó Maroto la siguiente proclama, en la cual se ve, leyéndola con atencion, que su autor, fingiendo que invita á los soldados á mostrarse dignos del inmortal Zumalacárregui, introduce diestramente algunas insinuaciones acerca de tentativas de seduccion de parte de los cristinos, y acerca de la paz, de la conservacion de los fueros, etc. Todo esto, unido á los actos subsecuentes, demuestra hasta la evidencia que Maroto vino á las Provincias con la intencion decidida de vender á D. Cárlos para satisfacer su venganza personal.

PROCLAMA.

«Voluntarios: el Rey, mi señor, se ha dignado confiarme el mando de su valiente ejército, y yo le he aceptado con confianza, animado por el recuerdo del valor que siempre habeis mostrado al frente del enemigo. Con vosotros recogió el in-

mortal Zumalacárregui los laureles inmarcesibles que adornan su frente, y á vosotros debió sus más brillantes victorias. Al recordaros las virtudes de aquel héroe, estoy firmemente convencido de que hareis ver al mundo entero que no habeis olvidado ni los gloriosos ejemplos que os dejó, ni los prudentes consejos que de él recibísteis, y que todos seguireis religiosamente el sendero del honor y del deber que os trazó desde su lecho de muerte.

»Yo quiero imitar á aquel valiente guerrero, y siempre en medio de vosotros, como él estaba, me vereis el primero en el puesto del honor y del peligro. Mas para vencer, son indispensables la mas estricta obediencia y la más severa disciplina; así, espero de vosotros la puntual ejecucion de las órdenes de vuestros jefes. Cada cual será responsable de la más ligera falta contra la disciplina, pues seré inexorable en el castigo de todo lo que propenda á alterarla.

»El Rey y nuestra santa Religion son los sagrados objetos cuya defensa se nos ha confiado. ¿No deberemos sacrificarlo todo por tan noble fin? Si los enemigos tratan de sembrar entre vosotros la desunion y la discordia, probadles con la lealtad de vuestra conducta que sus intrigas no encontrarán acogida en vuestras filas, porque las pasiones viles y bajas no encuentran eco en los apasionados corazones de los valientes realistas que se han armado para defender la más justa de todas las causas.

»Observad la conducta de vuestros enemigos; el asesinato de vuestras mujeres é hijos, el incendio y saqueo de vuestras casas y lugares, tan pronto como consiguen cualquiera ventaja. La experiencia de lo pasado os enseña lo que podeis esperar de ellos, y la fe que podreis dar á las promesas de sus

agentes; tratadles, pues, con el desprecio que merecen. La paz que os ofrecen, la conservacion de vuestros fueros, son otros tantos cebos engañosos que os presentan para seduciros ó para adormeceros en una peligrosa inaccion. Creed en sus promesas, y en breve la devastacion de vuestras provincias y el asesinato de todos cuantos amais, vendrán á sacaros, aunque demasiado tarde, de vuestra peligrosa seguridad, pues han jurado la muerte de todos vosotros sobre la ruina de vuestros pueblos, reducidos á cenizas.

»Odio eterno á tales monstruos! ¡Pelead con vuestro valor acostumbrado, y quedad vencedores ó morir como héroes en el campo del honor!=Cuartel general de Estella 28 de Junio de 1838.=Rafael Maroto.»

Nunca hubo general alguno más feliz que Maroto. Poco despues de haber tomado el mando, ingresaron en el tesoro cantidades considerables. Cabrera obtuvo grandes victorias en Aragon, tales como la desastrosa retirada de Oráa y la destruccion de la division de Pardiñas; en fin, todo se reunia para favorecerle. Maroto, por su parte, no perdia ninguna ocasion de hacerse popular en el ejército, y estaba tan convencido del buen efecto que las importantes ventajas obtenidas en Aragon debian producir en sus soldados, que publicó la siguiente órden del dia:

«Ejército real vasco-navarro.=Cuartel general de Morentin 29 de Agosto de 1838.=Órden del dia.=Las noticias que ha recibido el gobierno del Rey, relativas á los sucesos de Morella, confirman la retirada forzada del enemigo. Dos asaltos infructuosos dados en los dias 16 y 17, le han

hecho perder en la brecha de 600 á 700 hombres. Oráa, careciendo de víveres, y hostigado continuamente por el general Cabrera, ha tenido que levantar el sitio despues de haber perdido 4.000 hombres entre muertos, heridos y enfermos, y ha ido á ocultar la vergüenza de su derrota, léjos de una plaza que habia jurado reducir á cenizas. Así se han desvanecido los impotentes esfuerzos de la revolucion.

»Este ha sido un dia más de gloria para las armas del Rey, que merece toda nuestra admiracion.

»Espartero teme levantar el velo que le cubre, y entre tanto nos amenaza todavía con la ocupacion de Estella; pero la enormidad de sus preparativos nos descubre sus temores, su indecision y el juicio que forma de lo imponente de nuestras fuerzas; y la desercion, que cada dia es mayor en sus filas, nos hace ver el desaliento de sus soldados.

»El Dios de los ejércitos protegerá la causa del mejor de los reyes. Una obligacion sagrada nos impone el deber de vencer ó morir, y el ejército vasco-navarro no cederá en nada al de Aragon.

»Así lo espera vuestro jefe de estado mayor general.= Rafael Maroto.»

Despues de los inmensos preparativos hechos por Espartero para apoderarse de Estella, su retirada sin haber disparado un fusil aumentó mucho la popularidad de Maroto, y al mismo tiempo probó hasta la evidencia á qué punto habia llegado el entusiasmo del pueblo y del ejército en favor de D. Cárlos. ¿Qué razones puede alegar Maroto para hacer creer que en el corto espacio de un año hallase, como él mismo dice, en la indiferencia del pueblo y del ejército hácia aquel prín-

cipe una justificacion de su conducta? Voy á seguir los actos de este general hasta el momento en que se pasó á los cristinos, y se le verá constantemente emplear el mismo lenguaje que usó en su famosa proclama de 28 de Junio citada.

El 7 de Julio dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

«Voluntarios: ensoberbecido el enemigo con las ventajas que ha conseguido últimamente, se prepara á atacarnos; marcha hácia Estella, despues de haber organizado una diversion sobre nuestras líneas, espera encontrarnos abatidos y se promete vencernos fácilmente; probémosle que se engaña. Acordaos de que en todos los combates, aunque inferiores en número, siempre habeis sido vencedores; recordad las gloriosas jornadas de Asarta, Alzazua, Artasa y Gulina; las batallas de Descarga, de Arguijas, de las Rocas de San Fausto, de las llanuras de Vitoria, de la que se dió en las alturas de esta ciudad, y otras muchas no ménos brillantes.

»El enemigo no ha olvidado la manera con que le recibisteis en Arrigorriaga. Espartero, á pesar de sus veinte batallones y de la legion inglesa, hubiera visto destruido su ejército, á no haber sido por una circunstancia imprevista que se opuso á nuestro completo triunfo, y sin embargo, tuvo necesidad de buscar amparo detras de los muros de Bilbao.

»Obedeced mis órdenes, tened confianza en vosotros mismos, y el triunfo es seguro; presentaos, pues, con valor al enemigo. Por experiencia sabeis la suerte que os espera, á vosotros, y vuestras mujeres, madres é hijos; todos sereis sacrificados, quemarán vuestras casas y destruirán vuestras cosechas; ya sabeis que el enemigo está sediento de vuestra sangre, y no se satisfará sino con la muerte de todos vosotros.

El que muere huyendo á la vista del enemigo es un cobarde; los que teman, salgan de nuestras filas, pues no queremos con nosotros sino valientes. Confiad en vuestro general, y sed vencedores ó morid en el campo del honor. = Rafael Maroto. »

El 7 de Setiembre publicó la siguiente órden del dia:

«Espartero, despues de habernos amenazado várias veces, se ha decidido por fin á avanzar. Voluntarios: el Rey nuestro señor ha puesto en vosotros todas sus esperanzas, y no quedará engañada su confianza; sobrepujad, si es posible, al heroico ejército de Aragon, que conducido por el valiente Cabrera acaba de derrotar al ejército de Oráa, que se atrevió á emprender el sitio de Morella.

»Voluntarios: que la usurpacion reciba el golpe mortal bajo los muros de Estella; presentaos al combate con la resolucion de vencer ó morir. Vuestro general quiere conduciros á la victoria, ó, como vosotros, morir combatiendo. Á las armas, pues, valientes voluntarios.—Rafael Maroto.»

«Voluntarios y pueblos vascongados: nadie se ha manifestado más entusiasta que yo para sostener los derechos al trono de España del Sr. D. Cárlos María Isidro de Borbon en la época en que me declaré en su favor; pero nadie está más convencido que yo, por la experiencia de una multitud de sucesos, que jamás podria este príncipe hacer la felicidad de mi patria, único objeto de los deseos de mi corazon. Por esto, unido en sentimientos con los jefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa, Castilla y algunos otros, he convenido, para poner término á una guerra desoladora, que se haga la paz, la paz

tan deseada por todos, segun se me ha manifestado pública y secretamente.

»La falta de recursos para sostener la guerra despues de tantos años, y las demostraciones públicas de odio á la conducta de los ministros, me han decidido á dar este último paso.

»Declaré al Rey mis pensamientos y proposiciones con la noble franqueza que me caracteriza; y cuando debia prometerme una acogida digna de un príncipe, se tomó una resolucion en que se me designó como víctima.

»En tan crítica posicion, se inflamó mi espíritu, y se multiplicaron los trabajos para llegar al término de nuestras desgracias. Al fin he convenido con el general Espartero, estando autorizado en debida forma por todos los jefes que ántes he nombrado, en que se acabe para siempre la guerra en estas Provincias, que nos consideremos recíprocamente como hermanos y como españoles, y que se publiquen las bases de nuestro tratado. Si las demas provincias quieren seguir nuestro ejemplo y evitar la ruina de sus padres, amigos y parientes, serán admitidas á participar del tratado; mas para esto es necesario que se decidan inmediatamente y abandonen á los que les aconsejan la continuacion de una guerra que no conviene ni puede sostenerse.

»Los hombres no son de bronce, ni pueden, como los camaleones, alimentarse de aire. La miseria ha llegado al extremo en el ejército despues de tantos meses en que no se ha recibido socorro alguno; los jefes y oficiales están peor tratados aún que el soldado, pues éste á lo ménos está vestido, miéntras aquéllos reciben únicamente una miserable racion y se les ve marchar con los piés desnudos, sin camisa, y su-

friendo, bajo todos aspectos, las fatigas y privaciones de una guerra tan penosa. Si han venido algunos fondos del extranjero, los habeis visto disiparse entre los que los recibian y manejaban.

»El país se encuentra agobiado con excesivas cargas; nadie tiene para atender á sus propias necesidades, y los militares que contaban ántes con los socorros de sus familias, participan hoy de la miseria de sus padres, que deploran la generosidad de un sacrificio que sólo les produce la desolacion y la muerte.

»Provincianos: sea eterno en nuestros corazones el voto de paz y de union entre los españoles, y desterremos para siempre los rencores y los resentimientos personales. Esto os aconseja vuestro compatriota y general.=Rafael Maroto.»

Á esta proclama siguió la ejecucion indigna y miserable de sus proyectos.

Espartero habia empleado los meses de Mayo, Junio y Julio de 1838 en reunir en Logroño, Viana y Puente-la-Reina cerca de 30.000 hombres. Un inmenso parque de artillería se habia trasladado á la Ribera, y se habian traido víveres de todos los puntos de España.

Los carlistas temblaban por la suerte de Estella, y sin embargo, cuando toda la atencion estaba fija en este punto, cuando todos los dias señalaba el del ataque la prensa de Madrid, Espartero se retiró y salió de Navarra sin haber disparado un fusilazo. Á vista de este hecho ¿no deberá creerse que la retirada de Espartero delante de 12.000 carlistas no tuvo otro objeto que el proporcionar á Maroto una popularidad que, dándole un grande influjo en el ejército, le ofreciese medios de

poner en práctica su plan? Obsérvense las maniobras de Espartero desde Julio de 1338 hasta Abril de 1839, y se verá que siempre á la defensiva permite á Maroto que se pasee de un extremo á otro de las Provincias, y no se mueve de Logroño ni áun en los momentos en que fueron fusilados algunos generales carlistas en Febrero de 1839, y fueron desterrados á Francia los ministros y personas más influyentes de aquel partido, y en que D. Cárlos dió un dia un decreto por el que declaró traidor á Maroto, y al dia siguiente expidió otro en que le declaraba su más fiel vasallo. Cuando el ejército carlista, sumido en un profundo estupor, no sabía á quién obedecer y todo en las Provincias era confusion y desórden, Espartero, que hubiera podido muy fácilmente penetrar en ellas, y que por lo ménos debió intentarlo, con grande asombro de todos los partidos permaneció en su pasiva inmovilidad. Mas es porque sabía que obrando Maroto con arreglo á las instrucciones de los clubs jovellanistas de Madrid, preparaba la destruccion total de los carlistas, y que hubiera sido imprudente obrar ántes que estuviese todo preparado para asegurar el buen éxito del plan que se formaba en silencio.

Maroto pensó al principio unirse al partido que entónces ejercia el poder, y trató de atraerse el favor del partido navarro, que en realidad no era otro que el de los realistas puros; mas pronto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, pues los ministros, que conocian sus antecedentes, no correspondieron á sus ofrecimientos, y el mismo D. Cárlos no podia olvidar que en cierto modo se le habian impuesto. Mas tal era su deseo de captarse la amistad de aquellos mismos á quienes despues sacrificó, que habiendo puesto en sus manos los documentos de los procesos de Elío y Zariátegui, opinó

que debian ser fusilados, y áun ofreció á D. Cárlos, que entónces se hallaba en Elorrio, que él mismo haría ejecutar la sentencia al frente del ejército.

Desechado por el partido realista, dirigió Maroto sus miras hácia otra parte, y se declaró protector de los generales que estaban en desgracia, colocándose á la cabeza de los descontentos. Su primer acto fué unir á su persona los batallones 1.° y 7.° de Navarra, que eran muy afectos á Zariátegui, á quien consideraban como una víctima de las intrigas de la corte; y estos batallones bien mantenidos, bien pagados, y siguiendo casi constantemente al general, no tardaron en entregarse á él exclusivamente, y se dispusieron á sostenerle contra todo el mundo.

En seguida trató Maroto, auxiliado por su íntimo amigo el ministro de la Guerra Valdespina, de hacer cambios en el personal de los batallones. Con este objeto, cerca de 350 oficiales que se hallaban en servicio activo fueron enviados á los depósitos, y reemplazados por igual número de oficiales que por diferentes motivos se hallaban sin empleo, y que por consiguiente eran enemigos del gobierno y estaban dispuestos á vengarse si se presentaba la ocasion.

Apoyado de esta manera, se acercó Maroto á un partido que habia crecido en la oscuridad y se habia aumentado considerablemente hacía algun tiempo, y este partido se componia de los que pretendian terminar la guerra por medio de una transaccion, cuyas bases fuesen la abdicacion de D. Cárlos en favor de su hijo mayor, que se proclamaria Rey de España y se casaria con la jóven Isabel, haciéndose algunas concesiones de principios, y sin que ninguno de los dos partidos se considerase como vencido.

Maroto les persuadió que para llegar á la ejecucion de este proyecto era preciso que los comandantes de las diferentes divisiones fuesen hombres seguros, y dispuestos á sostenerle en todo lo que pudiera emprender para asegurar el buen éxito del plan. Empezó tratando de seducir al brigadier Balmaseda, cuyo influjo temia, y cuya actividad era preciso neutralizar, pues era muy querido en el ejército. Maroto salió mal de su tentativa, pues Balmaseda se mantuvo firme, pero fué privado del mando. Este acto de autoridad tenía un doble objeto, esto es, satisfacer el odio que le habia tomado por el chasco que acababa de llevarse, y probar hasta dónde podia extender el ejercicio de su autoridad, pues no ignoraba el afecto que D. Cárlos profesaba á Balmaseda. D. Cárlos, por razones que no es de este sitio examinar, en lugar de castigar estos actos arbitrarios, segun le aconsejaban sus ministros, cedió, y su silencio persuadió á las tropas de que Balmaseda era criminal y que la conducta de Maroto merecia la aprobacion de D. Cárlos. Este triunfo, seguido de algunos otros de la misma clase, animó á Maroto, que se afirmó en su designio de deshacerse de los jefes navarros, igualmente que de todas las personas que ejercian algun influjo en el pueblo, y gozaban de la confianza del príncipe.

Desgraciadamente para la causa de los verderos carlistas, al llegar la princesa de la Beira á las Provincias el 16 de Octubre de 1838, venía muy prevenida contra los ministros y contra el partido navarro. Habíanle dicho que éstos querian eternizar la guerra para mantenerse en el poder, y que con este fin impedian á D. Cárlos que tomase ciertas medidas, que hubieran podido conciliarle las potencias de Europa, tranquilizándolas acerca de su conducta futura; y, en fin, que con

sus intrigas habian hecho quitar el mando del ejército á su hijo D. Sebastian y se oponian á que se le confiase de nuevo. La irritacion de la princesa era grande, y de ella se aprovechó Maroto, que hizo circular la voz de que estaba sostenido por ella y obraba con arreglo á sus órdenes.

La justicia me obliga á decir del modo más positivo, que ningun acto de la princesa, ninguna palabra salida de sus labios autoriza para creer que jamás haya aprobado ni conocido los planes de Maroto; al contrario, tan pronto como se convenció de las intenciones de este general, trabajó cuanto pudo para quitarle el mando. ¿Por qué no pudo nunca conseguirlo? Eso permanece cubierto todavía con un velo misterioso.

Por esta época fué cuando, habiéndose convencido los generales Sanz y D. Francisco García de que Maroto estaba en correspondencia secreta con Espartero, y que esta correspondencia se sostenia por el intermedio de oficiales que, bajo el pretexto de desercion ó canje, pasaban y repasaban de un campo á otro, y que algunos de estos oficiales, entre otros el coronel Paniagua, habian venido hasta el cuartel general de Maroto, sin motivo alguno ostensible, creyeron que debian dar parte de sus sospechas á D. Cárlos; mas viendo que sus quejas no eran escuchadas, pidieron que se les separase del ejército, por temor de que Maroto, al saber que le habian conocido, quisiera sacrificarlos á su propia seguridad. Don Cárlos no prestó atencion alguna á sus justas reclamaciones, y sólo les respondió que tuviesen confianza en él, pues nadie tenía el derecho de quitarles el mando contra su voluntad y mucho ménos el de atentar á su vida. Maroto, por su parte, atormentaba sin cesar á D. Cárlos, pidiéndole que mudase el

ministerio y todos los jefes de las diversas divisiones del ejército. D. Cárlos, siempre irresoluto, no satisfacia á ninguno de los dos partidos.

El 5 de Diciembre de 1838, alarmados los ministros por el atrevimiento con que se conducia Maroto, rogaron á Don Cárlos que aceptase su dimision ó pusiese en otras manos el mando del ejército; mas D. Cárlos no se decidió á nada, y tuvo en esta irresolucion á sus ministros hasta el mes de Febrero. Cinco veces le presentaron su dimision, y siempre los ruegos y promesas del príncipe les decidieron á permanecer en sus puestos. Un dia, hablando el obispo de Leon á D. Cárlos, le dijo: «Señor, caminamos á pasos precipitados hácia una revolucion; hoy es todavía tiempo de que V. M. pueda detener el torrente; pero mañana acaso será arrebatado por él. Permítame V. M. que le suplique me conceda la libertad de retirarme, si prevalecen los perniciosos consejos de Maroto; no me obligue V. M. á permanecer en mi puesto para ser testigo de la ruina de la causa más sagrada y de la deshonra de V. M.» La respuesta de D. Cárlos fué tal, que el prelado creyó que debia continuar en el ministerio.

Á principios del mes de Febrero renovó el obispo sus instancias y acabó por pedir permiso á D. Cárlos para retirarse á Francia. «V. M., le dijo el venerable prelado, parece que está decidido á consumar su ruina; evitad, señor, á vuestros fieles y afectos servidores el triste espectáculo de la degradacion de la dignidad régia, de la pérdida de sus más gratas esperanzas, y de la de V. M.» D. Cárlos rogó de nuevo al obispo que permaneciese á su lado y le ilustrase con sus consejos. «Y qué he de hacer?» le preguntó el príncipe. — «Señor, contestó el obispo; ó mude V. M. sus ministros, ó su ge-

neral en jefe. Nosotros no queremos obligar á V. M. á que siga una política que creemos la única capaz de asegurar su triunfo y la tranquilad del reino; pero ha llegado el momento de que V. M. se coloque á la cabeza de una sangrienta revolucion, ó fortifique el poder entre las manos de sus consejeros, poniendo al frente del ejército un general que esté de acuerdo con los principios de aquéllos.» D. Cárlos manifestó al obispo lo satisfecho que estaba de la política seguida por sus ministros, que no era otra que la continuacion de aquella cuyas bases habia establecido él mismo en Portugal, y terminó prometiéndole que retiraria el mando de manos de Maroto.

Advertido éste á tiempo de lo que pasaba, se presentó el 11 de Febrero en el cuartel real, que entónces se hallaba en Vergara, acompañado de algunos batallones en que tenía entera confianza, y es de suponer que su intencion fuese fusilar á los ministros y á todos los que él miraba como obstáculos á sus planes, y apoderarse de la persona de D. Cárlos.

Los consejos de sus amigos produjeron algunas modificaciones en este plan, pues le hicieron observar que cuando los generales navarros supiesen la muerte de los ministros marcharian contra él y librarian á D. Cárlos, y que por consiguiente ántes de emprender nada era preciso desembarazarse de aquellos rivales peligrosos. Maroto aprobó este consejo; se puso rápidamente en marcha para Estella, y el dia 18 habian dejado de existir los generales Guergué, García, Sanz y Carmona, el intendente Uríz y el secretario Ibañez.

Despues de esta horrorosa ejecucion, publicó Maroto la proclama siguiente:

«Voluntarios: pueblos del reino de Navarra y de las Pro-

vincias vascongadas.=Cinco años enteros de heróicos sacrificios en que vuestra sangre se ha vertido á torrentes, vuestras haciendas se han disipado, y habeis sufrido otros mil males que quedarán consignados en la historia de vuestra admirable resistencia, no han bastado todavía para saciar la codicia de esos hombres inmorales que, al abrigo de la proteccion del monarca, gozaban de todas las comodidades de la vida, y miraban con indiferencia vuestras privaciones, vuestras fatigas, y áun vuestra muerte, con tal de que ellos pudieran reposar en la molicie y vivir á costa vuestra.

»Todos sabeis cuál era el deplorable estado del ejército cuando yo tomé el mando y la direccion de él, y sabeis tambien las fatigas que he arrostrado para merecer vuestra confianza.

»Si mis ruegos al monarca han influido en parte para que se os concediese lo que justamente se os debia, no he podido, sin embargo, obtenerlo todo. Algunas especulaciones particulares que tenian por objeto intereses privados, se han opuesto á mis deseos y han alejado las esperanzas que yo habia concebido, fundadas en reiteradas promesas en que se me habia asegurado que no se olvidaria jamás la justa consideracion que tan bien mereceis. La audacia de esos hombres malévolos ha llegado á tal punto, que han hecho circular noticias en que os injurian, diciendo que con estar bien vestidos y bien pagados nada haceis sino ser gravosos á las poblaciones.

»Han querido obligarme á que os lleve contra las fortificaciones enemigas, ó á que os sacrifique en nuevas expediciones; y cuando han visto la tenaz resistencia que he puesto á tal desprecio de vuestras preciosas vidas, han recurrido á la

traicion y á medios infames para seduciros; han publicado un gran número de escritos subversivos, han declamado en las calles y plazas, y áun en los lugares santos, esparciendo sus ideas de anarquía, de sedicion y de sangre; en fin, han querido envolveros en nuevas calamidades en recompensa de vuestras pasadas desdichas. Los partes que justifican todo esto me han llegado á Tolosa, y me han obligado á cambiar mi plan y pasar apresuradamente á este suelo del honor, de la fidelidad y del valor, para castigar gravemente semejantes excesos.

»Todos vosotros conoceis los hechos, que son notorios; pero ignorais que por tres veces he pedido al monarca, por medio de personas respetables que se hallan cerca de mí, que me permita dejar un mando que yo no solicité, pero que, una vez aceptado, no puedo dejar envilecer. He visto vuestra constancia, y no ignoro vuestros padecimientos; y agradeciendo la reputacion fraternal que os he merecido, moriré en medio de vosotros, pero no sufriré más tiempo el triunfo de la astucia, la codicia y la mala fe.

»Los que provocaban una sedicion militar han sido arrestados, y he mandado ejecutar con ellos un castigo ejemplar, que espero pondrá freno á maquinaciones que harian interminables vuestros trabajos, y acaso inútiles, causándoos las mayores desgracias. Acaba de hacerse sentir el rigor de las penas que imponen las leyes militares, y seré inexorable en aplicarlas á todos aquellos que olviden sus sagrados deberes.

»Cuando se haya disipado el primer gérmen revolucionario que se ha esparcido entre vosotros, presentaré yo mismo una justificacion legal, que haré con el parecer del consejo de guerra, auditor general del ejército, á quien entregaré las pruebas de todo, que se hallan ya en mi poder.

»Voluntarios y nobles hijos de este reino y de las Provincias Vascongadas, *viva el Rey, viva la subordinacion.* Sea nuestra divisa la religion ó la muerte, y la restauracion de nuestras antiguas leyes. Por esos principios estamos decididos á morir todos. Lancemos de en medio de nosotros á los ambiciosos que no cooperen de una manera eficaz al triunfo de la causa que defendemos, y por la cual veis á vuestros padres y á vuestros pueblos cubiertos de luto y de miseria.

»Estella 18 de Febrero de 1839.=El G. de E. M. G., Rafael Maroto.»

El 20 dirigió una carta á D. Cárlos, haciendo al mismo tiempo publicar su copia, y estaba concebida en los términos siguientes:

«Señor:

»La indiferencia con que V. R. M. ha escuchado mis clamores por el bien de su justa causa desde que tuve la honra de ponerme á sus R. P. en el reino de Portugal para defenderla, y más particularmente desde mis agrias contestaciones con el general Moreno, oscureciendo y despreciando mi particular servicio prestado en la batalla sostenida contra el rebelde Espartero sobre las alturas de Arrigorriaga, la que pudo y debió haber presentado el término de la guerra, puesto que el enemigo contaba sólo por aquel entónces con el resto de muy pocas fuerzas despues de que Bilbao hubiera sucumbido encerrado en él todo su ejército con la division inglesa, amilanado y sin recursos para subsistir ocho dias, herido su caudillo, y con la positiva confianza que yo tenía de que un solo hombre no podia escaparse, y de consiguiente, la franca

marcha de V. M. para Madrid, evitando con su ocupacion los arroyos de sangre que han corrido posteriormente, me ha puesto en el duro caso, no de faltar á V. M. como habrán procurado hacerle creer mis enemigos personales, ó, por mejor decir, los de la causa de V. M., sí de adoptar algunas medidas que asegurarán el órden para en lo sucesivo, la sumision y disciplina militar y el respeto que las demas clases y personas deben tenerme por el preferente encargo á que he llegado con honor y constantemente, sirviendo con utilidad á mi patria y á mi Rey.

»Es el caso, señor, que he mandado pasar por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uríz, y estoy resuelto, por la comprobacion de un atentado sedicioso, para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura sin miramiento á fueros ni distinciones, penetrado de que con tal medida se asegurará el triunfo de la causa que me comprometí á defender, no siendo sólo de V. M. cuando se interesan millares de vivientes que serian víctimas si se perdiera; sirviéndome en el dia para el apoyo de mis resoluciones la voluntad general tanto del ejército como de los pueblos, cansados ya de sufrir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirigido el timon de esta nave venturosa cuando ya divisa el puerto de su salvacion.

»Sea alguna vez, mi Rey y Señor, que la voz de un vasallo fiel hiera el corazon de V. M. para ceder á la razon, y escucharla áun cuando no sea más que porque conviene; seguro, como debo estarlo, de que el resultado le patentizará el engaño y particulares miras de cuantos hasta el dia han podido aconsejarle.

»En manos de V. M. está, señor, la medida más noble,

más sencilla y más infalible para conciliarlo todo. No desconoce V. M. el gérmen de discordia que se abriga y sostiene por personajes en ese cuartel real; mándeles V. M. marchar inmediatamente para Francia, y la paz, la armonía y el contento reinará en todos sus vasallos; de lo contrario, señor, y cuando las pasiones llegan á tocar su término de acaloramiento, los acontecimientos se multiplican y se enlazan las desgracias, que siempre deben estimarse como tales la precision de proceder contra la vida de sus semejantes.

»Resuelto he estado para retirarme al lado de mis hijos; porque yo, señor, no vine á servir á V. M. por fortuna ni reputacion; pero al presente no puedo ya verificarlo, consagrada mi existencia al bienestar y felicidad de los pueblos y del ejército que pertenece á estas Provincias, y, por lo tanto, ruego á V. M. de nuevo se preste á conceder lo que todos desean, y que tal vez facilitará el término de una guerra que inunda el suelo español de sangre inocente, vertida al capricho y á la ferocidad de algunos ambiciosos.

»Tengo detallado á V. M. repetidas veces las personas que por sus hechos han buscado la odiosidad general, y muy cerca de sí tiene las que merecen opinion, no sólo entre nosotros; llámelas V. M. á su lado para la direccion y consejo en todos los asuntos que particularmente en el dia nos agitan, y V. M. se convencerá de haber dado el punto más prudente y acertado.

»Sabe V. M. que tiene sepultados en rigurosas prisiones, por años enteros, á jefes beneméritos que la emulacion ó la más negra intriga indudablemente pudo presentar á V. M. como criminales ó traidores, bajo cuyo principio se formó una causa que la malicia tiene oscurecida, con admiracion de la

Europa entera, y V. M. debe conocer que hay un empeño singular de sostener el concepto que arrojó desde luégo su real decreto, que hicieron firmar y publicar despues de su regreso á estas Provincias, y V. M. no habrá olvidado cuanto sobre este particular tengo dicho al secretario D. José Arias Tejeiro para venir en conocimiento de quién es el autor de tanto compromiso.

»Yo debo salvar mi opinion y justificar mi comportamiento á la faz del mundo entero que me observa; y, por lo tanto, me permitirá V. M. que dé al público, por medio de la imprenta, esta mi reverente manifestacion, así como sucesivamente todo cuanto haga referencia á tales particulares. Dios guarde la R. P. de V. M. dilatados años para bien de sus vasallos.

»Cuartel general de Estella, 20 de Febrero de 1839.=Señor.=Á L. R. P. de V. M.=Su vasallo y general, Rafael Maroto.

El 19 supo D. Cárlos la muerte de sus más fieles generales y de sus más firmes apoyos en Estella, y su sentimiento y el de su esposa fué tan grande, que se alarmó toda la servidumbre de palacio. Los ministros en cuerpo se presentaron al príncipe y le suplicaron que partiese al momento para ponerse á la cabeza del ejército, conjurándole que tomase una resolucion digna de él y de sus valientes defensores. D. Cárlos lo escuchó todo, pero no dió respuesta alguna, y se pasaron los dias 19 y 20 sin que tomase ninguna determinacion. El 21 pareció que despertaba de su letargo, y queriendo hacer entónces lo que hubiera debido hacer desde el 19, dictó á Arias Tejeiro la siguiente proclama:

« Voluntarios fieles vascongados y navarros.

»El general D. Rafael Maroto, abusando del modo más pérfido é indigno de la confianza y la bondad con que le habia distinguido á pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le habia encargado para batir á los enemigos del trono y del altar contra vosotros mismos. Fascinando ó engañando á los pueblos con groseras calumnias, alarmando, excitando hasta con impresos sediciosos y llenos de falsedades á la insubordinacion y á la anarquía, ha fusilado sin preceder formacion de causa á generales cubiertos de gloria en esta lucha y á servidores beneméritos por sus servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazon en amargura. Para lograrlo ha supuesto que obraba con mi real aprobacion; pues sólo así podria encontrar entre vosotros quien le obedeciese. Ni la ha obtenido ni la ha solicitado, ni jamás la concederé para arbitrariedades ni crímenes; conoceis mis principios; sabeis mis incesantes desvelos por vuestro bienestar y por acelerar el término de los males que os afligen.

»Maroto ha hollado el respeto debido á mi soberanía y los más sagrados deberes, para sacrificar alevemente á los que oponen un dique insuperable á la revolucion usurpadora, para exponeros á ser víctimas del enemigo y de sus tramas. Separado ya del mando del ejército, le declaro traidor, como á cualquiera que despues de esta declaracion, á que quiero se dé la mayor publicidad, le auxilie ú obedezca. Los jefes ó autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros, está autorizado para tratarle como tal si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley.

»He dictado las medidas que las circunstancias exigen para frustrar este nuevo esfuerzo de la revolucion, que abatida, impotente, próxima á sucumbir, sólo en él podia librar su esperanza. Para ejecutarlas, cuento con mi heroico ejército y con la lealtad de mis amados pueblos, bien seguro de que ni uno solo de vosotros al oir mi voz, al saber mi voluntad, se mostrará indigno de este suelo, de la justa y sagrada causa que defendemos, de las filas en que me glorío de marchar el primero para salvar el trono, con el auxilio de Dios, de todos sus enemigos, ó perecer si preciso fuere entre vosotros.=Real de Vergara 21 de Febrero de 1839.=Cárlos.»

Al momento que se publicó esta proclama, se reunió en palacio un consejo á que asistió el príncipe de Asturias. La mayoría de los individuos que le componian fué de parecer de que D. Cárlos debia ponerse á la cabeza del ejército, y proceder inmediatamente á la prision de Maroto; la minoría opinó que D. Cárlos se retirase á Segura, de allí á Alsasua y en seguida á Estella, ganando así tiempo y evitando toda reunion con Maroto, á fin de probar á las tropas que estaba firmemente decidido á llevar á efecto su proclama. Desgraciadamente prevaleció la opinion de la minoría. En dicho consejo manifestó el príncipe de Asturias una energía digna de su nacimiento. «Señor, dijo á D. Cárlos, permítame V. M. que vaya al ejército; leeré la proclama de V. M. á los valientes voluntarios, me presentaré solo á los fieles defensores de V. M., y haré prender al general Maroto. No me lo niegue V. M., pues estoy seguro del buen éxito.» D. Cárlos se negó á ello.

Algunas horas despues se reunió segundo consejo, al que asistió el brigadier Balmaseda, á quien D. Cárlos habia

enviado á buscar al castillo de Guevara, donde se hallaba detenido. Balmaseda prometió apoderarse de Maroto vivo ó muerto, mas encontró la misma negativa de parte de D. Cárlos. Al fin, en otro consejo, se acordó llamar á Villareal y darle el mando de cuatro batallones que se hallaban en Alsasua, tomando el de todo el ejército el príncipe de Asturias. Pero cuando el duque de Granada de Ega, que habia sido nombrado ministro de la Guerra en lugar del marqués de Valdespina, presentó el decreto á D. Cárlos, éste se negó á firmarle, diciendo que habia reflexionado que el príncipe era demasiado jóven para ocupar un puesto tan importante. Villareal dijo que no consentiria en aceptar empleo alguno, á ménos que Urbistondo, Latorre y Guibelalde volviesen á ser ocupados activamente. Concedióselo esto, y las tropas destinadas á proteger á Tolosa se confiaron á Urbistondo, que vino á recibir instrucciones, en las cuales se le previno que impidiese á cualquier costa que Maroto entrase en la ciudad de Tolosa.

El 23 se hallaba el cuartel real en Villafranca, y se hacian los preparativos para la marcha á Segura. Á las ocho y media de la noche estaba el caballo de D. Cárlos ensillado y á la puerta de palacio, y los ministros, parte de la servidumbre y la mitad de la guardia real, caminaban ya para Segura, cuando en el momento mismo en que D. Cárlos iba á montar á caballo se presentó en palacio el conde de Negri, y á pesar de la oposicion de la guardia real, que ofreció á Don Cárlos morir peleando en su defensa, entró Negri y obtuvo que D. Cárlos le recibiese en audiencia secreta. Apénas habia salido de palacio, cuando llegó Urbistondo, que declaró á Don Cárlos que Maroto acababa de entrar en Tolosa y que, léjos de oponerse á su entrada en dicha ciudad, se habia unido á

él, como igualmente las tropas que tenía á sus órdenes. La posicion de D. Cárlos se hacia cada vez más difícil; y se decidió á permanecer en Villafranca.

D. Juan Echevarría esperaba las órdenes de D. Cárlos, á quien acompañaba en todos sus viajes, y se habia recostado en su cama, cuando vinieron á decirle lo que pasaba, y anunciarle que no se verificaba la marcha; inmediatamente pasó al cuarto de D. Cárlos y le pidió permiso para separarse de él y poner su vida á salvo. D. Cárlos le rogó que no le abandonase en aquel momento. «Puede V. M. protegerme?» le preguntó D. Juan.—«Yo suplicaré en favor tuyo,» contestó.—«No señor; jamás permitiré yo que V. M. se humille hasta ese punto delante de un vasallo suyo. Permítame V. M. que me retire.»—«Y adónde irás que no te prendan?»—«Tranquilícese V. M. sobre eso, que yo sabré defenderme; no podrian cogerme, si yo no quisiera.»

Arias Tejeiro y los demas ministros pasaron una noche cruel en Segura, y al rayar el dia 24, Tejeiro volvió á Villafranca. Al llegar pasó á palacio y pidió una audiencia á Don Cárlos, la cual obtuvo á pesar de los obstáculos que le opusieron las personas que rodeaban al monarca. D. Cárlcs estaba todavía acostado, pero se levantó á las siete y media para recibir á Tejeiro. Cuando el ministro le preguntó por qué no habia pasado á Segura, como habia prometido, D. Cárlos le dió esta lacónica respuesta: «Todo está acabado; he consentido en cuanto han exigido de mí; ponte en cobro, porque yo no puedo protegerte.»

D. Cárlos estaba muy conmovido, y al separarse de Arias Tejeiro le estrechó entre sus brazos diciéndole: «Mis actos son fruto de la violencia, te lo aseguro bajo mi palabra. In-

forma á Cabrera y al conde de España de lo que ha pasado aquí; diles que no estoy libre; y si puedes ir á reunirte con ellos, será lo mejor de todo.»

El mismo dia firmó D. Cárlos la siguiente proclama, obra de Arizaga, auditor general del ejército y amigo íntimo de Maroto. Los términos en que está concebida ofendieron algo á D. Cárlos, que se atrevió á hacer algunas objeciones; pero Arizaga le dijo: «El general me ha prohibido que deje cambiar ni una sola palabra;» y D. Cárlos firmó.

«Animado constantemente de los principios de justicia y rectitud que he consignado en todos los actos de mi soberanía, no he podido ménos de ser altamente sorprendido cuando con nuevos antecedentes y leales informes he visto y conocido que el teniente general D. Rafael Maroto ha obrado con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tiene acreditados en favor de mi justa causa. Estoy ciertamente penetrado de que siniestras miras fundadas en equivocados conceptos, cuando no hayan nacido de una criminal malicia, si pudieran ofrecer á mi régia confianza hechos exagerados y traducidos con dañada intencion, no deben permitir pase más tiempo sin la reparacion debida á su honor mancillado; y aprobando las providencias adoptadas por dicho general, quiero que continúe como ántes, á la cabeza de mi valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo que, si bien ha podido resentirle una declaracion ofensiva, ésta debe terminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquél mi gracia y la vindicacion de su reputacion injuriada. Asimismo quiero se recojan y quemen todos los ejemplares del manifiesto publicado, y que en

su lugar se imprima y circule esta mi expresa soberana voluntad, dándose por órden en la general del ejército, y leyéndose por tres dias consecutivos al frente de los batallones.

Real de Villafranca á 24 de Febrero de 1834.=Cárlos.»

El 25 pasó Maroto á Villafranca, acompañándole algunos batallones afectos á su persona, y el escuadron de Carrion. Esta caballería llegó á las puertas mismas de palacio, y formó en batalla en frente de ellas, llevando cargadas las carabinas. Maroto subió á la antecámara, donde encontró á Villavicencio, y, apoyando las dos manos en el puño del sable, cuya punta tocaba al suelo, le dijo: «Esto ya es otra cosa; ahora se puede venir á palacio sin peligro de volver á encontrar en él á toda esa canalla.» Admitido á la presencia de D. Cárlos, le pidió Maroto, del modo más imperioso, las cabezas del obispo de Leon, Arias Tejeiro, Lamas Pardo, D. Celestino Celis y D. Diego Miguel García; y estaba tan resuelto á mandarlos fusilar, que la víspera habia encargado á Urbistondo que dijese á D. Cárlos que, aunque los ocultase entre las suelas de sus zapatos, vendria á sacarlos de allí. D. Cárlos, sin embargo, se negó á satisfacer tan bárbara exigencia; Maroto no se atrevió á insistir más, y se decidió su destierro.

El 27 salió D. Cárlos de Villafranca, y fué á Tolosa, y el dia siguiente se puso Maroto en marcha para Vizcaya con cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballería. Desde aquel momento fué dueño de todas las Provincias; y auxiliado por el ministro de la guerra, el brigadier Montenegro, emprendió la reorganizacion del ejército. Elío recibió el mando de Navarra, D. Simon Latorre el de Vizcaya, Alzáa fué confirmado en el de Álava, é Iturriaga en el de

Guipúzcoa; los batallones castellanos se pusieron á las órdenes de Urbistondo; Villareal fué nombrado ayudante de campo de D. Cárlos, y Zariátegui agregado al estado mayor. Por medio de estos nombramientos quedaba todo el ejército á disposicion de Maroto, y le era imposible á D. Cárlos dar paso alguno sin su conocimiento.

Verificados estos cambios en el mando del ejército, dió una órden el ministro de la Guerra, por la cual se mandaba á Zorrilla, baron de Juras Reales; Otal y Villela, consejeros de Castilla; Arpe, corregidor de Vizcaya, y Piedra, corregidor de la isla de Leon, que examinasen las piezas del proceso formado contra Elío y Zariátegui. Los anales de la historia no presentan un hecho semejante al de esta supuesta investigacion judicial; dos de estos magistrados habian tenido ya parte en el proceso en la época en que se intentó juzgar á los generales, y entrambos los habian declarado culpados; ahora se les pedia una nueva opinion acerca de las causas, y los acusados no solamente estaban en libertad, sino que acababan de ser colocados á la cabeza del ejército. Para hacer más ridículo este simulacro de justicia, un ayudante de campo de Elío fué el que llevó á cada uno separadamente los documentos del proceso, rogándole de parte de su general que abreviase su despacho lo más que pudiera.

Al llegar á Vizcaya caminó ya Maroto resueltamente hácia el fin que se habia propuesto desde mucho tiempo. Su correspondencia con Espartero recibió mayor actividad, y fueron exorbitantes sus exigencias; mas las respuestas de Espartero, evasivas al principio, se hicieron ménos satisfactorias cuando por la toma de Ramales y otros puntos pudo internarse en Vizcaya. Asustado Maroto, se dirigió á lord John Hay,

rogándole que obtuviese de Espartero algunas promesas positivas, y si fuese posible la garantía de la Inglaterra. Lord John Hay consintió en ello, y habiéndose puesto de acuerdo con Espartero, envió un oficial con pliegos para lord Palmerston.

PROCLAMA DE LOS DESTERRADOS.

Voluntarios de Cárlos V y pueblos vascongado-navarros.

«El hombre de maldicion, el impío Maroto ha consumado su obra de iniquidad; ha vendido á los cristinos el ejército, el pueblo y vuestros venerandos fueros, y á los ingleses vuestro Rey, prometiéndoles entregársele en San Sebastian.

»Una feliz casualidad ha revelado el detestable proyecto del infame Maroto.

»Se ha interceptado en Francia su correspondencia, y en ella se ha hecho el espantoso descubrimiento de la sacrílega venta que ha hecho el miserable de su patria y de su Rey.»

Esta proclama produjo una gran sensacion; pero era tal el terror que inspiraba Maroto, que nadie se atrevia á quejarse, y mucho ménos á examinar en público sus acciones. Su poder se habia aumentado considerablemente con el apoyo que le daba el partido de los transaccionistas, pues creyendo éstos que trabajaba para su interés hicieron los mayores esfuerzos á fin de mantenerle en su puesto; formaron juntas en diversos puntos del país: sus principales agentes Madrazo y Orejon iban y venian de Bayona á París y á las Provincias, y las correspondencias secretas eran sumamente activas. Los

individuos de estas juntas suponen que su objeto era legítimo, pues estando los pueblos fatigados y deseosos de la paz, el único medio de obtenerla era la abdicacion de D. Cárlos en favor de su hijo y un casamiento entre éste y la jóven Isabel; pero protestan altamente contra toda intencion de abandonar sus principios, y se quejan amargamente de Maroto, que, segun dicen, les ha engañado hasta el último momento. Pensando caritativamente se debe creer en su sinceridad, pero es de temer que la historia se muestre más severa con respecto á ellos.

Los realistas desterrados, asustados al ver la suerte que esperaba á la causa por quien habian sacrificado sus bienes y familias, y temiendo mucho por la seguridad personal de D. Cárlos, tomaron algunas medidas para que llegase á conocimiento de éste el peligro de su situacion. Con este objeto publicaron varios documentos, y entre ellos el siguiente dirigido á los habitantes de las Provincias Vascongadas.

Voluntarios y pueblos vasco-navarros.

« Maroto está pronto á consumar vuestra ruina; entrega todas vuestras plazas fuertes y va á imitar la conducta de los generales portugueses en Evora-Monte. Como lo fué D. Miguel, D. Cárlos será entregado á sus enemigos.

»No creais los rumores que hacen circular de que vienen 50.000 franceses á sostener á Maroto; ese es un engaño que no tiene otro objeto que el de adormeceros en una engañosa seguridad, para tener el tiempo necesario para consumar el crimen.

»Maroto está abandonado por las potencias del Norte, y el

gobierno frances prepara una escuadra para bloquear vuestros puertos.

»Voluntarios y pueblos: á las armas! Salvad á vuestro Rey y con él vuestras personas y fueros.

» *Viva la Religion! viva el Rey!*—19 de Junio de 1837.»

Inmediatamente que se abrió la campaña contra Ramales, escribió Maroto á D. Cárlos pidiéndole que le diese el mando en jefe de todos los ejércitos carlistas, y para apoyar esta pretension decia que, hallándose próximo á poner en ejecucion un vasto plan que habia meditado mucho tiempo, era indispensable que los condes de España y de Morella estuviesen á sus órdenes, pues necesitaba su cooperacion. D. Cárlos sometió esta extraña pretension al consejo supremo de la guerra para que la examinase y diese su parecer acerca de ella. El consejo se componia de los generales Eguía, Lardizábal, Saraza, Cabañas y el conde del Prado, y de los magistrados Lorenzo, Mozo, Arizaga, Ventos, Frías y Maruri; del fiscal civil Eyaralar, y del fiscal militar el brigadier Estrau.

Habiéndose reunido el consejo se suscitó un violento debate; la peticion de Maroto fué apoyada fuertemente por Eguía, Saraza, el conde del Prado y Arizaga; pero la mayoría se declaró en contra y fué desechada. Eyaralar, para probar que debia negarse la pretension, se fundó principalmente en la imposibilidad de poner á un antiguo militar como el conde de España á las órdenes de Maroto, y añadió que ni él ni Cabrera, que tan eminentes servicios habian hecho á la causa carlista, consentirian jamás en ver á Maroto generalísimo y obedecerle.

En los primeros dias del mes de Julio envió Espartero á

Maroto un periódico de Madrid que publicaba algunas cartas que se habian interceptado, y estaban escritas por Arias Tejeiro desde el campo de Cabrera, y enviadas á D. Cárlos con sobre al ministro de Hacienda Marcó del Pont. Terrible fué la cólera de Maroto, y con trabajo pudieron sus amigos impedirle que se dirigiese al cuartel real á satisfacer su rabia en el mismo D. Cárlos; mas al fin le hicieron conocer que su precipitacion iba á desbaratar un plan tan bien concebido, en el cual se trabajaba tanto tiempo hacía, y que tan buenos resultados debia producir. Tranquilizado Maroto escribió á Marcó del Pont que sabía que estaba en correspondencia con los desterrados en Bayona, y que esta conducta podia atraer sobre él grandes desgracias, poniendo en peligro su cabeza y áun la de D. Cárlos; pero que su generosidad era tal, que se lo advertia para que saliese del cuartel real y no volviera á poner los piés en él.

Marcó del Pont presentó esta carta á D. Cárlos; mas, cediendo á las instancias de éste, consintió en permanecer á su lado. Cuando Maroto supo que Marcó del Pont habia desobedecido á sus órdenes, resolvió hacerle asesinar; mas prevenido aquél á tiempo, creyó que debia ponerse á cubierto de la venganza de Maroto, y abandonando á Oñate se retiró á un sitio seguro, donde permaneció hasta despues de haberse pasado Maroto, que fué de nuevo llamado por D. Cárlos. Desde su retiro escribió Marcó del Pont para engañar á Maroto una carta con fecha de San Juan de Luz á un tal Beotas, empleado en el ministerio de Hacienda, circunstancia que dió orígen á la voz de que se habia refugiado en Francia, y le libró de las persecuciones.

El 18 de Julio envió Maroto á Montenegro, para que la

refrendase, la siguiente real órden, dirigida al mismo Maroto:

«Excmo. Sr.: Á medida que se acerca el término fijado por la divina Providencia para la cesacion de la actual lucha fratricida, la revolucion agota los más execrables medios para retardar su caida, poniendo en juego maniobras infernales y procurando introducir la desunion entre los valientes y fieles defensores de la justa causa, miéntras sus batallones, aterrados por los intrépidos esfuerzos de los heroicos voluntarios, salen únicamente de sus guaridas para destruir con la tea incendiaria las haciendas de los pacíficos habitantes, sembrando por todas partes adonde puede alcanzar su tiránico poder la desolacion y la ruina, y huyendo cobardemente en el momento que se les descubre; ensayando por otra parte las viles armas de la intriga, aprovechando las mezqninas pasiones y los innobles deseos de algunos apóstatas de los principios monárquicos, expulsados de estas Provincias por causa de su criminal ambicion y de sus excesos, y que, si acaso no obran de acuerdo con la revolucion, como parece muy probable, la sirven por lo ménos con la mayor utilidad con sus infames planes, urdidos para volver á obtener en el gobierno un influjo que no adquirirán jamás; pues la justicia del soberano está cada vez más convencida de la peligrosa direccion que estos falsos realistas daban á los negocios del Estado, así como de las medidas arbitrarias, cubiertas con la máscara de una lealtad á toda prueba, por cuyo medio sostenian su omnipotencia.

»Desesperados por su bien merecida separacion del lado del monarca, tan luégo como este los ha conocido, arrojan ya la hipócrita máscara de su mentida adhesion á la causa legítima, y para tratar de destruirla por medio de otro plan

envian á uno de sus corifeos, dotado de sagacidad, al mismo tiempo que lleno de ambicion, al lado de un general jóven y cubierto de recientes laureles, y aprovechándose de su ardiente entusiasmo, y de su apasionado amor á su Rey, le pintan á éste como privado de su libertad y rodeado de enemigos que, abusando de su real nombre, dictan medidas propias para minar y destruir sordamente el trono, á fin de que aquel heroico guerrero, persuadido asi de esta intriga, se niege á escuchar la voz legítima de su soberano, cuando se le trasmita por órganos que se suponen infieles. Tambien quedarán engañados en esta última esperanza, como lo han sido en las anteriores, pues tan luégo como la verdad consiga disipar las sombras de la impostura en el corazon de aquel jefe, será el primero á detestarlos y procurar su castigo, que no está distante, uniendo sus esfuerzos como ha hecho hasta aquí con los de V. E. y de sus más valientes soldados para terminar la lucha.

»Á la vista tenemos varios ejemplos que confirman esta verdad. Las cartas de un desterrado y del general Cabrera circulan en los periódicos revolucionarios, y no siendo todo cuanto contienen más que un tejido de falsedades y enredos, no tienen otro objeto que el de introducir en este valiente ejército la desconfianza y la falta de union que es indispensable para el triunfo.

»Por otra parte, han esparcido noticias relativas á la direccion que se ha dado á los fondos que suponen existentes, y destinados á nuestros leales defensores; y finalmente, en todo lo que han hecho circular se sirven de expresiones dirigidas á deprimir y envilecer la autoridad real, y á difamar á su gobierno y á los jefes militares. Y como desgraciadamente hay personas que por malicia, ignorancia ó debilidad, dan

á lo que oyen diferentes interpretaciones, este inconveniente ha llamado la atencion del soberano, y á fin de evitar los resultados que la circulacion de tantas falsedades pudiera causar en su leal ejército, y entre los fieles habitantes de estas Provincias, me manda el Rey diga á V. E., como de real órden lo ejecuto, que S. M. reprueba altamente un medio tan infame, y que dictará las medidas más oportunas para castigar con mano fuerte á los que, olvidando la indulgencia con que en otras ocasiones ha perdonado sus faltas, hacen todos sus esfuerzos para alterar la buena armonía y confianza que reina entre sus vasallos, falsificando instrucciones que no tienen, é invocado los sagrados nombres de Dios y de su Santísima Madre para ocultar el veneno de sus escritos.

»En resúmen, quiere S. M. que no sólo redoble V. E. su actividad, sino que, á fin de evitar la circulacion y propagacion de semejantes imposturas, vigile la conducta de aquellos que, olvidando sus deberes como militares y como vasallos, puedan tener parte en tales maquinaciones que S. M. detesta y trata de castigar.

»De real órden lo digo á V. E. para su conocimiento, previniéndole que con esta misma fecha, y sin perjuicio de las instrucciones que V. E. pueda dar á los comandantes generales, se les traslada esta soberana resolucion para su puntual y exacto cumplimiento.

»Dios guarde á V. E. muchos años.

»Cuartel real de Oñate 18 de Julio de 1839.=Montenegro.=Excmo. señor jefe de Estado mayor general del ejército.»

Pocos dias despues de la publicacion del documento anterior, dió Maroto una órden general, que decia así:

«Órden general del ejército.=Orozco 23 de Julio de 1839. =El Excmo. señor secretario de Estado y del despacho de la Guerra en real órden de 20 de este mes, me dice lo que copio.=Excmo. Sr.=Al conde de Morella digo con esta fecha lo que sigue.=Excmo. Sr.: El real corazon de S. M. se ha afligido de ver en los periódicos revolucionarios y extranjeros dos cartas dirigidas á su real persona por V. E. y por D. José Arias Tejeiro, interceptadas por el enemigo, y cuyo tenor desgraciadamente censura la voluntad soberana con que S. M. gobierna libre y espontáneamente á sus leales pueblos y dicta las medidas que deben salvar á los que todavía gimen bajo el pesado yugo de la usurpacion. Su dignidad y el triunfo de la justa causa exigen que se destruyan los desagradables y trascendentales efectos que su lectura y publicidad pueden causar, y en su consecuencia ha decidido S. M. que D. José Arias Tejeiro, conforme al relato de su mismo escrito, no sólo ha quebrantado su destierro, sino que ha supuesto una autorizacion real, por cuyo medio ha sorprendido á V. E. y le ha persuadido de que llevaba instrucciones del monarca para manifestar el estado de abatimiento en que se hallaba.

»De este modo ha tratado Arias de oscurecer la gloria de V. E., separándole de la obediencia del Gobierno, lo cual sería el mayor triunfo para la revolucion, á la que ha dado Arias la mejor prueba de afecto, invocando de una manera sacrílega el nombre de Dios y el del Rey. Arias queda privado de su dignidad de consejero de Castilla y demas honores con que S. M. habia tenido á bien recompensarle, y de que ha hecho un abuso tan criminal. S. M. manda que Arias, Alvarez Arias y todos los demas que con él han traspasado

los límites de la frontera de Francia, sean enviados con escolta al comandante general de Cataluña, bajo la más estrecha responsabilidad, quedando aquel encargado de conducirlos del mismo modo hasta la frontera.

En fin, para quitar á su leal ejército y á sus pueblos todo motivo de inquietud que pudieran inspirar la permanencia en la frontera de todos los comprendidos en el decreto de destierro con el revolucionario Arias Tejeiro, se les prevendrá que se internen en el reino de Francia, lo que deberán ejecutar con toda la brevedad posible, y los que inmediatamente no cumplan esta soberana voluntad quedarán privados de sus empleos y de todas las dignidades que deben á su real munificencia.

»El Rey quiere que esta real resolucion, que notifica igualmente á V. E. en una carta autógrafa, se ejecute sin la menor dilacion, y yo estoy persuadido de que V. E., celoso de su reputacion y de la gloria que ha adquirido en las señaladas victorias que tantas veces ha ganado, no permitirá que se empañe ni por un solo momento su honrosa carrera militar, ni la fidelidad y obediencia que siempre ha mostrado á la soberana autoridad, cuyo órgano es el Gobierno. S. M. espera tambien que V. E., á fin de tranquilizar su real corazon, hará cuanto le sea posible para que por un camino pronto y seguro reciba una respuesta que le asegure de que su voluntad ha sido completamente cumplida.

»Lo cual se leerá en la órden general del ejército.=Maroto.»

Habiéndose manifestado algunas síntomas de descontento en los batallones navarros, que llegaron á dar voces de *mue-*

ra Maroto, le pidió permiso Elío para separarse del ejército, bajo pretexto de tomar unos baños que necesitaba. Maroto le envió en respuesta la siguiente carta, que fué interceptada por el comandante del 5.° batallon de Navarra.

Llodio 6 de Agosto de 1839.

«Muy señor mio y amigo: He recibido su carta de usted del 4, en que tiene la bondad de comunicarme los rumores que hacen circular los desterrados, y la órden dada por el Gobierno con este motivo.

»Lo más singular es que nada se me dice de todo esto, cuando al mismo tiempo me aseguran que el Rey piensa pasar á Estella. El diablo anda en Cantillana; parece que no tengamos otro objeto que el de hacernos ilusion y engañarnos recíprocamente. Lo que hacen los desterrados es introducir papeles en que nos tratan lo peor que pueden, y sobre todo á mí, que me arrepiento de haber sido tan generoso, por ceder á los deseos del monarca; pero lo hecho, hecho; adelante.

»La incorporacion de los desertores castellanos en los escuadrones y batallones de Castilla debe llevarse á efecto, pues es indispensable por diferentes consideraciones.

»Tengo un gran deseo de ver reunidos á todos los castellanos, porque en el curso de esta campaña me prometo sacar de ellos el partido que no podria sacar de los de las Provincias; ceda usted, pues, á lo que se le manda, cuidando únicamente de que no se interprete mal.

»Páselo usted bien, restablecido de sus indisposiciones, como se lo desea su afectísimo servidor Q. S. M. B., Rafael Maroto.

»P. S. No crea usted, amigo mio, que le quiero negar

el permiso para ir á los baños, sino que tengo presente el gran compromiso en que nos encontramos todos, y al cual no creo á usted indiferente.»

Convencido Maroto de que los soldados conservaban mucho afecto á D. Cárlos, emprendió la obra de degradarle á sus ojos. Para conseguirlo le acusaba en todas ocasiones de dureza de corazon, diciendo que se interesaba ménos por la vida de los hombres que por la de los caballos. «Siempre que se le da cuenta del resultado de una batalla, decia, su primera pregunta es: cuántos caballos hemos perdido? pero jamás pregunta cuántos valientes voluntarios han muerto en defensa suya.»

En el mes de Julio invitó Maroto á D. Cárlos á que viniese á pasar una revista cerca de Orozco, en la cual fué recibido muy friamente por los soldados. Terminada la revista, manifestó D. Cárlos la intencion de permanecer con el ejército para asistir á la accion del dia siguiente; pero Maroto le puso una porcion de objeciones, diciéndole que su presencia intimidaria á las tropas por el peligro en que estaria, y que por otra parte sería necesario destinar á lo ménos dos batallones á la custodia de su persona. Cediendo á estas observaciones, se volvió D. Cárlos á Durango; y apénas habia marchado, cuando, dirigiéndose Maroto á los soldados, les dijo: «Ya veis cómo os abandona en el momento del peligro; no tiene ánimo para permanecer entre vosotros, que peleais por él, y quiere mejor estar en su palacio. ¡Y por un hombre como ese hace seis años que estais arriesgando vuestras vidas!»

Siguiendo este sistema, queria Maroto hacer perder á Don Cárlos el afecto y aprecio de los soldados, y lo consiguió, so-

bre todo en Guipúzcoa y Vizcaya. Al mismo tiempo no desperdiciaba medio alguno para aumentar su popularidad personal; un dia mandaba en secreto prender á varios habitantes de cualquier pueblo, y el siguiente los ponia por sí mismo en libertad, achacando á otros la odiosidad de la prision, y atribuyéndose á sí mismo el mérito de la libertad. Agotaba el tesoro; y cuando los soldados recibian algunos dias de paga, se decia que el general, compadecido de las privaciones de la tropa, daba aquel dinero de su propio bolsillo. Hacía creer que estaba sostenido por el gobierno frances, y esparcia la voz de que las potencias del Norte le habian prometido subsidios, con otras mil exageraciones semejantes, que encontraban eco en el ejército.

Miéntras D. Cárlos pasaba su última y funesta revista en Elorrio el 25 de Agosto, se presentó Velasco en palacio y solicitó una audiencia particular de la princesa. Concedióselá ésta inmediatamente, y habiendo recaido la conversacion sobre el triste estado de las cosas y sobre los progresos de la revolucion, dijo la princesa á Velasco: «¿Es posible que me acusen de ser marotista?»—«Señora, respondió él; los que rodean á V. M. son los que esparcen esa atroz calumnia.»—«Cómo! ¿Pues no saben que yo he sido la primera víctima de los revolucionarios?»—«Es cierto, señora, y el dia en que V. M. marchó á Portugal, fué cruel para todos los verdaderos realistas, pues consideraban á V. M. como el principal apoyo de su causa.»—Y ¿pueden creer que yo sostenga á Maroto, que trate de quitar la corona á mi marido? Ya he dicho á Cárlos (continuó con noble energía): «ponte á la cabeza del ejército, y yo participaré de tus peligros, que más vale morir con gloria que sucumbir cobardemente á los gol-

pes de tan horrible traicion.» Al separarse Velasco de la princesa, dijo á ésta: «Señora: yo manifestaré á todo el mundo los sentimientos de V. M. Jamás habia dudado de ellos, pero para mí es una gran satisfaccion el haber recibido una nueva seguridad de boca de V. M. misma.»

El 25 era ya muy tarde, cuando D. Cárlos llegó á Villafranca. Velasco estaba cerca de allí, en Beasain, con un diputado de Guipúzcoa, cuando vinieron á decirle que si Don Cárlos iba á Tolosa estaba perdido, pues las tropas de la línea de Andoain habian resuelto entregarle.

Inmediatamente pasó Velasco á Villafranca, y cuando llegó á las dos y media de la madrugada, D. Cárlos, que estaba acostado, se levantó para recibirle, y, habiendo sabido lo que pasaba, decretó el nombramiento de Guibelalde para la comandancia general de Guipúzcoa, esperando que con el influjo que ejercia sobre sus paisanos podria conservarle algunos batallones de aquella provincia, y acaso reunir á los extraviados.

El 25 de Agosto, despues de la revista, pasó Maroto á Durango, donde se hallaba Espartero, y convinieron entre sí en que el primero retardaria algunos dias su sumision á la Reina, á fin de llevarse mayor número de batallones, y dar tiempo á Iturbe para que completase la seduccion de los de Guipúzcoa, y los condujese cerca de Vergara. Esperaban, tambien, por este medio, y con el auxilio de los amigos que Maroto tenía en palacio, buscar una ocasion favorable para apoderarse de la persona de D. Cárlos, con cuyo fin se retiró Maroto á Azpeitia, fingiendo un rompimiento con Espartero, y escribió á D. Cárlos la carta de 27 de Agosto (16).

Maroto no permaneció allí ocioso, sino que continuó tra-

bajando en la desorganizacion del ejército, y el 29, estando en Villareal de Zumárraga, escribió el oficio siguiente, dirigido al comandante de armas de una de las principales poblaciones de Guipúzcoa.

«Todas las fuerzas que están á mis inmediaciones se han decidido por terminar la guerra, y en el dia de mañana se publicará la paz celebrada, cuya circunstancia podrá V. S. comunicar en contestacion á su oficio de esta fecha. Dios guarde á V. S. muchos años.=Zumarraga 29 de Agosto de 1839. =Rafael Maroto.»

Con motivo de haber empezado á murmurar los batallones guipuzcoanos contra Iturbe, y á manifestar los de Castilla las sospechas que les inspiraba la conducta de Maroto, se vió éste en el caso de precipitar el desenlace del drama, cuya última parte habia estado tan bien representada, que engañó al mismo lord John Hay, pues éste creyó de tal manera en la ruptura de Maroto con Espartero, que acusaba al último de haberlo echado á perder todo por su precipitacion en ocupar las Provincias.

Resulta, pues, de esta confesion de lord John Hay que, si el pueblo y el ejército hubiesen penetrado las intenciones de Maroto, no hubiera podido llevarlas á efecto, y ésta me parece que es la mejor respuesta á la justificacion publicada por el mismo Maroto en Bilbao.

Mas si Maroto no encontraba apoyo en el pueblo, ni en el ejército, no dejaba de tenerle en la corte misma de D. Cárlos. En un consejo que se celebró en Villafranca el 26 de Agosto, á que asistieron el P. Cirilo, el marqués de Valdespina, el baron de Juras Reales, Montenegro, ministro de la Guerra,

Ramirez de la Piscina, ministro de Negocios extranjeros, Erro y Otal, se decidió que D. Cárlos debia retirarse hácia la frontera para pasarse á Francia, único medio de salvacion que le quedaba.

Cuando dieron parte á D. Cárlos de lo que habia pasado, no se mostró convencido de la necesidad de abandonar á sus fieles voluntarios. «Suponeis, dijo, que la mayor parte del ejército se ha pasado al enemigo, y que el resto se halla completamente desorganizado; sin embargo, me parece que los batallones alaveses y navarros me han permanecido fieles, y si estas tropas no son suficientes para resistir á Espartero, lo serán por lo ménos para escoltarme hasta el campo de Cabrera.»

Tan decidido estaba D. Cárlos á trasladarse á Aragon, que al llegar á Lecumberri Marcó del Pont tuvo una conversacion sobre esto con Elío, que aprobó el proyecto, y áun añadió: «Con ocho batallones me comprometo á conducir al Rey hasta el ejército de Aragon.» Inmediatamente que D. Cárlos supo esta contestacion de Elío, mandó reunir un nuevo consejo, que presidió, y al cual asistieron los ministros de la Guerra, Hacienda y Negocios extranjeros, los generales Eguía, Villareal, Elío y Valdespina, el arzobispo de Cuba, el baron de Juras Reales, Erro y Otal. Despues de una larga deliberacion declaró el consejo que era imposible la marcha de D. Cárlos á Aragon. En el calor de la discusion dijo el P. Cirilo que si D. Cárlos pasaba á Aragon no le acompañaria, á lo cual contestó uno de los concurrentes: «Ya lo creo: demasiado sabe usted el recibimiento que le haría el valiente y leal Cabrera.» En aquella reunion fué nombrado Elío comandante en jefe del ejército, y recibió instrucciones para cubrir la retirada de D. Cárlos.

Éste, luégo que se levantó la sesion del consejo, se manifestó sorprendido de la decision que se habia tomado, y sobre todo de la mudanza que se observaba en las resoluciones de Elío. Habiéndole preguntado á éste Marcó del Pont la causa de tal mudanza, respondió que habia reflexionado la gran dificultad de sejante empresa, sobre todo conociendo á los navarros, que nunca consentirian en salir de su país é ir á Aragon. D. Cárlos tuvo, pues, que renunciar ostensiblemente á su proyecto; pero conservaba tales esperanzas de poder llevarle á cabo, que á todos los oficiales que se presentaban á solicitar permiso para retirarse á Francia, se les entregaba una órden concebida en éstos términos:

«Primera secretaría de Estado.—El Rey N. S., satisfecho de la adhesion de V. á su augusta persona y á su justa causa, y de sus buenos y fieles servicios, ha tenido á bien autorizar á V., en vista de las circunstancias críticas de la época actual, para que se traslade á país extranjero ó á cualquiera punto del reino, cuidando de dar noticia del sitio de su residencia, á fin de que cuando convenga se le pueda avisar para que se presente á ejercer de nuevo las funciones de su empleo, sin que esta ausencia le ocasione ninguna especie de perjuicio.

»Se lo comunico á V. para su inteligencia y efectos convenientes. Dios guarde á V., etc.

»Cuartel real de Lecumberri, 1.° de Setiembre de 1839.»

Durante su permanencia en Lecumberri, D. Cárlos, continuamente atormentado, fingió que consentia en abandonar las Provincias y retirarse á Francia. El 8 salió para Elizondo,

acompañándole la guardia real, los batallones de Álava y algunas otras tropas; y aunque Espartero se encontraba todavía muy distante de Lecumberri, se abandonaron en este pueblo una gran cantidad de municiones.

En la retirada hácia la frontera de Francia, se separaron de D. Cárlos sin pedirle licencia, y áun sin despedirse de él, el P. Cirilo, Valdespina, Erro, Otal, Ramirez de la Piscina y otros varios; pero lo que sorprendió más que todo á D. Cárlos, fué la precipitada y secreta fuga del ministro de la Guerra, y así es que dijo afligido á Marcó del Pont: «¿Sabes que tambien Montenegro me ha dejado? Tú eres hoy el único ministro que me queda.» Abandonado, pues, por todos cuantos dirigian sus negocios, no tuvo D. Cárlos más recurso que el de acercarse á las fronteras, á fin de buscar un refugio en Francia (1).

EXPOSICIONES DE VALDÉS AL MINISTRO DE LA GUERRA EN MADRID.

«Excmo. Sr.:=Antes de ahora tuve el honor de manifestar á V. E., por repetidas veces, la urgente necesidad de reforzar este ejército, á lo ménos con cuatro batallones, por no ser la fuerza de operaciones con que contaba suficiente ni áun para sostener la defensiva, añadiendo en una de ellas que para principios de Octubre, en que el general enemigo podia tener instruidos sus quintos, era de temer tomase la ofensiva, si ántes no se reforzaba este ejército, lo que no estaba á mi alcance con los medios que tenía á mi disposicion; y que, por

(1) Documentos del campo de D. Cárlos. *Boletin* del cuartel real.

lo tanto, era necesario que el Gobierno de S. M. destinase de otras provincias algunos cuerpos á ésta.

Por desgracia, mis recelos se han verificado, y en pocos dias se han visto atacados, como en oficios distintos he tenido el honor de comunicar á V. E., los puntos de Camprodon, Moyá y Copons, sin que para atender á la inmensa línea que hay desde el Segre á Camprodon tenga más que la pequeña division que llevo á la mano, no siéndome posible contar las más veces con la cooperacion de la division de Borso ni con la brigada del general Carbó, por lo difícil, si no imposible, de darles las órdenes oportunas al efecto. Esto así, debo manifestar á V. E. francamente que, si no pasan luégo á este Principado seis batallones para poder continuar la defensiva, miéntras las circunstancias no permiten la reunion de fuerzas que tengo indicadas para la ofensiva, son de temer repetidas desgracias en este distrito, que no estará en mi poder evitar, ni creo de ningun general que lo mandase. Los enemigos, que parecia que habian caido en una especie de desaliento, y descontentos al saber los faustos sucesos de las provincias del Norte, se han rehecho de dicha primera impresion de un modo espantoso, debido sin duda á las instigaciones de Cabrera para que obren con constancia, en cuyo sentido reciben tambien órdenes de los emigrados en Francia que se hallan con el pretendiente, y hasta del pretendiente mismo, segun se me ha asegurado. Á esto se agrega el haber entrado ya en Cataluña, segun los avisos que tengo, porcion de individuos de los que entregaron las armas en el vecino reino por efecto de los sucesos de Navarra, siendo de temer lo vayan verificando otros muchos si se dejan las cosas en el estado presente.

»Debo manifestar á V. E., por último, que la falta de re-

cursos para mantener las atenciones de este Principado es invencible, y que, por tanto, las nuevas fuerzas, pocas ó muchas, que vengan á él, tienen que ser pagadas en todos sus ramos por medios independientes del mismo Principado. Todo lo que pongo en conocimiento de V. E. para que se sirva elevarla á S. M. la Reina Gobernadora.=Cuartel general de Manresa 14 de Octubre de 1839.=Jerónimo Valdés.=Excelentísimo señor Secretario de Estado y del despacho de la Guerra.»

«Excmo. Sr.:—Por mis comunicaciones anteriores se habrá enterado V. E. de la situacion en que se encuentra este Principado y de las empresas que en el dia acomete el enemigo, evitando siempre el encuentro con estas tropas para aprovechar los momentos oportunos y caer sobre nuestros puntos fortificados, que, débiles en general y limitados á una escasa guarnicion, para no disminuir las fuerzas de operaciones, ofrecen muy poca resistencia al enemigo. Las fuerzas de éste están en el dia en equilibrio con las nuestras por lo que respecta al número, y es de temer que bien pronto nos excedan, si continúa la entrada de los navarros refugiados en Francia, que ha principiado ya á verificarse en pequeñas partidas, segun tengo ya manifestado á V. E. Pero no es esta la sola circunstancia que debe atenderse; hay que contar ademas con la naturaleza del terreno á que se ha circunscrito para esperar á nuestras tropas, la proteccion que le dá el país, á pesar de los sucesos del Norte, y, sobre todo, hay que atender á su posicion central, que le facilita caer sobre nuestras columnas y puntos fortificados por una línea muy corta, miéntras yo me veo obligado á correr una extension considerable de terreno para poder acudir á cubrir el país ó los puntos atacados.

»Tal es el estado en que me encuentro y tal la situacion de Cataluña, que va á ser sumamente crítica en la necesidad urgente en que me pone el aprovisionamiento de Solsona. Los víveres que se dejaron en el último convoy concluirán el dia 10 del próximo mes, y es de absoluta necesidad el reponerlos, si se ha de conservar aquella poblacion.

»Excuso molestar la atencion de V. E. presentándole razones para demostrar su importancia, limitándome á decir que desde que la ocuparon nuestras tropas no ha dejado un solo momento de estar bloqueada por el somaten del país para impedir la entrada de víveres y socorros. Por otra parte, el efecto moral que causaria la pérdida de Solsona, despues de los últimos desagradables acontecimientos, sería de la mayor trascendencia y pudiera conducir á fatales resultados.

»Es, pues, indispensable conservar á Solsona, y para conservarla es preciso socorrerla; operacion difícil y arriesgada que puede comprometer la suerte de la provincia y áun la del mismo ejército. Efectivamente, si para no desatender el resto del Principado se destina una corta fuerza á la conduccion del convoy, el enemigo, desde su posicion central, y con las noticias y avisos exactos que tiene, puede caer sobre él é interceptarlo, con tanta más facilidad, cuanto que la absoluta incomunicacion en que se hallan nuestras fuerzas cuando se separan á cierta distancia, lo harian probablemente inoportuno si no imposible. Si para evitar este riesgo se destina una fuerza considerable á la escolta del convoy, queda por precision debilitada nuestra derecha.

»El enemigo, que desde su favorable posicion observa nuestros movimientos, aprovecha la ocasion y dirige sus fuerzas sobre las escasas que yo haya podido dejar para la protec-

cion del país, ó bien, si no quiere aventurarse á la suerte de un combate, evita su encuentro y envia sus columnas sobre el Ampurdán, sobre el Vallés, sobre el Panadés, y áun sobre el mismo llano de Barcelona. Nuestros puntos débiles fortificados, sin proteccion exterior, tienen entónces que sucumbir, proporcionando así al enemigo las armas que le faltan, y dejan á su discrecion el país, que pueden saquear y asolar, pues que para ello le daria bastante tiempo la gran distancia que lo separaria del grueso de nuestras fuerzas, empleadas en la conduccion del convoy á Solsona.

»La urgencia de proveer aquel punto no da lugar á esperar que por medio de un ataque simulado ú otra extratagema militar se proporcione un momento favorable de que aprovecharse, pues que si se frustraba por uno de aquellos accidentes tan comunes en la guerra, quedaba Solsona en el riesgo más inminente. No considero necesarias más razones para convencer el ánimo y alta penetracion de V. E. de que Solsona debe conservarse; que para el efecto es preciso proveerla, y que no es dable con las fuerzas de Cataluña, en la situacion en que se encuentran, verificar esta operacion sin un peligro muy probable, y sin aventurar la suerte del ejército, la del país, y áun acaso la suerte general de la Nacion por la prolongacion de la guerra y la duracion de unos males que acaso tocan ya su término. Es, pues, indispensable que fuerzas exteriores vengan á auxiliar este ejército en esta operacion, única que puede ponerme en conflicto, si la guerra de Cataluña no toma otro carácter por los sucesos que pudieran sobrevenir en la parte del Ebro.

»Este auxilio me parece sumamente fácil el proporcionarlo, con sólo reforzar la columna del Alto Aragon hasta tres

ó cuatro mil hombres, cuya columna, pasando por Lérida ó Balaguer á reunirse con 2.000, de que sin grave riesgo puedo desprenderme para asegurar aquella operacion, trasladaria el convoy á Solsona, ínterin que con el resto de las fuerzas observaria los rebeldes y estaria pronto á paralizar sus empresas, sin dejar en descubierto el interesante país que en otro caso, repito, quedaria expuesto al furor y vandalismo de nuestros enemigos. Terminada esta operacion, y no siendo ya absolutamente necesario el auxilio de aquella fuerza, regresaria inmediatamente á su destino.

»El oficial á quien he encargado la interesante mision de poner en manos de V. E. este pliego, podrá entrar en detalles que harian sumamente difuso este escrito. Sus conocimientos poco comunes, la circunstancia de haberse hallado prisionero del enemigo, lo que le ha proporcionado el conocerlo, y el haber hecho toda la guerra en este ejército, le facilitan el poder satisfacer á V. E. en todos los pormenores de que acaso quiera enterarse para tomar la determinacion más conveniente.

»Nadie más convencido y penetrado que V. E. de la necesidad de proteger estas industriosas Provincias, y sería molestar á V. E. de sus altas é interesantes ocupaciones el insistir más sobre una reclamacion tan justa y tan fundada, prometiéndome por lo tanto que, al elevarla al conocimiento de S. M. la Reina Gobernadora, procurará V. E. inclinar su real ánimo á acceder á ella, y evitar á Cataluña, que tantos sacrificios tiene prestados en esta sangrienta lucha, los males que sin este oportuno socorro pueden afligirla en el momento preciso en que los favorables sucesos del Norte le hacen esperar un pronto desenlace y el fin de tantas miserias y cala-

midades.=Dios guarde á V. E. muchos años.=Cuartel general de Manresa á 17 de Octubre de 1839.=Jerónimo Valdés.=Excmo. Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra.»

PROCLAMA DE SEGARRA.

«Compañeros armados contra la causa de S. M. la reina! Largo tiempo he permanecido á vuestra cabeza. Mis conatos se han dirigido siempre al bien de la patria, y en particular al de esta provincia. Miéntras creí que esto podia conseguirse defendiendo la causa del ex-infante D. Cárlos, lo he hecho con decision, y me habeis visto á vuestro frente arrostrando todo género de peligros. He dulcificado los males de una guerra civil que algunos de mis antecesores habian llevado á un extremo vergonzoso y horrible. Las contiendas civiles entre hermanos deben tener un término razonable. Este no puede ser otro que una mutua reconciliacion; mucho más, cuando uno de los partidos se ha sobrepuesto sin dejar á su antagonista más esperanzas que la de derramar inútilmente sangre compatricia, y esparcir el llanto y la desolacion. Aquel bien, lo apetecen y claman por él todos los hombres honrados de Cataluña en el fondo de sus corazones. El mio no podia ser indiferente á un deseo tan general y necesario en el órden y marcha actual de las cosas, y, desde luego, me decidí á procurar á toda costa aquel beneficio á mi país. Sometidas las Provincias Vascongadas y Navarra, vencidas las fuerzas de Aragon, y próximas á entrar en este Principado las numerosas é irresistibles huestes del Excmo. Sr. Duque de la Victoria, el problema está resuelto, mucho más, cuando el príncipe que habíamos aclamado ha tenido que buscar un asilo en una

nacion aliada de S. M. la reina, donde se halla en estado de arresto é imposibilitado de tomar parte en la lucha que sosteneis á su nombre. No tiene ya esperanzas.

»El objeto de la guerra es por tanto mantener ya una causa y unos principios que son insostenibles. Se dirige á satisfacer venganzas y miras particulares, y á eternizar, si dable fuera, los males del desgraciado pueblo, á los que no me era decoroso contribuir cuando debia combatirlos. Estas reflexiones y el bien de mi país, que nunca he perdido de vista, me han impulsado á abreviar sus padecimientos, haciendo cesar el derramamiento de sangre que corria sin fruto.

»Al efecto, tomé mis disposiciones, y dentro de breves dias os hubiera dado el dichoso resultado que tanto anhelamos, reuniéndose unos y otros en el regazo de nuestra madre comun la reina Doña Isabel II, llena de amor y solicitud hácia sus pueblos, para ocuparnos en cicatrizar las heridas públicas, si mis pasos no se hubiesen malogrado por una traicion que no podia esperar de personas que juzgaba muy predispuestas al bien general. Vuestros sufrimientos van á prolongarse indefinidamente si no mirais por vosotros, si no escuchais la voz de un jefe á quien habeis estimado siempre.

»La causa que sosteneis está perdida sin remedio. Desoid las sugestiones sangrientas de esa turba de hombres perdidos, que, despues de asolar el país que los vió nacer, han entrado ahora en nuestro suelo á concluir de arruinarlo, á sacrificar más vidas y á cubrir á Cataluña de desastres para saciar odios y venganzas, y poner en salvo lo que acaban de esquilmar á vuestros bienes. Esta es la verdad. Preservaos de estos males que tan de cerca os amenazan; no creais la venida de los extranjeros en vuestro apoyo; deponed las armas.

»Contribuid á la pacificacion general uniéndoos al único centro de ventura y felicidad de los españoles, el trono de Isabel II y la constitucion del Estado. Presentaos á las autoridades militares de S. M. Os esperan con los brazos abiertos y sereis recibidos por ellas, por las tropas y por los pueblos con la cordialidad y buena acogida que me han dispensado á mí, y de que está recibiendo continuos testimonios en esta ciudad de Vich, vuestro paisano y compatriota.=José Segarra.= Vich 13 de Junio de 1840.»

PROCLAMA DEL CONDE DE MORELLA.

«Voluntarios: vuestro general en jefe os dirige la palabra, no para hacer ostentacion de sus principios, pues los deja ya marcados en los campos de batalla. Vuestro general os habla, no para aumentar vuestro valor, porque en los pechos de los valientes jamás halla cabida el desmayo. Os dirijo, sí, mi voz para que quedeis enterados de la verdadera urgencia que me ha impulsado á pasar el Ebro con una parte de mis fuerzas que se hallaban reunidas en Aragon y Valencia.

»Comunicaciones oficiales interceptadas al enemigo, llegaron á convencerme de que en este Principado corria eminente riesgo la causa de la religion y del monarca legítimo. Manejos de la revolucion ocultos, á la par que combinados, iban á enarbolar entre vosotros el negro y asqueroso pendon de la perfidia. Se movian todos los resortes para burlar vuestro valor, y los vencedores en el campo de batalla iban á quedar vencidos, no por la fuerza de las armas, sino por el refuerzo vil de la intriga.

»Gracias al Señor está descubierta ya la trama; queda ya

burlada completamente la traicion soez del masonismo; y adoptando las medidas que he creido oportunas, acabo de arrancar la máscara al hipócrita Segarra. Sí, este ingrato general, con el honor en la boca y la infamia en el corazon, no ha podido ocultarla por más tiempo; lo hallareis ya en Vich fraternizando con los enemigos de Cárlos V. Este es un triunfo para las armas del Rey, pues la causa de la lealtad acaba de arrojar de su seno á un general fementido.

»No dejaré la obra incompleta; y al traidor que pretenda abrigarse entre vosotros, no le queda otro recurso que la fuga, si primero no le alcanza la severidad de las leyes. Acabo de ejecutar lo que os prometo en la persona de D. Luis Castañola, primer comandante del 18, fusilado ayer en esta plaza. Por comision particular del Rey nuestro señor (que Dios guarde) he debido pasar tambien á Cataluña por vengar el asesinato del señor conde de España.

»Obraré con imparcialidad; pesaré el asesinato en la balanza de la justicia; examinaré los datos, y, descargando únicamente el golpe sobre el perpetrador del crímen, haré ver á la Europa entera que el extravío de algun simple particular en nada puede mancillar la causa de Cárlos V. Catalanes: la rectitud de mis intenciones os es bastante conocida sobre recompensar el mérito; pero inexorable me tendreis con el delito. Voluntarios: sé que me amais y que os hallais persuadidos de que vuestro general os ama. Mucho me prometo tambien de vuestro valor y constancia: no se me oculta que la cábala de la revolucion es la que en diferentes períodos ha puesto en estado de inercia la robustez de vuestros brazos; pero sé tambien que deseais batir al enemigo y que vuestro elemento natural es el lugar del combate: yo me pondré á vuestro frente;

yo mismo en persona os conduciré al campo del honor, y con el auxilio de Dios á la victoria. Conservando la union y el amor fraternal que veo reinar entre vosotros me cabe el dulce placer de no descubrir en todo el ejército de mi mando más que soldados de Cárlos V. Así es como á no tardar triunfaremos completamente de la revolucion impía; y cuando ésta se cree haber llegado al apogeo del poder, verá deshacer sus hordas y burlados tambien sus planes de cohecho, de traicion y de intriga.—El Conde de Morella.»

CARTA

DE DON FRANCISCO DE ASÍS Á DON CÁRLOS LUIS.

«Mi muy amado primo: El cariño que en todas ocasiones me has acreditado, y el sincero afecto con que yo correspondo á tus pruebas de amor, me dan, creo, bastante libertad para hablarte de un asunto que habria dejado pasar siempre en silencio, si las circunstancias y mi conciencia no me obligasen á hacerte ocupar de él. No ignoras que en tu persona se reasumen infinitas esperanzas; que los que han derramado su sangre para defender tus derechos, esperan de tí que contribuyas á extinguir completamente tan funestos recuerdos, y que la nacion española, esta nacion tan magnánima, tan digna de ser amada, tan digna de ser respetada, que se ha mostrado siempre tan ardiente en el amor por sus reyes, tan celosa de las prerogativas de la corona, y que nada ha perdonado para aumentar el esplendor de sus príncipes, tiene derecho á ver recompensados sus sacrificios que á su vez le hagan las personas reales.

»Háseme dicho que uno de los pensamientos de la córte

de las Tullerías, en las presentes circunstancias, es tu matrimonio con mi prima. Creo que, poniendo los ojos en tí, se ha dado un gran paso hácia la reconciliacion que debes desear ardientemente, sea como cristiano, sea como príncipe. Conozco tambien que para llegar á tan felíz resultado se exigirán de tu persona costosos sacrificios, y jamás, ni como hombre ni como príncipe, te aconsejaré que consientas en cosas que pudieran mancillar tu nombre; pero no puedo ménos de hacerte observar que de ninguna manera debes dejar pasen ocasiones que, una vez perdidas, no vuelven jamás.

»La Providencia, Dios siempre generoso, ofrece hoy á tu vista la perspectiva más lisonjera: no malogres, pues, tal oportunidad; aprovéchalo por tu bien, el de toda tu familia, y el de esta nacion desventurada. Á tu lado se hallan personas á quienes puedes consultar; llenas de virtudes y talentos, te aconsejarán lo mejor, te indicarán el medio de hacer posible, sin humillarte, lo que todos debemos desear. Cuando te se hagan proposiciones, acredita que tu único deseo es el bien de tu país, que en su obsequio sacrificarás tus sentimientos más íntimos, y que únicamente apeteces que tu reputacion permanezca intacta. Las circunstancias te favorecen hoy. Cuentas con un poder que ningun sér humano te puede quitar; y jamás se mirará como una humillacion el que cedas á la fuerza. Si resistes, si te empeñas en conseguirlo todo, todo lo pierdes; y nada extraño sería que los que hoy te apoyan, al ver tu obstinacion, se volviesen hácia mí, considerándome como el primero despues de tí. Qué haria yo entónces? ¿Perder esta coyuntura y dejar el puesto libre á un extranjero? Jamás me decidiré á obrar de este modo. Miéntras mi querido primo, en quien reconozco derechos superiores á los mios, es-

té delante de mí, me mantendré tranquilo como hasta ahora.

»Pero si tu matrimonio viniera á hacerse imposible por las causas que indico, creo que mi conciencia (no hablo de mi interes, pues un trono nada tiene de seductor) me manda, me obliga á no exponer la España á un nuevo conflicto. Te hablo con esta franqueza porque debo hacerlo, y porque, si no lo hiciese, faltaria al amor que te profeso, y, lo que es más, á mi conciencia. No aumentes las dificultades que por desgracia existen ya. Toma consejo de personas ilustradas y virtuosas, y, si es preciso, resígnate á hacer un sacrificio, costoso en verdad, pero absolutamente necesario. En otro caso, no me acuses nunca de haberte quitado, si las circunstancias me lo ofrecen, un puesto que tú habrias abandonado, y que no quisiera ocupase otro más que tú, á quien amo de todo corazon.= Siempre tuyo, FRANCISCO DE ASÍS.=Pamplona 13 de Julio de 1846.»

EXPOSICION

DIRIGIDA AL GOBIERNO FRANCES POR SOPELANA EN 1846.

«Señor ministro: Desde el 25 de Setiembre estoy encerrado en la cárcel de la Conserjería como un criminal, sin que áun se me haya dicho el delito que se me imputa ni héchome comparecer ante tribunal alguno. No conozco, señor ministro, la legislacion francesa; pero sé perfectamente que la justicia y el derecho de gentes tienen en todas partes las mismas bases, y no conozco país alguno que al ofrecer la hospitalidad pueda arrogarse la facultad de retener en la cárcel á un extranjero que absolutamente se mezcla en los negocios y que respeta las leyes del país.

»Si el Gobierno frances ha tenido este comportamiento conmigo y varios de mis compatriotas por agradar al de Madrid, ha sobrepujado por cierto el celo de éste, porque áun no se ha visto que el Gobierno de Madrid haya prendido á españoles por sospechas de que no participasen de sus opiniones.

»No teneis, señor ministro, derecho para castigar mis opiniones: teneis sólo el de hacer juzgar y castigar mis actos contrarios á la ley; y muy mal sienta á un gobierno que pretende marchar al frente en la carrera de la libertad y de la civilizacion, ofrecer con una mano la hospitalidad y con la otra atormentar y hacer más desgraciado al que la implora y la recibe porque la creyó sincera.

»Los primeros dias de mi encarcelamiento, me dirigí á vos, exponiéndoos la arbitrariedad de que era víctima y la desgraciada posicion de mi esposa, próxima á su alumbramiento, privada de amparo y sola en un país extranjero, del cual hasta el idioma ignora, pero no os dignásteis contestarme, y sigo siempre preso y separado de esta pobre é infeliz mujer. Dejo á vuestra consideracion, señor ministro, apreciar esta conducta, esperando que la Europa entera, ante la cual protesto altamente en mi nombre y en el de mis compatriotas, anatematizará la arbitrariedad de que somos víctimas.

»No será muy hermosa la página que reserve la historia á los actos de un gobierno que se dice tan ilustrado y que pretende guiar á los demas en el camino del progreso y de la libertad. En fin, señor ministro, acabo de reclamar de vos justicia; sólo justicia imploro. Si me creeis culpado, os suplico me hagais comparecer ante un tribunal; si por el contrario no se me imputa crímen alguno, devolvedme la libertad que me habeis quitado; y si no me creeis digno de la hospitalidad

francesa, mandadme dar mi pasaporte para otro país, donde la hospitalidad no esté acompañada de tanta amargura, y donde no atenten contra mi libertad personal, miéntras respete sus leyes.

»Entretanto dignaos admitir etc.=Consergería 16 de Noviembre de 1846.»

«Campo del honor y de la verdadera libertad, al pié de los Pirineos, 14 de Setiembre de 1846.=Vasco-navarros: La revolucion perdida en el caos de sus funestos planes intenta precipitarnos en la tumba donde ha encerrado vuestras libertades, vuestros fueros, preciosos dones que conquistaron con su sangre vuestros antepasados. No le basta haber violado artera y traidoramente la más sagrada de vuestras venerables instituciones, haber hollado todas las promesas que prodigó para engañar la buena fe y credulidad de los hijos del país vasco-navarro; no le basta haber pisado con sus innobles piés una constitucion cuya teoría realizada pudiera haber hecho la felicidad de un país regido por leyes ménos sábias y prudentes que las de Iberia. El Gobierno, en fin, que pesa como horrible yugo sobre vosotros, que cien veces cuando estábais con las armas en la mano os ha prometido la conservacion de vuestros privilegios, da ahora, que os ve desarmados, el golpe de gracia á vuestros más caros intereses.

El sistema tributario, fruto del error y de la mala fe, va á colmaros de miseria. Vuestros hijos, vuestros hermanos arrancados del hogar, van á aumentar las filas de los ejércitos de vuestros opresores. Esa expedicion americana tan antinacional, tan traidora que reclutan entre vosotros, es una traicion más para alejar á la flor de vuestra juventud. La explo-

tacion de vuestras salinas, la agricultura, la elaboracion de cigarros, el libre ejercicio de vuestra industria y de vuestro comercio, va á desaparecer con una sola plumada. Vuestros bosques tan fecundos para vosotros, van á ser presa de la rapacidad de los gobernantes, sin que nada produzcan al Estado. Pronto os vereis privados de las diputaciones, elemento principal de vuestra fuerza y de vuestra sábia legislacion. No tendreis diputados de Provincia que representen vuestros derechos y defiendan vuestros intereses. Va á desaparecer todo vuestro bienestar. Ya lo sabeis por experiencia cuán engañosas son sus promesas de paz y libertad. Pronto conocereis los efectos de vuestra generosa pero imprudente condescendencia, si no os apresurais á sacudir el insoportable yugo que os quieren imponer.

Consentireis, vasco-navarros, en semejante humillacion? ¿sufrireis un ultraje que ataca vuestra nobleza, vuestra fidelidad, vuestras leyes y vuestra reputacion? ¿sufrireis por más tiempo tan vergonzosa y tiránica opresion?

¡No dejeis á vuestros enemigos tiempo para acabar vuestra ruina y vuestra esclavitud! ¡Una vez encadenados os será difícil romper sus anillos!

Vasco-navarros! al grito de *lauracbat*, álcense como un solo hombre las cuatro Provincias. Venid, corred á rodear las banderas reales del príncipe legítimo cuya soberanía garantiza vuestra libertad, vuestro bienestar, vuestro porvenir; del augusto jóven prisionero de Bourges, cuyos sentimientos paternales y bienhechores tan bien conoceis. Ha enviado á sus enemigos el ramo de oliva, se ha ofrecido heróicamente en holocausto de la expiacion, del perdon, de la paz y fraternidad.

Los enemigos de la patria, alentados con nuestra actitud pacífica y conciliatoria, en vez de aceptar la paz con que les brindábamos, nos han arrojado al rostro la injuria y el insulto. Todos los dias vienen llenos de ellos sus abominables diarios. En vez de aceptar el ramo de oliva como símbolo de concordia, nos han despreciado con insultante arrogancia. Vasco-navarros, hemos cumplido con nuestro deber ofreciendo la paz. La responsabilidad de los males que amenazan al país, caiga toda entera sobre los que así lo han querido! Levantemos el estandarte de la verdadera libertad, del órden y de la justicia.

Cárlos VI ha sido enviado por la Providencia para daros el bienestar de que hace tantos años estais privados. El solo puede garantir, como lo ha prometido, un gobierno ilustrado, paternal, previsor y digno de vuestras almas generosas.

No, vasco-navarros, Cárlos Luis no es un déspota, no; no es el enemigo de la sabiduría y de las luces, como os lo pintan vuestros enemigos. Este príncipe jóven, desterrado desde la más tierna edad, ha aprendido el arte de gobernar en el seno de la desgracia. Ha estudiado las exigencias del siglo y los medios de conciliarlas con el deber y la justicia. Su instruccion, su lealtad, sus maneras afables, sus numerosas virtudes son de vosotros conocidas. El solo tiene derecho á vuestro amor y á que le seais fieles; él solo puede poner término á vuestras miserias.

Union, vasco-navarros, union y decision; ésta sea nuestra divisa: olvidemos antiguas divisiones si de ellas queda alguna huella; comprendamos nuestros verdaderos intereses; salvemos nuestra patria y nuestra dignidad del oprobio que les amenaza.

Viva el rey! viva la verdadera libertad! vivan nuestras

antiguas constituciones! vivan nuestros fueros!=La Junta provisional Vasco-navarra.»

PROCLAMA.

«Nombrado por S. M. la reina nuestra señora (Q. D. G.) capitan general de Cataluña, he tomado posesion de tan importante mando en el dia de hoy. Con el más vivo dolor he sabido que algunos individuos, procedentes de país extranjero, recorren una parte de la provincia con intencion de renovar la guerra civil, bajo la ridícula enseña de Cárlos VI y Constitucion. No es posible que haya un catalan honrado, ningun español que se deje seducir hasta el punto de creer las ofertas de los mismos que no há muchos años en la Panadella y el Bruch tiñeron sus manos con la sangre de víctimas indefensas, y más tarde dieron fuego á Moya, Ripoll y otras poblaciones fabriles, cuyas cenizas áun humean, movidos por las exageradas y fanáticas ideas que ahora demuestran olvidar.

»Con el auxilio de la Providencia y la ayuda de los buenos, confio que esos pocos miserables, sedientos de nuevos males, no os arrebatarán la paz, sin la cual la agricultura, la industria, el comercio ni ninguna de las fuentes de la riqueza pública pueden prosperar. Que se vuelvan al vecino reino, desapareciendo de vuestro suelo, que harta sangre española se ha derramado ya; yo daria gustoso la mia porque escenas como las que pasaron no se reprodujesen jamás en España; pero si pertinaces y obcecados siguen en la criminal carrera que han emprendido, enemigos de S. M. la reina y de las instituciones, todo el rigor de las leyes, por más que mi corazon lo lamente, caerá irremisiblemente sobre los que

sean aprehendidos. Á conservar, catalanes, vuestra paz y vuestra felicidad, correspondiendo así á la confianza que he merecido al Gobierno de S. M., dedicará sus desvelos vuestro capitan general.=Manuel Pavía.=Barcelona 14 de Marzo de 1847.»

«Ejército real de Cataluña.=División del campo de Tarragona.=Viendo el Rey nuestro señor D. Cárlos VI las grandes vejaciones y atropellamientos que de muchos años está sufriendo el pueblo español, caminando más y más á pasos agigantados para una completa destruccion, guiado por unos lobos que en otro tiempo fueron y han continuado siendo la desgracia de la España, que sólo el valor y entusiasmo de los fieles y leales compatricios pudieron librarla en aquel entónces; deseando, pues, el Rey nuestro señor poner un medio á tantas catástrofes, compadecido de la esclavitud que la oprime, se ha visto precisado á buscar medios, valiéndose de sus aliados, llamando al propio tiempo á todos los españoles, sin excepcion de clases ni opiniones, á empuñar las armas para combatir contra los destructores de la Nacion.

»Para lograr la felicidad y recompensa debida, es preciso que cada individuo por sí, y todos en general, hagan lo que corresponde al efecto. S. M. encarga se olvide todo lo pasado, que no se ha de conocer más que españoles, bajo el supuesto que, siendo yo uno de tales, he sido autorizado por el Excmo. Sr. Comandante general para operar y recorrer en este país, á fin de proteger á los habitantes y respetar las propiedades, como igualmente el castigar severamente á cualquiera individuo que cometiese tropelía alguna ó que contravenga en perjuicios contra las tropas del Rey. Por tanto,

prevengo á las justicias de los pueblos que, el que tocare las campanas á rebato ó diere parte á los enemigos de los movimientos de las tropas del Rey, serán pasados por las armas, como igualmente cualesquiera paisano que averiguase lo mismo. Lo que participo á V. para su inteligencia y gobierno, comunicándolo á todos los habitantes de su jurisdiccion para que no aleguen ignorancia. Dios guarde á V. muchos años.= Campo del Honor 9 de Abril de 1847.=Juan Forner.»

«Ejército real de Cataluña.=Comandancia general.= Catalanes: En vista del despotismo con que obran algunas autoridades, aunque es un puñado de alcaldes y demas que están á sus órdenes, hombres toscos ó ignorantes sobre todo, que ignoran el favor que tratamos de dispensarles á costa de nuestra sangre, para desahogar á nuestra cara patria del despótico yugo que nos tiraniza, y para evitar sangre al destrozado pueblo español, risa de las demas naciones, y sobre todo para que prosperen y se desengañen de nuestra firmeza y valor para asegurar el trono de S. M. (Q. D. G.) D. Cárlos VI, vengo en acordar lo siguiente:

»Desde el dia de la fecha, los que llevaren partes á los comandantes de las columnas enemigas ó puntos fortificados, serán fusilados en el acto de encontrárseles los mencionados partes, dándoles solamente el tiempo de poderse confesar, que será un cuarto de hora.

»Á igual pena quedarán sujetas las justicias ó de quien fueran seducidos.

»Comuníquelo V. S. á las justicias para que lo hagan saber á los demas, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia.=El comandante general, Benito Tristany.=Sr. Briga-

dier D. Bartolomé Porredon, comandante general de la provincia de Lérida.»

«Columna de operaciones de las dos Castillas.=Para sostener la tropa que me acompaña en la comision que me está encargada por el Excmo. Sr. Conde de Morella, general en jefe de los reales ejércitos, en 11 de Febrero último, necesito se sirva V. remitirme con el portador, y al punto que el mismo designare, las raciones que al márgen se expresan, bien entendido que, de dejar de ejecutarlo ó de causarme el menor trastorno por su inexactitud ó indiferencia, cargará V. con la responsabilidad en todo tiempo. Dios guarde, etc.=El coronel comandante en jefe, Félix Gomez Calvente.=En el Quinto de la Patria, el dia 8, á las siete ds la mañana, término de Abenhoja.»

«Capitanía general de Cataluña.=Catalanes: Como consecuencia del deseo de paz que os anima, las operaciones militares han dado por resultado la destruccion de la faccion que capitaneaban los cabecillas Tristany y Ros de Eroles, que ya no existen. En la tarde de hoy, el rigor de la ley ha caido sobre las cabezas de ambos, al mismo tiempo que sobre otros que intentaron sumirnos en una nueva guerra civil. Cataluña y la nacion entera recordarán con horror las atrocidades con que se hizo célebre el primero de dichos cabecillas, y su expiacion servirá para que, no olvidando esta ciudad y otros puntos que fueron objeto de su ira las cenizas y la sangre de infinitas víctimas que áun humean, no os dejeis seducir por los halagos de los que, cubiertos con una máscara hipócrita, intentan sembrar la discordia y producir la ruina del

país para enriquecer á su costa, y encumbrarse al poder, sin que en semejante caso hubiese para vosotros más perspectiva que la de sufrir nuevos males y repetir los sacrificios que ya otra vez exigieron de vosotros.

Hoy, cuando es de esperar que renaciendo la confianza se asegure el órden, convencido de cuán grato ha de ser al magnánimo corazon de la reina Doña Isabel II (Q. D. G.), en uso de las facultades que me están conferidas en su real nombre, concedo indulto para que pueda regresar tranquilamente á sus hogares á todo el que, habiendo formado parte de las gavillas facciosas, se presente con armas ante las autoridades legítimas en el término de ocho dias, contados desde el en que esta declaracion se haga pública en la cabeza del partido judicial en que cada uno lo verifique, exceptuándose únicamente de esta gracia los cabecillas ó jefes de partida que han obrado independientes.

Catalanes: continuad ayudando como hasta aquí á las autoridades del Gobierno de S. M., y muy pronto habrán desaparecido para siempre de vuestro suelo los últimos restos de los enemigos de la paz y del órden público.

Cuartel general de Solsona, 17 de Mayo de 1847.=Manuel Pavía.»

1846 Á 1848.

PROCLAMA

DEL GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO CARLISTA.

« Habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas:

»El Rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha dignado confiarme el mando militar de estas fidelísimas provincias.

»Al presentarme de nuevo en medio de vosotros, es mi deber exponeros la mision que me ha sido confiada, los sentimientos que animan á nuestro jóven y augusto monarca, y la línea de conducta que observaré constantemente.

»Los principios generales que S. M. adoptará para gobernar se hallan expuestos en su manifiesto del 23 de Mayo de 1845 y su arenga del 13 de Setiembre de 1846. Los graves acontecimientos políticos que han ocurrido despues y que agitan la mayor parte de Europa, léjos de haber cambiado en nada sus ideas, le han convencido, por el contrario, de la necesidad de formar un gobierno puramente español, que, fuerte con el apoyo de todos los hombres de bien sinceramente adictos á su patria, salga al fin de esa humillante y vergonzosa posicion en que se encuentra hace tantos años respecto de las demas naciones, y sea bastante fuerte y poderoso

para no temer á las unas ni mendigar el apoyo de las otras.

»Comprendiendo sus generosas intenciones, todos los que sigan su bandera no reconocerán por enemigos sino á los que se presenten como tales, á los que por ambicion ó egoismo quieran oponerse al establecimiento de un estado de cosas por el que hace mucho tiempo suspiran todos los buenos españoles, como el único remedio para preservar al trono y á la nacion de la ruina inevitable que los amenaza.

»Quince años de experiencia, quince años durante los cuales hemos visto en el poder á todos los hombres eminentes del partido que habia tomado por divisa *órden y libertad*, han probado de una manera irrecusable que es preciso seguir otra marcha para establecer y consolidar el órden, la justicia y la libertad bien entendida.

»El medio de lograrlo todos lo saben. El nombre del Rey ha sido pronunciado como el único que puede salvarnos. Oponerse á la voluntad general del país sería un crímen imperdonable.

»Seamos los primeros á ofrecer nuestros corazones y nuestros brazos á una causa tan sagrada. Recordad que en todas las épocas habeis dado este noble ejemplo, y no os engaño al deciros que todos los hombres de bien cuentan con él, y que será seguido inmediatamente por las demas provincias del reino, que sólo aguardan esta señal para levantarse.

»Conservar en toda su pureza y esplendor la santa religion de nuestros padres; respetar y proteger á sus ministros; rodear el trono de toda la fuerza y prestigio necesarios á su conservacion; restablecer en él al soberano que la justicia y la felicidad de la nacion reclaman; asegurar los fueros y privilegios que han hecho por tantos siglos la prosperidad de

nuestro país, tal es nuestra mision; mision santa, que llevaremos á cabo con la ayuda del cielo, que no puede faltarnos si seguimos por el camino de la lealtad.

»Á las armas, pues, vascongados y navarros. Agrupémonos al rededor del estandarte enarbolado por nuestro Rey. Sea nuestra divisa *Cárlos VI y olvido de lo pasado.* ¿Qué español se negará á afiliarse bajo esta bandera, que no rechaza la cooperacion de nadie para combatir y vencer á los insensatos que quisieran todavía oponerse á su triunfo?

»El resultado que nos proponemos y la gloria no se adquieren sin sacrificios; pero serán tanto menores, cuanto mayores y más enérgicos sean nuestros primeros esfuerzos. Si en su ciega obstinacion, los seides del gobierno usurpador que pesa sobre España quisieran prolongar un sistema que se desploma por su impotencia é impopularidad, la nacion indignada les haria desaparecer prontamente de la escena política, y les seguirian en su fuga la execracion y maldicion de todos los buenos españoles, cuya ventura les hubiera sido tan fácil asegurar.

»Nuestro triunfo depende de nosotros. La nacion nos espera como á sus libertadores; su bendicion y gratitud deben ser nuestra más preciosa recompensa; pero el Rey, que no tardará en hallarse en medio de nosotros; el Rey, que va á ser testigo de vuestro valor y de vuestros sacrificios, no dejará de recompensaros con la real munificencia que le dicte su corazon generoso.

»Jefes antiguos, cuya fidelidad y experiencia os son bien conocidas, os guiarán por el sendero del deber. Seguidlos; no os separeis de la línea que os tracen, y lograreis el objeto que en todas épocas han logrado los vasco-navarros. Orgu-

lloso con este título, velaré por que se conserve siempre puro y sin mancha; vuestra gloria es la mia.

»El nombre y la felicidad del país: hé aquí la brújula que dirigirá constantemente mis acciones.=Joaquin Elío.»

«Veteranos Valientes, heróicos jóvenes que morais en las márgenes del Ebro, del Túria, del Tajo, dejad vuestras tareas, que ya el clarin y la corneta os llaman. Si sus sonidos belicosos no pueden llegar hasta vosotros, á lo ménos estoy seguro de que el eco de mi voz resonará en vuestros oidos.

»Por ventura, ¿deseais saber el motivo de este llamamiento? En breves palabras os lo diré. Un príncipe avaro, mezquino, falso y corruptor, aprovechándose de nuestras disensiones civiles, en union con una princesa degradada, hicieron objeto de especulacion mundana el trono católico de los Alfonsos y Fernandos, y en las tinieblas de la noche (porque las noches casi siempre fueron protectoras de los grandes crímenes) echaron los fundamentos á su inícua obra, por medio de una combinacion matrimonial. Por consecuencia de esta, la corona que sobrepujára en brillo á todas las del universo, así por las excelsas virtudes de los grandes hombres que la llevaron, como por la mucha sangre que derramaron nuestros padres por conservarla ilesa, pretenden que pase desde las sienes femeninas que contra derecho la ciñen, á las de un extranjero sin crédito, sin valor y hasta sin título alguno de merecimiento.

»Ya la Francia, avergonzada de tener á su cabeza al autor de tan innoble trama, le expulsó de su suelo, miéntras que nosotros españoles, áun reputados de más altivos, conservamos en el nuestro y en el apogeo de la influencia á la auto-

ra, y en el poder á todos los cómplices, empeñados más que nunca en explotar el fruto de tan vil mercado.

»Aragoneses! valencianos! tortosinos! murcianos! á vosotros toca hacer ver al mundo que no todos los españoles quedaron sepultados en las ruinas de Zaragoza. La causa por la que yo os llamo á las armas, es idéntica á la que defendieron los héroes que allí sucumbieron: la de la independecia española. Para tan noble y grande empresa, cuento con vosotros, como vosotros contareis sin duda conmigo.

»Apresuraos á venir, porque el tiempo es precioso. En los mismos campos, teatro de nuestras glorias pasadas, os espero. Allí encontrareis la espada que tuvo la dicha de conduciros á la victoria, y el pendon que ilustró el Maestrazgo, con la sola diferencia que vereis en éste ahora inscrito de un lado el nombre de *Cárlos Luis de Borbon*, nuestro legítimo rey, y del otro el lema de *viva la Independencia Española*. Nombre y lema preciosos que nosotros llevamos todos tambien inscrito en nuestros pechos con caractéres de fuego, y que no podrán jamás apagar los amaños y arterías de unos cuantos miserables traficantes de nuestro honor patrio.

»Españoles! vosotros, los que por consecuencia de mi llamamiento empuñeis las armas, acordaos que sin la union, la subordinacion y la disciplina, todo ejército es impotente: guardad rigurosamente estos tres principios, y mirad en cada uno de vuestros compatriotas pacíficos, cualquiera que sea su opinion, un padre, un amigo, un protector: en cada enemigo rendido un hermano, un compañero. Jamás olvideis que la sangre es el tesoro más precioso de las naciones: conservad, pues, la de los enemigos, áun cuando fuese á costa de la propia, y contad de seguro con la recompensa. La clemencia ha

de ser siempre vuestra divisa: hasta para con esos reptiles de forma humana que prolongan hoy dia por todos medios las desdichas de nuestro país. Los límites de la España son bastante espaciosos para poder contener á todos sus hijos, y la tierra suficientemente fértil para mantenerlos. Esto y mucho más sucederá el dia en que la religion de nuestros padres, el amor al trabajo y obediencia á las leyes imperen. Sobre estas bases, reconstituirá su trono el augusto soberano que nos está destinado por la Divina Providencia; y desde allí, estad seguros de que sabrá recompensar vuestras fatigas y trabajos. Así os lo promete vuestro comandante general, RAMON CABRERA.»

«Comandancia general de las Provincias de Extremadura, Toledo y la Mancha.=Españoles: El momento de vindicar la independencia y la dignidad nacional conculcadas de tantos modos, ha llegado ya. En el largo período de 15 años, todas las naciones han recibido nuevos adelantos; pero la España, cambiando sin cesar de instituciones, pasando de una mala reforma á otra peor, sólo ha podido llorar la humillacion á que la ha condenado la inmoralidad de la más execrable administracion.

»La Divina Providencia nos ofrece benigna el único medio de salir de tanta abyeccion y de readquirir nuestro esplendor y restituirnos á aquella posicion honrosa que en tiempos más felices ocupára esta patria de los Cides y Pelayos.

»El Rey nuestro señor D. Cárlos VI (Q. D. G.) os convida con la paz; condena al olvido las disensiones pasadas; sus prendas, su instruccion, su experiencia, su conocimiento de los males que aquejan á la España, la salvarán de la

ruina que la amenaza; y con el consejo de los verdaderos españoles, dará instituciones análogas á la época, á nuestras necesidades, usos, costumbres y creencias.

»Una serie demasiado larga, de maldades, de errores y miserias, establecen una positiva imposibilidad de conciliar vuestra existencia con el órden de cosas actual; así como por el contrario, los elevados y nobles sentimientos del Rey nuestro señor, que podeis admirar en sus manifiestos, son la garantía de nuestra suerte futura.

»Unidos todos los españoles bajo la sagrada bandera de S. M., la transicion será insensible; y casi sin conocerlo, veremos terminada la regeneracion que necesitamos. De este modo, en vez de los horrores de la guerra, resonarán en toda la extension de esta nacion heróica las dulces emociones de la reconciliacion, del olvido, de los sentimientos de la más sincera amistad; y el luto, compañero inseparable de la guerra, se tornará en júbilo, satisfaccion y confianza.

»Revestido por S. M. con el mando de estas Provincias, y con bastantes facultades, nada omitiré para cumplir sus instrucciones paternales, que son la regla de mi conducta. Los pueblos hallarán en mí un celoso protector; el bienestar de todos será el objeto constante de mi solicitud. La tropa que se me reuna será justamente considerada, y los oficiales, sargentos y cabos serán en sus mismas clases, y ademas recibirán una recompensa proporcionada al mérito con que su presentacion vaya acompañada.

»Extremeños, manchegos y toledanos, la causa santa de la justicia os llama á las armas: venid pronto para que ninguno de vosotros quede sin parte en la victoria, sin la gloria de haber contribuido al bien de que careceis. Salvemos la pa-

tria, secundemos las sábias miras del mejor de los reyes, cuya munificencia se ocupará sin descanso en labrar nuestra felicidad, asegurar nuestra independencia y la prosperidad que merecemos y no podemos alcanzar sin el legítimo sucesor de San Fernando.

»Á las armas; á las armas! Viva el Rey.

»Cuartel general de Villanueva de la Serena, Junio de 1848.=El comandante general, Royo.»

El general Cabrera, conde de Morella, á las tropas del ejército.

«Si una cuestion de legitimidad nos separó en la pasada guerra, una nueva cuestion de independencia nacional nos debe reunir ahora. Jamás el soldado español toleró el yugo del extranjero. En fuerza de estos antecedentes nunca desmentidos, yo os conjuro que abandoneis esas filas en que os encontrais alistados, y que están destinadas á sostener la rapacidad, el vilipendio y la traicion, y que vengais á abrazar á vuestros hermanos que hoy forman en derredor de la bandera del español Cárlos Luis de Borbon, nuestro legítimo soberano, cuya persona representa la independencia de España y el cúmulo de sus glorias.

»Todos nosotros os aceptamos y deseamos teneros en nuestras filas, para llevar á cabo la heroica empresa que nos hemos propuesto con vuestra cooperacion; y lo mismo invocamos la del simple soldado, que la del oficial; la del jefe, que la del general. Nuestra bandera no excluye á ninguno; basta que tenga la calidad de español.

»Los empleos y honores adquiridos serán sagrados para nosotros.

»Compatriotas! No derramemos nuestra sangre en cuestiones de partido. El siglo en que vivimos condena esta conducta; ni la expendemos tampoco en beneficio de unos cuantos especuladores inhumanos. Entre una princesa débil, cuyo sexo la condena á hacer del cetro un juguete, y un jóven príncipe de irreprensible conducta, aplicado á los negocios, de capacidad para manejarlos, instruido, ademas, por el infortunio, la eleccion que más conviene al país no puede seros dudosa.

»Y si, para hacer el paralelo de varon á varon, prefiriéseis á Montpensier, su calidad de extranjero hace inútil el cotejo; la España lo rechaza. Ademas, ¿en qué calidad personal se funda el mérito que debe hacerlo digno de sentarse en el trono de Castilla? ¿Es, por ventura, el ser un dón presentado por mano de esa otra princesa, que, no satisfecha con haber cubierto de sangre española todos los campos de la Península, hace inundar en estos momentos las calles y plazas de las capitales; de esa mujer codiciosa que nos tiene reducidos á la más espantosa pobreza, y que áun despues de tantas vicisitudes sigue siempre apegada á todos los gobiernos que se suceden como la rémora á la nave?

»Españoles! Hora es ya que salgamos de una tutela tan degradante, porque es llegado el momento de la regeneracion de nuestra patria. No se hable más de partidos, á ménos que no sea como el dia de ayer, que ya pasó.

»La independencia nacional, la verdadera libertad y el glorioso porvenir están contenidos en la bandera del Rey Cárlos Luis que tremola en nuestro campo. *Viva el Rey!!!*»

CARTA DIRIGIDA AL DIRECTOR DEL PERIÓDICO FRANCES «L'UNION».

«Señor Redactor:

»Bajo la tiránica dictadura de Narvaez, la prensa independiente de España no puede acoger mis comunicaciones; y sin otras noticias que los partes oficiales de nuestros enemigos ó algunas cartas de corresponsales que se limitan á noticiarlos, *se dice:* esta prensa no puede esclarecer la opinion sobre la guerra de Cataluña.

»La prensa extranjera no me rehusará sus columnas: 1.°, para desmentir las falsas noticias y puerilidades de la mayor parte de los jefes que mandan las tropas isabelinas (isabellistes); 2.°, para protestar contra las calumnias que los periódicos asalariados por el Gobierno de Madrid repiten incesantemente sobre la conducta de mis voluntarios; 3.°, para exponer ante mi país y ante la Europa la verdad sobre los hechos de ambos ejércitos.

»Nuestros enemigos nos llaman aún bandidos (brigands), dándonos el nombre de *trabucaires*. Á creerlos, nosotros huimos siempre y somos constantemente derrotados. Si se quieren contar, en vista de sus boletines oficiales, nuestros muertos, nuestros heridos, nuestros prisioneros, la suma sería espantosa. En desquite, ocultan siempre con cuidado nuestros progresos, siempre crecientes; la toma del fuerte de la Bisbal, la del de Cabra, la última derrota del general Paredes, que nos ha dejado en su huida 150 hombres, su propio caballo, etc.

»Mi pluma de soldado se niega á escribir los nombres de los jefes isabelinos que deben sus grados á noticias tan falsas como despreciables. Pero estos mismos jefes no podrán negar

que mis voluntarios han quitado las armas que llevan á sus soldados; que para combatir *las bandas insignificantes de trabucaires*, el Gobierno de Madrid se ha visto precisado á enviar á Cataluña 50.000 hombres de tropas escogidas y la nata de sus generales. Ademas, y este hecho es humillante para nuestros enemigos y concluyente para la Europa; ¿por qué ese Gobierno implora el concurso de Portugal y le pide 8.000 hombres?

»En cuanto al odioso epíteto de trabucaires con que nuestros enemigos nos disfrazan, una simple reflexion bastaria para justificarnos. Mis 6.000 voluntarios no podrian combatir y vencer frecuentemente á 50.000 hombres de tropas, sin el concurso espontáneo y poderoso de la Cataluña. Tan desigual lucha se hubiera concluido si no tuviésemos las simpatías de sus nobles poblaciones; así, pues, si la tenemos, es porque somos dignos.

»La Cataluña está cansada de los actos arbitrarios del Gobierno de Madrid, de su odioso sistema de corrupcion. Este yugo vergonzoso es lo que quiere sacudir. En cuanto á mis voluntarios, la mayor parte son sus hijos; y ella está arrogante de su conducta, y arrogante sobre todo de su fidelidad y valor.

»Los jefes de las tropas enemigas no les rehusan estas cualidades; pero es poco comun. La mayor parte de estos jefes no tienen más que un objeto, avanzar en su carrera adulando al Gobierno de Madrid. El coronel Rios, que manda la columna de Olot, se distingue entre ellos; sin embargo, si estuviera á mis órdenes, yo le habria llevado muchas veces ante un consejo de guerra por su impericia y la exageracion de sus noticias. Sin duda quiere imitar al jefe de la columna del Ripoll,

que, despues de haber sido batido y encerrado con todos sus soldados en la villa de Lilles, obtuvo por medio de un parte falso el grado de coronel. Me hace recordar esto la prostitucion militar. Pero la pesadilla del Gobierno de Madrid, es la fusion carlo-progresista. La desgracia ha aproximado siempre á los compatriotas, que se veian igualmente encarcelados, deportados, fusilados por los tiranos que la astucia, la corrupcion y el terror sólo mantenian en el poder. Añadamos que el conde de Montemolin, en su manifiesto del 14 de Setiembre de 1846, nos ha recomendado el olvido de lo pasado, la reconciliacion. «*Nada de partidos*, ha dicho; *todos somos españoles.*» Despues de esta época, sólo miramos como enemigos á los que nos combaten con las armas en la mano, y recibimos con placer en nuestras filas á todos los progresistas que, privados como nosotros del derecho de la discusion, han recurrido al derecho de la insurreccion para derribar á nuestro comun enemigo. Yo debo confesar que su valor y su conducta son dignos.

»Relativamente á los prisioneros, tantos como los enemigos fusilan de los nuestros ó los deportan á las islas Filipinas, yo he devuelto hasta el dia los suyos, excepto los oficiales, que son tratados tan bien como mi posicion y las precauciones de la guerra lo permiten. Voy á proponer al general Córdoba el canje de nuestros prisioneros. Esperemos, y el aceptará. En todo caso, no seré responsable ante la Europa de las consecuencias de su negativa. En cuanto á los últimos asesinatos del general Villalonga, la nacion no está aún humillada. Ah! si mi deber no me detuviese en esta fiel provincia, iria allí á recordar á este monstruo las leyes de la humanidad. ¡Esperemos!

»Mis graves ocupaciones me impedirán quizá refutar las calumnias de mis enemigos, que todos nosotros despreciamos. Por lo demas, no puedo más que repetir, porque mi sistema no cambiará: fuerte en mi conciencia, con el honor de mis soldados, con el poderoso concurso de esta provincia leal y generosa, proseguiré la defensa de mi legítimo Rey y de la independencia de mi muy amada patria. Contribuir á su triunfo es toda mi ambicion.

»Recibid, etc.

»Cubells 5 de Noviembre de 1848.=Firmado.=Cabrera, conde de Morella.»

«Comandancia general de Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia.=Estado mayor general.=Órden general del ejército del 6 de Diciembre de 1848, en el cuartel general de Talamanca.=Voluntarios: El comandante D. Bartolomé Posas se ha pasado al enemigo, engañando á la fuerza que mandaba, precisamente cuando yo volaba á castigar sus crímenes y sus rapiñas. Testigos oculares, y todos los voluntarios que han logrado fugarse, me han referido las lágrimas y desesperacion de nuestros compañeros al verse tan alevosamente vendidos por su jefe.

»Estas son las armas de que se valen nuestros enemigos! Persuadidos de que jamás podrán venceros en el campo de batalla, derraman el oro que roban á los pueblos para comprar las traiciones más repugnantes, valiéndose del veneno y de los puñales para asesinar á vuestros jefes.

»Horror á los traidores, voluntarios! Vosotros sois españoles dignos, y dignos catalanes. Si entre vosotros ha habido hombres hipócritas y espúreos, áun quedamos bastantes para

hacerlos temblar hasta en sus más recónditos conciliábulos, adonde les seguirá la reprobacion y el desprecio general. En cuanto á nuestros hermanos vendidos, pronto volverán á abrazarnos.

»Voluntarios: nosotros somos del ejército del Rey y del pueblo. El Rey aprecia y recompensará vuestros servicios; el pueblo nos ama y nos proteje. Si un traidor nos abandona, cien leales le reemplazarán en vuestras filas.

»Voluntarios: cuando contemplo vuestro entusiasmo, vuestra disciplina, vuestro valor y vuestros sufrimientos; cuando considero que tengo la honra de mandar un ejército de héroes; que los voluntarios alistados hoy podrian servir de ejemplo á los más veteranos soldados, mi corazon se llena de alegría, y apénas puedo expresar mi reconocimiento.

»La Europa admira la lucha tan desigual que sosteneis contra los opresores de vuestra patria, y ella y la posteridad sabrán hacernos justicia. Seguid siendo modelos de valor, subordinacion y lealtad; bravos ante el enemigo, ante los vencidos humanos, y no dudeis que el Rey y la patria premiarán vuestro singular mérito.

»Voluntarios, queridos compañeros, viva Cárlos VI, viva la libertad é independencia de nuestra patria. Horror á los traidores, y contad siempre con el apoyo y el ejercicio de vuestro general y paisano, El conde de Morella.»

«Voluntarios catalanes.=Vuelvo desde hoy á dirigir personalmente las operaciones y los combates, queria decir, vuestras victorias, que acabarán de cicatrizar mis heridas. Mis primeras palabras serán de agradecimiento á los jefes y oficiales por su vigilancia y decision; á los bravos voluntarios por su

sufrimiento y disciplina; á mis queridos paisanos por sus públicos testimonios de aprecio, consuelos vivificadores que han adelantado mi cura, consuelos que vivirán eternamente en mi pecho.—Pueblos, voluntarios y oficiales, en nombre del Rey nuestro señor (Q. D. G.), y con toda la efusion de mi alma, os doy las gracias por vuestra noble conducta.— Ya nos secundan enérgicamente Navarra y las Provincias Vascongadas.—No tardarán en imitarlas Aragon y Valencia.—En Galicia y Asturias las mismas tropas combaten el odioso Gobierno de Madrid —Otras nuevas importantes apresurarán nuestro triunfo.— Constancia, voluntarios! ¡esperanza, heróicos catalanes! unos y otros habeis conquistado la felicidad é independencia de España.—Independencia! Voz mágica para todos los españoles, blason sublime que vanamente intentan arrancaros algunos traidores.—En torno de esta sagrada enseña, todos los españoles nobles somos amigos; todos debemos agruparnos para jurar esta nueva guerra de sucesion que nos amenaza.—Franco ha sido el lenguaje del Rey; instituciones ha ofrecido en armonía con las necesidades de la época.— Las promesas del Monarca las sostendrá con su espada=CABRERA, conde de Morella.»

CARTA DE BORGES Á UN AMIGO.

«Señor D...

»Todo hombre que se precia amigo de la verdad y de su patria, debe seguir la bandera bajo la cual me honro de militar. Por esto sigo la causa de mi legítimo rey D. Cárlos VI (Q. D. G.), al cual defenderé con mi espada hasta que yo respire. Sírvase V. hacer publicar en los periódicos de esa, á fin

de desmentir las voces con que la calumnia dice que yo me he vendido á un partido impuro. Jamás me he vendido ni me venderé, aunque por ello sepa morir; pareceré ántes que no defender á D. Cárlos y á la España.

»Haga V. público, si lo tiene á bien, que todos los guerrilleros no me siguen de mala gana; nuestras columnas pueden acogerse al indulto, prévio permiso mio; no quiero forzados.

»Queda suyo y B. S. M. =El comandante general de la provincia de Tarragona, general de los reales ejércitos y guerrillas sueltas de la misma provincia.=Borges.

ALOCUCION DEL GENERAL CORDOBA.

«Catalanes: la Reina (Q. D. G.) se ha dignado confiarme el mando del ejército y Provincias de Cataluña; y á tan elevada honra corresponderé con el más ardiente celo, consagrando todos mis esfuerzos á la pronta terminacion de la guerra civil que os aflige. Á la cabeza de un ejército cuya decision y disciplina os es tan conocida, la principal mision que el Gobierno de S. M. me ha recomendado es la de restablecer la paz en vuestros hermosos campos, protegiendo los pueblos y las propiedades de sus honrados y pacíficos habitantes. Á vuestra prosperidad y contento, á la proteccion de vuestras industrias, al desarrollo de vuestra riqueza, á facilitar, en fin, todas las mejoras materiales que en provecho general de Cataluña exijan la cooperacion de mi autoridad, me encontrareis dispuesto, con la sola ambicion de merecer vuestra confianza y afecto.

»Catalanes: para conseguir la paz cuento con vuestros

auxilios y con los esfuerzos reunidos de todo buen catalan. Con vuestro propio apoyo, esas bandas que llevan por todas partes el terror y la desolacion, que atacan vuestras propiedades, que os agobian con multas y contribuciones, que obligan á vuestros hijos á hacer armas contra los intereses más caros de Cataluña, las vereis desaparecer enteramente presentándose á solicitar la clemencia de nuestra Reina; y Cataluña tranquila, marchando por camino más firme hácia el engrandecimiento de sus intereses materiales, tendrá la gloria de deber á sus esfuerzos la paz que necesita, y por la que despues de tanto tiempo de revueltas hace tan ardientes votos; verá á la sombra de ella aumentar la exportacion de sus ricas y estimables producciones, y crecer sus hijos sin temor de perderlos en una impía guera entre hermanos, sostenida por la ambicion de algunos, y alimentada por vuestros propios émulos y enemigos.

»Catalanes: yo recorreré bien pronto vuestro territorio para examinar por mí mismo vuestra situacion y acudir á vuestras necesidades; os daré pruebas constantes del interes y proteccion de que es digno un pueblo tan esencialmente industrioso y trabajador; y si mis esfuerzos fuesen inútiles, si Cataluña no comprendiese sus más evidentes intereses, y sus valientes habitantes temiesen ante la impotente fuerza de una faccion que para existir necesita, engañando á los pueblos, invocar principios opuestos á la historia entera del partido carlista, al ménos llevaré el consuelo, al retirarme de este mando, de haber hecho todos los esfuerzos para aseguraros el bienestar y tranquilidad que tanto habeis anhelado, y á que desea contribuir vuestro capitan general, Fernando Fernandez de Córdoba.=Barcelona 20 de Setiembre de 1848.»

«*Ejército liberal.=División de vanguardia.=Circular número* 1.°=1.° Para atender á los gastos de la guerra contra el Gobierno corrompido y tiránico de Madrid, se hace indispensable que los pueblos contribuyan con sus esfuerzos, prestando cuantos auxilios sean necesarios al efecto; por estas razones, haciendo falta dinero para satisfacer el importe de armas, vestuarios y municiones, contando con su patriotismo, creo excusado tomar otras medidas que invitarle á que satisfaga las contribuciones de ese pueblo, y lo efectúe *in continenti* de las del presente semestre, por apremiar la escasez de recursos, debiendo prevenir á V. que, para evitar todo evento de fraude, los recibos llevarán el V.° B.°

2.° La seguridad de las tropas liberales exige la vigilancia de los pueblos para avisar con oportunidad el movimiento de los enemigos. En este concepto, he tenido á bien ordenar que los pueblos me den parte, bajo su responsabilidad, en el término más perentorio, de la entrada, salida ó aproximacion de las tropas enemigas, igualmente que de su número y demas datos que puedan convenir; los alcaldes que falten á esta órden serán pasados por las armas, advirtiendo á V. que con la prudencia de mi carácter le libraré, en cuanto sea posible, de todo compromiso con el Gobierno usurpador de Madrid, reservando con el mayor sigilo cuantos servicios presten á la causa de la libertad.

3.° Se servirá V. dar publicidad á las adjuntas proclamas, disponiendo todo lo que conduzca á que esos jóvenes quintos, arrancados por una ley ajena de este siglo de sus casas para defender una causa tan injusta como la de la pandilla inmoral que gobierna, se enteren de su contenido; de este modo podrá V. librar á nuestra patria de los horrores de una guerra

civil que la maldad del Gobierno de Madrid en su ciega obstinacion quiere sostener. Espero que sus sentimientos liberales le harán corresponder á mis invitaciones, excusándome así de dictar medidas revolucionarias para nuestro sostenimiento y defensa. Dios y libertad.=Salinas 13 de Setiembre de 1848.= El Jefe de las fuerzas liberales, Victoriano de Ametller.= Sr. Alcalde de.....»

Extracto ó índice de los documentos hallados al general carlista Alzáa.

Una esquela fechada en Tudela á 4 de marzo de 1848, firmada por Ramon de Benito, sin manifestar á quién se dirige por no tener sobre. Empieza: «Apreciable paisano:» su contenido abraza diferentes particulares; uno de ellos dice: «El poco afecto á los de ese país me lo tenía manifestado diferentes veces, y en la última de 14 de Febrero último me decia: aquí no hay otro Dios, otra religion, otra patria ni otra opinion que el *interes*, la *falsedad* y la *adulacion*. Este es el carácter de los flamencos: por lo demas, no puedo prometerme en España ni más comodidades, ni más abundancia de todo lo necesario para la vida.» En otro párrafo dice «que conserva alguna carta de la señora viuda Marsan y sobrino, de Bayona, que puede ser útil al que dirige la carta.

Un borrador de instrucciones á los jefes carlistas que hayan de emprender sus operaciones sobre Irún y su guarnicion, San Sebastian, Hernani y Pasajes, Tolosa, Vergara y Placencia, al parecer dirigidas por Alzáa.

Otro borrador de una circular á los alcaldes, incluyéndoles dos proclamas y una circular, fechada en Urnieta á 28 de Junio de 1848, para que las den toda la publicidad.

Proclama de D. Joaquin Elío á los habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas.

Otra proclama á los habitantes de Guipúzcoa, dirigida por Alzáa.

Borrador de una circular, comprensiva de ocho artículos, y en los que se hacen várias prevenciones para que los ayuntamientos de los pueblos sigan en sus funciones, hagan los suministros que se necesiten, comuniquen noticias, etc., etc.

Una carta empezada, con fecha en Tolosa en 26 de Junio de 1848, en que se dice: «Amigo Chantre: Suspendan ustedes el movimiento hasta el 30 por la mañana, á ménos que reciban ustedes alguna otra órden.»

Borrador de una carta dirigida á D. José Ignacio, invitándole á unirse á sus antiguos compañeros de armas, su fecha 29 de Junio de 1848.

Una carta empezada que dice: «Junio 30 á la una de la tarde. Mi estimado Chaurin: las dos adjuntas dirija usted inmediatamente á sus títulos. Por qué no rompen ustedes?.. Es indispensable nos veamos esta noche.»

Una lista de 37 individuos que empieza con D. Domingo de Egam, y concluye con Andres Beasain. En ella están comprendidos oficiales carlistas que habian pedido su revalidacion, y otros que habian entrado por la amnistía ántes del 17 de Abril.

Estado de las fuerzas montemolinistas.

JEFES.	Infantes.	Caballos.
El general Cabrera	400	60
Idem Masgoret	300	30
Brigadier Marsal	300	20
Idem Posas	250	18
Caletrus	200	12
Castells	200	18
Torres	200	12
Boquica	200	»
Borges	200	20
Estartús	180	»
Muchacho	180	10
Sebatés de Cornudella	150	»
Vilella	150	14
Escoda	150	8
Peret de Rasguera	150	»
Baldrich	170	10
Gisbert	140	12
Ramonet	100	»
Molins	100	12
Bou	100	»
Parrot	80	»
Coscó	50	»
Monserrat	50	»
Valiarda	40	10
Garrafa	40	»
Planademunt	50	»
Saragatal	40	»
Moga	30	»
Guillaumét	30	»
Tristany, hermanos	50	12
Malla	50	»
Luis, Don Benito	40	»
Cortacaus	40	»
Guerxó de la Ratera	60	»
Santana	60	8
Tinoy	30	»
Basquetas	40	»
Marcó, Jofre, Ribas, Sincó, Sabate, Arbonés, Gitxó y Torjac	360	12
TOTALES	4.960	298

Tropas isabelinas que operaban en la Capitania general de Cataluña.

NOMBRES DE LOS REGIMIENTOS.	INFANTERIA. — Batallones.	CABALLERIA. — Escuadrones.
Rey.	3	»
Príncipe.	3	»
Princesa.	3	»
Soria.	3	»
Córdoba.	3	»
Zaragoza.	3	»
Castilla.	2	»
Valencia.	1	»
Union.	2	»
Constitucion.	2	»
Asturias.	2	»
Jaen.	1	»
San Quintin.	2	»
Astorga.	2	»
Cazadores de Tarragona.	1	»
Idem de Barbastro.	1	»
Idem de Talavera.	1	»
Idem de Tarifa.	1	»
Idem de Chiclana.	1	»
Idem de Figueras.	1	»
Idem de Ciudad-Rodrigo.	1	»
Idem de Alba de Tormes.	1	»
Idem de Arapiles.	1	»
Idem de Simancas.	1	»
Idem de Las Navas.	1	»
Idem de Antequera.	1	»
Idem de Vergara.	1	»
Sagunto.	»	3
Santiago.	»	1
Montesa.	»	1
TOTALES.	45	5

Habia ademas el primer regimiento de artillería, una batería de la brigada de montaña del primer departamento y una batería del segundo y cuatro compañías de ingenieros.

BIOGRAFÍA DEL CONDE DE ESPAÑA.

Es un compendio de la vida del célebre Conde de España más bien que una biografía, lo que vamos á escribir. Pocos personajes han adquirido la celebridad del que nos ocupa; pocos tambien han bajado á la tumba más apostrofados y siendo ménos conocidos los particulares de su vida. Vamos á narrarlos, con la severa imparcialidad del historiador. Alabaremos lo que de loar sea, y no se manchará nuestra pluma borrando la sangre que empañen los blasones de D. Cárlos Espagne.

Durante la vida del conde, han pasado los más extraordinarios sucesos del mundo. Hijo de la sociedad antigua, la vió subir al cadalso con su rey; en vano luchó toda su vida por restaurarla. Desde el año de su nacimiento hasta el de su trágica muerte, han pasado muchos siglos para los pueblos.

D. Cárlos Espagne nació en 1775, en el condado de Fois (Francia), frontera de España, en cuyo condado habian sido antiguamente sus ascendientes los príncipes soberanos, poseyendo á Cominges y el país de Couserans. *Su padre, el marqués de Espagne*, teniente general, le destinó jóven al servicio de las armas, siguiendo el uso de aquellos tiempos en

que los menores de familia solo podian optar entre el claustro y los campamentos. El jóven Cárlos Espagne entró en una compañía de la despues célebre Casa Roja de Luis XVI, que su padre mandaba.

Jóven aún, fué testigo de los grandiosos y horribles sucesos de la revolucion de su país, que hizo rodar en la guillotina las cabezas de su padre y de muchos de sus parientes. Testigo Espagne de estas sangrientas ejecuciones, concibió un odio mortal á la revolucion que le despojaba al mismo tiempo de sus aristocráticos blasones. Márchase entónces con su hermano primogénito al ejército de Condé, é hicieron juntos esta desgraciada campaña, hasta la disolucion de las malparadas fuerzas de aquel célebre enemigo de la revolucion.

Marchó D. Cárlos á Inglaterra, y en virtud de una real órden comunicada por el duque de Alcudia al marqués del Campo, entónces embajador de España en la córte de Lóndres, pasó al servicio de España, abandonando el de la Bretaña, é ingresó de segundo teniente graduado de capitan en el batallon de la Reina, en 11 de Enero de 1792. Combatió á sus compatriotas y á los ingleses en las dos guerras que tuvimos con éstos, sirviendo, en virtud de real órden, de ayudante de campo del capitan general D. Juan Miguel de Vives, y del comandante general D. Felipe Ramirez; desempeñando en su destino comisiones reservadas de la mayor consideracion que le captaron el aprecio de sus jefes.

En Abril de 1796 era primer teniente del regimiento infantería de Borbon. Al comenzar la guerra de la Independencia estaba Espagne en el ejército de Cataluña de ayudante, hallándose en todas las acciones que se dieron en aquel Principado. De aquí pasó á Castilla la Vieja, en la misma calidad

de ayudante de campo del general Vives, combatiendo y distinguiéndose notablemente en las acciones que se dieron extramuros de Ciudad-Rodrigo, en Abril de 1809: mandaba Espagne una corta fuerza que, no solo se habia dedicado á proteger á nuestros partidarios, sino á incomodar al general Lapisse, colocado entre Ledesma y Salamanca. Agregado despues al general Wilson se halló en la accion de Barba del Puerco, y en la que se dió cerca de Alcántara en el mismo mes y años citados. Mandaba entónces como comandante el batallon de tiradores de Castilla, y asistió á la defensa del Puerto de Baños, por la cual se le dió el grado de coronel en 19 de Agosto de 1809. El 18 de Octubre del mismo año peleó en la célebre batalla de Tamames, y en los ataques de Fresno, Medina del Campo, Alba, Puerto del Pico y Cáceres, por los que fué ascendido á brigadier en 14 de Marzo de 1810, y continuó mandando una brigada de la division, de la que era comandante general el mariscal de campo D. Cárlos O' Donnell.

En 18 de Mayo hizo Cárlos Espagne un reconocimiento sobre Trujillo: cercó el convento y las casas del general y comandante; y despreciando el vivísimo fuego que por las troneras de los edificios y con la artillería del castillo hacia el enemigo, le atacó con valor, matando á un oficial y dos soldados en la casa del comandante. Al siguiente dia se retiró Cárlos Espagne á Sierra de Fuentes.

El 18 de Mayo de 1810 peleó en las acciones de la Roca sobre Trujillo; y en 27 de Julio, en la de las inmediaciones del fuerte de la Alcoleta y en el asalto del mismo, que se dió de su órden, el 31 de dicho mes, mandándole en persona. Hizo prisionera la guarnicion francesa, compuesta del regi-

miento 70 de línea. En 23 de Diciembre se halló en la accion sobre Abrantes.

La guerra se hallaba entónces en su mayor incremento; y como es consiguiente, las arbitrariedades y crueles atropellos se sucedian sin interrupcion. Espagne, como militar y rígido observante de la ordenanza y leyes de la guerra, se condolia ó más bien se exasperaba de algunos actos de barbarie, y con ánimo de ponerles cóto dirigió la carta que vamos á estractar, notable por más de un concepto, pues ella nos evita el ocuparnos de ciertos pormenores de que trata.

Valencia de Alcántara 25 de Octubre.

«El mariscal de campo D. Cárlos de España al general frances Thiebault.

»Excmo. Sr.: Habiendo sido nombrado por el Gobierno nacional y legítimo, comandante general de las tropas de S. M. Don Fernando VII, nuestro amado soberano, en la provincia de Castilla la Vieja, y encargado del gobierno político y militar de sus pueblos; bajo las órdenes inmediatas del Excelentísimo Sr. D. Francisco Javier Castaños..... habia creido no tener motivos sino para congratularme de hallar á V. E. al frente del sétimo gobierno establecido por las armas francesas en España, así porque tenía presente el distinguido nombre del padre de V. E., como porque sabía por la voz pública su carácter moderado; y me lisonjeaba que conforme á él, y sin faltar á sus deberes como militar, sabria templar los males horrorosos de esta guerra sin ejemplo, por la injusta agresion, y que nunca debió empezar, si la ambicion y la violencia hubieran sabido respetar la justicia y la virtud de una nacion ilustre en todos los tiempos. . . . . .

»Pero la conducta infame que acaba de observar el general Mouton, comandante de las tropas que entraron en Ledesma, no sé si por órden de V. E. ó de otro general superior, mandando asesinar á unos soldados del batallon de cazadores de Castilla veinticuatro horas despues de haberles hecho prisioneros, me pone en la dura y sensible precision de mandar pasar por las armas á igual número de prisioneros franceses, conforme á las órdenes que tengo; órdenes justas, y dirigidas á contener los excesos y brutalidad de algunos generales franceses que, como el tal Mouton, deberán, sin duda, haber salido del establo revolucionario, y que han querido sobrepujar en barbarie y ferocidad á los incultos habitantes de algunos cantones del África, y á quienes la posteridad pedirá siempre cuenta de los actos de inhumanidad cometidos y de la justa venganza á que han dado lugar.

»Es preciso que V. E. entienda y haga entender á los demas generales franceses, que, siempre que se cometa por su parte igual violencia de los derechos de la guerra contra las mismas órdenes del emperador, ó que se atropelle algun pueblo ó particular, repetiré igual castigo inexorablemente en los oficiales y soldados franceses, de los que me traen diariamente un buen número, y de este modo se obligará al fin á conocer que esta guerra no es como la que suele hacerse entre soberanos absolutos, que sacrifican la sangre de sus desgraciados pueblos para satisfacer su ambicion ó por el miserable interes, sino que es guerra de un pueblo libre y virtuoso que defiende sus propios derechos y la corona de un rey á quien libre y espontáneamente ha jurado y ofrecido obediencia mediante una *constitucion sábia que asegure la libertad política y la felicidad de la nacion.*

»V. E. no deberá extrañar que yo le escriba esta carta, porque la justicia y la buena conciencia son siempre francas, y se adelantan á dar razon de sí mismas, miéntras que la política obra con otros rodeos para encubrir la perfidia y llevar adelante las miras de la tiranía.

»Podria citar á V. E. muchos ejemplos de la humanidad y nobleza con que los generales de las tropas nacionales y reales de España, oficiales y soldados, y los cuerpos francos han tratado á los generales, oficiales y soldados enemigos que han venido á asolar el suelo de la España (cita aquí varios hechos). Compare V. E. esta generosa conducta con la infame de un Mouton y de otros, que, como guerrero, ha merecido la desaprobacion del emperador Napoleon, segun órdenes interceptadas. Pero, señor general, tenga V. E. entendido, y haga entender bien, que la generosidad tiene sus límites, y que la venganza nacional se ejercitará siempre que sea necesario.

»He sabido que los leales y valerosos soldados españoles que se hallaban prisioneros en Salamanca han salido de aquella ciudad atados con un dogal por el cuello de dos en dos, como de los brazos, cuando iban libres los demas prisioneros del ejército aliado. Tenga V. E. entendido que éste será el modo con que mandaré viajar á los oficiales y soldados franceses hasta que me conste que sus generales tratan á los españoles, fieles defensores de su patria, de cualquier cuerpo ó denominacion que sean, con la humanidad que prescriben los mismos derechos de la guerra; en la inteligencia de que la conducta que se observe será el modelo de la mia, la que mandaré tambien á los cuerpos patrióticos, que se hallan tan aprobados por el Gobierno como las tropas de línea, y que todos forman un mismo ejército. . . . . .

»Nosotros mantendremos la guerra; y nuestros hijos, que se están criando á la vista de sus mismos opresores, acabarán de vengar á nuestra amada patria. Yo, señor general, tengo un hijo; mi opinion es la de todos los españoles, excepto la de un cortísimo número, que así como no han sabido ser españoles, no pueden ser franceses; á este hijo, despues del temor de Dios, lo único que le encargo es una guerra eterna á los opresores de su patria, y que con las armas, sin apartarse del camino del honor y de la fidelidad, tome venganza de los insultos hechos por los franceses á nuestra santa religion, á nuestro amado soberano Fernando VII y á la nacion entera; y bajaré contento al sepulcro, porque tengo la certidumbre de que mi hijo cumplirá con mi encargo. No crea V. E. que soy yo hombre de opinion exaltada; soy al contrario uno de los españoles más moderados; pero lo que huele á injusticia y á violencia me repugna sobre todo y hiere mi alma en lo más sensible.

»Á mí me es indiferente que V. E. me conteste ó nó, porque yo sé indudablemente que este escrito llegará á sus manos, y me servirá de gobierno la conducta que V. E. y los demas jefes observen despues de su recibo.=Dios guarde á V. E. muchos años, pero fuera de España.=Campamento á la izquierda del Tormes y Octubre 12 de 1811.=Cárlos de España.=Excmo. Sr. General de division, gobernador del sétimo gobierno frances, Thielbault.»

El militar que así se expresaba, de orígen frances, pero de corazon español, ya habia derramado su sangre en defensa de la Independencia española en el ataque contra los enemigos que sitiaban á Badajoz, en el que asaltó á la cabeza de la

brigada la batería de la derecha de la línea sobre el cerro de San Miguel, de la que se apoderó, resultando herido en el pié izquierdo, por cuya accion se le confirió una medalla de honor y el nombramiento de comandante general de la vanguardia del quinto ejército. Combate luégo en Évora; y en el primer sitio de Badajoz manda la primera division de infantería del citado quinto ejército, cuyo mando tuvo desde el 8 de Mayo hasta el 15 del mismo, que se reunió al ejército británico, en el cual luchó en la célebre batalla de la Albuera contra las fuerzas que mandaba el mariscal Soult. Mandó entónces Cárlos Espagne una division, y fué herido de un golpe de lanza en el brazo izquierdo. Entónces, 23 de Junio de 1811, fué ascendido á mariscal de campo.

Desde el 3 hasta el 16 de Julio siguiente, que se levantó el segundo sitio de Badajoz, le tuvo esta ciudad ante sus muros, mandando la misma primera division á las órdenes del general D. Pedro Agustin Giron. Luchó luégo en Castilla en las batallas del 25 y 26 de Setiembre, reunido al ejército aliado y mandando á las tropas disponibles para ocupar la izquierda del mismo; y el 28 de Noviembre derrotó á los batallones enemigos que habian ido á saquear las riberas del rio Alagon y la sierra de Francia.

Ya era por este tiempo segundo comandante militar y político de Castilla la Vieja, por nombramiento de la regencia: levantó y organizó entónces la tercera division del quinto ejército; concurrió con ella al sitio de Ciudad-Rodrigo, y asistió á su asalto al lado de Wellington, terminando gloriosamente la campaña de 1811.

La del siguiente año la hizo con la misma division, con la cual concurrió á la célebre jornada de Salamanca en union

del ejército aliado; entra éste triunfante en Madrid, le acompaña Cárlos Espagne, y el duque de Wellington le nombra comandante general militar y político de la capital y su provincia, aprobando la regencia este empleo, que desempeñó hasta la evacuacion de Madrid por los aliados.

Cárlos Espagne ejercia entónces el principal poder en Madrid; era la autoridad no sólo más caracterizada, sino tambien la que se veia cercada de mayor prestigio y gloria por sus brillantes hechos de armas, y en especialidad por el último de Salamanca á que contribuyó bizarramente. Así le vemos á la cabeza de todas las corporaciones y en todos los actos públicos, siendo uno de los más notables que tuvo lugar el de la felicitacion de la villa al que se habia inmortalizado en Ciudad-Rodrigo y Salamanca.

En efecto; en la mañana del 22 de Agosto (1812) el nuevo ayuntamiento de Madrid salió en cuerpo de las casas consistoriales con las ceremonias de estilo, bajo la presidencia de Cárlos Espagne, dirigiéndose al real palacio con el objeto de cumplimentar al Excmo. Sr. Capitan general duque de Ciudad-Rodrigo, á quien Espagne dirigió en nombre de todo el ayuntamiento la palabra: empieza por ofrecerle la expresion sincera de su respeto y gratitud; le felicita por sus repetidos y gloriosos triunfos contra las armas francesas, cuyo orgullo supo humillar en Talavera y Portugal, Ciudad-Rodrigo, Badajoz y Salamanca, concluyendo por pedirle tomara bajo su proteccion la capital del imperio español, de donde acababa de arrojar al enemigo.

Durante la permanencia de Espagne en Madrid, se ocupó en regularizar la administracion militar y política, distinguiéndose en la última por aquella torpe intolerancia que no

ha desaparecido aún completamente de nuestra patria. En un bando que publicó en Madrid el 2 de Setiembre de 1812, decia:

«Habiendo llegado á mi noticia, por sujetos de acreditado patriotismo, que algunas personas de uno y otro sexo residentes en la capital han conservado relaciones de correspondencia con los desgraciados españoles que han seguido al gobierno intruso, abusando de la confianza de las autoridades públicas por sus conversaciones y público trato, me hallo constituido en la obligacion de prevenir: que cualesquiera que comunique directa ó indirectamente, por escrito ó de palabra, con los enemigos de la patria y del Rey, con sus adherentes, será juzgado inmediatamente por un consejo de guerra, y sufrirá irremisiblemente la pena pronunciada contra los espías.»

¿Necesitaban los defensores de la Independencia este rigorismo para vencer á sus contrarios? Si era insignificante la fraccion de los afrancesados, ¿no se les creerá ahora de mayor importancia á la vista de tales mandatos, dictados con más encono que prudencia? Pero volvamos á los hechos gloriosos de nuestro militar.

Tuvo Espagne que abandonar á Madrid y seguir la retirada del ejército desde el Tajo hasta Ciudad-Rodrigo, acabándose la campaña de este año sin otros importantes sucesos.

Al abrirse la de 1813, era comandante general de la segunda division del 4.° ejército: asistió á la batalla que se dió á las inmediaciones de Pamplona, y quedó encargado del bloqueo de dicha plaza desde 1.° de Agosto hasta el 31 de Octubre, que capituló su guarnicion, despues de haber ejecutado durante el bloqueo trece salidas, en una de las cuales, puesto

Espagne al frente de las tropas, cargó al enemigo, y rechazándolo completamente, recibió una herida en el muslo de bala de fusil, que le rompió dos músculos y le dejó estropeado. Debida á él la rendicion de la importante plaza de Pamplona, fué recompensado por el Gobierno con una medalla de honor, despues de darle las gracias.

En la campaña de 1814 mandaba la misma division: pasó reunido al ejército aliado el rio Adour, y asistió á la accion del 27 de Febrero bajo el cañon de la plaza de Bayona, encargándole el mando de aquella parte de la línea entre el rio Nive y Adour en el bloqueo de dicha plaza; peleando en las salidas que hicieron los franceses en la noche del 14 de Marzo, y rechazándolos victoriosamente. Esta es la accion que se cuenta como la última de aquella guerra, y el honor de haberse hallado en ella Espagne era uno de los que más le envanecian. Sacó su espada en cuanto pisó el territorio español el primer frances enemigo, y no la volvió á la vaina hasta dejarle humillado en su misma tierra. Órdenes superiores le hicieron volver á España para encargarse del gobierno militar y político de Tarragona, conferido en 15 de Agosto de 1814; siendo destinado en Marzo de 1815 al ejército de observacion de los Pirineos orientales, á las órdenes del Excelentísimo Sr. D. Francisco Javier Castaños, con retencion del gobierno de Tarragona. Hasta la disolucion de dicho ejército desempeñó el mando de la segunda division del de reserva.

Hasta aquí los hechos de armas en aquella época de Cárlos de Espagne, caballero ya de la real y militar órden de San Luis de Francia, ostentando várias cruces de distincion concedidas por acciones de guerra; caballero de la real órden

de San Hermenegildo, y caballero militar gran cruz y banda de la de San Fernando; elevado despues (27 de Agosto de 1817) á título de Castilla, con el de conde de España, que acreditó corresponderle como descendiente por línea legítima de los antiguos condes de Cominges y de Foix, y en atencion á los ilustres enlaces de estas familias, y á la fidelidad y amor del rey Fernando, que le dispensó y á sus hijos y sucesores del pago de lanzas y medias annatas.

Nombrado en 26 de Diciembre de 1818 segundo cabo comandante militar del Principado de Cataluña, le halló en este destino la revolucion de 1820, á la que mostró una decidida oposicion. Fué depuesto de su destino en el mes de Marzo; dejó la Península para pasar á la isla de Mallorca en virtud de real órden; y no permitiéndole desembarcar en aquella isla, ni trasladarse á la desierta de Cabrera, grave y enfermo, se vió precisado por salvar su vida del furor de los partidos, á separarse de su mujer é hijos, y trasladarse á un barquichuelo que le condujo al puerto de Mahon en la isla de Menorca, donde fué insultado, perseguido y encerrado en el Lazareto de espurgo con peligro de su vida.

Debemos decir en obsequio del conde que, á pesar de tantas adversidades, las preferia y no el deber la hospitalidad á quienes habia combatido y de quien era declarado enemigo, sin embargo de haber nacido en su suelo. Estos sentimientos los habia demostrado palpablemente, cuando despues de la paz de París le invitó Luis XVIII á entrar en el servicio de Francia. El conde de España respondió rehusándolo, y diciéndole «*que la sangre francesa que tuvo en sus venas habia sido ya derramada por los mismos franceses en el suelo español.*» Hasta tal punto llevaba su antipatía por su patria

primitiva, que, cuando se veia precisado á hablar la lengua nativa, no lo hacía sino con mucha repugnancia.

En fin de Marzo de 1822 recibió España una órden secreta del rey, y abandonando á su familia y con peligro inminente de su vida, salió de la isla de Menorca en comision reservada, que desempeñó en París, Viena y Verona, trabajando en el congreso celebrado en este último punto, *y activando la ocupacion de España para conseguir el restablecimiento del gobierno legítimo del rey*. Tales palabras contiene el documento que tenemos á la vista. Preveníale el rey se pusiera de acuerdo con el capitan general conde del Real Aprecio, á quien tambien se lo habia comunicado por reales órdenes.

El conde de España hizo estos largos y penosos viajes sin que percibiera sueldo alguno hasta Abril de 1823, en el que se le declaró el de teniente general empleado miéntras durase la campaña.

Ya ántes, en 14 de Marzo del mismo año, fué nombrado para aumentar y organizar con toda actividad las divisiones realistas y emplear todas sus luces é influjo en favor de la union de los españoles. Trató el conde de hacer una fusion de los partidos, pero empezó por unir á los carlistas y terminó por perseguir á los liberales.

En 21 de Abril fué nombrado virey y capitan general del ejército y reino de Navarra, con todas las prerogativas y facultades anejas á dicha dignidad; y en 3 de Julio, la regencia que de *motu propio* se formó, le manifestó su satisfaccion: «en vista, decia, de los generosos sentimientos que le animaban y la indignacion de su lealtad conmovida con la escandalosa tropelía que la faccion revolucionaria cometió con

el rey N. S. al trasladar su real persona y familia á la plaza de Cádiz;» mandando ademas se le diesen las gracias por sus deseos de ser empleado de cualquier modo, y en las ocasiones de más riesgo que pudieran ofrecerse en las operaciones militares, con que debia lograrse el rescate del rey.

Trabajó el conde con el mayor empeño, y su celo y actividad fueron remunerados el 11 de Julio por la misma regencia, nombrándole capitan general del ejército y reino de Galicia, y presidente de su real audiencia. Quedó sin efecto este nombramiento por hallarse mandando el cuerpo de ejército español realista que sitiaba la plaza y ciudadela de Pamplona, cuyo mando desempeñó desde principios de Abril hasta Setiembre del ya citado año de 1823, en que dicha plaza capituló, por lo cual se le dieron las gracias en los términos más lisonjeros. En 14 de Diciembre se le concedió la gran cruz de la real y distinguida órden española de Cárlos III, y en providencia de la misma fecha se le nombró vocal de la junta de oficiales generales, auxiliar del ministro de la Guerra, para fijar las bases, pié y fuerza de que debia constar la guardia real y demas armas del ejército. Nombrado capitan general interino del ejército y reino de Aragon en 12 de Mayo de 1824, se le confirió á los cinco dias la presidencia de su real audiencia.

S. M. cristianísima le hizo comendador de la órden de San Luis, en 2 de Junio de 1824; y en 23 de Diciembre le concedió Fernando la honorífica cruz de fidelidad militar de primera clase.

Comenzamos una época completamente nueva para el conde.

Á principios de 1825 existian hondas excisiones en el ban-

do realista; los más acalorados desconfiaban del rey suponiéndole tolerante en demasía, y formaron el partido llamado apostólico, que escogió al infante D. Cárlos por su jefe. El mariscal de campo D. Jorge Bessieres se presentó en rebelion armada en el mes de Agosto, y el 19 del mismo se nombró al conde general de la division de todas armas de la guardia real destinada á contener y sofocar esta rebelion, que estalló en Getafe y tuvo fin en Molina de Aragon con el castigo ejemplar de los rebeldes, conforme á lo terminantemente mandado por el rey, en real órden del 17 del citado mes, y otras posteriores comunicadas por el ministro de la Guerra que conservaba el conde. ¡Quizá aparezca algun dia Bessieres como un instrumento de elevados personajes arrojado á ser víctima de ajenas faltas!..

La gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, fué el premio que concedió el rey al conde en 28 de Agosto; pero no la aceptó, suplicándole verbalmente admitiera su renuncia, lo que hizo el rey convencido de las razones que le expuso. Fué nombrado el 22 de Diciembre individuo de una comision para examinar un proyecto de arreglo general de todas las dependencias del ministerio de la Guerra, y en 12 de Setiembre de 1827 capitan general y general en jefe del ejército y Principado de Cataluña, conservando el mando de la guardia.

El estandarte de la rebelion fué enarbolado en Cataluña como hemos visto en el curso de esta obra; y necesitándose para auxiliar al capitan general marqués de Campo Sagrado, otro jefe de la misma graduacion á quien se encomendase la parte activa de las operaciones militares, fué elegido el conde de España, el cual partió inmediatamente con suficientes

tropas en busca de los rebeldes, quienes por momentos acrecentaban sus fuerzas, en términos de parecer empresa sumamente problemática y árdua la que ántes se presentaba con los síntomas de una conjuracion muy fácil de sofocarse.

Tenía el conde la idea de que los catalanes no obedecen sino á los que temen; y con este absurdo propósito trató de hacerse temer. Un historiador de la última guerra, el malogrado príncipe Lichnowsky, que acaba de ser muerto en Alemania, y militó con el conde de España, se expresa así, hablando del general (1), sin que al escribir sus palabras se crea estamos de acuerdo con ellas; pues reservándonos emitir nuestra opinion, exponemos la suya en prueba de nuestra imparcialidad y para mayor ilustracion de nuestros lectores.

«Tomó las riendas, dice, con mano firme, cortó la cabeza á los jefes de los partidos, envió á presidio á los más revoltosos, y entónces obedecieron todos, y el órden se restableció.

»La Cataluña no se parece en nada á las demas provincias de España; es tanto más difícil de gobernar, cuanto que encierra dos partidos opuestos en intereses; las montañas y la costa. Las numerosas y ricas ciudades marítimas, con su comercio y sus fábricas.... se distinguen por sus tendencias republicanas.... En cuanto á Barcelona se la podria comparar á un vasto pantano cuyas fétidas exhalaciones se extienden á lo léjos; no puede olvidar los tiempos en que, independiente del resto de España, se gobernaba por su propio conde, aquel belicoso Raimundo que hablaba como señor á los reyes vecinos y trataba de igual á igual con los emperadores de la

---

(1) *Souvenirs de la guerre civile dans Espagne.*

Seminario de HISTORIA

raza carlovingiana, y disputaba á los normandos el imperio de los mares.

»El país de las montañas forma gran contraste con el de las costas, con el que tiene escasas comunicaciones, pocos caminos, un solo rio navegable y necesidades diferentes... raro es quien penetra en lo interior de éste, más allá de las orillas del Monserrat, para visitar una vez en la vida la Madona milagrosa. ¡Cuán pocos españoles han visitado los valles de Cataluña á lo largo del Segre, de las Nogueras, del Cinca, los manantiales del Llobregat, los barrancos profundos del condado de Paillase, en los cuales no es interrumpido el silencio más que por el graznido de las aves solitarias y el martillo de las herrerías! Estos profundos cráteres de forma antidiluviana, donde la noche reemplaza ligeramente un dia de algunas horas, parecen hechos expresamente para esta guerra de guerrillas, de que han sido la cuna, y se han perpetuado hasta nuestros dias en su primitiva naturaleza. Este país y sus habitantes no han cambiado despues de la lucha que han sostenido durante tantos siglos contra el imperio romano: viven encerrados en sus desiertos, y el solo género de comunicacion que tienen con el extranjero contribuye á sostener sus disposiciones salvajes y guerreras. . . . . .

»Se comprenderá fácilmente que los medios de dulzura y de moderacion ejercen poco imperio sobre estas poblaciones, compuestas unas de republicanos fanáticos y otras de montañeses medio salvajes, y se convendrá conmigo en que la tarea del que es llamado á gobernarles es de las más difíciles. Así muchos hombres eminentes, pero faltos de firmeza, han encallado, miéntras otros, usando de una severidad necesaria, han tenido buen éxito.....

»De todos los generales que mandaron á los catalanes durante esta guerra (la de Independencia), el conde de la Bisbal fué el solo á quien temieron, á quien amaron y á quien obedecieron.» . . . . . .

Expuestas las interesantes líneas que preceden, vamos á hacernos cargo de los hechos del conde de España, desde su llegada á Cataluña, debiendo decir ántes, en contraposicion de lo que expone Lichnowsky de que se necesitan manos de hierro para gobernar á los catalanes, que, léjos de creerlo así el vizconde de Reiset, general francés que ocupaba y mandaba á Barcelona y al Principado, hasta la ida del conde, dijo al rey: «Que para mantener la tranquilidad en Barcelona solo bastaban cuatro hombres y un cabo, pues que los industriosos barceloneses, por naturaleza inclinados al trabajo y al sosiego, solo cuidaban de aumentar su industria y de obedecer al gobierno constituido.»

Acúsase al conde de España por haber mandado ahorcar á los principales jefes de la rebelion de 1827 despues que fueron indultados por el rey; en vida, no lo desmintió el conde; á su muerte tampoco lo podemos hacer nosotros.

El rey, que habia ido á Cataluña á cortar con su presencia la insurreccion, marchó á Valencia á recibir á su esposa, y en tanto entró el conde en Barcelona á la cabeza de sus tropas con semblante severo é imponente; dando al punto la órden para que se presentasen en las casas consistoriales cuantos individuos habian pertenecido á la milicia nacional.

Seis batallones se habian formado en Barcelona durante la época constitucional, y por consiguiente muchos eran los que á ella pertenecian. Pero todos se presentaron con serenidad en las casas consistoriales, sin excusarse ni ocultar su

nombre. Á las once de la noche el acuerdo reunido, resolvió se retirasen á sus hogares hasta segunda órden. El objeto de aquella reunion era, segun se dijo, saber si habia algun individuo que tuviese armas, municiones, vestuario ó algun otro efecto perteneciente á la milicia.

El conde tenía sin duda trazado el plan de la marcha política que habia de seguir en Cataluña, y especialmente en Barcelona. Todas las autoridades subalternas de ésta le eran afectas: el conde de Villemur como gobernador de la plaza, y D. José Víctor de Oñate como subdelegado de policía, parecian de acuerdo con España en inaugurar una época de terror en la tranquila capital.

Formóse desde luégo una policía secreta de la hez de la sociedad, de criminales sacados de los presidios y de otras personas de este jaez. Entre ellos mismos se hallaba comunmente el delator y los testigos. Se daba el baston y colocaba á la cabeza de un barrio, vestido ya con levita, al que se vió salir el dia ántes de las montañas con calzon corto, gorro encarnado y melenas hasta los hombros.

El conde, por su parte, no se olvidó de elegir fiscales suficientes sometidos á su voluntad. Con este aparato teatral, sólo restaba abrir la escena de horror.

Dióse de repente la voz de que existia en Barcelona una horrenda conspiracion, cuyo objeto era proclamar la constitucion de 1820. Cuando toda la ciudad descansaba en el mayor reposo, cuando sus honrados é infatigables habitantes procuraban disputarse el ingenio, cunde la desolacion y el infortunio en todas las familias. Esposos, padres, hijos, hermanos, eran arrebatados de sus casas, separados de los brazos de sus familias para ser conducidos á la ciudadela. De

treinta en treinta, de cuarenta en cuarenta, eran en una noche sorprendidos y encerrados en lóbregos calabozos.

Las cárceles, los fuertes, no podian contener en sus recintos mayor número de desgraciados. No se atendia á estado, condicion, empleo ó gerarquía. El noble, el honrado artesano, lo mismo que el oficial ó jefe que encaneció derramando su sangre y dando dias de gloria á su patria, eran mezclados en negras mazmorras con el salteador ó el asesino.

Cargados de hierro, incomunicados y sin permitírseles ni áun llevarles la comida, pues se les obligaba á que la tomasen de la cantina á triplicado precio, pasaban meses enteros sin recibírseles declaracion; y cuando llegaba el caso de tomarse ésta, lo hacian los fiscales con cargos, amenazando á los acusados con la horca si no declaraban la verdad: ocultábanse los nombres de los acusadores, y en vano suplicaban los desgraciados mártires se les carease.

El primero que pereció, víctima de tan brutal despotismo, fué D. José Ortega: tantos fueron sus padecimientos en Monjuich, que, prefiriendo acabar de una vez sus dias, á sufrir una muerte tan cruel y lenta, resolvió suicidarse haciéndose una incision en el brazo con un hueso de gallina, que no produjo efecto. Cuando vieron sus enemigos la camisa bañada en sangre, le registraron, y hallándole la incision, le trasladaron á la ciudadela. Allí, con doce más, fué fusilado á las seis de la mañana del 19 de Noviembre de 1828.

El estampido del cañon anunció su desastrosa muerte, y presto se vieron los inanimados troncos de las víctimas ser conducidos por presidiarios á la horca, de antemano puesta en medio de la explanada frente á la ciudadela. La sangre, los destrozos de sus cráneos, se veian con horror derramados

por uno y otro lado: los perros acudian á comerse los sesos que se desprendian de la cabeza de aquellos desgraciados: el verdugo se apoderaba de los cadáveres que, arrastrados por la escalera de la horca, teñian con su sangre los escalones, haciendo glorioso el lugar de los suplicios. No bastaba con fusilarlos; era preciso colgar los cadáveres en la horca..... qué horror...!! ¡Y el mismo conde de España fué á gozar de este espectáculo....!

Barcelona estaba consternada; la tristeza se retrataba en todos los semblantes; los paseos se veian desiertos; la desconfianza hacía enmudecer á los mayores amigos.

Hasta que el cañon hubo anunciado el fatal sacrificio, no se permitió repartir el único periódico que entónces habia en la ciudad *(El Diario de Brusi)*. En él apareció el siguiente artículo de oficio firmado por el conde.

«El Principado de Cataluña gozaba de los preciosos beneficios de la paz, debida á la gloriosa y paternal resolucion del Rey nuestro señor (Q. D. G.) de venir por sí mismo á preservarle de los estragos de la anarquía, resultado inevitable de una sublevacion criminal y funesta, á la que contribuyeron, por una parte, hombres pérfidos, enemigos solapados del Rey y del Estado y otros incautos sin sondear ántes el abismo que ellos mismos iban abriendo bajo sus propios piés, y por otra los fautores de la rebelion de 1820. Los que más diestros en la carrera del crímen, aprovecharon mañosamente el concurso de causas y disposiciones preparadas por ellos mismos, como un medio seguro de desunion que abria un nuevo campo á su fementida esperanza, llegando al extremo, en aquella crísis lamentable, de ofrecer su peligrosa existencia, ofreci-

miento que fué rechazado con indignacion, como es notorio á toda Cataluña.

»Las tropas reales, observando la más laudable disciplina y la más honrosa conducta, oportunamente distribuidas, aseguraban el sosiego público; restablecido el respeto á los tribunales y autoridades, todos los estados y condiciones restituidos á la pacífica posesion de sus bienes y derechos, es público que las personas y propiedades de todos, sin excepcion de compromisos en revoluciones y agitaciones sucesivas, se hallaban igual é imparcialmente protegidas.

»Un cuadro tan satisfactorio para todo fiel vasallo del Rey, era un tormento para aquellos hombres, avezados á revoluciones que, semejantes á las fieras del desierto, se alimentan sólo con sangre. Agentes de la infame rebelion de 1820, impulsados por sus cómplices de dentro y fuera del reino, trabajaban para volver á encender la tea fatal y sangrienta de la anarquía y de la impiedad. Una conspiracion, á la par que criminal en el intento, horrenda en los medios, se estaba urdiendo: Barcelona, por su importancia militar y su influencia civil, fué elegida por el teatro en que debian renovarse las escandalosas escenas de 1820, miéntras, segun resulta de avisos y correspondencias oficiales, revolucionarios refugiados en otros países se acercaban á la frontera del Principado, uniéndose á extranjeros la hez de largas revoluciones, y á la parte más criminal de la pasada sublevacion, encubiertos bajo el manto de descontentos políticos ó sea agraviados.

»Tales eran los fatales elementos con que se iba engrosando la densa nube que se preparaba á descargar sobre esta bella é industriosa parte de la monarquía todos sus pestilenciales materiales. Esta es la verdad, probada por resultancia

de los autos que han pretendido deslumbrar correspondencias (interesadas sin duda), valiéndose hasta de una gaceta oficiosa impresa más cómodamente al otro lado del Vidasoa.

»La Divina Providencia, que quiere conservar á la católica España con los beneficios de una monarquía paternal los consuelos de la religion, dispuso que feliz y oportuna revelacion manifestase las tramas de los conjurados; las autoridades, fieles á sus deberes, tomaron providencias proporcionadas á las circunstancias; varios fueron arrestados, otros buscaron su salvacion en una precipitada fuga: convictos ó confesos los primeros en los actos de acusacion por declaracion, ratificacion y confrontacion, con arreglo á las leyes para semejantes privilegiadas causas, oidos los alegatos de sus defensores nombrados de oficio, segun práctica de los tribunales en causas de esta naturaleza, entre los jefes más respetables del ejército, por sentencia debidamente consultada y asesorada, el juzgado de guerra ha pronunciado la pena capital impuesta á los conspiradores y sediciosos que atentan á los sagrados legítimos absolutos derechos del Rey, á la seguridad de sus plazas y dominios, con arreglo á las leyes y reales decretos de 17 y 21 de Agosto de 1825, mandados observar expresamente en este Principado, la que, anunciada por el cañon de la ciudadela, se ha verificado en la mañana del 19 del actual, en que fueron lanzados á la eternidad los reos confesos ó convictos, cuyos nombres se expresan.

»Leales catalanes: cálmense los recelos de vuestra fidelidad y religiosidad alarmadas. El Rey nuestro señor, por decreto de su propia augusta mano, tiene manifestado que su real voluntad no permitirá que nuevas peligrosas teorías y aventuradas doctrinas alteren jamás las venerandas, funda-

mentales leyes y sábias instituciones de su católica monarquía, que reune la sancion de la experiencia de largos siglos de prosperidad y de gloria.

»Es llegado el tiempo en que los revolucionarios de 1820 y los sediciosos de años posteriores conozcan que un pronto, necesario y saludable castigo será el resultado inevitable de sus tramas; que la autoridad legítima que el Rey tiene de solo Dios, debe ser respetada y acatada por todos los estados y condiciones.

»No, no se verán ya más en la católica España los estragos funestos de la impiedad y de la rebelion. Los perversos de 1820, oprobio indeleble de la carrera de la fidelidad y del honor, vendidos vilmente al oro extranjero, expelidos de las filas de un ejército fiel, no volverán á atentar contra la seguridad de la monarquía. No, no se verán más confundidos entre viles revolucionarios ninguno de los que pertenecen á los estados y clases que heredan los deberes de constante lealtad al Rey, ántes de heredar privilegios y propiedades concedidos á antiguas virtudes y servicios, con la siempre existente condicion de continuarlos. No, no; el capitan general del Principado, los generales empleados en él, y los gobernadores de sus plazas, no dejarán ajar la parte de autoridad que el Rey ha dignado depositar en su fidelidad durante su real beneplácito.

. . . . . .

. . . . . .

»Los tribunales aplicarán sin contemplacion el justo castigo de las leyes á las excepciones del real indulto contra delitos y ofensas públicas, que errores políticos ni circunstancia alguna puede excusar; y los empleados en todas las

carreras se dedicarán por una conducta leal á poner á cubierto la responsabilidad de los que los han propuesto para los empleos que deben á la piedad del Rey.

»Pero si, lo que no es de esperar, dejase algun resorte de corresponder á su objeto, tengan por cierto los fautores de la rebelion de 1820 y los de las sediciones sucesivas que el Rey nuestro señor no necesita más que una señal de su real voluntad para que la España entera, católica y realista en su inmensa mayoría levante al momento su corazon leal y su esforzado brazo en defensa de los altares de San Fernando y de San Luis y del trono de Cárlos III, en que la Providencia se ha dignado colocar un Rey verdaderamente augusto, que no solamente reina sobre las Españas en virtud de la preciosa legitimidad que para la felicidad de los pueblos asegura los más augustos derechos al paso que marca todos los deberes; pero igualmente sobre los afectos de amor, de gratitud de todos los españoles, que sólo anhelan con su largo reinado su felicidad, la de la virtuosa Reina nuestra señora y de toda su augusta real familia.=Barcelona 19 de Noviembre de 1828. =El conde de España.»

Publicado este escrito, aparecieron varios impresos desmintiendo que hubiese en los procesos ratificaciones, confrontaciones, ni otro trámite que una simple declaracion, y mucho menos, careos ni defensas públicas ni secretas; añadiendo, que el pintor Magin Porta fué puesto en capilla en lugar de otro, á quien por una gran cantidad se le sacó de ella y libró pasaporte para el extranjero.

Á las ejecuciones del 19 de Noviembre sucedió el destierro de las familias de aquellos desgraciados, destinando, ademas, á presidio á otras muchas personas.

Todos creyeron que tales actos serian los últimos que afligieran el ánimo de los catalanes; pero el 26 de Febrero del siguiente año de 1829 volvió á retumbar en Barcelona el funeral estampido del cañon de la Ciudadela. Á poco, se ven pendientes del suplicio los cadáveres de cuatro desgraciados, de los once que acababan de ser *lanzados á la eternidad*. Distribúyese el periódico, corren todos con los ojos anegados en lágrimas á salir de la curiosidad, y por ver si está el nombre del padre, del hijo, del esposo, del amigo, el hermano... y vénse en sus páginas los siguientes: El teniente coronel, Don José Rovira; el de igual clase, D. Félix Soler; Joaquin Villar, pasante de escribano; José Ramon Nadal, corredor de cambios; Jaime Clavell, José Medrano, Pedro Pera, Sebastian Puig, Serra, Sanz, Pep Morcaire.

En otra manifestacion, parecida á la anterior, dió cuenta el conde de estas nuevas terribles ejecuciones. En tanto, continuaban las prisiones, y el terror y el sobresalto reinaban en la ciudad. Eran tan hondas las raices de la conspiracion? ¿Tan contumaces los rebeldes, que no bastaban estos horribles escarmientos repetidos? Serian los últimos? Desgraciadamente nó; y tener que continuar refiriendo tan trágicos sucesos, es nuestra tarea más enojosa y desagradable.

Para aumentar la triste situacion de los infelices presos, se les tapiaron los calabozos, so pretexto de que unos á otros se hacian señas. Por befa y escarnio obligaban cada mañana á los presos á que, rodeados de centinelas, sacasen los servicios de los calabozos y ellos mismos se hicieran la limpieza, para no dar lugar á que los presidarios dirigieran siquiera una compasiva ojeada sobre aquellos infortunados.

Creyóse, por entónces, que ya no haría más ejecuciones

el conde de España, y se trataba de aliviar la suerte de los presos; pero el 30 de Julio del mismo año 29 resonó por tercera vez el fatídico cañon, indicio del sacrificio; y á su estruendo, unido al de la fusilería que dirigió las descargas á las víctimas, quedaron yertos cadáveres D. Pedro Mir, Domingo Prats, Manuel Lopez, D. Antonio de Haro, D. Juan Crotet, Salvador de Mata, Manuel Sancho, Manuel Latorre y Pando y Antonio Vendrell, cuatro de los cuales fueron, segun costumbre, colgados de la horca.....

Llegóse á una época en que era expuesto hasta el interceder; se cerraron varios establecimientos públicos; y lo intenso del dolor tenía sumidos á los barceloneses en una especie de estúpido marasmo.

De vez en cuando se hacian remesas de presos á Ceuta, Tarifa y otros presidios. El depósito comun era la Ciudadela, en donde se les ponia grillete y cadena, rapada á navaja la cabeza, y entre multitud de bayonetas se les conducia al muelle, y sin permitirles dar el postrer adios á sus esposas, hijos, padres ó amigos, se les embarcaba, obligándoles á estar bajo escotilla.

Si alguno creyese que nos dejamos llevar de exagerados informes, y que faltando á nuestro propósito damos acogida á especies apasionadas, vamos á referir el siguiente hecho:

Sobre unos treinta individuos rodearon una noche la casa del teniente coronel indefinido D. Vicente Mayone, lo sacaron de la cama, registraron y se llevaron todos sus documentos, como reales despachos, diplomas, certificaciones y hasta las armas de su casa y ejecutorias de nobleza. Obligaron á él y su patrona á seguirlos, y por ser hora en que no podia pasarse á la ciudad desde la Barceloneta, su domicilio, los

dejaron en el cuerpo de guardia de la puerta del Mar, hasta el siguiente dia que fué puesto el teniente coronel en un oscuro calabozo, en donde habia varios malhechores que le obligaron á pagar lo que entre los truanes se llama la *manta*. Una estera que D. José N., alcaide entónces de las cárceles, le proporcionó, fué su único lecho por espacio de siete meses y medio.

La casa quedó cerrada y las llaves en poder de la justicia. Ni una triste camisa se le sacó durante los cuatro primeros meses para que se mudase; la miseria se lo comia, y mas de una vez se habria dado la muerte, pero le sobraba valor para sufrirla cien veces cada dia en aquel estado tan denigrante para un caballero de nacimiento.

Ántes de cumplir los cuatro primeros meses de su prision, como hubiese un dia visita general de cárceles, á la que asistió el conde de España, pidió Mayone se le oyera: le fué concedida la demanda, y presentándose ante el general, le dijo Mayone.

—«Pido que se me fusile; áun tendré valor para mandarme la escolta.

—»*Está usted muy desesperado*, le contestó el conde, *sosiéguese usted, sosiéguese usted. Ha sido usted militar?*

—»Soy un teniente coronel, y prefiero morir á verme mezclado y confundido con los asesinos. Cerca de cuatro meses há que estoy aquí, y todavía no se me ha tomado declaracion.

—»*Es falso*, dijo el fiscal.

—»Es verdad, replicó Mayone. Al quinto dia de mi prision vino usted, señor fiscal, es muy cierto; pero como se separase usted de los trámites legales, esto es, como usted me presentase una lista que contenia mas de cien individuos,

como usted queria á la fuerza que los conociese, que estuviese comprendido en las que usted dice sus maquinaciones, y como, en fin, me dijese que habia testigos prontos á declarar que yo, tal ó tal dia iba por la puerta de D. Cárlos con dos más, urdiendo tramas políticas, yo le pedi á usted desde luégo se me presentasen los tales testigos á ver si sostenian lo mismo delante de mí. Á esto contestó usted que bastaba que ellos lo dijesen y que no podian presentarse; y mi contestacion fué ésta: Sobreséase, pues, á mi declaracion; quede en este estado hasta que se me prometa el careo. Usted se despidió y no he vuelto á verle.

Despues han sido várias las instancias que he hecho á usted para que se le entregasen las llaves de mi casa al que cuida de traerme el alimento ó á mi sobrino (1); pero mis quejas han sido desoidas, *(volviéndose al general)* excelentísimo señor, teniendo yo tan buena cama y equipaje como V. E., estoy durmiendo en un mísero peludo, gracias á la caridad del alcaide, y lleno de inmundicia y miseria, sí señor, lleno de piojos, como V. E. vé (descubriéndose el seno, y enseñando los que discurrian por su camisa); *¿y esto es vivir, señor excelentísimo?* Venga la muerte, repito; fusíleseme, que yo mandaré la escolta: si soy delincuente, castigueseme enhorabuena; pero no se me condene á una muerte civil ántes de aparecer reo. Téngaseme seguro, es muy justo; pero hágase distincion entre mí y un salteador de caminos: no se hollen así las insignias, grados y distinciones que gané con mi brazo y el Rey se dignó conferirme.

—Basta, basta, dijo el conde; retírese usted: y usted, se-

(1) Joaquin del Castillo, quien publicó en 1835 estos hechos.

ñor fiscal, sufrirá ocho dias de arresto, y la causa pase inmediatamente á su compañero.»

Este acto hubiera honrado mucho más al conde, si el castigo impuesto al fiscal hubiera sido más completo, y al que por las leyes se habia hecho acreedor.

El nuevo fiscal adelantó el curso de la causa de Mayone, y fué á los tres meses puesto en libertad. Cuando se disponia á marchar á Teruel (para donde le habian dado pasaporte), volviéronle á poner preso en el castillo de Monjuich, en donde fué encerrado en uno de los más hediondos calabozos: la humedad y lobreguez de este sitio le produjeron una enfermedad que le causó la muerte.

Si no bastara lo que acabamos de referir de Mayone, otros muchos hechos históricos pudiéramos citar iguales, y áun mayores en lo horrible de los sucesos. Cuando se prendia á algun sujeto, no se sabia sino con mucho trabajo, y despues de incesantes investigaciones, su paradero: de aquí nacian gravísimos perjuicios al paciente, que ni áun podia recibir los escasos auxilios de una cantina, porque sus parientes ó deudos no se presentaban á salir garantes de los gastos. No temian los presos la cuchilla de la ley, sino la de la arbitrariedad, y preferian suicidarse á ser el vilipendio y juguete de sus enemigos. Así que, perdido en cierto modo el juicio, ó llevados de un impulso violento, intentaron darse la muerte quince de los encerrados en la ciudadela. Quién, desesperado hasta el último extremo, no hallando instrumento con que darse la muerte, se colgaba de una sábana; quién se agujereaba el cráneo dándose golpes con un clavo que habia por casualidad en la pared; uno se ahogaba con un hueso, y otro, en fin, se hizo una incision con un pequeño vidrio en

la garganta, y se desgarró la carne con los dedos hasta abrir una brecha suficiente para desangrarse. De los quince referidos, siete llevaron á efecto su trágico fin; los otros no pudieron lograr sus horribles intentos.

Se mezclaba á las personas de categoría y dignidad entre los ladrones y asesinos; á todos se rapaba la cabeza, cargaba de hierros y amenazaba con la muerte; jefes, oficiales, comerciantes y hasta el cura párroco de Puigber, el oidor de la audiencia de Cabello y el oficial de la antigua guardia, Mecina, hijo del general del mismo nombre, fueron tratados con el mayor rigor y menosprecio. Á este último se le dió por compañero de cadena un pito. Así hollaban, no sólo el carácter militar, el decoro de la magistratura, sino la dignidad del sacerdocio, por el que tanto blasonaba el conde, y del que se mostraba tan partidario, llegando su religiosidad hasta el punto de pasar largos ratos de rodillas en los templos con su rosario en la mano, obligando á los demas que lo llevasen al cuello, y prohibiendo al mismo tiempo gastar patillas crecidas y sacar fuera del corbatin los picos de la camisa.

El espionaje se encargaba á los que habian pertenecido á las filas revolucionarias del año 27. El teniente don Jaime Mas fué preso, y directamente desde su casa conducido á presidio con grillete y afeitada la cabeza, trabajando en las obras públicas con los presidarios. Despues de algunos meses, púsosele en libertad prévia una órden del conde de España, en la cual decia: «le tenía allí para unas averiguaciones, y se le dará el pasaporte para Daroca en clase de indefinido.»

Muchas de las condenas no decian la causa ni el tiempo que debian estar, y áun hubo sujeto á quien se le destinó á presidio en uno de los de Africa ínterin se sustanciaba la causa.

Las personas desterradas á seis leguas del radio de Barcelona, puertos, costas marítimas y fronteras pasaron de 1.800, muchas de ellas por ser familias de los condenados á destierro y que habian sufrido la pena capital.

Pero corramos ya un velo sobre tan trágicas escenas, y demos fin á la parte más enojosa de nuestra tarea; en la que más bien hemos contenido la pluma que dejádola correr é invadir terrenos que respetamos.

Ya era el conde de España gentil-hombre con ejercicio, y caballero profeso de la órden militar de Santiago; honrándole tambien el rey de las Dos Sicilias con la gran cruz de la Real y militar órden de San Fernando de Nápoles. Esta distincion le fué concedida cuando el rey de Nápoles vino á España, acompañando á Doña María Cristina, que venía á compartir el tálamo y el trono con Fernando VII.

En la alocucion que dirigió con este motivo al rey de las Dos Sicilias, despues de expresarse en términos generales y análogos á las circunstancias, emitia algunas ideas que no estaban en armonía, ni con sus precedentes ni con su conducta ulterior.

Hé aquí el contexto del párrafo á que aludimos:

«El pabellon de V. M. que tremola sobre este arco, con el real de España, enlazado con el de las lises, simboliza que entre los hijos de San Luis y los dignos sucesores de Enrique IV, Luis el Grande, de Felipe V, y Cárlos III, no hay Pirineos y que los lazos que unian la monarquía española al reino de las Dos Sicilias, antiguo y frecuente teatro de las glorias de las armas reales de España, se estrechan y vinculan con tan augusto y fausto himeneo.»

En 1830 enarbolaron algunos montañeses el pendon de

D. Cárlos, y el conde le abatió prontamente. De aquí data el odio que le tenian algunos realistas. El jefe de estas bandas, D. Manuel Ibañez, fué enviado al presidio de Ceuta por el conde. Á los ocho años despues ya veremos cómo se encontraron el juez y el reo, que, bajo el pseudónimo de Llarg de Copons, infundia el terror en las llanuras de Tarragona, durante la pasada guerra.

Comenzamos una nueva época. El 31 de Octubre de 1832 remitió el conde de España al Gobierno la copia de un escrito que circulaba en Reus y varios pueblos de la costa, conocidos, decia, por su adhesion á la rebelion de 1820; previno á las autoridades que se lo comunicaron instruyeran la competente sumaria para indagar su procedencia, que comprometia muy directamente la tranquilidad pública de aquella Provincia, *donde no se necesitaban cohetes de esta especie para excitar un incendio, difícil de apagar* (1).

En efecto; pero el incendio comenzaba ya, y el conde de España fué relevado de la capitanía general de Cataluña el 11 de Diciembre de 1832 por el teniente general D. Manuel Llauder. Llega éste á Barcelona el 19, en medio del regocijo

---

(1) El papel de que se hace mencion y obraba en el archivo del ministerio, es un convenio que se decia celebrado en Paris el 27 de Setiembre de 1832, por el conde de Ofalia, plenipotenciario de S. M. C. y de S. M. B. Mr. Candius, y S. E. el duque de Dalmacia, en que se trataba:

1.° La autoridad real en España, en lo sucesivo, conservará la denominacion de rey de los españoles.

2.° La Constitucion del año 12 será modificada.

3.° La nacion española reconocerá la independencia de las Américas, de hecho y de derecho.

de sus habitantes, que salian á recibirle, demostrando así la opresion en que habian vivido por espacio de cinco años y cuatro meses. El furor que sentian los catalanes hácia el conde de España no pudo ahogar su alegría; y en medio del júbilo, estalló el resentimiento de la venganza. El mismo Llauder contó así el suceso:

«..... Nada turbaba el general placer difundido por la ciudad, cuando un incidente inesperado y sugerido acaso con el siniestro fin de desacreditar la pureza de los sentimientos que demostraban estos vecinos en prueba de su gratitud á la Reina nuestra señora, vino á provocar una irritacion, que pudo tener funestas consecuencias, comprometiendo mi autoridad. Se conoce demasiado bien (y lo han confirmado ya legalmente várias soberanas declaraciones, que contienen la absolucion é inocencia de muchos infelices) la violencia y arbitrariedad con que ha gobernado esta Provincia el conde de España, y que á los atropellamientos é ilegalidades, con que ha sumido en la miseria y las mayores amarguras á millares de familias, multiplicando suplicios, y llenando los presidios, no podia ménos de seguirse un profundo resentimiento, reprimido largo tiempo, que al fin habia de romper el primer dia que resplandeciese la justicia y la clemencia soberana.

4.° Habrá amnistía: sólo comprenderá el perdon de la culpa, la restitucion de bienes y honores. Siguen luégo 13 artículos orgánicos y dispositivos, en los que se trata de las córtes; de la ley sálica; libertad de imprenta; reforma administrativa; de hacienda; de estudios con la enseñanza mutua; expulsion de los jesuitas; extincion de realistas; establecimiento de la G. N.; indemnizacion por compra de bienes nacionales; extincion de monacales, etc., etc.

»Llegó para ellos el suspirado caso, y se contentaron con publicar vivamente su gozo, al verse acogidos bajo la augusta proteccion de nuestros reyes y señores. El conde de España, á pesar de haberme escrito el dia anterior de que no podia salir de casa, por hallarse convaleciente de una catarral y amago de dolor de costado, en este momento crítico de exaltacion salió á la calle, y en su tránsito hasta mi alojamiento oyó expresiones descomedidas, imposibles de reprimir entre una multitud sorprendida é indignada con la vista del autor de sus infortunios. Sus reconvenciones eran arrancadas del mismo dolor que habian sufrido, y se refiere que habia quien reclamaba al padre, al esposo, al hijo ó al hermano, los caudales consumidos con los procesos, ó en la sórdida avaricia de los agentes, y hasta quien le pedia las prendas de su mismo uso, vendidas para alimentar en las prisiones á las desdichadas víctimas de tanta arbitrariedad. Es indudable que en cualesquiera otros habitantes ménos pacíficos que los de esta capital, la presencia del conde de España habria producido un exceso más funesto; pero aquí no pasó de esta demostracion, que sentí vivamente no se hubiese previsto por los que mandaban, pues pudieron llegar á mayores desacatos, porque nadie pudo tampoco prever tamaña imprudencia; mucho más cuando se le acusaba públicamente de abierta rebeldía contra el Gobierno, y de que seguia prolongando los destierros y violencias, y desoyendo los clamores de tantas familias desgraciadas como pedian el cumplimiento de la bondad y beneficencia soberanas. El inmenso gentío que rodeaba mi casa, repitiendo las aclamaciones y cuanto acababa de oir, le impuso mucho temor y llenó de una pusilanimidad extraordinaria, sin embargo de que ya entónces ningun motivo habia, por

las enérgicas disposiciones que tomé al punto que ví su imprudencia y temeridad; y aunque contaba con esta seguridad, y pretendí que lo acompañasen mis ayudantes, no quiso salir hasta la noche, impidiéndome marchar á despedir las tropas que habian formado á mi entrada, y me esperaban en la muralla, suplicándome le permitiese ir á la ciudadela, porque no se creia seguro en otra parte, á pesar de que reinaba el mayor órden, y de las protestas que le hice de responder de su seguridad.

» Fué por último á la Ciudadela, y desde allí solicitó por escrito embarcarse para Mallorca, áun ántes de recibir la Real órden que le señala aquel destino, protestándome su eterna gratitud por mis disposiciones, y la proteccion con que hice respetar su persona, pues el Gobierno nada dispuso; conforme verá V. E. en la adjunta carta, que original acompaño, habiéndose hecho á la vela esta mañana á las cinco y media en la goleta de guerra Mahonesa. »

Sigue diciendo, que nunca ha resaltado más la cordura y juicio de aquellos habitantes; que hubo iluminacion espontánea en las calles y teatros, en donde fueron colocados los retratos de SS. MM., músicas y otras demostraciones de contento público sin la menor alteracion del órden. Que va recibiendo felicitaciones de los ayuntamientos, y que es general en toda la provincia el mismo contento; y continua: «Estoy reuniendo todas las reclamaciones que se me dirigen por las muchas personas que, habiendo sido expatriadas sin forma alguna de juicio, pedian volver al seno de sus familias: el conde de España lo habia rehusado, exponiendo en sus derechos negativos que esta clase de sujetos no estaban comprendidos en la amnistía y que tenía fundados motivos para mante-

nerlos en la expatriacion. Pedidos los antecedentes á secretaría nada parece; y el secretario dice que nunca ha constado cosa alguna, habiendo estampado los decretos por órden expresa del general; en cuya virtud le he pasado el adjunto oficio, cuya contestacion tambien acompaño, y por la que verá V. E. cómo elude satisfacer á los conocimientos que le pedia, diciendo tener sus papeles embarcados, como si fuese regular llevarse los papeles del destino como particulares; y lo propio he hecho con las Reales órdenes que hallo á faltar, habiéndome yo abstenido de otra reclamacion por delicadeza. Instruiré este expediente con la celeridad que conviene, pues por los datos que voy reuniendo, y noticias que he adquirido, no me queda duda de que se tramaba un golpe atrevido contra el Gobierno, cuyo plan, trazado de acuerdo con algunos conspiradores en esa córte, estaba á punto de realizarse para alzar de nuevo en Cataluña, y dar la señal, que aguardaban con impaciencia otros prosélitos que tienen en diversos puntos de la Península. Para esta infame traicion, se empezaba por despreciar á la autoridad real reduciéndola á nulidad de hecho: se colocaban en todos los mandos hombres tachados por sus ideas: se procuraba la instruccion extemporánea de los voluntarios realistas de Talavera, segun órden comunicada al gobernador en 9 del corriente; y al comandante de los de este instituto D. Baltasar España le habia dado el conde pasaporte para pasar á la montaña á los partidos de Piera, Manresa y Talara, con pretextos frívolos, pero con el verdadero fin de concurrir á la realizacion del proyecto que urdian, y que afortunadamente ha sido desconcertado por la lealtad enérgica de estos habitantes, y la sábia provision de la Reina Nuestra Señora, etc.»

No transcribimos las comunicaciones que cita Llauder, porque dando, como da, una idea de ellas, solo servirian para ocupar unas páginas que reclaman otros sucesos de importancia. Vamos á ocuparnos ahora de lo que Llauder trata como incidentalmente, y es de los intentos del conde para subvertir el órden público durante la enfermedad del rey, probados luégo por posteriores acontecimientos y declaraciones.

En efecto; poco ántes de estos sucesos llegaron á Barcelona varios emisarios carlistas, y se dirigieron al conde de España, por medio del gobernador de la ciudad el conde de Villemur, para comprometerle á no obedecer el decreto que mandaba jurar á Isabel como princesa de Asturias: le aconsejan fusilase á Llauder cuando se presentara á tomar el mando de Cataluña; que llamara á las armas á los catalanes, y reuniéndolos á las tropas de línea que tenía á su disposicion, marchar á Madrid á libertar á Fernando VII de la camarilla que, decian, le rodeaba.

«Nada, dice Lichnowsky, hubiera sido más fácil á España que la ejecucion de este plan: todos los gobernadores civiles y militares de la provincia eran su hechura: dos regimientos de guardias que estaban de guarnicion en Barcelona le eran enteramente afectos: los oficiales eran todos realistas, y los pocos liberales que se encontraban en los regimientos de caballería é infantería diseminados en la provincia, no hubieran osado resistirle.

El respeto profundo del conde por la autoridad del Rey, al que sólo restaba un soplo de vida y la delicadeza extrema de su conciencia, añade el autor citado, no le permitieron escuchar estas proposiciones. La ocasion única y el tiempo más precioso fueron perdidos.»

Llega el general Llauder, se insta nuevamente al conde, calla, entrega el mando á su sucesor, y se retira á Mallorca, como hemos visto.

El 19 de Enero de 1833, Mr. Enrique Wynne Aubrey, que á instancias del conde de España habia salido de Barcelona para Mallorca, pasa á visitarle á la casa de campo que habitaba en dicha isla. Le propone el conde le facilite medio de emprender su viaje para Génova, ó como más nos inclinamos á creer, por habérnoslo asegurado personas de crédito, el mismo Aubrey se lo propuso y lo proporcionó, así como los pasaportes para él y un cabo de la G. R. de infantería, criado del conde, que debia acompañarlo. Tenía pedido el permiso á S. M.; y sin esperarlo, y dejándose á su hijo en la isla, se fugó en la noche del 25 de Enero, á bordo de un buque sardo fletado al intento y con direccion á Génova, formándosele en su consecuencia el competente sumario. Sospechóse de la connivencia que pudo tener en la fuga del conde el brigadier D. Miguel de Cabra, jefe superior de la isla, y Llauder comunicó al Gobierno el bastante sentimiento que produjo el que por tal medio lograra el conde libertarse de los graves cargos que le resultaban, y de las consecuencias de las reclamaciones que se habian presentado á Llauder.

Si viviera el conde de España, nos hubiera dicho al hablarle sobre la época de su mando en Cataluña que cumplió con los deberes que le prescribian Reales órdenes, y era así; pues prescindiendo ahora de otras, en 9 de Setiembre de 1827 le decia el Rey «que le revestia de todo el poder de su autoridad real para modificar las sentencias impuestas á los delincuentes, ó para perdonar los rebeldes que por motivos de pública conveniencia y para mayor ventaja del estado

juzgase oportuno.» Esta autorizacion fué unida á la facultad de ofrecer premios y recompensas, proponiéndolas á su majestad, á la destitucion de los generales, jefes, autoridades y empleados de todos los ramos que no mostrasen la más activa decision en el círculo de sus respectivas obligaciones para contener y reprimir la rebelion; el mando en jefe de todas las tropas y de todos los V. R. del Principado, y la autorizacion para desarmar á los individuos ó cuerpos de V. R. que se negasen á hostilizar á los rebeldes etc., etc.» Tales fueron las facultades que el Rey confirió al conde; pero debe tenerse presente la época en que las conferia, que si acabada, no caducaron de hecho, debieron haberlo sido de derecho. Mal queria el Rey á los sublevados y áun á todos los catalanes, cuando delegaba todo el ejercicio de su real autoridad en un jefe militar poco predispuesto á la clemencia.

El 5 de Abril de 1833 salió de Génova el conde de España, embarcado para Marsella, en compañía del titulado capitan inglés Enrique Wynne Aubrey y el cabo de la G. R. que le acompañaba. El 7 arribaron á Marsella, y á los diez dias salió de este puerto con direccion á Montpeller; separóse en esta ciudad del inglés Aubrey, cuya constante y fiel amistad no le abandonó un momento, y se dispuso el conde para continuar su viaje á Tolosa, y Aubrey á Barcelona, de donde habia salido para poner en salvo á su amigo.

En cuanto Aubrey llegó á Barcelona, se le detuvo en la Ciudadela, miéntras declaró cuanto habia hecho por el conde, y se le expidió en su virtud pasaporte para Génova, con prohibicion de volver á España, conduciéndole bajo la salvaguardia de un coronel hasta la frontera de Francia.

La conducta del conde en su país no pasaba desapercibi-

da para nuestras autoridades, y hasta una entrevista que tuvo con el ex-ministro de Cárlos X, Mr. Villele, fué participada al Gobierno de Madrid por el capitan general de Cataluña el 27 de Abril; añadiendo en el mes siguiente, que Calomarde y el conde trabajaban infatigablemente para levantar gente con que introducirse en España, asegurando que contaban con siete millones de francos para alistarla y armarla; debiendo verificarse esta tentativa ántes del 20 de Junio próximo.

Justamente alarmado el Gobierno con tales noticias, no dejaba de comunicar sus temores al de Francia, interesado tambien en que triunfaran aquende los Pirineos las ideas victoriosas en Julio del 30. El conde y Calomarde eran dos decididos adalides del absolutismo; convenia imposibilitar los planes, que no habia duda fraguaban, y, al efecto, mandó internarlos. Pidió España le dejasen vivir en el pueblo de su naturaleza, cuatro leguas de Tolosa, adonde se fué interinamente y se le concedió despues residiera.

Tanto España como Calomarde habian menudeado sus conferencias con el ex-ministro Mr. Villele; lo que observado por la juventud tolosana y guardia nacional, llegaron á pronunciarse abiertamente en contra de los emigrados absolutistas, y hubieran sufrido algunos insultos á no dejar tan pronto la poblacion.

No era, sin embargo, el conde el enemigo que más debieran temer los liberales en cuanto á planes trastornadores. Trasladóse á su pueblo nativo, vivió en él con absoluta abnegacion de la política, y hasta oia con marcadas señales de disgusto á los que iban á participarle alguno de los infinitos proyectos que se elaboraban en el vasto taller de la insurrec-

cion carlista. No era en él olvidado su nombre; pero era un abuso usar de él. No creia esto el Gobierno, y le reconvenia oficial y extraoficialmente; y aunque jamás contestó el conde de este segundo modo, por juzgarlo *indecoroso* á su carácter, por ser los diarios un campo abierto á hombres de todas opiniones y partidos, creia más propio de su dignidad dirigirse oficialmente al ministro de la Guerra, protestándole de su inocencia; porque en el retiro absoluto en que vivia, ocupado únicamente en el cuidado de su quebrantada salud, sin haber tenido correspondencia con nadie, le habia dejado ignorar, hasta el recibo del oficio del ministro, *la atroz calumnia*, dice, que le atribuian, del proyecto de alterar el órden en la provincia de Cataluña. En efecto, ningun hecho probó la deslealtad del conde, y cuantos artículos se escribieron en la *Gaceta* de Langüedoc, acusándole como actor en todos los planes que se fraguaban, ó no eran exactos los cargos que se le hacian, ó si lo eran, no pudieron probarse, razon por la cual quedaba resplandeciente la fidelidad que el conde protestaba conservar al Rey, fidelidad tan invariable cual lo habia sido en su larga carrera, y cual lo *sería en todos tiempos y en todas circunstancias*.

Fuera de los desagradables ratos que producian al conde estas ocurrencias, vivia tranquilo en L'Isle en Dodon.

No bastaban al conde estas protestas para ser vigilado escrupulosamente; así lo pedia el Gabinete español al frances, quien por complacer á su aliado dió órden al conde para trasladarle á Blois, porque recorria con bastante frecuencia el territorio de Gers, dando ocasion á algunas sospechas. Consideraba el conde estos actos como la más palpable impotencia de quien los mandaba, y se enfurecia contra el gobierno de

Francia, que, por dar oidos á miserables sospechas, concedia una hospitalidad mentida, imitando á la diosa de la fábula que despedazaba á los huéspedes que atraia con halagos.

No le servia, pues, al conde protestar de su inocencia, y tenía que sufrir las humillaciones y vejámenes á que dabau lugar las sospechas; los que ahora vivimos, no podemos formular cargos al conde de España por *sospechas*.

En tal estado de cosas, ya se ha dado cuenta en el curso de esta obra del principio de la guerra de Cataluña: se organizó algun tanto; fueron generales; murieron unos, se desvirtuaron otros, ya por falta de recursos administrativos, ya por no comprender el sistema de guerra que convenia en aquel país; y cuando se condolian de no tener un buen jefe, se reproduce el ruido de que un general encanecido en el servicio de las armas se encontraba en las fronteras de Francia con la órden de organizar un ejército y dirigir las operaciones; llenos de alegría y entusiasmo saben los catalanes que este general era el conde de España.

«Este es el solo que puede salvarnos, decian; él conoce el país y los hombres, nuestros derechos, nuestros usos, nuestras necesidades; sabe distinguir los buenos de los malos; en el largo tiempo que nos gobernó, no osó la revolucion levantar su cabeza y turbar el reposo y la prosperidad de nuestra provincia; protege la industria y el comercio; su presencia bastará para aniquilar la revolucion.»

El conde de España se encontraba, efectivamente, en la frontera de Cataluña, adonde le habian impulsado algunos soberanos, y especialmente el emperador Nicolás, que le tenía entrañable afecto. Esperó que un cuerpo navarro, mandado por el general Guergué, atravesara el Cinca para proteger

su entrada y sus primeras operaciones. Aunque achacoso y de una edad avanzada habia cedido el conde á las reiteradas instancias de D. Cárlos, unidas á las que hemos citado, y se decidió á ponerse á la cabeza de los catalanes. Un jóven español, Gil de Bernabé, muerto despues en Chiva, le llevó la carta autógrafa de D. Cárlos en la que le suplicaba no rehusase por más tiempo á sus ruegos, y obedeció. Guergué, en vez de facilitar la entrada del general, perdió el tiempo errando en el Mediodía de Cataluña: embarazando así la entrada por las noticias inexactas que daba de sus marchas, y para lo que se alejaba de los desfiladeros por donde el conde podia pasar. No ha faltado quien diga que Guergué habia recibido fuertes sumas de algunos jefes realistas para impedir la entrada del conde de España, que sabian bien estaba dispuesto á poner término á sus exacciones y arbitrarias correrías. No expresaremos el grado de certeza de esta acusacion; pero sí es cierto que Guergué señaló su estancia en Cataluña con una serie de desgracias y torpezas que no es de nuestro propósito detallar.

España, sin embargo, marcha para Cataluña, cae en poder de un destacamento frances que le escolta hasta Perpiñan, y desde aquí es conducido á la ciudadela de Lille; donde, careciendo hasta de lo más necesario, le servia de prision un pequeño y miserable cuartucho, vigilándole dia y noche los gendarmes. Su activo espíritu estaba ocupado por un solo pensamiento: el de escapar á tan humillante trato, para borrar la vergüenza que, siguiendo en él, afectaba á los contratiempos de su viaje. Queria engañar á sus guardas, y quitarles toda idea de la posibilidad de una fuga. Se finge enfermo, y tiene el valor de estar en cama *diez y ocho meses*,

dejándose crecer la barba y las uñas, no hablar, y pasar el tiempo entregado á la lectura y á la oracion. Ni escribia, ni recibia cartas, y encontró medio sin embargo de estar en correspondencia con el campo real carlista y con sus amigos de Cataluña. Continuaron por este tiempo las guerrillas del país, obrando aisladamente de su cuenta, sin jefe y sin obtener resultado decisivo; y como consecuencia de tal estado, se introdujo entre ellos la disension, porque cada uno pretendia ser el primero. Tratóse de poner término á este estado de cosas, enviando al general Maroto á Cataluña; á éste le sucede D. Clemente Sobrevias (a) *el Muchacho*, y ni él, Royo, ni Tristany, ni Segarra conjuraron una situacion que ya se iba haciendo desesperada. España era únicamente quien habia aprendido el arte de militar en Cataluña, y el más difícil de dominar las masas. Se presentaba el conde de España al baron de Meer. Las tropas liberales, fuertes en número y en valor, ocupaban las mejores posiciones.

En tan peligrosa situacion, se piensa sériamente en trabajar para libertar al conde. El de Fonollar, con reales y plenos poderes, llega á Lille en Junio de 1838. Todo se habia preparado para asegurar la fuga del prisionero. Algunos, que no es lícito nombrar, ayudaron con tanta destreza como valor á esta empresa difícil que se habia creido imposible. Pero el 26 del citado mes, el conde de España, acompañado del comisario de guerra Peralta, llega á Tolosa, adonde Fonollar le habia precedido.

Al siguiente dia, despues de cincuenta años de ausencia, reconoce el conde, por la primera y última vez de su vida, á *Foix*, lugar de su nacimiento. Entregóse luégo á un fiel y célebre contrabandista, y sobre sus espaldas atraviesa los pre-

cipicios de la Maledetta. El 1.° de Julio llega al valle neutral de la república de Andorra: el 2 fué recibido por el Ros de Eroles en el valle de Urgel, y el 4 hizo el anciano general su entrada en Berga, en medio de los gritos de alegría de los realistas catalanes. Su presentacion era, en efecto, un suceso de la mayor importancia.

Algunos carlistas, los prudentes, no veian tan lisonjero el porvenir que presentaba la venida del conde de España; y diremos por qué. Entre las personas á quienes castigó el conde en 1830, se hallaba D. Manuel Ibañez, jefe de una de las bandas llamadas entónces carlistas. Fué enviado al presidio de Ceuta, y cuando volvió tomó otra vez las armas por la misma causa y bajo el nombre de *El Llary de Copons* (1); era uno de los jefes más audaces, y el que llenaba de terror las llanuras de Tarragona.

Á la llegada del conde á Berga, se temia un conflicto peligroso entre ambos; tanto más grave, cuanto que se encontraba entónces á la cabeza de seis batallones, de los cuales uno, los guías del campo de Tarragona, contaban mil trescientos hombres. El nombramiento, pues, de su antiguo juez no parecia haberle sido muy grato.

Habia ordenado el conde á todas las fuerzas de Cataluña se reunieran á él; obedecieron, y ni Ibañez ni su tropa se dejaron ver. Cuando se comunicó á España esta desagradable noticia, no se apercibió en su fisonomía ningun signo de disgusto. Á la tarde siguiente, hace ensillar su caballo, y par-

---

(1) Se le habia dado el sobrenombre de *Llary* (largo en catalan) á causa de su talla de siete piés, añadiéndole el nombre de su nacimiento *Copons*.

te acompañado de algunos oficiales de su E. M. y de algunos miñones que le servian de guías. Corren durante nueve horas, atravesando arroyos, montes, y franqueando las crestas de las montañas. El general y los miñones, que corrian delante, conocian solos el objeto de la expedicion: nadie osaba interrogarle. Al salir el sol, llegaron á una casa aislada; entraron, parapetaron la puerta, y pasaron allí el dia. El general se acuesta y sólo se levanta al medio dia para tomar un poco de alimento, despues de lo cual se durmió de nuevo. En cumplimiento de sus órdenes, se le despierta al ponerse el sol, y vuelven todos á montar á caballo. Á la mitad de la noche atraviesan el fértil valle de Conca en medio de un sepulcral silencio, no atreviéndose ni áun á hablarse al oido los que acompañaban al conde. Á la aproximacion del dia se detienen en una llanura y se apean de los caballos. El crepúsculo matutino comienza á alumbrar una extensa llanura que se presenta á los ojos de aquella caravana como la vista de un precioso panorama: á sus piés se veia una poblacion de la que se elevaban espesas nubes de humo; algunas hogueras de trecho en trecho, al rededor de la villa, anunciaban un vivac. Pónese entónces á hablar alto un oficial de la escolta, y volviéndose el general dice con una calma imponente: «Haré fusilar al primero que pronuncie una palabra.» En seguida continuó sus indagaciones: nadie las comprendia. En fin, la aurora ilumina el paisaje con sus rosadas tintas, y distinguen todos un gran conjunto de tropa á un cuarto de legua de distancia. Óyese el toque de diana, y todo se anima: se escuchan órdenes dadas en alta voz: se formaron las tropas en cuadro, y todos dejan escapar un grito de sorpresa luégo que oyeron en buen catalan *Gorra* que eran carlistas. Mas nadie tiene tiem-

po para reflexionar; lánzase el general á caballo; le siguen todos á galope tendido á la pendiente de la montaña para detenerse al llegar al medio del cuadro.

Allí desciende España del caballo; se aproxima á un hombre de gigantesca talla apoyado sobre su sable y rodeado de una sesentena de oficiales; le abraza, y volviéndose en seguida hácia la tropa, les dice con una voz conmovida:—«Ved aquí el orgullo de la Cataluña, el mejor servidor del Rey y mi mejor amigo: ¡honor y gloria á D. Manuel Ibañez y á la division de Tarragona!—Y tú, hijo mio, dirigiéndose al coronel Ibañez, yo te nombro brigadier en nombre del Rey, y á vosotros, soldados, concedo la gratificacion de una semana de paga, porque vosotros servís á Cárlos V, y no á Cárlos con los cinco dedos.» Este juego de palabras tan ingenioso y significativo, acaba lo que el general habia tan bien comenzado. Resuenan estrepitosos gritos de alegría; é Ibañez, que sin duda algunos instantes ántes pensaba de otro modo, grita más fuerte que los demas y lloraba enternecido; sí, *el Llary de Copons* lloraba.

El conde de España, cuya emocion era la ménos séria, se repone el primero: se hace conducir un caballo y pasa revista á la division. Ibañez estaba á su lado, sobre su grande alazan andaluz, que hacía sobresalir más la singular estructura de este hombre atlético, á cuyos codos llegaban las cabezas de los demas que le acompañaban. Llevaba el gorro catalan, y su larga borla flotaba por detras; la zamarra y un pantalon guarnecido de cuero; una carabina pendia de la silla y un largo sable al lado. Su gran caballo se encogia bajo la presion de sus rodillas. Sus tropas no tenian aún uniforme; llevaban, á guisa de capotes, unos cobertores de lana rayados.

Recorrió el general lentamente las filas; hizo saludos numerosos y loó altamente la belleza y la fuerza verdaderamente notable de esta raza de hombres. Dispone el pago de la soldada y para los uniformes, añadiendo que los vestiria como merecian tan *buenos mozos;* colocándose despues en medio de ellos, les dirige estas palabras: «Bien, hijos mios, pero veo que no teneis bayonetas; y la bayoneta es el arma del valiente; los cartuchos se derraman y se inutilizan con la humedad, en tanto que aquella siempre permanece fiel: no os las puedo dar, pero el enemigo tiene muchas; nosotros iremos á buscarlas.» Nuevas aclamaciones interrumpen al anciano general. Ibañez le sigue sin tardanza con sus seis batallones; desde este dia pudo España contar con ellos y con su nuevo brigadier. Si hubiese tenido á Ibañez á su lado, dice un escritor, el horrible crímen de que fué víctima no se habria ejecutado.

Los primeros cuidados del conde fueron restablecer el órden y la disciplina en aquellas partidas desbandadas. La junta, que hasta entónces habia obrado á su placer con los comandantes generales, fué puesta, por una órden del Rey, bajo la dependencia inmediata del conde. Este la envia á residir á un pueblecillo colocado entre los cañones de Berga y su cuartel general de Caserras; estando prohibido á sus miembros alejarse de aquel lugar sin permiso del conde. Estableciόse un órden severo en la Administracion y en la Hacienda, y se puso un término al vandalismo de los jefes de las partidas; siendo castigados algunos de una manera ejemplar, y reemplazados otros por dignos oficiales. Las tropas recibieron uniformes y víveres: planteóse un sistema ordenado de contribuciones, y se vieron libres los pueblos de las vejaciones de una soldadesca desenfrenada.

Á pesar de las numerosas dificultades que se oponen á España y vence, para establecer un órden y cambios tan grandes, le basta su genio y tiene tiempo de ocuparse de los más pequeños detalles. No habia más que tres meses que este anciano gobernaba, cuando llega á Caserras y comienzan á mostrarse los frutos de su maravillosa actividad, que no continuó despues. Los correos que fundó para pasar el Ebro, sostenian una arreglada comunicacion entre Berga y Morella, y permitian al conde tener una activa correspondencia con Cabrera. Las operaciones de Cataluña tomaron nuevo aspecto, y eran ordenadas y militares: la provincia parecia renacer bajo este nuevo impulso; y el nombre del conde de España hacía temblar nuevamente á Barcelona.

Sin embargo de la posicion imponente que habia sabido tomar el conde de España, estaban muy léjos sus fuerzas de igualar á las de su enemigo. No poseia fuera de Berga más que dos puntos fortificados, San Lorenzo de Mornus, sobre la altura que limita el rio Salado, y el fuerte de Nuestra Señora del Ort en el Santuario. El ejército liberal ocupaba ocho plazas fortificadas, de la mayor importancia, numerosa artillería, y el baron de Meer, ademas, habia fortificado una extension de treinta leguas, casi todas las plazas marítimas y las poblaciones limítrofes al camino de Aragon á Barcelona. Cuatro fuertes columnas móviles liberales estaban prontas á cualquier operacion. En Agosto de 1838 se apoderó el baron de Meer de Solsona, en la que ni Urbiztondo ni Segarra habian pensado en poner el castillo en estado de defensa: España no tuvo tiempo para hacerlo, porque el suceso tuvo lugar á las cuatro semanas de su llegada. Afligido de este contratiempo, resuelve indemnizarse en la campaña de otoño.

Luégo que llegó á Caserras, formó tres cuerpos de operaciones y una division de reserva. El primero, mandado por Porredon, se componia de cuatro batallones, de los que uno ocupaba el cuartel general: los tres restantes, con su jefe, recorrian las fronteras del Alto Aragon.

El segundo, mandado por el coronel Castells, contaba cinco batallones; de ellos estaba uno en el cuartel general, dos en Berga y los otros en las montañas. El tercer cuerpo, bajo las órdenes del brigadier Ibañez (el Llary de Copons), era de seis batallones, que ocupaban las llanuras de Tarragona, parte, como hemos dicho, la más fértil de la Cataluña. La reserva, compuesta de seis batallones bajo el mando del brigadier Brujó, se dividia entre Berga, Vich y Gerona, donde estaba encargada de efectuar los reclutamientos: todas las fuerzas consistian en veintiun batallones. La artillería era escasa; fuera de los cañones que guarecian á Berga, San Lorenzo y el fuerte del Santuario, no habia más que ocho baterías movibles, dos morteros de siete pulgadas, cuatro obuses de cuatro y dos de bronce de doce libras. Esta artillería, desmontada por piezas, se trasportaba con mulos á través de las montañas. Dos compañías estaban encargadas de hacer el servicio, bajo el mando de un anciano teniente coronel. En un estrecho oculto en las montañas se estableció una fundicion de cañones que se barrenaban en Berga; más tarde se constituyó una compañía de zapadores. Doscientos caballos, mandados por el coronel Camps, componian la caballería: los soldados y el jefe formaban el cuadro más ridículo del mundo: el coronel, sobre todo, era un compuesto de perdona-vidas español, y de eso que los ingleses llaman *Hombug*. Su sable se componia de dos hojas soldadas, porque tenía por

muy ligera una sola para su mano. Ocasion hubo, y la contaba con una sangre fria imperturbable, en que, hallándose en una refriega, distribuyó tantos sablazos por espacio de algunas horas, que su mano se apretó de tal modo á la empuñadura, que fué necesario meterla en agua caliente para que la soltara.

Fuera de estos doscientos caballos de tan extraña apariencia, hubo en Cataluña, durante algun tiempo, dos brillantes escuadrones del regimiento de Tortosa, mandados por Beltran, enviados al conde por Cabrera.

Fácilmente se convendrá en lo difícil que era luchar con medios tan insuficientes contra las superiores fuerzas liberales, contra las decepciones, sin cesar renovadas, que inutilizaban los planes mejor combinados. Merece sin duda admiracion el mérito del general que emprendió en circunstancias tan desfavorables tan difícil empresa.

La vida del conde en el cuartel general era asaz monótona, aunque no reposaba un momento la actividad de su espíritu ni dejaba descansar á los demas. Acostumbrándose á sus ideas, algunas veces extravagantes, era fácil vivir con él; porque bajo un exterior severo no dejaba de ocultar nobles sentimientos. Habíase acostumbrado á reprimir todos los de su ternura, que consideraba como otras tantas debilidades. De este combate perpetuo entre sus destellos de bondad y lo que él miraba como un deber, nacian las contradicciones, que ademas de haber sido mal interpretadas por los extraños, le han hecho ser mal juzgado por cuantos se han ocupado de él. Sucedia frecuentemente que, despues de dispensar bondadosos favores, daba órdenes tanto más severas, cuanto se reprobaba los primeros.

«Tratábasele frecuentemente, dice Lichnnosky, de mons-

truo, de bestia feroz, de tigre, prodigándosele tanto este último epíteto, que, habiendo leido un dia el conde en *El Eco del Comercio* que se daba este adjetivo á Palillos, dijo sonriendo: Véase una usurpacion, porque solo soy yo el tigre legítimo.—Fácil es, continúa el príncipe, descubrir el orígen de estas diatribas que todos los periódicos liberales de Europa han repetido hasta la saciedad contra todas las personas elevadas, especialmente cuando eran el instrumento de una justicia severa. Yo sé que por mi cualidad de carlista se me acusará de parcialidad; pero no se me negará que mi juicio sea independiente. Yo he visto al conde de España inexorable si se trataba de castigar el vandalismo, la insubordinacion, las villanías, la desercion, pero nunca le he encontrado injusto ni arbitrario. Aferrado á sus convicciones, ninguna consideracion, ningun ruego influia en él cuando se trataba de una cosa que miraba como un deber. Así castigaba más severamente á los oficiales que á los soldados, y su rigor se aumentaba segun la categoría del culpable. Daba á sus juicios la mayor publicidad para impresionar é imponer á las masas por el ejemplo. Tardaba en sus resoluciones; pero despues de pronunciarlas con voz firme, ya no habia apelacion y se ejecutaban.»

El siguiente suceso que refiere y nos han asegurado testigos oculares, comprueban las precedentes líneas. Denunciáronle unos paisanos que tres sujetos enmascarados, que presumian fueran oficiales calistas, habian sorprendido una noche várias granjas aisladas, y atando á sus habitantes á los árboles les obligaron con las más crueles amenazas á que les entregaran cuanto dinero poseian. Lleno de cólera, jura el general por Nuestra Señora del Monserrat hacer una ven-

ganza ejemplar; da al instante órdenes secretas al jefe de los miñones, y veinte de ellos fueron encargados de apresar á los culpables. Cuando partieron se tranquilizó algo; pero era tal su irritacion, que nadie osaba hablarle. Dos dias despues, condujeron los miñones á tres oficiales; uno era ayudante de Tristany; los otros dos tenientes de su partida; poco tiempo ántes les habia enviado el general en espectativa á un depósito. Reúnese al momento una comision militar; se les interroga, y convictos, son condenados en el acto. Envíales el conde un confesor, y al dia siguiente son fusilados en presencia de todas las tropas reunidas: él mismo asiste á la ejecucion con su estado mayor y todos los empleados. En el acto de irles á disparar, dirije á las tropas una corta alocucion; les cuenta la historia del crímen, y manda hacer fuego. Al caer las víctimas, se descubre, y volviéndose hácia su acompañamiento les dice: «Señores: oremos por las almas de los difuntos.»

Lo restante del dia lo pasó en grnn silencio. Viósele sentado al lado del fuego de la cocina; las lágrimas corrian por sus mejillas, y más de una vez se le oyó decir: «¡aún tres!»

Pocos dias despues conducen al campamento á dos que habian cometido algunos robos. Entre sus armas se encuentran dos cuchillos, dentellado el uno. Á la vista de esta arma prohibida, experimentó el conde un verdadero acceso de furor; hace tocar generala; forma el cuadro: colócase en medio al desgraciado poseedor del cuchillo, el cual se le ponen á guisa de mordaza, y se le condena á pasar diez veces por baquetas. Á las dos primeras vueltas cae medio muerto: ordena el conde le cure cuidadosamente el cirujano, y cuando se restableció fué fusilado.

Tan crueles escenas las tratamos con suma repugnancia;

pero atenuemos su horrible efecto con otras más gratas. Despues de la pronta rendicion de la guarnicion de Solsona, su jefe, el coronel Mondedeu, fué hecho prisionero y encerrado en el castilo de Barcelona.

Tratábase del canje de prisioneros, y la esposa de Mondedeu se arroja á los piés del conde de España, suplicándole comprenda á su marido en el canje; era ésta una jóven portuguesa de diez y seis años apénas, de arabesca fisonomía y de grandes y brillantes ojos negros; sus formas delicadas, su juventud, las lágrimas que vertia á los piés del anciano general la prestaban un encanto irresistible. Estaba España tan enmudecido como embarazado; la consuela del modo más afable, pero ella rehusa levantarse ántes de recibir su palabra de caballero; mas el conde eludia siempre contestarla, aunque con mucha dulzura; la colma de atenciones, la convida á comer, la da el brazo para conducirla á la mesa, la sirve él mismo de todo lo mejor con una verdadera galantería española, pero permanece inexorable. Cuando ella queria comenzar á hablar de su marido, la interrumpió diciéndola: «Evitadme por favor, señora, el dolor de renovaros mi negativa.»

Háse dicho que sufria el general en no acceder á los deseos de aquella mujer; porque, poniendo en libertad á Mondedeu, se hubiera visto obligado á formarle consejo de guerra y á hacerle pasar por las armas por su sospechosa conducta en Solsona, pues lo más dichoso para él era permanecer prisionero. Esto no se lo queria decir á su mujer.

El levantamiento del sitio de Morella, el triunfo de Maella y la toma de Caspe, habian dado tal preponderancia á Cabrera, que deseaba el conde de España emprender con él una grande operacion. Léjos de resentirse de esa rivalidad tan co-

mun, y á veces tan honrosa, de nuestros generales, experimentaba una viva satisfaccion cuando sabía las victorias del jóven guerrero. Á fin de Octubre le envia un oficial para convenir con él una reunion de los dos cuerpos de tropas y pedirle una entrevista, para la cual le escribe en estos términos: «Yo cuento tantos años de general como V. E. cuenta de existencia; esto no me impedirá ponerme con alegría y mis tropas bajo las órdenes de un general victorioso que la Providencia parece haber escogido para instrumento en la ejecucion de sus designios. Dos planes detallados van adjuntos á esta carta. En el primero, dos divisiones de Cabrera deberán pasar el Ebro cerca de Flix, volver á la izquierda hácia Lérida, y unida con una division catalana, que habrá ya tomado posicion sobre las alturas entre el Segre y Nogueras, Rivagorzana, entrar en el Alto Aragon, y abrir una comunicacion con Navarra.

»El ejército enemigo mandado por el baron de Meer, el solo disponible en este momento, se verá precisado á oponerse á esta marcha; durante este tiempo España con otras tres divisiones caerá sobre sus comunicaciones. El segundo proyecto está, quizá, mejor calculado para el interes de las operaciones en Cataluña. Cabrera deberá pasar el Ebro por Xerta ó Mora de Ebro, caer sobre Reus, una de las ricas ciudades de la costa, que no está fortificada; reunirse allí á la division de Ibañez, y obrar en las llanuras de Tarragona. Ántes que el baron de Meer pudiese acudir al socorro, se habria apoderado, en rehenes, de los más ricos capitalistas, y recogido todos los pertrechos de guerra que se encontrasen en el país. España, por su parte, atacaria al baron de Meer, que no podria avanzar más que con una parte de sus fuerzas al socorro de Reus.»

La ejecucion de estos dos planes se frustró, quizá por la repugnancia de Cabrera á dejar con sus tropas la ribera izquierda del Ebro. Sus designios se dirigian constantemente sobre el corazon de la monarquía, sobre Madrid y sólo al fin de la lucha; cuando todo estaba perdido y habia que ceder á la necesidad, marchó á Cataluña.

Aproximábase el otoño, y con él, el momento escogido por el conde de España para comenzar las hostilidades. Pero faltó dinero; y sin detenerse por tal consideracion, pregunta al intendente la suma necesaria para el pago de las tropas, y promete reunirla. Envia á un oficial que conocia perfectamente el pais, acompañándole algunos otros con órdenes secretas. Parte esta tropa, y no se sabe de ella por espacio de diez dias. El undécimo vuelve á Caserras conduciendo dos caballeros poderosos que habian sacado una noche de sus casas situadas cerca de Zaragoza, nada ménos que á unas sesenta leguas de Caserras, y en medio de un país ocupado por las tropas liberales.

Estos prisioneros, Pitarco y Peralta, eran sujetos pacíficos que no habian tomado parte por ninguna causa. Recibióles cortesmente el general, que puso su mesa á su disposicion y les da dos miñones para servirlos y vigilarlos. Cuando le preguntaron la causa de su rapto, les dirige al intendente, añadiendo algunas palabras de sentimiento sobre las privaciones del ejército y la fuerza de las circunstancias. Declárales el intendente que mediante una suma de doscientos mil y pico de reales, que se les pedia á título de préstamo, y por la cual se les daba una obligacion en regla, pagadera por el Estado al fin de la guerra, se les libertaria.

No tuvieron más remedio los infelices aragoneses que con-

formarse con su triste é inevitable suerte, soportar este acto de vandalismo, y felicitarse de que no exigiera otra cosa de ellos el conde. Libraron sus letras de cambio sobre Barcelona á favor de personas seguras en Francia, y durante el tiempo que se realizaron lo pasaron en el cuartel general, comiendo con el conde y sin lamentarse de la manera tan extraña de realizar empréstitos.

El conde de España era inagotable en expedientes de este género. Decia, para excusarse, que mejor queria robar él mismo, con el fin de atender á las necesidades del ejército, que obligar á los soldados á hacerlo; y que era más equitativo exigir un empréstito forzoso de gentes ricas, que quitar el último abrigo de un pobre montañes.

En espiar á ciertos curas que, bajo la proteccion de las plazas ocupadas por las tropas liberales, se desentendian del pago del diezmo á los carlistas, experimentaba el conde un extraordinario placer. Ejecutaba con ellos una verdadera caza, sin que hubiera estratagema que no inventase para asegurarlos; y cuando se apoderaba de uno, no le soltaba ántes de haberle hecho pagar hasta el último maravedí de su deuda, á la cual añadia alguna gratificacion para los soldados.

El cura de Valsaren fué una de las víctimas de este género. Este eclesiástico contaba bajo la proteccion de las tropas de tal derecho, y ya hacía años que no satisfacia el diezmo. Tuvo un dia la imprudencia de ir á visitar á un cura vecino que celebraba la fiesta del patron de su iglesia; y al estar todos los convidados en la mesa, rodea la casa un destacamento de caballería y se apodera del desgraciado párroco de Valsaren para conducirlo á Caserras. Trátale España con mucho miramiento, declarando no era de su competencia el deli-

to, por lo cual le sometia al tribunal eclesiástico. El vicario general Sort y el canónigo Torrabadella, compañeros eclesiásticos ordinarios del general, se ampararon de su cofrade recalcitrante y le condenaron, no sólo á pagar las contribuciones atrasadas, sino por la pena de su descuido le impusieron una de doscientas camisas y otras tantas blusas para los soldados carlistas. No limita á esto el conde su venganza; cuando el cura hubo saldado su cuenta, hizo insertar en un periódico de Berga, *El Restaurador Catalan*, que el párroco de Valsaren, aunque rodeado de rebeldes, y con el fin de acreditar su afeccion á la causa realista, habia acudido voluntariamente al cuartel general para pagar sus contribuciones y ofrecer un don gratuito al ejército real. Haciendo observar al conde algunas personas los graves perjuicios que ocasionaria al cura este artículo leido por los liberales, respondió que un prelado revolucionario era un loco ó un monstruo que no merecia sentimiento ni piedad.

El 4 de Noviembre, aniversario del nacimiento de D. Cárlos, fué fijado por España para su partida de Caserras. Habiendo recibido algunos dias ántes la nueva del matrimonio del príncipe con la princesa de Beyra (20 de Octubre de 1838), celebróse un *Te Deum* por órden del conde, y pasó una gran revista en honor de este suceso, aprovechando esta ocasion para dar libertad á los prisioneros que llenaban las prisiones de Berga y Caserras; prisiones convertidas en otras tantas ciudadelas inquisitoriales; pues no concibiendo el conde el gobierno sin el terror, era tal el que habia introducido ya en las filas, que hasta los mismos jefes, léjos de mirarle como á su compañero superior, le prestaban esa forzada obediencia que nace de una terrible necesidad.

Al dar libertad á los presos, les hizo comparecer á su presencia formándolos en línea, y rodeado de su estado mayor la recorre de uno á otro extremo, interrogando á cada uno de aquellos ciento cincuenta y seis infelices. La mayor parte de éstos eran alcaldes y paisanos que no habian pagado las contribuciones. Entre ellos se encontraba un anciano de noventa años, acusado de espionaje, y le dice: «Padre mio, estais muy cerca de la tumba para haceros culpable de malas acciones: mirad por vos y rogad á Dios, que os valdrá más.» Tres muleteros que habian desertado con sus mulas cargadas de municiones de guerra, fueron condenados á recibir cada uno cien palos que les aplicaron en el acto. Entre los prisioneros habia algunas mujeres que las acusaban de mala vida: manda las afeiten la cabeza y enviarlas más allá de los puestos avanzados. Por último, en este breve y original juicio, que se imponian sentencias al capricho, no faltaron sus respectivos fusilamientos, pereciendo tres infelices despues de haberlos hecho pasar por delante de las tropas, ostentando una placa, sobre la que estaba escrito su delito.

Al salir España de Caserras, le acompaña su E. M. y algunos miñones. Dirígese á la altura llamada Monblanch; llega por la tarde á un largo valle, donde encuentra seis batallones, cinco piezas de campaña y ciento veinte caballos que vivaqueaban. El conde establece su cuartel general en una venta aislada que se encontraba en medio del valle. Encendieron las tropas grandes hogueras sobre las alturas, y cocieron su comida en las marmitas que el general habia hecho recientemente distribuir, una para cada doce hombres. Á las siete del siguiente dia deja el conde este vivac; y atravesando la rica llanura cortada por numerosos canales de regadío,

Gargalia y Sorba, marchó á lo largo de los límites de la Ayguadora, y se presenta á poco delante del camino de Cardona á Solsona, donde sabe se trataba de atacar á una columna enemiga encargada de conducir un gran convoy á este último punto. Las operaciones que á este fin se emprendieron, y su resultado, expuesto queda ya en la narracion de campañas de este libro.

Aburrido España de tan desgraciado éxito, tenía aún la esperanza de batir al enemigo á su vuelta, cuando se introdujese en los desfiladeros. Queria el conde poner á prueba la obediencia de Ibañez y Porredon, y convencerse de la exactitud con que llenaban sus órdenes cuando les mandase acudir á una hora fija del punto más lejano de la provincia al lugar designado. Ninguno de sus antecesores lo lograra. Marcha el conde atravesando el puente de Golorous; traspone una escarpada pendiente, y, pasando á la vista de Solsona, delante de la rectoría de Riné, va á acampar á una planicie rodeada de árboles que la naturaleza parecia haberlos expresamente destinado para ella. El castillo de Martina, con sus vastas dependencias, recibe al general. Los zapadores que llevaba el conde talaron la mitad del bosque para hacer fuego. Gustaba España de hacer vivaquear á sus tropas; pero en cuanto á él, sus reumatismos y el temor de un acceso de gota le obligaban á guarecerse durante la noche.

Ibañez y Porredon llegaron con puntualidad al castillo: el conde les abraza tiernamente haciendo el mayor elogio de su exactitud. Curioso era de ver el respeto y atencion con que el *Llary de Copons* escuchaba al general. Su gigantesca estatura contrastaba notablemente con la gruesa y corta de Porredon, cuyos pequeños ojos inquietos expresaban la descon-

fianza. Acompañaban á Ibañez dos ayudantes tan altos como él: á Porredon le seguian sus tres hijos, que en todo se le parecian,

Dspues de un corto desayuno se pusieron todos en marcha. Á una legua del vivac, cerca de Treysinet, encontraron la caballería acampada sobre una llanura. Reunido el grueso de tropas, componian nueve batallones y cuarenta caballos, que hacian un total de unos cinco mil hombres. Á poco llegan cerca de Cardona, el sitio más fuerte de la Cataluña. Erigida sobre una cima aislada, Cardona, que domina el país, es la llave de toda la cadena de montañas.

El jefe del estado mayor, coronel Perez Dávila, que habia sido comandante de Cardona en tiempo de Fernando VII, estaba encargado de sacar el plano de esta fortaleza, cuando llega un destacamento de caballería de Cabrera, escoltando tres individuos montados en mulas. El uno de ellos, anciano de ochenta años, era Marcó del Pont, ex-consejero de Hacienda, que despues de estar oculto en la pequeña isla de Tabarca, se dirigia al campo real carlista.

Construyeron los zapadores barracas, y las tropas vivaquearon por la pendiente de la Sierra que da frente á Cardona. Centenares de hogueras se encendieron durante la noche, y dos cañonazos tirados en la ciudadela anunciaron la presencia de los carlistas: el silencio de la noche permitió oir retumbar en toda la comarca el ruido de los cañonazos, repetidos cien veces por el eco de las montañas que se destacaban en el horizonte, distinguiéndose sobre el fondo del estrellado azul del cielo las gigantescas crestas de Monserrat, que dominan las montañas y sierras que los rodean. Las tropas se formaron en órden delante del vivac: sonaron los tambores; hiere la

música el aire con bellas armonías: lánzase entónces el conde ante sus soldados, y les dice descubriéndose la cabeza: «Catalanes, invoquemos á la patrona de nuestro país, Nuestra Señora de Monserrat.» En aquel momento era solemne el espectáculo. Casi al mismo tiempo, sobre las alturas que limitaban el horizonte que distinguian los carlistas, entre Adrall y Suria, vieron numerosas líneas de fuego: eran las señales de los somatenes, que, armados de escopetas, lanzas, sables, respondian en número de 10.000 hombres á la llamada del anciano brigadier Samso, y se reunian en una direccion opuesta á la del conde, para cortar la retirada al enemigo y las comunicaciones entre Cardona y Manresa.

Despachos interceptados al baron de Meer anunciaban que un considerable cuerpo de tropas debia desembocar de las llanuras de Barcelona y dirigirse por San Pedro y Suria para conducir á Cardona las piezas destinadas á servir en las próximas operaciones. No quedaba duda al conde de que se trataba de sitiar á Berga.

Destacamentos enteros se pasaban en tanto á los carlistas: uno de diez y ocho hombres del regimiento de Albuera se presentó con su oficial, armas y bagajes.

El 11 de Agosto se dió la órden de marchar á la villa de Gargalia, donde se hizo alto. Era un domingo; las tropas formaron cuadro, en medio del cual se colocó un altar portátil, donde celebró misa el vicario general. Continúase el camino á Canadús, notable granja situada á dos leguas de Berga, donde se pasó la noche. El 12 por la mañana atraviesan el valle del Llobregat, dejando á Berga y Caserras á la izquierda, y al medio dia llegan á Puigreig. Los vastos edificios del priorado de Malta sirvieron de alojamiento al ge-

neral, á su estado mayor y á los miñones: seis batallones construyeron barracas en el valle estrecho que de Puigreig se extiende hasta Valsaren. Formaban las barracas dos largas calles estrechas y dos plazas, que vistas desde una altura y distancia conveniente presentaban una vista pintoresca, contribuyendo á hermosearlas las ramas de abetos que cubrian las barracas.

Persuadido estaba España que tentaria el enemigo un ataque sobre Berga, y por esto tomó la posicion de Puigreig, que domina la llanura de Llobregat, y el camiuo que conduce de Valsaren á Berga. La division de Porredon fué enviada á Gironella, tres leguas de Berga: Ibañez, con sus seis batallones, se acantonó en Caserras. La falta de caballos obligó al conde á cuidar particularmente de su caballería, que no dejaba vivaquear, y se alojó en el mismo Puigreig. La concentracion de tantas fuerzas hubiera sido de un aspecto magnífico, á no haberse presentado el triste espectáculo de las ruinas que cercaban á Berga en una legua á la redonda.

Juzgó necesario España demoler todos los edificios que rodeaban esta fortaleza, y que hubieran podido ofrecer un refugio á las tropas liberales en la estacion que ya avanzaba. Esta rigurosa medida, justificada por la necesidad, sumergió en la mayor miseria á numerosas familias que veian desesperadas la destruccion de sus bellas y sólidas casas. Aquellas pobres gentes, con los ojos arrasados en lágrimas, acudieron al general, diciéndole el que llevaba la palabra:—«Nosotros somos carlistas tan fieles como V. E.; yo he nacido en ésta, que era la de mi padre y la de mis abuelos, lo mismo que mis cuatro hijos, dos de los cuales han muerto en el servicio del rey, y los otros dos sirven en las filas carlistas. Si el enemigo

viniera á alojarse en ella para sitiar á Berga, yo mismo la prenderia fuego; pero vos, vos no podeis hacerla demoler porque es una casa carlista; debe ser sagrada, y si vos poneis la mano, es un sacrilegio, el cual os castigará el cielo.» Estas palabras, que parecian proféticas, pronunciadas con seguridad y firmeza por un anciano sin miedo y frente á frente de un hombre tan temible como el conde, no le produjeron el menor efecto, y la órden no se revocó. Su ejecucion llenó de espanto á toda la comarca, que ya iban empezando á mirar al conde, no como á su libertador, sino como á su destructor.

Permaneciendo en el priorado, despierta una noche en la mitad de ella, y despues de una larga conversacion con un viejo y buen espía, le dió veinticinco onzas de oro, y le envió á buscar al brigadier Brujó, que se hallaba en Vich con la reserva. Llega al siguiente dia Brujó: le manda el general situarse en Avia, á un cuarto de legua de Berga: toda la guarnicion, desde el gobernador Pons hasta el último tambor, recibe órden de salir de la villa; de modo que por espacio de una hora permanece sin ningun soldado. Luégo que todas las tropas se formaron en el glacis, el conde de España, rodeado de sus oficiales, manda al coronel Pons dar las llaves de la ciudadela al jefe del E. M. Dávila, é irse con sus tropas á Puigreig. Diez minutos despues, el coronel Brujó entra en Berga en calidad de gobernador.

No se ha sabido la verdadera causa de esta pronta medida, pero es de presumir que España tenía sus razones para suponer inteligencias con los liberales, y que estas suposiciones, muy vagas para que recayese el castigo sobre los culpables, exigia sin embargo alejarlos de una plaza tan importante.

Efectuó el conde algunos movimientos, y despues de unos dias se dirigió hácia Monblanch. Tres batallones de la vanguardia, mandada por el coronel Pons, iban cerca del general, y á corta distancia avanzaba Porredon con la primera division. La disciplina, desconocida algunos meses ántes, estaba tan bien establecida entónces, que no habia que castigar el menor desórden. Al llegar á Naves, se hospedó España en una casa de nobles; familia que habia dado un obispo y muchos canónigos á Solsona. El hijo del anciano hidalgo, que era sacerdote y vivia retirado con su padre, celebró al dia siguiente el sacrificio de la misa en una linda capilla dentro de la casa, poniéndose el conde en marcha despues de este acto. Atravesó el puente de Olius, y franqueó el Cardenet, haciendo alto al medio dia frente á una casa dedicada á San Miguel; pasa luégo una estéril llanura á tres cuartos de legua de Solsona; se dirige hácia el Norte descendiendo al valle de Timoneda; costea durante una hora el rio Salado; pasa la noche en su ribera, y va al dia despues á la inmediacion del Segre, la parte más selvática de Cataluña.

Llegó el conde á Orgañá, el punto principal de los carlistas en aquel país. Allí recibió una diputacion de la República de Andorra, la más pequeña de Europa, reconocida por César, Carlo-Magno, Napoleon, etc. El síndico de los andorranos acudia á excusarse de las tendencias liberales que habian mostrado en muchas ocasiones, no obstante la neutralidad que estaban obligados á observar. El obispo de la Seo de Urgel es el señor feudal de esta República. La confirmacion de sus privilegios se hizo en nombre de D. Cárlos por el conde de España, que recibió al mismo tiempo el pequeño tributo que paga. Aprovechando España su presencia, les amenaza

aniquilar su valle y exigir una gruesa contribucion, si continuaban obrando de un modo contrario á deberes de la neutralidad, terminando con estas palabras: «Conduciros mejor en lo sucesivo; si no, iré y os cortaré á todos la cabeza, sin pedir permiso á vuestro co-señor el rey de los franceses, el amado primo y amigo del rey mi señor.»

Por la tarde muchos alcaldes de los pequeños comunes, ocultos en las montañas, se presentaron á demostrar sus simpatías por la causa realista, y pidieron al conde la confirmacion de sus antiguos privilegios.

Recibiólos de la manera más afable, conversando largamente con ellos en dialecto catalan, que le hablaba perfectamente. Medio cierto de hacerse popular y que ninguno de sus predecesores habia poseido: bien sabido es el espíritu de provincialismo de los habitantes allende el Ebro.

Durante la ronda que el general tenía la costumbre de efectuar por la tarde, aconteció un suceso que le granjeó la popularidad de los soldados. Lamentáronse varios de éstos de la mala calidad del pan y le enseñaron unos pedazos. Llama al comisario y el panadero del batallon, y les impone en castigo comer por espacio de una hora cada uno cuatro libras de aquel pan. Un miñon se colocó al lado de ellos para que la providencia fuera puntualmente ejecutada. Los lamentos y los gestos de los culpables, miéntras tragaban aquella pasta indigesta, eran verdaderamente cómicos. El comisario suplicaba se le permutase el castigo por dinero, y el panadero que preferia los palos. Contestábales el conde que uno y otro castigo les sería impuesto; pero ante todo era necesario que tragasen el pan. Los infelices apuraron el cáliz de amargura hasta las heces.

El 1.° de Diciembre sale de Orgañá, y pasan todos á pié un pico de granito, sobre el cual está construida la ermita de Santa Fe. Despues de dos horas de marcha se desayunaron en la rectoría de Cabo; sitio agreste y horroroso por la inmensidad de sus peligrosos abismos, en los que padecieron horriblemente, perdiéndose caballerías que caian de una altura de quinientos piés, estropeándose hombres; y despues de una hora de descanso en medio de tales precipicios, continuaron su trabajosa marcha por senderos impracticables, por cimas cubiertas siempre de nieve, y llegaron á Sort, poblacion considerable donde se estableció el cuartel general.

El ayuntamiento y muchos de sus habitantes salieron al encuentro de España, recibido á la luz de numerosas antorchas. En este sitio era donde debian comenzar las operaciones militares, y donde efectivamente comenzaron; siendo de ellas testigo el pintoresco valle de Aran, situado sobre la pendiente N. de los Pirineos.

Narradas ya en esta obra las acciones y demas hechos del conde de España hasta el tiempo de su trágico fin, daremos cuenta de él, tratando de investigar las causas que le produjeron.

Perdido el prestigio del conde, se juzgaba una necesidad su relevo. El medio de efectuarlo dignamente era el que traia inquieta á la Junta de Berga. Tratóse, primero, de reunir los ejércitos de Cabrera y el conde, dándole al primero el mando en jefe, por mayor actividad, y que el segundo, tan á propósito para la organizacion, quedase de jefe de estado mayor general, con facultad de residir en el punto que mejor le pareciera. Se pensó en la realizacion de este proyecto, conviniendo en que Cabrera pasase de Aragon á Cataluña con objeto

de tener una entrevista con el conde de España en Berga ó en sus inmediaciones, en cuyo momento le nombraria la Junta comandante general del Principado. Salieron comisionados á Cabrera con estas instrucciones; pero atajaron al caudillo las tropas liberales, y se frustró su llegada. La situacion se hacía sumamense crítica; nadie sabía cómo pensaba el conde, que permanecia en la inaccion: se decide á hablarle el intendente Labandero, y le contestó así:

«Nosotros nos sostenemos aquí, porque Espartero quiere: si éste fuese militar, ni Cabrera se hubiera podido sostener hasta esta fecha en Aragon, ni nosotros en Cataluña.

»Espartero quizá podrá tener otras miras que acabar con la guerra civil; pues si únicamente fuesen éstas, con sólo que hubiese mandado un cuerpo de ejército por el Alto Aragon, y hubiese formado una manga desde la alta montaña al llano, puesto en combinacion con las fuerzas que tienen en el Principado, no hubiésemos podido resistir reunidos en masas ni en batallones. El país no está para sufrir otra guerra de guerrillas; y no hubiésemos tenido otro remedio más que retirarnos á Francia: en seguida, esta misma fuerza podia haberse posesionado de la orilla derecha del Ebro; y atacado por el otro cuerpo de ejército Cabrera, sin detenerse Espartero á batir á Morella ni ninguno de sus muchos puntos fortificados, se hubiera visto en la precision de disolver sus fuerzas: su retirada hubiera sido muy expuesta; y entónces sus fuertes se hubieran rendido á discrecion, sin necesidad de batirlos ni perder gente. Este señor no lo ha hecho así; ha querido marchar con todo su gran ejército reunido sobre Aragon; tiene que habérselas con el insigne Cabrera ántes que con nosotros; miéntras no veamos cuál es el resultado, que á

fe mia no será muy placentero, nosotros podemos permanecer aquí entreteniendo el tiempo. Cuando Espartero nos venga á visitar, si es que ántes no manda algun refuerzo más que nos haga andar ligeros, entónces veremos el plan que debemos adoptar. Yo, por mi edad, ni por mi posicion y categoría, estoy en el caso de hacer la guerra de montaña; interin pueda tener las fuerzas reunidas, permaneceré á su frente; pero el dia que haya que hacer la guerra de guerrillas, reuniré á todos los jefes, les hablaré cual corresponde, entregaré el mando al de mayor graduacion, y me retiraré al valle de Andorra hasta ver el final. Si quieren consultarme algo y valerse de mí estos señores, allí me tendrán, y si no, harán lo que gusten. Aquí tiene usted mi opinion y mi resolucion en pocas palabras.»

Ya por este tiempo habian escrito al conde repetidas cartas, pintándole con exactitud la deplorable situacion de la causa que defendia y aconsejándole se retirara á Francia; pero de ninguna hizo el menor aprecio, y mucho ménos de las proposiciones que le fueron hechas para entrar en convenios más ó ménos admisibles.

Narremos ahora horribles sucesos. Ninguna consideracion detendrá nuestra pluma, y sólo atenderemos á pasar por ellos como sobre ascuas, sin embargo de tener que ser más extensos de lo que deseáramos, ya por la importancia del asunto, ya por los documentos notables é inéditos que tenemos en nuestro poder y de que vamos á hacer uso.

Estamos en Octubre de 1839. Despues de las operaciones de Moyá y de los acantonamientos de Prats de Llusanés, regresó el conde á Berga sobre el 20 ó 21. Ocupóse con el intendente en preparar la defensa de Berga, que parecia ser amenazada por Van-Halen. La Junta gubernativa en tanto prepa-

raba la célebre sesion del 26. Dispuso acudir á ella el conde, como presidente de la misma, y reunido con Labandero, le dijo en cuanto estaban prontos los caballos: «Intendente, vamos á ver á nuestros queridos colegas.» Y echaron á andar; mas al llegar al recibimiento, se dirigió el conde á un balcon, donde estuvo reconociendo la gente que se habia reunido alrededor de los caballos, sin duda para verle salir; y llamándole la atencion un hombre alto, vestido de negro, con balandran del mismo color, que denotaba ser eclesiástico, le preguntó quién era y qué buscaba allí. Este le contestó que era un monje del monasterio, hermano de una pobre viuda ya de edad que tenía dos hijos, el uno sirviendo de voluntario desde el principio de la guerra, y el otro, á quien acababa de tocar la suerte de reemplazo, tambien habia ingresado en los batallones; que iba á saber si habia tenido alguna resolucion de S. E. la solicitud que habia presentado en nombre de su hermana, rogando á S. E. se dignase conceder la licencia absoluta á uno de sus dos hijos para que continuase con la labranza.

El conde, incomodado, le contestó con fuertes gritos que aquellos no eran negocios que pertenecian á un religioso; que se fuese de allí inmediatamente. Obedeció, y el conde llamó á un cabo de mozos y le dió la órden de seguir á aquel hombre de cerca, y en el primer portal donde se metiese que le registrasen de piés á cabeza. El cabo cumplió la órden, y nada le halló. Referimos este episodio, porque desde pocos dias ántes hacía el conde lo mismo cuando montaba á caballo.

Salió España de Berga con direccion á Avia, donde se celebran las juntas. Á más del Sr. Labandero, acompañaban al conde uno de sus ayudantes y la escolta de mozos de escuadra y cosacos de caballería que ordinariamente le seguian. En

festiva conversacion llegaron á la casa de la rectoría, donde se celebraban las sesiones.

Ántes de que ésta comenzara, medió en una de las piezas inmediatas el siguiente diálogo entre el Sr. Torrabadella y el intendente, diciendo aquel: «¿Sabe V. que tenemos la órden para la destitucion del conde, y que esta tarde se le va á comunicar?—Cómo! ¿qué es lo que V. me dice, Sr. D. Bartolomé? Cuándo ha llegado esa órden? ¿Quién la ha traido, y cuándo y por qué conducto se ha pedido?—La Junta se la ha pedido á S. M.... ¿Se acuerda V. cuando, á mediados del mes pasado, la Junta acordó hacer la exposicion á S. M. por las ocurrencias de Navarra y Provincias Vascongadas, para cuya comision se nombró al Dr. Espar? Pues bien; entónces, aprovechando tan buena ocasion, hicimos otra, bajo juramento de no revelarlo á nadie, pidiendo la destitucion del conde. Y el comisionado Espar ha sido tan puntual en el desempeño de su comision que me ha escrito varias veces, y últimamente lo ha hecho desde Tolosa y Andorra diciendo que, seguros de estar extendidas y en su poder las órdenes, podemos proceder á la destitucion del conde en los términos y forma que mejor parezca á la Junta, y hemos acordado que se le comunique esta tarde.—Por Dios, señor D. Bartolomé, miren ustedes lo que hacen, no nos expongamos á nuevos conflictos.—No, no tenga usted cuidado; todo está ya dispuesto.—¿Y quién le va á comunicar la órden de su destitucion, y en qué forma han acordado ustedes hacerlo?—Se ha comisionado á Ferrer para que se lo haga saber; y en el caso de no querer obedecer ó tratar de echar mano á la espada y querer atropellar á la Junta, se ha dispuesto que Ferrer de un lado y Orteu de otro le agarren los brazos, y entren tres ó cuatro mozos de escua-

dra para obligarle que cumpla con las órdenes superiores.»

Despues que esto se hubiera efectuado, habia dispuesto la Junta se le condujera, escoltado de una buena partida de mozos de escuadra de los de la Junta, al valle de Andorra, para cuyo punto saldria aquella misma noche acompañado del Dr. Ferrer, á quien igualmente se habia dado esta comision.

El Dr. Ferrer circunvaló de centinelas el local de la Junta, sin permitir á nadie la salida. Comenzóse la sesion, tratando sobre ciertos puntos de administracion, y como ya estaban de acuerdo los individuos de la Junta, aprovecharon una favorable ocasion, y el vocal Ferrer, que habia entrado en la sala con un primo suyo y un hombre armado de carabina, agarró con su mano izquierda la derecha del conde y con la derecha le tapó la boca; el primo le quitó el sable, y un hermano de Ferrer, cirujano, con otros dos hombres armados con carabina y bayoneta, cogió al conde de la mano izquierda, teniendo un formidable puñal levantado sobre su cabeza; los hombres armados se colocaron á la espalda del conde. Todo esto fué ejecutado con la mayor rapidez. El vocal D. Narciso Ferrer, en el acto de apoderarse del conde, le dijo: «Excmo. Sr.: El Rey N. S. ha dispuesto que V. E. deje el mando del ejército y del Principado, y que salga inmediatamente de la provincia.»

El infortunado conde no hacía en aquellos momentos más que mirar á Ferrer. La Junta quedó en un profundo silencio, que interrumpió el Sr. Labandero diciendo: «¿Qué es esto, señores, qué modo es éste de tratar al conde? ¿por qué no se le deja hablar?»—Á lo que el vocal Ferrer contestó: «Si S. E. da palabra de honor de no vocear, se le dejará hablar. —¿Qué novedad es ésta, señores? dijo el conde en cuanto le

permitieron hablar; qué es lo que ha ocurrido?» Ferrer entónces le repitió la órden de su separacion.

Continuaba el cirujano con el puñal levantado sobre la cabeza de España, como la espada de Damocles, sin que le desviaran las insinuaciones que le hicieron para que se retirase; y no haciéndole caso el conde, continuó diciendo: «Pero, señores, qué es esto? á qué viene todo este preparativo? Si S. M. me ha depuesto del mando, ¿no tengo yo dado pruebas nada equívocas de mi respeto y sumision á su voluntad en mi larga carrera y avanzada edad, consagrada una y otra á su defensa? Manden ustedes retirar á estos hombres, que no es justo se enteren de lo que entre nosotros haya de tratarse.» Así lo acordó la Junta toda, y se efectuó. Pidió el conde un vaso de agua; se enjuagó repetidas veces la boca, y luégo que hubo concluido, tomando un aire de sonrisa y serenidad, dijo: «Vamos, señores, qué es esto? me parece que para sainete basta lo pasado.—Aquí no se trata de comedias ni sainetes, contestó Ferrer (D. Narciso), y únicamente de que V. E. obedezca las órdenes del Rey inmediatamente, saliendo esta misma noche para Andorra.» Manifestó el conde que le parecia no ser una cosa tan urgente; que debia entregar el mando á su sucesor; que se le dijese quién era éste, y se le manifestasen las órdenes de D. Cárlos. Lo apoyó Labandero: rechazó Ferrer indignado su mediacion, y Torrabadella, por último, tomó la palabra, y con la mayor compostura y respeto dijo al conde el verdadero motivo de haber mandado á Espar cerca de D. Cárlos, y era el de que, creyendo la Junta no era conveniente continuase España en el mando del ejército del Principado, por lo disgustadas que estaban todas las clases, no sólo por los terribles castigos que habia impuesto,

sino por los incendios de los pueblos de Manlleu y Ripoll, de Olvan y Gironella, que tantos sacrificios habian hecho en favor de la causa; que sin esperar que llegaran las reales órdenes, que el Espar tenía ya en su poder, se habia resuelto saliese el conde aquella misma noche para el valle de Andorra, ántes que, publicándose la noticia de que ya no era comandante general, tuviese algun disgusto por efecto de los muchos resentimientos que habia contra él.

Al oir esto el conde, quedó por algunos momentos suspenso, y por primera vez se le notó algun abatimiento; pero esforzándose contestó con serenidad: «Y bien, señores, es preciso que yo sepa quién es mi sucesor; porque á él es á quien debo entregar el mando, y no á otra persona; ademas, yo tengo asuntos muy interesantes del servicio que no puedo confiar á ningun otro, ni á autoridad alguna más que al jefe superior de las armas.»

Contestósele que su sucesor era el general Segarra, de lo cual se alegró el conde, diciendo que, aunque tardase algo en venir, por estar tres ó cuatro leguas distante, podian esperarle todos reunidos. Ferrer y algun otro vocal dijeron al conde que esto no podia ser, porque diferia demasiado su salida, y estaban ya tomadas las disposiciones para que la ejecutase aquella misma noche con direccion al valle de Andorra. Viendo el conde que no tenía más recurso que obedecer, encargó el cuidado con su persona, recordando que era un padre de familia y un anciano: palabras que no dejaron de conmover la sensibilidad de la mayor parte de los individuos de la Junta, particularmente del eclesiástico Sampons, quien le dijo arrojándose á él y cogiéndole las manos: «No, mi general, no tenga V. E. cuidado, que ántes pasarán por encima de mi

cadáver que tocar nadie á la persona de V. E.» Se ofreció á acompañarle por invitacion del conde, haciendo lo mismo el sacerdote Villela, y satisfecho con tal compañía echó á andar, saliendo de la casa por una escalera que conducia á la iglesia, donde rezó un momento el conde.

Tal es el verídico resultado de tan notable sesion. Eran las nueve de la noche cuando emprendió la marcha el conde de España, acompañado como hemos dicho de D. Narciso Ferrer, Torrabadella, Sampons, Villela, el estudiante Masiá, y el hermano de Ferrer. Montó el conde en la mula del vice-presidente Orteu, que ya estaba prevenida, haciéndolo pasar por la humillacion de no dejarle un caballo, y se dirigieron todos á la rectoría de Sisguer, adonde llegaron á las cuatro de la mañana.

Á la media hora de haber salido de Avia se volvió Torrabadella, y como vivia en la rectoría, donde tenía preso á D. Luis Adell, ayudante del general, entró en su cuarto á cosa de media noche, noticiándole á su modo la destitucion que habian efectuado, dando seguridades á Adell para que nadie temiese ni por él ni por el conde. Cuatro dias continuó Adell preso en el mismo cuarto, estándolo tambien los cabos de mozos de la compañía del general D. Miguel Serdá y D. Pablo Pallarés, un cosaco y un criado del general.

En la mañana del 27 salieron los vocales Sampons y Villela de la rectoría de Sisguer, dejando al conde bajo la custodia de D. Narciso Ferrer. Éste habia mandado á su asistente Ramon Circuns por un vestido de paisano para que se lo pusiese el conde, á fin de que no fuese conocido con el uniforme de general, y evitar alguna desgracia por la irritacion del pueblo, decia Ferrer. El traje consistia en una chaqueta,

chaleco y pantalon de paño oscuro, pero tan viejo, que, segun la cuenta que presentó el presbítero Ferrer á la Junta, costó ciento veinte reales.

Negóse el conde á vestir tan humillante traje, y el cirujano Ferrer mandó varios mozos para que, bajo pena de la vida, le quitaran el uniforme. Cuando llegaron al cuarto en que estaba el conde, le encontraron de pié con los calzones encarnados caidos, la casaca de general puesta, y los brazos cruzados para evitar que se la quitasen. Díjoles España que no podian despojarle de una ropa que el Rey le habia dado; pero viendo á Ferrer y á seis ú ocho mozos que estaban allí, dispuestos á quitársela por fuerza, cedió y le pusieron el vestido viejo de paisano.

Despojado el conde de su uniforme y de cuanto tenía, salió de la rectoría de Sisguer al anochecer, cubriendo su cabeza el sombrero de tres picos, desguarnecido de todos sus adornos. Tomaron el camino de la casa de campo Call Llauden, durante el cual fué diciendo el conde á un mozo de escuadra (Salvador Coll) que le acompañase hasta Andorra sin dejarle, y que cuando llegase escribiria al intendente para que le diese seis duros é igual cantidad á los demas. En la casa de Riu de Vall se unió al conde D. Narciso Ferrer, y continuaron marchando toda la noche.

Al amanecer del 28 llegaron todos á Call Llauden, donde se alojaron, y comió el conde pésimamente. En cambio de este mal trato que le daban, se mostró sumamente atento con su verdugo D. José Ferrer.

Al anochecer llegó el mozo Juan Capellas con un oficio que en Avia le habia entregado Torrabadella para el presbítero Ferrer, con cien duros, una capa de paño, una bata, un

cajon de cigarros, tres libras de chocolate y dos maletas con ropa. Acordó la Junta remitir este equipaje y dinero al conde, y se condujo en un macho del mismo que Torrabadella mandó entregaran al citado mozo. Tambien dispuso la Junta se reforzara con quince mozos más la escolta de Ferrer.

Á las diez de la mañana del 29 llegaron al Call Llauden, é inmediatamente se bañó el conde. Á la una de la tarde se continuó la marcha, dirigiéndose España con el cirujano Ferrer y el cabo Llabot por la bajada de Cambrils á la casa de Puijol, término del Coll de Nargó, donde llegaron á las ocho de aquella noche. El presbítero Ferrer, con el estudiante Masiá, que era el que llevaba la espada del conde, y algunos mozos se dirigieron á la villa de Orgañá, á la cual llegaron á la caida de la tarde; alojándose Ferrer en la casa del brigadier Porredon, que era entónces jefe del corregimiento de la Seu y Puigcerdá. Á poco rato salió de la casa el subteniente D. Manuel Solana, conocido por ayudante de Porredon, y uno de los asesinos, para buscar al alcalde mayor D. Francisco Riu, vocal de la Junta corregimental de Puigcerdá, con el que regresó á la casa de Porredon. Solana volvió á salir en busca de otro vocal, y todos se encerraron en el cuarto del brigadier.

El presbítero Ferrer cenó en casa de Porredon, y fué á dormir á la casa de Espar (a) Botafos, donde se hallaba alojado el comandante del cuarto batallon, D. Miguel Pons (a) Pep del Oli, en cuyo cuarto durmió.

Al anochecer del 30 salió de Puijol el conde y lo llevaron á la casa de campo de Casellas, media hora de Orgañá, en cuyo punto pararon á las nueve de la noche, diciendo el conde al apearse: *Ya baja el estudiante.* Entró uno de los mozos

en la casa, encerró al patron y á un criado en la cocina, apagó la luz y la lumbre, habiendo sacado ántes un candil encendido, y pusieron al conde en un cuarto destinado á los huéspedes. Encerrado el conde, abrieron la cocina, encendieron lumbre, hicieron levantar á las mujeres de la casa que estaban acostadas; las que ni en esta noche ni en los dias sucesivos supieron quién era el que estaba encerrado en el cuarto.

Dejemos así al conde, ya que ningun notable acontecimiento vino á turbarle en todo el tiempo que pasó en la casa de Casellas, y trasladémonos adonde se disponia su asesinato, para que nada ignoren nuestros lectores de las trágicas escenas que vamos refiriendo.

Al brigadier Prast, jefe de la compañía de oficiales, le dieron parte de que públicamente se habia hablado al tiempo de nombrar el servicio, que el conde se hallaba en Casellas y querian asesinarle. Inmediatamente se dirigió á la casa de Porredon, y en la galería de la misma encontró varios oficiales; á poco salieron de la habitacion de Porredon, éste, y el presbítero Ferrer, quedando dentro del cuarto el doctor Perles y el estudiante Masiá. Hablaron al momento del conde; dió cuenta Ferrer del oficio de su destitucion, y todos convinieron en que era un *traidor*, *sanguinario é incendiario* que queria entregar á los enemigos la provincia de Cataluña, despues de estar toda destruida, por lo cual merecia *ser asesinado*, y que aunque le quitaran mil vidas no pagaba el daño que habia hecho.

Buscaba el presbítero Ferrer quien asesinara al conde, y habló, al efecto, al capitan D. Pedro Baltá, al subteniente D. Antonio Morera, á Masip y á D. Manuel Solana. Era ya

una cosa pública el conato de asesinar al conde, segun ya lo habia advertido el brigadier Prats al presbítero Ferrer, no pudiéndose concebir por qué se tuvo al conde cuatro dias á media hora de este foco, sin ser necesarios para prevenir la seguridad de un viaje que no se trató de hacer hasta la tarde del dia 1.° de Noviembre, y para el que no se pidieron noticias ni auxilios á las autoridades, que lo eran Porredon, Serras, Prats y Riu.

El presbítero Ferrer salió de Orgañá el 2 por la mañana, acompañado del mozo Vidal, y llegando á Casellas, encargó la partida de mozos á José Canet para que fuese con ellos al pueblo de Tons, cinco horas distante, ordenando: «que bajo pena de la vida no abandonase aquel punto en tres dias, aunque fuesen los cristinos, en cuyo caso se encerrasen é hiciesen fuego hasta morir.»

Marchó la partida, y quedaron con el conde el cabo Don Francisco Llavot, su asistente Sebastian Rivas, el cirujano Ferrer, el brigadero Domingo Sala y cinco mozos.

Miéntras por última vez cenaba el conde en Casellas, disponiéndose á marchar, sigamos los pasos á sus asesinos.

El capitan Baltá se encontró en una calle de Orgañá á las seis de la tarde con el presbítero Ferrer, el que le volvió á manifestar era preciso asesinar al conde de España, por ser órden del general, y porque era traidor á la causa de Don Cárlos; que quisiera ó no, habian de hacerlo los tres; y en vista del papel impreso que por la mañana habia leido delante de todos, y de asegurarle nuevamente era órden superior, le contestó que obedeceria.

Dirigióse entónces á la casa de Ferrer, donde se reunieron Morera y Solana, acordando con el sacerdote que saldrian á

las ocho de aquella noche á los tres puentes del rio Segre, distantes tres cuartos de hora de Orgañá, en donde encontrarian al conde de España, esperándole s ino hubiese llegado; mandándoles cuando se acercasen á él que le despojasen de sus ropas, le atasen del cuello y piés y le arrojasen al rio.

Al anochecer se halló Baltá con el cura José Rosell, á quien participó el asesinato que iba á ejecutar aquella noche, contentándose con decirle el dignísimo prelado: «¡Qué lástima matar á un hombre sin confesion! si quieren, yo le confesaré, y que haga un escrito.» Á las siete de la noche se reunieron Morera y Baltá, y poco despues pasaron á decir á Ferrer que marchaban, y que cómo habian de volver á entrar. El brigadier Porredon y el presbítero Ferrer bajaron, y éste dió á Baltá una soga muy gruesa, que Baltá entregó á Morera para que la llevase. Advirtióles Porredon que cuando volviesen dijeran á la guardia que venian de divertirse. Esta guardia era de oficiales, y no se ponia hasta de noche, cerrándose las puertas entre nueve y diez. Las llaves de las puertas las tenía el comandante de armas, D. Antonio Serra; pero esta noche y la anterior se las pidió el brigadier Porredon.

Baltá y Morera salieron de Orgañá para el sitio combinado, adonde habia de ser conducido el conde por Solana.

El presbítero Ferrer mandó á Masiá fuese á Casellas, y salieran al anochecer para Andorra, que él iria detras con los mozos. Visitó Masiá al conde, que le habló de la carrera que tenía, y áun le recitó en latin algunos versos de Virgilio.

Á las siete de la noche, el cabo D. Francisco Llavot, que se hallaba en cama enfermo, ordenó al mozo Mariano Piguer que, reuniendo toda la gente de la casa, se encerrase con ella en la cocina, como lo hizo. Á los mozos Miguel Sala y Coll,

les mandó se fueran á acostar á un pajar para que el conde no les viese.

Entre ocho y nueve de la noche, salió el conde de su cuarto acompañado de D. José Ferrer, que llevaba el puñal ó la cuchilla *interosia* con que amenazó á España en la Junta, de D. Ramon Masiá, que tenía la espada del conde como hemos dicho, del brigadero Domingo Sala, y del mozo Plá que bajaba alumbrando.

Montó el conde dentro del portal en un macho aparejado con una silla de paiges (labrador), estribos de madera y una piel blanca que pidieron al patron de Casellas. Extrañando el conde la caballería, les dijo al montar: «Este no es el macho en que he venido estos dias.» Contestóle la causa Ferrer, y despues de ponerle la capa, echaron á andar diciendo el conde al brigadero: «Qué noche tan oscura!

Y era así. Alumbrados, puede decirse, con el solo fuego del cigarro que fumaba España, caminaba éste al suplicio con aquel horrible acompañamiento, guiado luégo por el subteniente Solana, que se presentó á poco.

Masiá y Ferrer dijeron al brigadero Sala, que llevaba el macho del ronzal, «que cuando el guia se lo pidiese, se lo diera y se parase, porque el guia sólo habia de conducir al Sr. Conde á Andorra.» Al llegar al camino real que va á dar á los tres puentes del rio Segre, cerca de la bajada de una ermita, se efectuó este cambio. Unióse Sala al cirujano Ferer y á Masiá, que iban tres ó cuatro pasos detras del macho. Se pararon, y ya habian perdido de vista al conde, cuando oyeron un poco de ruido. En su consecuencia, dispusieron volverse atras, y lo ejecutaron.

Ya hemos visto caminar la víctima al sacrificio. Baltá y

Morera, cansados de esperar en el sitio convenido, creyeron que ya no pasaria el conde, y se volvian á Orgañá, cuando vieron á Solana que llevaba del ronzal el macho en que iba montado España. Se pararon al llegar frente de ellos; díjoles Baltá «alto,» y dando al conde un palo en la cabeza, le hizo caer al suelo. Preguntóles el conde quiénes eran, y contestó Baltá: «Soy Silvestre de la Seu (1).» Suplicóle el conde no le maltratase, que era un comerciante frances, y que le llevasen á la Seu; pues conocia al gobernador. La contestacion fué atarle por los brazos con unas cuerdas volviéndole á montar.

Cuando llegaron al puente del rio Segre, lo desmontaron y dijo Baltá al conde: «Si V. es hombre de bien, el gobernador lo verá;» y andando cuatro ó seis pasos, le tiró al cuello un lazo que habia formado de la cuerda sobrante con que estaban atados los brazos, y dando al conde un puntapié en la espalda, cayó, y poniéndole un pié en la cabeza, tiró de la cuerda y le ahogó.

Le desnudaron, no encontrando al conde ni un solo maravedí, y sí solo un poco de pan y unas uvas. Solana cortó la cuerda, y con la que tenía atados los brazos le ligaron los piés; y atándole una gran piedra le tiraron al rio. Al tiempo de caer dijo el capitan Baltá: *Aigua aunen que á vall vá.*

Tiraron al rio la ropa del conde, excepto la capa, que se apropió Solana diciendo que era suya, y Baltá tomó una bolsa de seda encarnada que llevaba España al cuello, y dentro de ella dos medallas de plata, una Vírgen del Pilar de Zara-

(1) Este Silvestre de la Seu era un distinguido jefe de una patulea liberal, cuyo nombre tomó en este trance Baltá.

goza, dos ó tres cruces, y una poca de pasta de *Agnus*; recogiendo tambien los tirantes, que era lo mejor que llevaba el conde.

Concluida la horrible comision, volvieron los ejecutores á Orgañá, llegando á la puerta de la villa á eso de las once de la noche, abriéndoseles en seguida.

Tal fué exactamente el trágico fin del conde de España, cuyo cadáver fué hallado en la pequeña playa de una isleta que forma el Segre entre el puente del Espía y el inmediato á Oliana.

Corramos un velo sobre esta escena. Poderosos motivos detienen nuestra pluma, que podia continuar trazando líneas con harto sentimiento de algunas distinguidas personas.

Réstanos hacer una salvedad en honor del conde. Notables revelaciones nos han hecho formar la conviccion de que no debe recaer sobre la responsabilidad de él la mayor parte de las horribles ejecuciones de Barcelona que se hicieron de real órden, áun despues de haber sido algunos perdonados. La historia culpa al conde de España; nosotros aseguramos que fué sólo el instrumento, tan obediente como súbdito, tan rígido como militar y militar de otro siglo.

Ante el deber del biógrafo, callan las pasiones del hombre: para juzgar al conde, se necesita no haber vivido en su época. Nosotros, á fuer de imparciales, le hemos seguido con entusiasmo en sus victorias contra extranjeros, y con el alma comprimida en algunos de sus actos (1).

---

(1) Teatro de la guerra.—*Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFIA DEL CONDE DE MORELLA.

No deben buscarse en la historia lineamientos generales, para comprender la fisonomía de esos hombres á quienes la sociedad que les rodea califica de héroes ó monstruos. Los espíritus filosóficos que brillan con tranquila y benéfica luz, presentan grandes analogías, porque todos siguen el desarrollo armónico de los principios. Pero las existencias agitadas y turbulentas, los hombres de accion y de movilidad, se deben en todo y por todo á las circunstancias. Alejandro, Timur Beck, César y Napoleon, cautivaron la admiracion del universo, en cuanto que los dos primeros guiaron el impulso naciente de unos pueblos para abatir y regenerar decaidas fuerzas de otros muchos, y los dos últimos supieron dirigir hácia la expansion de la gloria la energía á la vez terrible de la vida pública en sus respectivas naciones.

Tampoco pueden hallarse rasgos importantes de semejanza en su carácter. Colocados á larga distancia por la gran laguna de los tiempos, representan una situacion distinta y diferentes sentimientos. Alternativamente humanos y feroces, duros y compasivos, llevaron á unas partes el genio del ex-

terminio, y á otras los gérmenes de saludables reformas, cumpliendo el voto de la Providencia y las necesidades de aquellas generaciones. Á esto estaba reducida su mision. El talento del físico no podrá evitar el que choquen dos nubes cargadas de electricidad, y que de semejante choque salga el rayo; pero logrará dar á éste la direccion conveniente para que no produzca funestos resultados en su rápido descenso. El cálculo del político en las grandes convulsiones consiste en descubrir la tendencia principal de la sociedad, y en saber dirigirla por las vias del bien y de la prosperidad. El que quiera contrariarla perece sin remedio; porque las fuerzas del hombre más poderoso se aniquilan ante las mil fuerzas de la sociedad. Refiriéndonos á nuestro país, el más fecundo sin duda en notabilidades políticas y guerreras, tampoco se descubren esas analogías recíprocas. Los grandes capitanes de nuestro siglo de oro, como Hernan-Cortés, Pescara, Leiva, D. Juan de Austria, no se parecen á los campeones de la guerra de la Independencia más que en la lealtad y el valor, y de estos últimos pocos ó ninguno han logrado comprender la índole de nuestras últimas discordias civiles. Por consiguiente, para retratar con algun acierto al personaje de que vamos á ocuparnos, es preciso tener en cuenta que como entidad política perteneció al dominio de las circunstancias, y que será responsable de sus hechos ante sus contemporáneos y la posteridad cuando haya violentado ó desconocido la marcha de éstas; mas, como entidad militar, está sujeto á las reglas subsistentes del arte.

Corria el año de 1833, cuando ya estaba vivamente encendida la guerra civil en el Norte de la Península. En el centro habia estallado tambien la insurreccion, pero no tan

amenazadora ni con tan robustos elementos. Sin embargo, dábala grande importancia la plaza de Morella, sobre cuyas viejas almenas tremolaba, aunque insegura, la bandera del infante. Proveia asíduamente á su defensa el gobernador Don Cárlos Victoria, y allegaba para el caso de un ataque próximo, gentes y recursos. El dia 15 de Noviembre, y en la hora en que el sol arrojaba sus últimas reverberaciones sobre el elevado recinto de la plaza, penetró en ella y se presentó al gobernador Victoria un jóven, cuyo talante y porte anunciaban audacia, energía y resolucion. Tenía una de esas fisonomías que á primera vista parecen vulgares, y que no obstante, presentan al observador atento cierto sello de originalidad. Su frente era ancha y despejada, la nariz recta, pero cuyas ventanas demasiado abiertas parecian revelar la actividad de su organizacion; los pómulos salientes y el ángulo de la cara bastante agudo. Sus cejas muy espesas, se unian sobre el vértice superior de la nariz, y le daban un aspecto, que la naturaleza y la historia, su trasunto fiel, han adjudicado á los caractéres duros. El pelo era negro y áspero, y sus ojos negros tambien y se revolvian sin cesar en sus órbitas, y despedian un brillo fascinador. Su mirada era altiva; mas carecia de fijeza, y de esa penetracion que lleva muchas veces hasta el santuario de los sentimientos ajenos. En suma, todo en él anunciaba el tipo del valor ardiente y de pasiones impetuosas, y el acento firme con que habló al gobernador Victoria argüia en favor de estas cualidades. Quiso éste destinarle al depósito recientemente creado para instruccion de los reclutas; pero el jóven pidió un fusil, y dijo que habia venido á batirse por la causa de D. Cárlos. Destinósele entónces á la compañía que mandaba el capitan Corbasi. Al to-

marle la filiacion se supo que se llamaba Ramon Cabrera.

Este nombre iba á adquirir una celebridad terrible en la lucha que entónces se inauguraba.

Nació Cabrera en Tortosa el 27 de Diciembre de 1806. Su padre, José Cabrera, era patron de barco y gozaba fama de honrado y laborioso, y su madre María Ana Grino, entónces en la flor de su edad, unia, á los dones de la naturaleza, las prendas morales que constituyen el único cimiento sólido de la felicidad conyugal. Seis años contaba Cabrera cuando falleció su padre, y falto del principal mentor y guia en la edad que el hombre empieza á tener alguna participacion en la vida social, su educacion debió ser descuidada y viciosa. En vano acudió á llenar este grande vacío la voluntad de su solícita madre, porque dotada ésta de un carácter benévolo y complaciente, no desplegaba la necesaria fortaleza para reprimir el instinto turbulento y agitador de su hijo. Para dirigir la conducta de éste y su fortuna que iba en decadencia, contrajo segundas nupcias con Felipe Caldero; pero el adolescente, cuyos caprichos infantiles se habian convertido con la fuerza de la edad en verdaderos hábitos, no se plegó, desde luégo, á la voluntad del padrastro. Desaplicado é indolente, se inició, no obstante, pronto en sus primeras letras, pero en la gramática latina fueron muy lentos sus progresos. Su imaginacion viva y flotante se desazonaba con la austera severidad de los libros didácticos, y las amonestaciones de sus maestros no lograban hacer mella en un espíritu halagado desde la infancia por el sentimiento de emancipacion, y enemigo por consiguiente de todo freno y disciplina escolástica. Pensó despues Caldero en dedicarle al comercio; pero la vida sedentaria no podia satisfacer todas las exigencias de

la organizacion de Cabrera, y acaso se hubiera amoldado éste mejor á la profesion de marino, profesion de movimiento, de peripecias y de emociones fuertes, si un suceso inesperado no hubiera modificado notablemente su posicion, dando otro sesgo al pensamiento de sus padres.

Vacó una capellanía de que eran patronos unos parientes suyos, y como por esta época (1823) dominaba todavía el influjo teocrático en el fondo de nuestra sociedad, sus padres y su familia toda trataron de aprovechar esta circunstancia á fin de dedicar al jóven Cabrera á la carrera eclesiástica. Con efecto, despues de un pleito prolongado, recibió Cabrera la prima tonsura el 30 de Setiembre de 1825, y tres dias despues, la colocacion é investidura del beneficio. Los que atribuian su incuria y atolondramiento á sus malas impresiones de la niñez, y á los primeros y tumultuosos fervores de la adolescencia, creyeron que comprenderia por fin la línea de sus deberes, alumbrado por la reflexion, y estimulado por el deseo de realizar los ardientes deseos de su familia; pero no fué así: Cabrera sólo vió en su nueva situacion un estado más ancho para ejercitar su instinto revoltoso y mayores medios para dar rienda suelta á sus caprichos. En las diferentes historias y biografías que se han escrito de este personaje, se pinta con notable discrepancia este período de su vida. En unas se le considera como un mozo desacatado é insolente, abandonado á la crápula y al libertinaje, apurando en orgías y libidinosos banquetes su vida y su capital: en otras se le presenta como un jóven de pensamientos levantados, de condicion afable y generosa, protector del desvalido, altivo hasta ser pendenciero, galante, cortés y de grandes, aunque confusas aspiraciones.

Entre los apologistas y los detractores debe colocarse el pensamiento imparcial del biógrafo. Dotado Cabrera de un temperamento fugoso, de un alma imperativa, de unas pasiones nunca vencidas completamente, y que se irritaban con los obstáculos, debió continuar siendo, y lo fué en efecto, adverso al estudio y á toda sujecion, ligero, frívolo y dominante. En vez de recoger las fuerzas de su imaginacion para arrancar sus secretos á la teología que estaba cultivando en el colegio seminario de Tortosa, en vez de empeñarla en la resolucion de esos grandes problemas, que, siendo superiores á la razon, atraen los espíritus fuertes y tenaces, que sucumben ó se extravian en esta lucha temeraria del hombre con la divinidad; en vez de sostener este duelo atrevido del entendimiento con la esencia, Cabrera pasaba las horas de cátedrá contando con impaciencia los minutos que le faltaban para salir del aula, y combinando algun juego ó diversion que ponia en planta tan pronto como era dueño de sus actos.

Casi todos sus ejercicios eran violentos, lo cual nada tenía de extraño en una edad en que se verifica el desarrollo físico, y esa gran transaccion, la mayor de la vida, que separa al adolescente del hombre. Pero algunos escritores, que fundan sobre la experiencia la infalibilidad de sus oráculos, y que pretenden hallar una ilacion lógica en todos los hechos de una notabilidad, reparan mucho en el predominio que ejercia Cabrera sobre sus condiscípulos, y en el valor impetuoso que demostraba en várias ocasiones. Con efecto, se constituia en caudillo de una parcialidad compuesta de los estudiantes de Tortosa, y sostenia con ardimiento varios trances y peleas contra otra parcialidad de valencianos; y cuando sus amigos empezaban á flaquear y ceder el campo,

se adelantaba blandiendo un palo, y con la voz y el gesto les alentaba á continuar la batalla.

Estos violentos ejercicios, y muy principalmente la circunstancia de haberse bañado en el Ebro, estando cubierto de sudor, le ocasionaron una grave dolencia que le duró dos años, y para cuya completa curacion tuvo que pasar tres meses en Barcelona. Restablecido de su enfermedad, y queriendo sus padres domar su carácter rebelde, le encerraron en el convento de Trinitarios de Tortosa; pero el claustro, considerado como el suicidio moral cuando hay un gran arranque de abnegacion, y cuando las pasiones encendidas por el contacto de la vida social se adormecen bajo el sombrío techo de una celda, no podia ni debia serlo para un jóven atolondrado é irreflexivo, que reputaba su reclusion como un castigo, y que trataba de hacer ver lo ilusorio é ineficaz de éste. Así es que á los pocos dias de hallarse en el convento ensayó nuevas travesuras, y aunque al principio trató de encubrirlas con el velo del disimulo, llegaron á hacerse públicas, con grande mengua de su reputacion. Tan pronto bajaba sigilosamente á la cocina, y aprovechándose de la ausencia del cocinero inficionaba los manjares con fuertes dosis de estimulantes; ya obstruia las cerraduras de las celdas, introduciendo piedras pequeñas, é imposibilitaba á los religiosos el retirarse á la hora acostumbrada; ya en las altas de la noche echaba á vuelo las campanas del convento, poniendo en consternacion y alarma á la comunidad y á la poblacion entera, y ya, finalmente, saltaba las tapias, y emancipándose de su reclusion, pasaba las horas de reposo en jugar á los naipes ó en galantes devaneos.

Cuando la noticia de estos excesos pasó al dominio de la

sociedad culta, se comentó desfavorablemente, y la parte sana del clero se declaró contra su autor, que, poco recatado y cuerdo, habia hollado todas las razones del decoro. Pero el audaz estudiante no vaciló en arrostrar esta fundada ojeriza, y terminado el tiempo de su estudio se presentó al obispo de Tortosa, D. Víctor Saez, pidiendo le confiriese las cuatro órdenes menores. El prelado clavó sus ojos en el resuelto semblante del jóven tonsurado, y le dijo con un acento dulce, pero firme: «Tú has nacido para ser militar; basta mirarte para conocer que no tienes vocacion eclesiástica; no quiero ordenarte.»

Sin embargo, estas palabras no podian aceptarse como un vaticinio de su suerte futura. Atrevido hasta rayar en insolente, agitador y evaporado, era idóneo sin duda Cabrera para todas las empresas prontas y arrojadas. Podia haber sido un tribuno ardiente en un dia de revolucion, un aventurero, un bota-fuegos de guerra civil, una existencia inflamada y flotante siempre en choque con los peligros y las grandes emociones; mas para la carrera militar sólo tenía el valor del soldado y la energía del mando, pues no demostraba aún ese seso y madurez que encadenan hasta cierto punto los instables fallos de la fortuna. En la guerra, la cabeza puede más que las manos, y todos los grandes capitanes se han formado con la meditacion y el estudio.

No causó enojo ni sentimiento á Cabrera la resolucion del obispo: al contrario, la aplaudió en lo íntimo de su corazon, y áun en las confidencias de sus amigos, porque le dejaba á solas con sus instintos sin despojarle de las obvenciones del beneficio. Sin quehaceres, sin ocupacion, sin obligaciones de ninguna especie, siguió Cabrera en Tortosa entregándose á una vida liviana é indolente, frecuentando tertulias, susci-

tándose á cada paso rivales con su conducta altiva y sus empresas amorosas, imponiéndolos con su presencia y resolucion unas veces, resolviendo en otras sus rencillas por medios violentos, y haciendo siempre alarde de su suerte y de su valor. Empero, no recogió, como se ha sostenido, la suma de disolucion y de escándalos, y se constituyó en apóstol del vicio, autorizándole con su palabra y ejemplo. Cabrera no era procaz; era simplemente un aturdido que traspasaba con frecuencia el límite de las consideraciones debidas á clases más respetables y provectas de la sociedad, por captarse la admiracion y el respeto de otras más agitadas y jóvenes, y en cuyas demasías acaso no tenía escaso influjo el deseo de agradar á las mujeres, amantes siempre de cualquier género de gloria ó superioridad. Como hay organizaciones en que se hermanan los sentimientos más opuestos al parecer, Cabrera en esta época oia diariamente misa y asistia á otras prácticas piadosas, sin que en un carácter franco y expansivo como el suyo pueda esto atribuirse á hipocresía.

Como el ódio nunca es infecundo, y de las relaciones entre las pasiones públicas y las particulares nacen el concierto ó la perturbacion de la sociedad, las animosidades que habia provocado Cabrera tan sin premeditacion, se volvieron en contra suya, y precipitaron su destino. Los jóvenes, sus rivales, se apresuran á alistarse en las filas de la milicia urbana recientemente creada, y esto bastó para que Cabrera, que no habia manifestado hasta entónces opinion política determinada, empezara á mirar con aversion el restaurado sistema liberal: los insultos y áun amenazas que aquellos profirieron, aumentaron su desabrimiento, y siendo incapaz de permanecer por largo tiempo en una posicion equívoca y hos-

tilizada, se adhirió sin rebozo á los intereses dinásticos de D. Cárlos, y entabló relaciones íntimas con las personas más señaladas por su tendencia á esta línea política. Algunas reuniones á que asistió y en que tomó parte muy activa, llamaron la atencion del comandante militar de Tortosa, brigadier Breton. Las prohibió este jefe; pero como siguieran inspirándole sospechas las personas que las habian frecuentado, desterró á varias y amonesto á otras severamente. Cabrera, cuyo carácter y precedentes eran bien conocidos de la autoridad militar, recibió órden el dia 12 de Noviembre para marchar desterrado á Barcelona.

El jóven proscrito trató de evadir con la fuga los efectos de su condena, y se puso de acuerdo con D. Magin Solá, capitan de realistas y el cocinero de San Blas. Despidióse de su familia, recibió 4500 reales en monedas de oro que le proporcionó la cariñosa solicitud de su madre, y á las diez de la mañana salió por la puerta del Temple vestido de estudiante. Al llegar á aquel punto, vió á varios sujetos destinados como él á marchar á Barcelona. «Viene V. con nosotros? le preguntaron éstos.—No, contestó Cabrera: yo me voy á Morella: el que quiera acompañarme que me siga á las montañas. Si hasta ahora no se ha hablado de mí más que en Tortosa, dentro de poco tiempo mi nombre hará ruido en el mundo.» Tres dias despues estaba Cabrera en la plaza de Morella.

La guerra que se sostenia entónces no tenía ejemplo en nuestra historia. No era pura y simplemente una cuestion dinástica, cuyos árbitros supremos son el valor y la disciplina de un ejército y la pericia de un caudillo, y que no puede resolverse en una ó más batallas; tratábase en primer término de una revolucion que hervia en el seno de nuestra socie-

dad desde principios del siglo, y de una reaccion que defendia los intereses de muchos siglos; se pretendia por una parte dar á las ideas y á los principios liberales una emancipacion arrolladora, y por otra dotar de una tensa energía á las fuerzas tradicionales y á los principios teocráticos; todas las pasiones estaban por consiguiente sublevadas, todos los resortes de irritabilidad levantados, y el fanatismo precipitaba á los partidos en la violacion de los más respetables fueros de la humanidad. No era una guerra que podia decidirse de pronto, por medio de una gran batalla, sino la incandescencia de todos los sentimientos poderosos que sólo podia templarse con el lapso del tiempo y la accion sensible de los reveses y desengaños. El alma exaltada y vehemente de Cabrera podia muy bien apoderarse de muchas de estas circunstancias y entregarse con su época al desenfreno y al furor de las parcialidades. Empezó, no obstante, su carrera bajo infelices auspicios. La primera refriega que se trabó el dia 6 de Diciembre entre las fuerzas liberales y los carlistas que habian salido de Morella, fué funesta á éstos. Gente novel, sin foguear en su mayor parte, y sin otro principio de disciplina que un entusiasmo espontáneo y exagerado, se desbandó á las primeras descargas, dando al olvido las instrucciones, y desacatando la voz de sus jefes. Al oir el silbido de las balas, Cabrera, dominado por el pánico, cerró los ojos y se arrojó al suelo. Los que han querido presentar este hecho como una prueba de cobardía, olvidan el poder de las primeras impresiones sobre una organizacion susceptible. Muchos guerreros afamados han recibido trémulos el bautismo de los combates, y del segundo capitan de este siglo (lord Welington), se refiere un hecho semejante.

Encontraron á Cabrera en esta temerosa aptitud los oficiales carlistas Llarach y Egea, y al preguntarle «¿qué es esto, tiene usted miedo?» se levantó el bisoño soldado como impelido por el resorte del pundonor, y contestó entre arrepentido y confuso: « No lo niego, he tenido miedo; nunca habia oido silbar las balas; pero en adelante se verá quien es Cabrera.» Y para probar que sus palabras no eran vanos acentos del orgullo ofendido, se abalanzó á un fusil que estaba á su lado y se batió despues con tal bizarría, que le concedieron los galones de cabo. Este fué su primer progreso en la carrera militar.

El descontento y el espíritu de rivalidad que reinaba entre los carlistas aragoneses y valencianos, pudieron servir de pábulo y áun de motivo á las nacientes aspiraciones del jóven Cabrera. Vió que sus jefes, olvidándose del interes general, trataban con loco empeño de arrebatarse un mando, que debia ser más precario, cuanto más codiciado: vió erigirse á su alrededor numerosas pretensiones, que faltas de otro título carecian de la legitimidad, de la inteligencia y del valor; comprendió oportunamente cuán poco temibles debian ser unos hombres que fundaban su ambicion, ménos sobre sus hechos que sobre sus palabras, y concibió confusamente la probabilidad de colocarse á su nivel y áun de dominarles. Esto era entónces más bien un deseo vago que un cálculo seguro, porque la pasion del jóven hablaba más alto que la razon del ambicioso; pero al fin constituia su deseo, y Cabrera tendió constantemente á realizarle; y aunque en su difícil ejecucion le ayudó poderosamente la fortuna, no puede negarse que desplegó ese valor limítrofe de la temeridad, que fascina y cautiva el afecto de la multitud, y cierta

astucia refinada á vueltas con la osadía de los consejos, tan propias para vencer á los hombres prevalidos, como á las situaciones complicadas.

Declinaba la insurreccion en el centro, y de sus principales caudillos, el baron de Herbés, derrotado de nuevo y prisionero, fué fusilado despues, y los demas, dispersos y fugitivos, ó al frente de un puñado de voluntarios, se guarecian entre los riscos y breñas, en las entrañas más recónditas del Maestrazgo.

Cabrera, que ya habia ascendido á sargento el 10 de Diciembre, pugnó para reunir bajo una mano las fuerzas carlistas desparramadas por las escabrosidades de la montaña: los mismos jefes, aparentando comprender todo lo funestas que éran para la causa comun sus divisiones intestinas, se avienen á elegir uno superior, y se reunen al efecto en Vistabella. Cabrera, que como sargento carecia de voto, desempeñaba las funciones de secretario en el escrutínio; sale electo Marcoval; pero en el momento de darse á conocer como tal, halla que su título es ilusorio, porque las fuerzas carlistas, seducidas y acaudilladas por algunos jefes descontentos, habian abandonado el pueblo en distintas direcciones. Cabrera observaba la situacion embarazosa y ambigua de Marcoval, y le ofrece reducir á su obediencia á la extraviada tropa. Parte en efecto, alcanza al grupo más considerable á media hora del pueblo, habla á los soldados con fuego y energía, y logra empeñarles á volver á Vistabella para obedecer las órdenes de Marcoval. Éste, agradecido al servicio que acababa de prestarle Cabrera, le nombró en el acto subteniente.

Una desgraciada tentativa para apoderarse del fuerte de

San Mateo, produjo la division de las fuerzas carlistas. Cabrera, unido á Marcoval, se ocultó en las asperezas de la Vallivana; pero su posicion en este punto era muy crítica. Sin víveres, sin recursos, y expuestos á caer en manos de las columnas liberales que vagaban por aquellas inmediaciones, era preciso que adoptaran una determinacion pronta y vigorosa para vencer tantos obstáculos. Cabrera pidió á Marcoval permiso para ir á Tortosa á fin de proporcionarse algun dinero. Vino en ello el jefe carlista, y Cabrera disfrazado de valenciano, emprendió este atrevido viaje, y se hospedó en la casa de un amigo suyo situada en las afueras de la ciudad. Desde allí avisó á sus conocidos y parientes; acudieron unos y otros á verle cauta y sigilosamente, le proporcionaron algunos fondos, y aunque su familia, y especialmente su madre, le instaban á que abandonara una vida azarosa y llena de tribulaciones, Cabrera se obstinó en volver al punto hácia el que su estrella y su inclinacion le llamaban. El 16 de Enero de 1834 se hallaba de regreso al lado de Marcoval, quien le abrazó con esa efusion de placer que no puede expresarse en ningun idioma conocido y que sólo aprecian bien dos hombres que, despues de haber corrido juntos grandes peligros, se separa con pocas esperanzas de volverse á ver, y que hallan en su reunion un medio de orillar las dificultades más apremiantes. Marcoval confirió entónces al celoso subteniente el grado inmediato, y concertó con él el modo de dar un nuevo impulso á la guerra, recogiendo y organizando cada uno en distinto rádio todos los elementos posibles. Dividieron el dinero y se separaron otra vez, ofreciendo Cabrera dar á su jefe cuenta de todas sus operaciones.

Mientras que Marcoval, impelido por su infausto destino,

corria hácia una muerte próxima, Cabrera reclutaba mozos y se afanaba en formar una partida. El dia 19 de Enero empezó á titularse comandante, aunque las circunstancias autorizaban bien poco este título. Toda su fuerza estaba reducida á nueve hombres, cuatro de los cuales estaban armados con fusiles, dos con escopetas y tres con palos. Pero no le desalentó este resultado poco lisonjero; recorrió audazmente la falda de las montañas; ofreció una peseta diaria á cuantos acudieran á alistarse en sus filas, y el dia 6 de Febrero contaba ya con 135 hombres medianamente armados y equipados. Participó á Marcoval el éxito afortunado de sus esfuerzos, y éste, en contestacion, le mandó el despacho de capitan con la órden de dirigirse á Santo Domingo de Villabona, donde deberian reunirse el 10, acaudillando sus respectivas partidas, los demas jefes carlistas.

No pudo realizarse este pensamiento, porque atacada con brio la tropa de Cabrera en el barranco de Villabona por superiores fuerzas enemigas, se dispersó, y su jefe, acompañado de 10 hombres, llegó, al través de mil peligros, hasta San Miguel de Valderobles. Habiéndose unido al Serrador en este punto, logró evitar el alcance de las fuerzas de la reina por medio de una hábil maniobra, y llegó á la Masía del Brut, donde le esperaba casi toda su gente. Aquí supo el fusilamiento de Marcoval, y penetrado del más vivo sentimiento, exclamó, segun refiere uno de sus biógrafos más autorizados (1): «Mi amigo Marcoval, mi protector, fusilado! ¡Sangrienta será la guerra que empezamos! *Quiera Dios que al-*

(1) Córdoba, *Historia de Cabrera.*

gun dia no haya de ser yo el vengador de estas muertes..»
Desvanecida de nuevo su partida á efecto de la cruda persecucion, y no pudiendo sostenerse en los confines de Valencia, pasó á Aragon, donde redoblando su actividad y sus esfuerzos, logró atraer 140 hombres, habiéndosele incorporado poco despues el jefe carlista Valles, á la cabeza de 40 infantes, y un oficial apellidado Bardavió.

Por este tiempo se incorporaron las escasas fuerzas de Carnicer á las de Cabrera. Promovióse entónces entre ámbos generales un generoso altercado sobre cuál de ellos debia ejercer el mando superior. Cabrera defirió á la antigüedad y conocimientos militares de Carnicer, y cediéndole la autoridad de jefe, quedó él con el carácter y atribuciones de segundo.

En el estrecho cánon de una biografía no pueden incluirse los hechos de armas que constituyen la vida militar de Cabrera; y si hasta aquí hemos seguido sin interrumpirle el hilo de sus operaciones, ha sido con el objeto de poner en relieve este período de su vida, el más oscuro, y durante el cual sus acciones no reflejan todavía sobre la historia de nuestra guerra civil.

Cuanto más extensa é imponente es una insurreccion, nace ménos consolidada; y así es que al principio experimenta del poder organizado esos récios golpes que parecen que tienden á aniquilarla, y que sin embargo sólo sirven para encender más la ira de los opuestos bandos.

Toda su consistencia la recibe del tiempo, que disminuye el valor de la agresion, y engendra el más difícil de la resistencia. Tal acaeció en la guerra que sostuvieron los carlistas en el centro: despavoridos, amilanados por los frecuentes descalabros que padecian, se desbandaron; mas vol-

vieron en sí de la sorpresa, y entónces se agruparon en derredor de Carnicer y Cabrera, que tenian un núcleo de fuerza regularmente organizado.

Constituyendo pronto una columna de más de 500 hombres, empezaron á tomar una ofensiva vigorosa, y á acometer árduas empresas, cuyo buen resultado se debia en parte al valor ardiente y casi temerario de Cabrera. Fué tal y tan rápido el incremento de los carlistas en Aragon, que el 6 de Abril se aprestaron á invadir la provincia de Cataluña en fuerza de 2.000 hombres, acaudillados por Carnicer, Cabrera y Quilez, esperando fomentar la guerra en el Principado, favorecidos por ocultas maquinaciones que á su arribo debian estallar estrepitosamente.

Mas la fortuna abatió otra vez el levantado vuelo de los carlistas, y dió en tierra con una empresa acometida contra el dictámen de Cabrera, con más valor que prevision. En los campos de Mayals se trabó un furioso combate en que sucumbieron las fuerzas carlistas, con pérdida de 400 hombres entre muertos y prisioneros. Los demas, excepto 140, apelaron á la fuga. Cabrera se batió con intrepidez, y viendo que el arrojo del brigadier Breton decidia la accion, cogió un fusil y le apuntó dos veces; pero en ambas le faltó el tiro. Rodeado de enemigos logró abrirse paso, y huyó montado á la grupa del caballo de un oficial.

La derrota de Mayals tuvo trascendentales consecuencias para los carlistas. En vano Cabrera, designado por Carnicer para recoger los dispersos, logró reunir bastantes, porque poco acostumbrados unos á los variables trances de la guerra, sólo tenian entónces ese valor solidario que nace de la reunion de muchos, pues habiendo sido batidos en considera-

ble número, recelaban volver á probar la suerte de las armas; y otros eran padres de familias, voluntarios realistas, que arrancados de los goces y tranquilidad doméstica, por la fuerza de compromisos anteriores, ó por el fervor del momento, volvian ahora en demanda de su perdida felicidad, acogiéndose á indulto: en vano se reportaron algunos triunfos, porque no se pudo neutralizar con ellos todos los efectos de la derrota, y la causa carlista siguió en Aragon vacilante, insegura y tenazmente perseguida. Cabrera combatió en este período con gran valor é intrepidez; á él se debieron las más importantes ventajas adquiridas, y su actividad era tan extraordinaria, que decia el general Hore en una carta, fechada en el mes de Junio de 1844: «Parece imposible que Cabrera sea criatura humana, respecto á que cuanto alcanza la ciencia militar y la astucia de los hombres más sagaces, se ha empleado para sorprenderle, pero todo lo ha hecho vano el atrevimiento del caudillo carlista.»

Pero esta actividad febril, esta tension constante del espíritu y la agitacion del cuerpo en medio de la inclemencia de aquella estacion y aquel clima, precipitaron la accion de su vida, y destruyendo la armonía orgánica, le ocasionaron una enfermedad. Corrió grave peligro en el punto adonde se habia retirado, pues fueron tantas las pesquisas practicadas por las autoridades para indagar su paradero, que le averiguaron por fin, y el dia 2 de Agosto una partida de tropa circundó la Masía de Barrina, adoptando todas las precauciones imaginables para evitar la evasion del temido jefe carlista. Pero éste habia salido la noche anterior, y las tropas liberales solo hallaron dos oficiales carlistas llamados Monteverde y Matamoros, que fueron conducidos á Horla y fusilados á los dos dias.

Cabrera, aunque convaleciente y débil, volvió á arrostrar los rigores de la guerra con inconstante suerte, pues aunque sostuvo algunos choques venturosos, y sorprendió á la guarnicion de Aljara, sufrió tambien duros reveses, y en el pueblo de la Abejuela se vió en inminente peligro de perder la libertad y la vida. Precediendo á las fuerzas de Carnicer, y á la cabeza de unos cuantos cazadores, penetró Cabrera en Abejuela al anochecer del dia 13 de Noviembre. Distraido en apremiar al alcalde, para que aprontara las raciones, no advirtió que la vanguardia de la columna Valdés habia invadido el pueblo, hasta que la descarga de una compañía de fusileros advirtió á los confiados carlistas todo el riesgo de su situacion.

Cabrera, sin tener tiempo para montar á caballo, huyó precipitadamente, y ya estaba á punto de salir del pueblo, cuando tropezó y cayó. Un fusilero que le seguia de cerca se arrojo sobre él, le cogió los faldones de la casaca, y le intimó la rendicion. En este instante supremo, Cabrera, sin poderse valer de arma alguna, estrecha con sus brazos las piernas del fusilero, y haciéndole perder el equilibrio, le derriba vigorosamente en tierra; recoge entónces todas sus fuerzas; prosigue su carrera con una velocidad sorprendente, llega al borde de un precipicio, no vacila, y se lanza al fondo, recibiendo un fuerte golpe que le privó de sentido. Recobrado de su aturdimiento se puso de nuevo en marcha y se reunió á Carnicer á la una de la madrugada. Otro suceso ocurrió por este tiempo que prueba que Cabrera poseia recursos para dominar las situaciones apuradas. El dia 12 de Noviembre se hallaba con 165 hombres en una masía del término de Fortanete; á corta distancia, y en otra masía, estaba una columna de

la reina que le habia seguido con tenacidad la pista, y se habia guarecido en aquel punto de los rigores de la estacion. Separaba las dos fuerzas enemigas un muro de nieve, y Cabrera carecia de municiones y de todos los medios necesarios para repetir un ataque que consideraba probable tan luego como se aplacara la ira de los elementos. En este conflicto ideó un medio que no dejaba de ser ingenioso, y que trae á la memoria el artificio que empleó Aníbal en la guerra contra los romanos. Reunió en un mismo punto todos los toros de la masía, y dió órden para que los aguijonearan fuertemente en el caso de que se aproximaran las tropas isabelinas, abrieran la puerta de improviso y arrojaran sobre el enemigo esta imponente vanguardia; el ataque no se verificó, ni por consiguiente se echó mano de estos vigorosos auxiliares.

Ya en este período tenía Cabrera el grado de coronel de infantería. Confirióselo Carnicer el 24 de Noviembre cuando este jefe carlista habia recibido el despacho de brigadier de caballería y el título de segundo comandante general interino de Aragon.

La Providencia parecia velar por la vida de Cabrera, preservándole ya de los grandes peligros anejos á los combates, ya de las asechanzas de los que le rodeaban. El 18 de Diciembre, hallándose en el pueblo de Ejulbe, descubrió una conspiracion tramada por seis soldados y un sargento, los cuales habian formado el proyecto de asesinarle. Todos los iniciados en el crímen depusieron paladinamente la verdad, manifestando que la codicia les habia inducido á trocar la espada de los valientes por el puñal del alevoso. Cabrera los perdonó; pero este suceso debió llenar de amargura su alma, y considerando la imposibilidad de incorporarse á Carnicer y de re-

sistir la vigorosa y bien organizada persecucion del general Valdés, ordenó que se dispersara su gente, sin designarla como de costumbre el punto en que debia reunirse. Viéndose á solas con el comandante García, le dijo con ese tono firme que no admite réplicas ni observaciones: «Mañana se viene usted conmigo á Navarra: es urgente dar cuenta á S. M. del deplorable estado de sus defensores en Aragon, y rogarle que envíe alguna fuerza para reanimar el abatido espíritu de tantos desgraciados.

»Si no alcanzamos el objeto, nos alistaremos en aquel ejército de simples voluntarios. Consultarlo con Carnicer es imposible, porque ignoramos su paradero; el asunto no da treguas y en la guerra vale mucho el tiempo.» El dia 20 de Diciembre emprendieron ambos el viaje, dirigiéndose á Alloza. En esta expedicion, rodeada de azares y dificultades, algunas de las que podrian acaso vencerse con el poder universal del dinero, llevaba Cabrera la cantidad de siete reales.

Llegaron los dos viajeros á Alloza y se ocultaron en casa de un labrador rico, á quien Cabrera reveló su proyecto, pidiéndole dinero y un pasaporte falso. Proporcionóle uno y otro aquel leal amigo, y Cabrera salió de Alloza bajo el pseudónimo de Vicente Cortiella, y disfrazado de arriero aragones. En Alloza se adhirió al pensamiento y peligros del caudillo carlista *María la Albeitaresa*, mujer audaz, resuelta, activa, que se hallaba entónces en la primavera de su vida y que acogió las indicaciones de Cabrera con ese ardor noble y desinteresado que crea una imaginacion exaltada y entusiasta. Los tres expedicionarios se detuvieron en el pueblo de Híjar, y cargaron las caballerías de jabon; el 28 de Enero de 1835

atravesaron el Ebro, y el 9 de Febrero entraron en Zúñiga, donde se hallaba á la sazon el cuartel de D. Cárlos. En la audiencia que otorgó este príncipe á Cabrera y García el dia 15, trazó el primero un cuadro lúgubre y sombrío de la situacion en que se hallaba la causa carlista en las Provincias del centro; describió con fuertes colores el desencadenamiento de los partidos, el furor que, autorizándose con el nombre de justicia, inmolaba víctimas inermes é inocentes; la postracion en que habian caido los defensores de su causa á consecuencia de los últimos reveses; la falta de concierto en las operaciones y la carencia de los recursos que engendran y alimentan la guerra, porque sostienen con el lazo del interes la adhesion problemática á una causa de algunos de sus servidores. «Por lo demas, al hacer estas manifestaciones, continuó Cabrera, no tengo otro objeto que poner remedio á nuestros males en beneficio de la causa del Rey, á la cual, por conviccion y compromisos estamos íntimamente unidos; y tanto yo como mi compañero, estamos resueltos á prestar nuestros servicios en estas filas como simples voluntarios.» «No, contestó D. Cárlos, es preciso que volvais á Aragon, donde vuestros servicios serán de más utilidad que aquí. Al efecto, Villemur os dará un pliego, que tú, Cabrera, pondrás en manos de Carnicer, pues os interesa. Idos á preparar vuestro viaje, y el cielo os le conceda feliz.»

Llana y segura habia sido la marcha de los viajeros á Navarra; pero en el regreso les ocurrieron algunas aventuras, que pudieron tener para ellos fatales consecuencias, sin la presencia de ánimo de Cabrera. Salieron el dia 18 de Zúñiga, y tomaron la ruta de Sangüesa, en cuyo punto permanecieron dos dias con pretesto de vender jabon y azafran. El 27

entró Cabrera en Zaragoza, miéntras sus compañeros de viaje se dirigian á una casa de campo, propiedad del conde de Villemur, situada en las afueras de la ciudad. Cabrera desempeñó algunas comisiones importantes, y volvió á reunirse con García y la *Albeitaresa* en un jardin contiguo á la casa precitada. Allí recibió las visitas de algunos sujetos distinguidos, señaladamente afectos á la causa carlista. Miéntras giraba la conversacion sobre asuntos de interés, observó Cabrera que en un riachuelo inmediato bajaban á beber agua várias caballerías, y entónces concibió el proyecto de apoderarse de dos buenos caballos, y espió con ojo avizor la ocasion propicia; pero no se presentó ésta en aquel dia, y Cabrera, que habia observado que algunos de los transeuntes le dirigian miradas llenas de desconfianza y de recelosa curiosidad, tomó consejo de la prudencia, y se ausentó de Zaragoza el 28. Pero ni sus precauciones, ni su incógnito, ni su extraño menaje y comitiva, impidieron que fuera descubierto el 29 en una venta, colocada á la derecha del camino de Belchite.

Habia en ella 12 ó 14 arrieros, con los cuales entablaron familiar conversacion Cabrera, García y la Albeitaresa; y queriendo captarse sus simpatías y sondear sus sentimientos y noticias, Cabrera propuso la idea de que cenaran todos juntos. Aceptóse con franqueza cordial; pero mientras se sazonaba la conversacion con algunos chistes y con esa alegría espansiva que reina en semejantes reuniones, advirtió el caudillo carlista que uno de los arrieros le miraba de soslayo y con cierto aire de socarronería. Cabrera hizo un movimiento de despecho, pero no fué apercibido por los circunstantes; mas dominándose pronto esperó que terminara la cena. Entónces se levantó el arriero para dar agua á su recua. Cabrera, alegan-

do el pretesto de ver sus caballerías, le siguió los pasos y entró pocos segundos despues en la cuadra, y lanzándole una mirada investigadora, le preguntó con breve é imperioso acento:—De dónde es usted?

—De Montalban, contestó el arriero.

—He notado que usted me miraba mucho cuando estábamos en la cocina, y desearia saber si usted encuentra en mí algo que llame su atencion.

—Toma! pues no he de mirar á usted atentamente si le conozco; usted es Cabrera.....

Difícil es comprender el caudal de ira y de fogosa cólera que acumuló en el corazon de Cabrera esta atrevida revelacion. Veia confirmadas sus sospechas, y con ellas el riesgo de su persona y las de sus compañeros. Abalanzóse sobre el arriero con el puño crispado, los ojos centellantes y el rostro encendido por la indignacion, y le amenazó con la muerte si proferia una sola palabra. El arriero prometió y juró guardar el más absoluto silencio; pero no podia satisfacer á Cabrera una promesa arrancada por el miedo, y le obligó á que volviera á la cocina y no revelara la menor cosa en punto á la escena que acababa de ocurrir. Siguióle Cabrera, llamó á García y la Albeitaresa, refirióles lo que habia acontecido, requirió con la vista todos los ángulos para ver si habia alguna puerta falsa ó lateral, y se colocó delante de la principal, intimando á los arrieros la órden de permanecer inmóviles en su sitio. Pero considerando despues que en cuestion de números y fuerzas tenian ellos pocas probabilidades de salir airosos; que repuestos los arrieros de su sorpresa, trataran de abrirse paso empleando la violencia, ó que invocaran el auxilio de una compañía de urbanos que habia en aquellas

inmediaciones, se acordó emprender la marcha ántes que amaneciera, protegidos por la oscuridad de la noche. Al dia siguiente estaban en Lecera, donde se creyeron á cubierto de todo peligro; pero no fué así, porque embelesados los carlistas que habia en este punto con la narracion que les hizo Cabrera de su viaje, fueron sorprendidos y envueltos por una partida de tropa liberal que se arrojó súbitamente sobre el pueblo. Cabrera y García huyeron con el traje de arriero, y anduvieron vagando algunos dias por los montes, compartiendo el hambre y las vigilias, haciendo uno centinela miéntras el otro se entregaba á un breve y necesario reposo, agitados por el temor de caer á cada paso en poder de sus enemigos y anhelando encontrar á Carnicer.

Por fin encontraron á este jefe en las masías de Ludrunan y Villarluengo. Despues de conceder los primeros momentos á las recíprocas felicitaciones, Cabrera entregó á Carnicer el pliego que habia recibido de su soberano. Leyóle Carnicer en silencio; y levantando en seguida la voz, anunció que la voluntad de su rey le empeñaba á dirigirse á Navarra, y que durante su ausencia nombraba jefe accidental interino de todas las fuerzas carlistas del Bajo Aragon y reino de Valencia al coronel de infantería D. Ramon Cabrera.

Investido Cabrera de este carácter, y colocado en esfera tan superior, aspira á ensanchar la de la guerra y dotar de mayor nervio á las operaciones; pero tropieza al primer paso con rivalidades y contradicciones, y aunque su antagonista no emplea contra él otro medio que el de la murmuracion, que es el poder del débil ofendido, sin embargo conoce las circunstancias y las gentes que le rodean, sabe que una autoridad controvertida por unos, y negada por algun otro, puede des-

vanecerse en un momento crítico, comprende que para arrostrar una larga série de peligros no hay fortaleza posible sin la voluntad de pensamientos, y queriendo captarse y asegurar el afecto de sus tropas, en vez de imponer á sus rivales con la violencia, emplea un medio hábil, y de cuyo resultado le responde su prestigio. Reune á todos los jefes y oficiales, les recuerda la órden general en que fué nombrado comandante, y les dice, sin embargo, que atento más que á todo á la causa comun, cederá sin repugnancia el mando siempre que ellos estimen conveniente esta determinacion al aprovechamiento y mejora de aquella.

La Junta, en que las ambiciones particulares estaban muy sorprendidas para mostrarse desbocadas, confirmó con entusiasmo la eleccion de Carnicer. Quilez mismo, que se habia manifestado más codicioso del mando que otro alguno, no se atrevió á levantar la voz, y concibió la idea más noble de rivalizar en gloria con Cabrera, aunque fuese en inferior gerarquía.

Desde entónces Cabrera se esfuerza en dar vida á la guerra con el galvanismo de su propia autoridad. No busca, ni aún con la imaginacion, triunfos ruidosos y señaladas victorias, porque conoce que una insurreccion naciente, cuando no sucumbe, vence, y que su existencia es ya de por sí una victoria. Por eso sus principales conatos tienden á agolpar gentes y recursos, á proceder á su organizacion; y si para lograr este doble objeto tiene que empeñar acciones desproporcionadas, el éxito justifica sus temeridades, y si padece graves quebrantos, ocurre á su remedio con su acostumbrada celeridad; si sus soldados flaquean á vista del enemigo, vence su irresolucion, arrojándose el primero en el combate á la ca-

beza de un puñado de cazadores, y sin otra arma que un palo ó un látigo.

Derrotado y fugitivo muchas veces, se rehace presurosamente, y en Alloza sostiene ya con formidable teson un ataque de la columna Nogueras, y se retira, no con su gente desbandada, como ántes, sino manteniéndola compacta y alineada, y disputando el terreno palmo á palmo; cuando su tropa se siente fatigada, la alienta, la sostiene con su palabra y el ejemplo, y viéndola á punto de desmayar, rendida de fatiga, quiere sacrificarse generosamente en su obsequio, y convida á reto singular al brigadier Nogueras, su perseguidor: éste no acepta, pero Cabrera habia ganado tiempo, que era su objeto; habia concedido á los suyos algunos minutos de reposo, y un tanto recuperadas las perdidas fuerzas, logra apoderarse de una eminencia, llave de aquellas posiciones, y se pone así fuera del alcance de la caballería enemiga. Dos dias despues sostiene otro ataque contra algunas fuerzas que salian de la ciudad de Alcañíz, y las rechaza apoderándose de algunas casas; pero afluyen nuevas fuerzas isabelinas, y se ve obligado á replegarse emprendiendo un movimiento retrógrado hácia Haldealgorfa. Estrechado por las columnas de la reina, y teniendo muy mermada su gente con las pérdidas experimentadas en los choques casi diarios que sostenia, se retira á los puertos de Beceite, y ordena la dispersion de los suyos, designándoles préviamente el punto á que debian acudir.

Tal es Cabrera en los meses de Febrero y Marzo de 1835, los primeros de su mando. Activo, intrépido, tiende ya á infundir en sus tropas el espíritu marcial y la firmeza en los combates, y lo logra, como lo prueba la accion de Alcora.

Demuestra ambicion de mando, pero despliega el valor y la perseverancia que la legitiman; los reveses le irritan, pero no le abaten, y parece desafiar con todo el poder de su energía á la fortuna que le vuelve el rostro. En los trances más angustiosos no le abandona la serenidad, y cuando no puede dominar los peligros con la fuerza pone en juego el ardid, y entónces viene la suerte á secundar su último esfuerzo. Cerca del pueblo de Hoz, de donde huia con todo el vigor de su caballo, le alcanzó un teniente de carabineros, y cuando ya iba á hendirle la cabeza con el sable, Cabrera, que no tenía arma alguna para parar el golpe, se quitó su capa con agilidad suma, y la arrojó sobre el caballo del carabinero, que ciegó de este modo, y marchando á toda brida, vino á tierra, y arrastró á su dueño en su caida. En otra ocasion, hallándose con escasa fuerza, y rodeado de columnas enemigas, mandó que siguiera á sus tropas un rebaño de ovejas, para que borrara la huella de los infantes y caballos, á fin de que perdieran la pista los isabelinos, como en efecto se verificó.

Á principios del mes de Abril se reunieron bajo la mano y conducta de Cabrera las partidas de Quilez, Torner, Forcadell y Añon, formando un total de 900 hombres.

Viéndose Cabrera á la cabeza de esta fuerza, que era por otra parte muy defectuosa en punto á organizacion, disciplina y homogeneidad, pensó acometer alguna empresa importante; parecióle desde luego tal una incursion á la plana de Valencia, donde podria recoger cuantiosos víveres y recursos; y ya se habia puesto en camino para realizarla, cuando supo que se acercaban las columnas de Decreff y Buil. No esquivó Cabrera el combate, y desplegó bastante tino y condiciones tácticas para asegurar el éxito. Fué este dudoso, y ambos

beligerantes se atribuyeron la victoria; pero lo cierto es que Cabrera no debió experimentar grave quebranto, porque terminada la accion, variando de rumbo y pensamiento, se arrojó sobre la populosa é interesante villa de Caspe. Opusiéronle gallarda resistencia los urbanos y la guarnicion; mas atacados con nuevo y creciente brio, se replegaron al castillo, y dejaron á los carlistas dueños de la villa. Fué breve su permanencia en ella, porque hubieron de evacuarla al saber que se aproximaba la columna de Nogueras; pero este hecho suministró á Cabrera una gran fuerza moral. Se le creia errante y fugitivo y se le veia penetrar en una poblacion de 16.000 habitantes, bien murada y guarnecida. Muchos jóvenes se agregaron desde entónces á sus filas y la guerra empezó á tomar un considerable fomento. En los primeros dias de Marzo estaba Cabrera á la cabeza de veinte y tantos hombres, y en los últimos de Diciembre podia disponer de 3.416 infantes y 218 caballos. Es verdad que estas tropas carecian de organizacion y áun de armas en alguna parte; pero estaban compuestas de hombres valientes y entusiastas, atraidos, unos por el prestigio del jefe, nutridos otros de ódios y venganzas personales, y decididos todos á perecer más bien que transigir con una causa que les habia herido en sus más caras afecciones.

Ántes de llegar este último período y como hácia el promedio del año 35, cuando la fortuna empezaba á sonreir á Cabrera, y elevaba éste cada vez más el horizonte de sus esperanzas y proyectos, un suceso imprevisto vino á destruir el fundamento de estos y de aquellas.

Fusilado Carnicer en Miranda de Ebro, habia caducado la autoridad delegada de Cabrera, y la córte de D. Cárlos,

atenta más que á todo á evitar rivalidades entre los jefes aragoneses y valencianos, dispuso, apénas tuvo noticia de aquel acontecimiento, que los que ejercieran mando sobre fuerzas distintas por su orígen ó carácter provincial operasen con absoluta independencia entre sí. Este golpe fué muy sensible para el jóven comandante carlista.

Habia organizado sus fuerzas de modo, que todos cuantos se adhirieran á la bandera de D. Cárlos en las Provincias del centro habian sido incorporados por el mismo Cabrera en las filas de Quilez, Forner, Forcadell y Llorach, y de esta distribucion resultó que en el momento de separarse las respectivas fuerzas se vió Cabrera sin un solo hombre de que poder disponer, y colocado en la alternativa de servir como subalterno á las órdenes de uno de sus rivales ó de abandonar una causa que correspondia con tanta ingratitud á sus esfuerzos y grandes sacrificios. Pero era Cabrera sobrado ambicioso para adoptar este último extremo, y la conducta que observó al despojarse del mando acreditó que le merecia. Acató sin replicar las órdenes de su soberano, y como los jóvenes tortosinos se negaran resueltamente á seguir bajo la obediencia de Llorach, Cabrera, con entero ánimo y tranquilo semblante les impuso silencio, y les advirtió bien con palabras dulces y templadas que no mentaran su nombre, pues no queria asociarle á ningun acto de insubordinacion. Cabrera, defendiendo la disciplina con mengua de su propio interés, tenía sin duda el presentimiento de su gloria, y aunque colocada todavía en oscura y desigual comparacion, recordaba los grandes rasgos militares de los germánicos, de los Belisarios y de otros ínclitos caudillos antiguos y modernos. Era sin disputa un ambicioso, pero no un ambicioso vulgar. Tes-

tigos los demas jefes montemolinistas de la abnegacion de Cabrera, quisieron rivalizar con él en generosidad, y Quilez fué el primero que le ofreció el mando de su tropa. Rehusóle aquel, así como las ofertas de Forner y Llorach, y aceptó la de Forcadell, con quien le unia, ademas de las relaciones de partido, el vínculo de la amistad personal. Era por otra parte la fuerza más considerable, pues ascendia á 797. Desde mediados de Setiembre en que aconteció este hecho, hasta el 11 de Noviembre, Cabrera, aunque carece de un carácter oficial, figura en primer término, ya porque Forcadell defiriese á sus consejos, pagando tributo á su inteligencia y energía, ya tambien porque las tropas le respetaban como á jefe principal, ya finalmente porque llegó á verse á la cabeza de sus fieles tortosinos.

Miéntras que los demas jefes carlistas agitaban en diferentes rádios sus influencias para aumentar su gente y empeñaban acciones con instable ventura, Cabrera y Forcadell caen con su tropa sobre una columna de la reina, y la destrozan en las inmediaciones de Cherta, reducen al mayor apuro á otra dirigida por el coronel Azpiroz en Prat le Compte, alcanzan cerca de Yeca una sangrienta victoria, en la que Cabrera estuvo dos veces expuesto á perecer, y debió su salvacion al valor, ora temerario, ora tranquilo que sabia desplegar en estos trances fuertes y arriesgados, y despues de otros choques ménos notables, penetran en la ciudad de Segorbe; pero alcanzados en este punto por la columna de Nogueras, se retiran con celeridad perdiendo escaso caudal de gente. Redundó en considerable beneficio de la causa carlista el valor moral de estos hechos, y se aumentó con las ventajas reportadas por los mismos caudillos sobre la columna de Decreff,

la cual hubiera sido completamente deshecha en Jana sin el oportuno auxilio del brigadier Nogueras. Quilez, rival y émulo de Cabrera, combate con singular ardimiento, y reduce á su obediencia varios pueblos de Aragon, y la guerra, abatida á principios de este año (35), se levanta de nuevo, como el gigante hijo de la tierra, amenazadora é imponente, sembrando la consternacion y la alarma por los fértiles países que riegan el Ebro y el Júcar. Un suceso digno de detallada narracion aconteció en Rubielos. Esta opulenta villa, situada á 10 leguas de Teruel, fortificada, y con su competente guarnicion, era como un centinela avanzado que dificultaba á los carlistas hacer sus escursiones al interior del país. Cabrera y Forcadell, á la cabeza de dos batallones y 40 caballos, se propusieron atacarla, arrebatándola por sorpresa. El impetuoso Cabrera llega con sus valientes tortosinos á la puerta de la Villa, manda derribarla y se lanza á las calles, arrollando á los urbanos y guarnicion, que se encerraron en la iglesia. Rechazaron la intimacion de rendirse, y se propusieron hacer noble y esforzada defensa; y renovándose el ataque, creyó Cabrera que el medio mejor de reducirles era derribar tambien las puertas del templo. Para lograrlo, hizo traer un carro y levantar en él un parapeto de colchones, detrás del que debian situarse los hombres encargados de conducirle; y en la parte posterior del mismo carro se habia formado otro baluarte de colchones, quedando desocupado un espacio suficiente para contener cuatro ó cinco. En este trecho se colocó Cabrera, un capitan de apellido Castells, y tres soldados tortosinos. Esta improvisada máquina, algo semejante á las torres movibles de los germanos, empezó á marchar sin obstáculo hasta llegar á cincuenta pasos de la iglesia.

En este trayecto Cabrera procuraba hacer olvidar á sus compañeros su inminente peligro, y se reia de las contingencias de la guerra que les habia obligado á encerrarse en una especie de jaula. Pero de pronto se para el carro; todos los esfuerzos empleados para hacerle rodar de nuevo son inútiles; se habia roto la vara principal, y quedó como clavado en aquel sitio.

Entónces Cabrera y los otros cuatro carlistas fueron el blanco de los disparos de los sitiados; dos de los mozos tortosinos cayeron muertos á los piés de su jefe. Castells y el otro resultaron heridos; solo Cabrera salió ileso del carro, y en vez de arredrarse por este fatal precedente, se reune con el grueso de sus fuerzas, y pone en planta nuevos medios para apoderarse del fuerte.

Dispuso que se echaran á tierra los tabiques intermedios de las casas contiguas á la iglesia, y para impedir que el fuego de los sitiados retrajera á los encargados de este trabajo, hizo suspender una porcion de varas de lienzo al largo de la calle, con lo que logró que los del fuerte perdieran la puntería en sus descargas. Siguió el combate obstinado y sangriento: los urbanos se defendieron con un valor heróico digno de mejor suerte; mas al fin sucumbieron oprimidos por la superioridad numérica de sus enemigos. Mora siguió el ejemplo de Rubielos, y Cabrera acreditó su preponderancia en Alcanar y Vinaroz.

La noticia de las proezas de Cabrera llegó á la córte de D. Cárlos, y este príncipe comprendió que debia galardonar al esforzado y perseverante caudillo. Con efecto, el 11 de Noviembre recibió el nombramiento de comandante general interino de Aragon.

No debe juzgarse á los hombres en una posicion oscilante y vaga, porque la inseguridad detiene el desarrollo del pensamiento, y anda recatada y equívoca la voluntad de los que han de concurrir á la verificacion de aquel. Por consiguiente, desde el momento en que fué colocado Cabrera por mandato y órden de D. Cárlos al frente de las fuerzas carlistas del centro, sus actos debian someterse de un modo absoluto á la justicia distributiva de la historia, que, considerando al hombre con la conciencia de sus facultades, le concede, sin el velo de la pasion, la merecida loa ó vituperio. En la posicion de Cabrera habia ocurrido un cambio notable; al hombre de accion, de movimiento y de un valor temerario debia suceder el hombre activo, pero cauto; valiente, pero reflexivo, creador y organizador al propio tiempo. Al guerrillero habia reemplazado el jefe militar de un partido en una gran extension de país; porque Cabrera no representaba pura y simplemente una fuerza de dos ó tres mil hombres heterogéneamente armados y equipados, si que toda la fuerza viva de un partido numeroso que debia agitarse y combatir, segun todas las probabilidades, en una parte principal del territorio. Por entónces esta probabilidad creaba una tendencia constante; porque D. Cárlos, su córte y todos los jefes aragoneses y valencianos, esperaban que la insurreccion tomara mucho mayor incremento; y para dirigirla se necesitaba elegir, no un soldado lleno de ardimiento, capaz de perecer el primero en un dia de batalla, sino un hombre de ingenio preclaro, que supiera regularizar los elementos de agresion y resistencia segun se fueran presentando.

Cabrera comprendió su nueva situacion, y trató de obrar en armonía con ella. Recogidas sus fuerzas en los puertos de

Beceite, consagró sus primeros cuidados al establecimiento de un hospital, á la creacion de una fábrica de municiones, cuya falta habia entorpecido tanto los progresos de los carlistas, y determinó los fundamentos de una administracion militar, planteando un sistema financiero sencillo, y tal cual le permitian las circunstancias: fijó su atencion sobre el vestuario y calzado de sus tropas, y tomó algunas medidas conducentes á remediar la escasez de uno y otro, ya estableciendo un taller, ya haciendo acopios de alpargatas, y puso la mano sobre la defectuosa organizacion de sus fuerzas, siguiendo en tan importante asunto el giro más conveniente. Existian ya dos batallones que dependian inmediatamente de Forcadell; pero los recien agregados constituian una masa informe más propia para embarazar que para acelerar el curso de las operaciones. Formó con ellos dos batallones de tortosinos y valencianos, y reforzó los que existian ya. Organizóse tambien otro que se denominó 4.° de Aragon, y se dividió la caballería en dos escuadrones, pero sujetos ambos á las superiores órdenes del coronel Añon. Tambien comprendió la necesidad de velar por la disciplina, y al efecto creó una comision que debia entender y juzgar los delitos segun la ordenanza.

Arreglada de este modo la economía de su pequeño ejército, y viéndose á la cabeza de unas tropas que aunque noveles, y sin foguear en gran parte, ardian en deseos de batirse, salió Cabrera de los puertos, con la alta y dificil mira de precipitarse sobre Castilla, con el fin de aumentar su caballería. Púsose en marcha siguiendo el litoral del Ebro, y la suerte le proporcionó un triunfo inesperado. Cerca de Terrer tropezó la vanguardia carlista con un batallon y algunas

compañías de zapadores, y cayendo impetuosamente sobre esta fuerza, la deshizo, causándola algunos muertos y considerable número de prisioneros. Dura y sensible fué para el caudillo tortosino la compensacion de esta ventaja. Alcanzado en Molina por el general Palarea, y embestido por fuerzas muy superiores, vió que sus tropas se desbandaban, y á fin de evitar el que cayeran bajo los golpes de la caballería de la reina, se adelantó él solo á caballo; provocó al enemigo, y logró atraer sobre sí su persecucion, dando tiempo á los fugitivos para que atravesasen el rio Gállego, y se pusieran fuera del alcance de las lanzas isabelinas.

Por este tiempo las pasiones habian adquirido un grado de rencor y destemplanza imposible de describir. Todo lo que pueden los odios comprimidos, desatados de repente y revueltos contra la opresion; todo lo que puede la venganza de la superioridad ofendida, que es la más terrible sin duda, porque tiene como auxiliar el orgullo; todos los resentimientos particulares provocados, envejecidos y atormentados durante las pasadas peripecias políticas y los impulsos disolventes de la codicia, habian pasado y como infundidos en la pasion pública, convirtiendo la guerra en hecatombe horrible. No era el torrente de la revolucion que se embravece con los obstáculos, y los arrolla, el que causaba los mayores males; no era la resistencia de la reaccion que se esforzaba en defender con igual empeño sus usurpaciones y derechos; era más sin duda; era la alianza monstruosa del calor revolucionario con el cálculo frio é infalible de la reaccion, la que abria tan profunda llaga en el seno de la madre patria. Ambos beligerantes comprendian y condenaban su aterradora energía, y se recriminaban mútuamente; pero las recriminaciones sólo ser-

vian para hacer más acerba y cruel su recíproca indignacion. Las represalias, que no son un derecho, sino el abuso de todos ellos, que no tienen fundamento en ninguna jurisprudencia posible, que no cabe en ninguno de los cánones del código de gentes, apilaban las víctimas inermes é inocentes. Tan poco recatados anduvimos, tan poco celosos del decoro nacional, que fué necesario que la filantrópica mano de un extranjero viniera á enseñarnos el medio de conciliar el valor con la humanidad. Mas esto habia acontecido en nuestras Provincias del Norte; pero en las del centro seguia la guerra con bárbara inclemencia; si el capitan general de Aragon publicaba un bando sanguinario, Cabrera daba á luz otro, prodigando la pena de muerte; si el primero mandaba encarcelar á los parientes y familias de los oficiales carlistas, el segundo hacía dar de palos á los individuos de ayuntamientos que no obedecian sus órdenes, y pasaba por las armas á los alcaldes de Torrecilla y Haldealgorfa. Á este último hecho respondieron Nogueras y Mina dando órden para fusilar á la madre de Cabrera.

Aunque las circunstancias más terribles no pueden agravar un hecho de esta Naturaleza, sin embargo, justo será, siquiera para satisfacer la curiosidad del lector, que nos detengamos á referir algunas de las que rodean este sangriento episodio. Era María Griñó mujer casi sexagenaria, de afable y piadosa condicion, que deploraba en lo íntimo de su corazon el desencadenamiento de nuestras discordias civiles, y la parte activa que en ellas tomaba su hijo.

Presa desde 1834, para contener é intimidar á éste, abrigaba el funesto presentimiento de su muerte, y decia á las personas que se acercaban á consolarla: «yo no saldré de

aquí más que para ir al suplicio.» No obstante, cuando en las primeras horas de la mañana del 16 de Febrero de 1836, la arrancaron de las dulzuras del sueño para notificarla la órden de su muerte, se atribuló en gran manera, y con voz angustiosa invocaba la clemencia del cielo y la justicia de los hombres. «Qué he hecho yo? exclamaba la infeliz; ¿cuál es mi culpa? Hijo mio, si vieses que tu madre iba á morir por tí, no lo permitirias; sé que te retirarias al instante.» Pero fortalecida su alma con el sentimiento de la religion, ya solo pensó en llenar sus últimos deberes y en ofrecerse como en holocausto de la felicidad de su patria. «Contenta moriria yo, decia al sacerdote Curto, si supiera que con mi muerte se acabaria la guerra... Decid á mi hijo que no tome venganza, ya que Dios lo permite así.» Mas no solo se queria la existencia de esta infeliz mujer; se quiso tambien, al parecer, atormentarla en sus instantes de agonía. Pidió que la permitieran ver á sus hijas y nietos, que se la administrase el pan de la Eucaristía, y cubrir su cabeza con una mantilla para ir al suplicio, y se la negó obstinadamente este postrer alivio de su desgraciada situacion. Cuando un partido comete en masa un desacato semejante, se perpetúa con las generaciones; pero el ánimo se consuela al considerar que el nombre de uno ó dos individuos puede quedar desapercibido ú olvidado en la historia.

Imposible es pintar el efecto que produjo en Cabrera la muerte de su madre: para expresar los grandes arranques del corazon, son imperfectos todos los idiomas. Aquel hombre susceptible, fogoso é irritable de suyo, volcanizado con la noticia del infausto acontecimiento, se desbordó completamente y lanzó un alarido de rábia y de dolor. Hallábase en Valder-

robres cuando le dieron la triste nueva, y allí mismo, en el acto, mal debilitada la primera inspiracion, dictó un bando comprensivo de cuatro artículos. En el primero y segundo imponia la pena de muerte á todos los individuos que, perteneciendo al ejército de la reina, cayeran en poder de los carlistas; en el tercero ordenaba fusilar á cuatro mujeres que tenían como prisioneras, y las que se aprehendieren en lo sucesivo hasta el número de 30, y en el cuarto estableció las represalias en una proporcion horrible, señalando el número de 20 por cada uno de los carlistas que fuesen fusilados.

Desde esta época empieza una série de catástrofes que al cronista toca referir, pero á la que el biógrafo debe renunciar, volviendo hácia otros objetos su atencion y su pluma.

La vida militar de Cabrera durante el año 36 está sujeta á alternativas y vicisitudes. Nombrado brigadier en los últimos dias de Febrero, trata de legitimar este ascenso; acomete á los enemigos en diferentes puntos; viene á las manos con Palarea en Cenidola, y aunque queda derrotado se repone pronto; se apodera de Cantavieja, la fortifica con esmero, y establece en ella una maestranza y fundicion de cañones, y de este modo puede disponer de esta arma privilegiada; reforma todos los ramos de su administracion; traslada á la plaza conquistada sus hospitales y fábrica de municiones y hace de ella un depósito de víveres y un seguro punto de retirada; pretende apoderarse de Morella por infidencia de la guarnicion, pero se frustran sus intentos, y sin dar tregua á los hechos de armas, en medio de estas atenciones, ataca con terrible ímpetu á la columna de Iriarte en Ildecona, y la destroza, dejando tendidos en el campo más de 500 cadáveres de sus enemigos, haciendo 40 prisioneros, y dispersando á los demas.

Todavia se le muestra la fortuna decididamente propicia en algunos otros puntos y sabe sostener sin mengua la persecucion de sus enemigos, que entónces redoblan sus fuerzas y su actividad; y esto, junto al incremento y organizacion que logró dar á sus tropas, tuvo tanto eco en el real de don Cárlos, que en el 16 de Agosto se le espidió el nombramiento de mariscal de campo.

Asociado á la espedicion de Gomez, Cabrera combate esforzadamente en Córdoba, Baena y Almaden. Mas bien fuera por desavenencia con el jefe principal de la espedicion, bien impelido por el deseo de salvar á Cantavieja, que iba á ser atacada por el general San Miguel, ó bien porque coincidieran ambas causas, se separa de aquella parte; casi desde los confines de Portugal atraviesa la Mancha, donde, segun asegura uno de sus biógrafos, corrió grave peligro de perder la vida, pues un manchego le tuvo apuntado con su carabina, y solo le detuvo el temor de las represalias; robustece sus fuerzas y las de Miralles con las de Jara y Orejita; rinde al paso las guarniciones de Abenojar y Almodovar del Campo; pero sabe que Cantavieja ha sucumbido, y entónces forma el arrojado proyecto de dirigirse á Navarra. Cruzó en casi toda su longitud Castilla la Nueva y llegó el 1.° de Diciembre á Rincon del Soto.

Acometióle aquí la columna de la Ribera y dispersó toda su infantería, causándola notable pérdida de muertos y prisioneros. Decaido, oprimido por la fatiga, con el ánimo tan enfermo como el cuerpo, cedió Cabrera el mando de su gente despues de este revés á Miralles, y se retiró á Arévalo de la Sierra, donde le esperaba mayor desgracia y quebranto. La brigada de Albuin penetró en el pueblo, ignorando que

se hallara en él Cabrera, y á poco rato se trabó un recio combate en que quedaron muy maltratados los sorprendidos carlistas, precipitándose en confusa dispersion y atropellada fuga.

Rodeado de enemigos Cabrera, trató de tomar sus caballos, pero éstos ya habian caido en poder de los isabelinos; y cruzando por entre una granizada de balas, logró reunirse á los suyos, protegido por la oscuridad de la noche. Colocado á la cabeza de unos cuantos hombres valientes y desesperados como él, intentan abrirse paso por entre las tropas de la reina y lo consiguen en efecto, pero recibe un bayonetazo en la pierna y una cuchillada en la espalda. Sus ginetes, muy mermados con la última carga que habian sostenido, se desbandaron completamente, y el caudillo carlista fué alcanzado en la carrera por un soldado de la brigada, el cual le dió tan fuerte golpe con la culata de su fusil, que le derribó desde una altura de 25 piés, que era lo que se elevaba la carretera sobre el nivel del terreno. En esta situacion congojosa, sintió Cabrera que se aproximaban las fuerzas de la reina atraidas por el deseo de perseguir á los fugitivos, y entonces, haciendo un último esfuerzo, se levantó, anduvo un largo trecho con inseguro y vacilante paso y fué á caer en un sitio donde ya no llegaba el ruido del combate. Allí, solo, abandonado, con sus heridas manando sangre, sin recurso alguno probable de salvacion, aquel hombre de temple duro que habia afrontado con impavidez tantos peligros, conoció que su energía le abandonaba, y prorumpió en sentidas y melancólicas esclamaciones. El metal de su voz atrajo al coronel carlista D. Ramon Rodriguez Cano, que huyendo de la refriega, habia tomado la misma direccion. Cano se acerca al ge-

neral carlista, le vé, comprende todo el peligro de su posicion, y ayudado de un asistente le monta en su caballo, y se alejan los tres sin rumbo cierto de aquel funesto sitio.

Durante el dia 3 de Diciembre permaneció Cabrera en lo alto de un cerro con sus libertadores, esperando que pasaran algunos dispersos, á fin de poder formar un núcleo de fuerzas y de resistencia para el caso de un nuevo ataque. Cabrera tenía sin curar sus heridas, y ni él ni sus compañeros habian comido en treinta y cinco horas. Indecisos sobre el partido que habian de tomar, sin poder orientarse ni conocer el terreno que pisaban, y cuando su perplejidad subia de punto, vieron un paisano; llamáronle, y les fiaron sus vidas y direccion; el filantrópico paisano les presentó algunos manjares, que aceptaron como un don de la Providencia. El caballo de Rodriguez Cano relinchaba, y temiendo ser descubiertos mataron á pedradas á aquel noble animal que acababa de prestarles tan inmenso servicio. El paisano condujo á su casa á los fugitivos carlistas; mas Cabrera no quiso permanecer en ella, porque temió que un jóven que requeria de amores á una parienta de su huésped les delatara, tal vez en un arrebato de infundados celos; pero como era preciso buscar pronto una mansion hospitalaria donde pudiera curarse de sus heridas, y estar al abrigo de las pesquisas de sus enemigos, escribió Cabrera al párroco de Almazan, D. Manuel María Moron, pintando su situacion y pidiéndole un asilo. Proporcionósele Moron en su misma casa, á la que pasó Cabrera con sus dos compañeros disfrazados de aldeanos. Rodriguez y su asistente marcharon á unirse con las fuerzas carlistas, dejando á Cabrera encomendado á la vigilante solicitud de aquel eclesiástico.

Mal restablecido de sus heridas, débil y convaleciente aún, pensó Cabrera salir de su hospitalario albergue, y ponerse de nuevo á la cabeza de sus tropas. Emprendió su marcha de inteligencia y acuerdo con Forcadell, y llegó sin suceso alguno adverso á Aliaga, donde le esperaba Arévalo para entregarle el mando. Recibiéronle sus tropas con indefinible entusiasmo, y él se preparó á remover con su actividad acostumbrada las dificultades que habian ocurrido durante su ausencia, afirmar los lazos de la disciplina un tanto relajada, y á dar vigor é impulso á las operaciones.

De este modo inauguraba el año de 1837: deploraba siempre la pérdida de Cantavieja, la mejor joya de sus conquistas y la base muy sólida de su existencia militar, y perseguia con perseverante afan los medios de recuperarla: logrólo, en efecto, á mediados de este mismo año, pero ántes le sobrevinieron nuevos azares y tribulaciones que pusieron otra vez en grave riesgo su existencia. Entre los varios choques y acciones que se trabaron en este tiempo merece especial mencion la empeñada cerca de Chelva el dia 20 de Enero. Mandaba las fuerzas de la reina el general portugues Borso di Carminati, y Cabrera se hallaba al frente de los carlistas. Combaten al principio unos y otros con singular lozanía; pero al fin empieza á ceder el ala derecha de Borso, y Cabrera, que observa este movimiento, se arroja con su escolta sobre la desordenada hueste; pero los soldados de la reina hacen una descarga á quema-ropa, y Cabrera, gravemente herido, hubiera caido del caballo si no hubieran acudido á sostenerle sus ayudantes Ojeda, Andreu y Arnau. Con la noticia que circuló de su muerte, sus tropas perdieron el nervio de la defensa, y Cabrera, que lo observaba tendido en una camilla, quiso volver

de nuevo á la pelea, pero le faltaron las fuerzas, y hubo de desistir de su empresa: extrajéronle las balas en las Cuevas, y se trasladó á la cama, donde permaneció algun tiempo curándose sus heridas. Impaciente por reparar algunos reveses que habian experimentado los suyos, pide el caballo, y contra el dictámen de los facultativos, sale á batir su enemigo. Una carga impetuosa le proporciona el alcanzar un fácil triunfo; pero temiendo ser arrollado por fuerzas superiores, emprende una retirada peligrosa, y llega á la Cenia, experimentando agudos dolores con las heridas abiertas y enconadas. Pudo serle fatal esta ocurrencia, pero su enérgica organizacion resistió la accion del mal, y se restableció á los pocos dias.

Pero esta alternativa de prosperidades y desgracias hace á los hombres duros y feroces, y Cabrera lo acreditó poco despues. Alcanzó en la venta del Plá del Pou una ruidosa victoria; pero en vez de hacer de ella el noble uso que la humanidad y hasta la prudencia aconsejaban, quiso solemnizarla con una deplorable bacanal. Cerca de Burgosot, á tres cuartos de hora de Valencia, miéntras Cabrera saboreaba con los manjares el placer del triunfo obtenido, y recibia de sus parciales una especie de ovacion, en su presencia, á pocos pasos de distancia eran fusilados por su órden los oficiales y sargentos de la accion de Plá del Pou; y los vítores, los brindis y ovaciones, y los alegres ecos de las músicas, se confundian con el ruido de las descargas, y con los gritos de los infelices prisioneros que poblaban el aire con sus lamentos. Ha querido explicarse este hecho por una fatal coincidencia, suponiendo que Cabrera, aunque dispuso que se fusilaran los oficiales y sargentos prisioneros, en uso del derecho de represalias, no

quiso presenciar el espectáculo por un refinamiento de crueldad; pero conociendo los precedentes de Cabrera, áun sin dar considerable valor á las apariencias, bien puede creerse que precedió al triste acontecimiento de Burgosot una intencion horrible y premeditada. Las circunstancias habian pervertido aquella alma que arrojó al principio de la guerra algunos destellos de generosidad, y la habian familiarizado con ese detestable lujo de sangre y de venganza.

Dueño de San Mateo y Cantavieja, Cabrera se dispuso á salir al encuentro del nuevo capitan general de Aragon, Valencia y Murcia, D. Marcelino Oráa, y la gloria de haber medido sin desventaja sus armas con este experimentado caudillo levantó en gran manera el prestigio del jefe carlista. Es verdad que el ejército isabelino que operaba en el centro estaba desmoralizado, mal ropado y hambriento; pero tambien Cabrera mandaba gente allegadiza, poco acostumbrada á sufrir el freno de la disciplina y organizada bajo el fuego de la persecucion; tenia que sostener sus tropas sobre el país; su tren de batir era casi nominal, y antes de la reconquista de Cantavieja carecia de toda base fija y segura de operaciones. Así hasta cierto punto se equiparaban las condiciones de ambos beligerantes, neutralizándose las desventajas de uno con la falta de recursos del otro. Pero cuando el general carlista estaba más engreido con estas prosperidades, amenázale la muerte de una manera inesperada. Con el pensamiento de obligar al pueblo fortificado de Samper á que aprontara varios pedidos que le habia hecho, se dirigió hácia este punto el dia 6 de Junio, á la cabeza de un buen cuerpo de tropas. Ya se hallaba cerca del pueblo cuando se desataron los elementos con indecible furia; el agua que caia es-

trepitosamente mezclada con granizo, é impelida por grandes ráfagas de viento, daba de cara á los soldados y dificultaba su marcha, y las apiñadas nubes lanzaban brillantes destellos de electricidad, anunciados por la ronca voz de los truenos. Tan desencadenada y récia se presentó la tempestad, que Cabrera ordenó á sus tropas se guarecieran en unos pajares inmediatos á Samper, y él mismo, acompañado del coronel Suarez, del ayudante Andreu y del secretario Caire, se refugió en uno de aquellos. Esperaban con impaciencia que se aplacara aquella magnífica y á la vez aterradora escena de la naturaleza, cuando de repente un rayo, hendiendo la endeble techumbre del pajar, penetra hasta el sitio en que se encontraban los tres, mata al secretario Caire, al caballo de éste y al de Andreu; el del general carlista se encabrita, da una fuerte sacudida y arroja violentamente á su dueño.

En medio de aquella atmósfera impregnada de gases mefíticos, Cabrera y su ayudante, que yacian en tiera sin sentido al lado del cadáver de Caire, habrian perecido sin remedio, á no haberse apercibido del triste acontecimiento algunos jefes y soldados que se hallaban en un pajar próximo al en que ocurrió la catástrofe. Acudieron inmediatamente á prestar eficaces auxilios á las tres víctimas, y se atribularon al notar que Cabrera no daba el menor indicio de vida. Con el rostro cadavérico, frias las extremidades, paralizado el pulso, el caudillo tortosino cayó cual inerte masa en brazos de sus leales servidores. Sólo las palpitaciones del corazon, el último síntoma de vitalidad, hicieron concebir algunas esperanzas de salvarle. Pocos minutos despues arrojó gran cantidad de sangre por ojos, narices y oidos; pero ni áun con es-

ta evacuacion espontánea y abundante pudo recobrar el conocimiento. Grande fué la consternacion que se apoderó de los carlistas al ver á su jefe en tan deplorable estado. Pocas sensaciones, ninguna tal vez, es tan acerba como la que experimentan los hombres por la pérdida de otro hombre superior de quien reciben una vida prestada, por decirlo así, una vida de influencia. Los rostros fieros é impasibles de aquellos soldados que habian desafiado tantas veces grandes peligros, á la voz de su general, se humedecieron con lágrimas al verle entrar en Híjar con la cabeza caida sobre el pecho, montado en el mulo de su cocinero y sostenido por éste y un asistente. Hiciéronle en Híjar dos sangrías y recuperó el sentido, pero sus facultades mentales aparecieron tan afectadas, que los facultativos creyeron probable el caso de un ataque de demencia. El sueño reparó las fuerzas del caudillo carlista, y al dia siguiente, al llegar á Castelseras, cuyo viaje hizo en un carro, se hallaba casi completamente restablecido, pues se sentó á la mesa y comió con apetito.

Desde este período Cabrera desempeña un papel muy importante en la guerra: sus hechos no están ya localizados en las escabrosidades del Maestrazgo y entre las corrientes del Mijares y Guadalavia, sino que ejercen una influencia activa y preponderante sobre su causa, y muchos de sus parciales le miran ya como el más robusto sosten de ésta. La expedicion denominada real se aproxima á las márgenes del Ebro; ha sido derrotada en los campos de Grá, y, á no atravesar el rio, está expuesta á perecer de hambre y por las armas victoriosas de sus perseguidores. El paso del Ebro es indispensable, pero faltan barcas y los demas medios de trasportes, y Borso y Nogueras, que comprenden la posibilidad

de que la expedicion perezca aconchada sobre el litoral del Ebro, intentan acudir á la orilla opuesta para impedir que Cabrera le facilitara los auxilios necesarios; mas el caudillo tortosino trabó con Borso un furioso combate: le ganó; logra apresar tres barcas cargadas de comestibles; detiene á Nogueras en la mitad de su camino, y sin terminarse la accion entra en una barca, cruza el rio y se presenta á D. Cárlos. No conoce el ceremonial ni la primera alocucion de las córtes, pero sabe el lenguaje franco y noble del soldado; llega allí cubierto de polvo, de sudor y con el brazo teñido de la sangre de sus enemigos; mas puede presentarle el laurel de la victoria y decirle con una expresion de elevado orgullo: «Señor, ofrezco á V. M. de nuevo mi lealtad, mis servicios y mi sangre: cuando V. M. ordene, puede pasar el Ebro; abiertas están las puertas del reino de Valencia.» Este fué uno de los más bellos dias de Cabrera. Él mismo lo declara en sus memorias. «Confieso, dice, que estaba envanecido y loco de contento despues de la Cherta, y al verme tan honrado por S. M. que me dió á besar su real mano, y me recibió con afectuosas demostraciones propias de un padre.» En efecto, Cabrera fué colmado de distinciones y honores; el mismo dia en que la expedicion pasó el Ebro fué agraciado con la gran cruz de la órden militar de San Fernando. La confianza que le dispensa el príncipe despierta la envidia de sus cortesanos, y éstos pretenden rebajarle con artificiosas tramas, designándole con el epíteto de *Estudiante*, sin advertir que esta palabra, empleada por ellos como insulto, envuelve el panegírico del caudillo tortosino. Respondió éste con una sonrisa desdeñosa á las irónicas miradas de sus antagonistas; y como aspiraba á cautivar el afecto de D. Cárlos, prestándole servicios gran-

des y positivos, cuando los otros no podian emplear sino hueca palabrería, tanto aquél como los hombres más autorizados y sensatos que le rodeaban creian que debian estimular al jóven caudillo catalan ensanchando la esfera de su mando.

El 3 de Julio se nombró á Cabrera comandante general de los reinos de Murcia, Aragon y Valencia, quedando sujeto á su autoridad Miralles, que la ejercia independiente en el territorio valenciano, y él pudo disponer de más refuerzos y tropas; lo que, á la par que halagaba sus ambiciosas miras, redundaba en beneficio de su causa, pues ya podrian partir de un centro enérgico y conocido todas las operaciones que se verificaban en tan dilatada periferia.

La espedicion real dejó pasar un tiempo precioso, perdiendo en movimientos inciertos y precarios el valor de la iniciativa y atendiéndose á uno por alguna defensiva infructuosa. Cabrera opinaba por que se marchara directamente á Madrid, esperando mucho de un ataque súbito contra un punto que carece de todas las condiciones estratégicas, donde existian agitándose en la oscuridad muchos parciales del infante, y donde podria esperarse mucho de la sorpresa y de la distancia en que se encontraba el nervio principal de las fuerzas isabelinas. No se apreció el consejo del caudillo tortosino, porque se esperaba adelantar más por las vias diplomáticas que por las de la fuerza. Tal vez era muy atrevido el pensamiento de Cabrera; tal vez irrealizable; pero si los caudillos de la espedicion debian aproximarse á Madrid, aquella era la ocasion más oportuna de verificarlo. Refiérese que el fogoso Cabrera, al verse al frente de la capital de la monarquía, instó fuertemente por el ataque, y que al recibir despues de dos dias de inactiva actitud la órden de retirarse, prorumpió en amargas

y destempladas quejas contra los que tan en mengua de sus intereses aconsejaban á D. Cárlos. Sus fieles batallones de aragoneses y tortosinos le acompañaron durante la espedicion, y se batieron á su lado con estraordinario brio.

Uno de sus biógrafos asegura que el pretendiente ofreció á Cabrera el mando en jefe de su ejército, y que el caudillo catalan rehusó modestamente un cargo que consideraba superior á sus fuerzas; pero si este hecho es cierto, no puede dudarse que el cálculo entró por mucho en la determinacion del ambicioso jóven; veia á un ejército, la flor y esperanza de la causa carlista, retirarse desalentado, abatido y en ademan de fuga, delante de los muros de la metrópoli de España, y dirigirse á un país desolado ya por una guerra de cinco años; debió comprender que este país habia hecho su último esfuerzo para colocar á D. Cárlos sobre el sólio de sus mayores, y que la postracion sobreviene despues de frustrarse un grande esfuerzo: habia tenido ocasion de ver y apreciar las rivalidades de los principales jefes de la expedicion; rivalidades que fructificaron con la ayuda de la desgracia, y no podia desconocer, á ménos que le cegara un orgullo insensato, que los generales viejos, encanecidos en los campos de batalla, y con reputacion de inteligentes, jamás perdonarian al jóven aventurero, como le llamaban, el que les precediera en el mando del ejército; que trabajarian en su ruina con singular ahinco y constancia, porque no hay sentimiento más perseverante que el de la envidia.

Mejor podia él campear en las provincias del centro, donde los ménos observaban, los más admiraban, y acataban todos su valor, su ingenio y su fortuna. Allí estaba su obra, la representacion de todos sus trabajos y sacrificios, y la piedra

angular de su porvenir. Allí tenia jefes leales que le estaban unidos por el vínculo de la disciplina y por el de la amistad ó parentesco, y allí se hallaban las fieles tropas que habia levantado, organizado, infundido el espíritu marcial y los principios de la táctica. En las provincias del centro apenas se podia dar un paso sin encontrar un hecho de devastacion ó de gloria, y sin que se descubriera en este hecho el pensamiento ó la mano de Cabrera: este nombre circulaba con terror y entusiasmo en boca de sus amigos y enemigos, y todo en un ámbito de muchas leguas recordaba la presencia del caudillo tortosino. De modo que la ambicion de Cabrera no debia satisfacerse en las Provincias Vascongadas con un mando efímero y disputado, sino en las del centro, donde seria más desahogada, reverenciada é independiente, y donde habia acumulado tantos elementos para levantar en su prestigio la importancia de su causa.

Un bloqueo de dos años, y la fuerza auxiliada por infieles tratos, pusieron en manos de Cabrera la interesante plaza de Morella. Poco despues adquirió la posesion y pleno dominio del Maestrazgo por medio de una línea de puntos fortificados, apoyada en Morella y Cantavieja. En aquel recinto, casi inaccesible á las tropas de la reina, planteó un sistema civil y militar para satisfacer las necesidades sociales de aquellos habitantes y las de la guerra, que adquiria cada vez más incremento. Aumentó el número de hospitales y las comodidades de los enfermos; elevó el de brazos empleados en las maestranzas y fundiciones; dió una forma más perfecta y consistente á sus divisiones; modificó el personal de los gefes; estableció una especie de auditores de guerra, que con el título de letrados asesores ilustraban á los comandantes de division

sobre los puntos legales, y creó una especie de marina, compuesta de algunas lanchas, que se trasladaban de un punto á otro, ya por agua, ya á brazo por tierra. Servian estas lanchas ó almadías para trasportar víveres, para hostilizar buques pequeños enemigos con artillería de menor calibre. Felipe Caldero, el padrastro de Cabrera, era jefe de esta marina y de algunas fuerzas de infantería y de caballería que operaban, segun las circunstancias, ora en el agua, ora en la tierra. Más adelante organizó Cabrera compañías de zapadores y un cuerpo de ordenanzas. Formó, en suma, un ejército respetable por su número y organizacion. Tambien llevó sus cuidados á la administracion de justicia: habia ya puesto en los pueblos donde dominaba alcaldes mayores de su devocion; pero como las sentencias de éstos afectaban siempre desfavorablemente á los intereses de uno de los litigantes, y el error ó la mala fe podian pervertir sus fallos, estableció, de acuerdo con la junta, *Tribunales de Alzada*, que entendieran en las apelaciones, miéntras la córte de D. Cárlos aprobaba el plan trazado para la creacion de audiencias.

Habia en estos pueblos escribanos, abogados: se otorgaban los contratos bajo la garantía de la fé pública, y se desempeñaban con bastante libertad todas las demas funciones de la vida civil. Por estos medios, asociando todos los intereses particulares al interés general, aseguraba Cabrera su concepto en Aragon y Valencia.

Pero fué preciso que acudiera á defender con su espada la principal acometida con tenaz empeño por un general hábil y un ejército valiente y aguerrido. La defensa de Morella fué el hecho que ennobleció más la consideracion de Cabrera. Los mismos que no habian visto en él más que al guerrillero

intrépido y afortunado, le concedieron prendas de varon eminente y de esforzado campeon. Los sucesos prósperos no siempre legitiman las reputaciones, pero las consolidan y engrandecen. D. Cárlos, para remunerar sus distinguidos servicios, le promovió á teniente general, y le concedió el título de conde de Morella. En 18 de Noviembre de 1833 salió Cabrera fugitivo de Morella con los galones de cabo; en 18 de Agosto de 1838 entraba en la misma plaza en medio de las aclamaciones de un pueblo y del ejército, condecorado con uno de los más altos grados de la milicia y con un título de Castilla. Esta comparacion es el mejor epítome de su historia.

La accion de Maella, cuya gloria manchó con la sangre de 93 sargentos prisioneros inhumanamente sacrificados, le concedió una preponderancia decidida sobre las tropas isabelinas. Van-Halen, sucesor de Oráa, pretendió en vano detener el curso de sus rápidos progresos, y despues de algunas tentativas inútiles para circunscribir el diámetro de la dominacion carlista, se vió precisado á limitarse á una estéril defensiva. Tan ofuscado tenía al general de la reina la ventura de su enemigo, que le reconoció tácitamente el título de conde de Morella en comunicaciones oficiales. Estas comunicaciones tenian por objeto regularizar la guerra, estipulando el canje de los desgraciados prisioneros. En Aragon y Valencia, como en Navarra y las Provincias Vascongadas, tomó una iniciativa generosa un inglés, coronel de artillería, llamado M. Lacy.

Cabrera asintió desde luego á los deseos emitidos por el británico; más suscitáronse entre el general carlista y el isabelino infelices cuestiones accidentales, debatidas con la acritud de costumbre, que retardaron desgraciadamente la conclusion del tratado. No obstante, antes de que Van-Halen

cesara en el mando del ejército y provincias del centro, se ajustó un convenio, que los beligerantes designaron con la denominacion de Segura ó Lecera, aludiendo á los pueblos en que fué firmado por ambos caudillos. Estipulóse en él el canje de prisioneros, fundándole en bases bastante ámplias y equitativas, y se puso de este modo término á esas muertes cometidas á sangre fria, que solo el falso lenguaje de la política impide llamar asesinatos.

Mas al lado de este hecho humano y lisonjero, se descubre otro que subleva el ánimo más imparcial. Nos referimos á los medios empleados en este período para detener á Cabrera en el camino de sus adelantos. La venganza es el crímen de todas épocas; pero los pueblos y los hombres se diferencian en la eleccion de los medios que emplean para ejecutarlo. En Roma el ambicioso Graco fué asesinado por los padres conscritos; César sufrió una suerte igual; el gran Gustavo Adolfo pereció en medio de una batalla bajo el puñal de un aleve; contra Napoleon y otras notabilidades más subalternas se emplearon tósigos y máquinas infernales. Pero en España, país clásico de la hidalguía, nunca se habia apelado á estos medios para contener los excesos de la ambicion.

Era preciso que la ceguedad de las pasiones políticas autorizara un hecho de esta especie: por lo demas, no deja de sorprender que Cabrera, á quien por tanto tiempo se habia despreciado, se hubiese elevado ahora á tal altura y prepotencia que no se creyeran suficientes para abatirle los esfuerzos de aguerridas huestes y la pericia de afamados capitanes, y que algunos hombres de espíritu ligero y dañado corazon quisieran engrandecerle empleando la alevosía como auxiliar de la fuerza y de la inteligencia. Sabia el caudillo torto-

sino que se armaban asechanzas á su vida, y el oro prolijamente derramado y la interceptacion de correos le proporcionaron la clave de tenebrosas maquinaciones. Supo hasta el nombre de las personas que habian concebido el pensamiento de asesinarle, y el de las que se habian encargado de llevarle á cabo. Esas noticias llenaron su alma de inquietud y zozobra, y adoptó todas las precauciones necesarias para evitar un atentado. Ningun desconocido se le acercaba ni áun podia ingresar en su ejército, sin sufrir préviamente un minucioso interrogatorio acerca de su procedencia, precedentes y conducta, y se desplegaba la vigilancia más exquisita para con los que se pasaban de las filas de la reina. Rodeaban constantemente al general carlista sus ayudantes, oficiales y los miñones, cuya lealtad tenian bien acreditada; no comia otros manjares que los preparados por su cocinero en presencia de los miñones; y durante las marchas tomaba muchas veces la racion de un voluntario ó se dirigia de improviso á la casa más humilde del pueblo donde se hallaba y mandaba hacer á su vista unas sopas ó unas migas.

Mucho debió padecer Cabrera con este martirio lento de la ansiedad, pero todas sus precauciones no alcanzaron á evitar el que se intentara formalmente cometer el crímen. Supo el caudillo tortosino que debian salir de Madrid con este objeto tres personas, cuyo nombre, señas y hora de partida se le designaba, y al efecto espidió órdenes para que se redujera á prision á los tres sujetos mencionados, tan pronto como penetrasen en el territorio donde él dominaba. Uno de ellos, llamado Antonio Lopez Moel, salió de Segorbe y se dirigió al campamento de Forcadell, quien mandó verificar inmediatamente su captura. Trasladado á la cárcel de Morella

hizo imprudentes revelaciones á un supuesto preso, que no era otro que un oficial de apellido Ortega enviado por Cabrera para esplorar los designios de Lopez Moel; entónces hizo traer á éste á su presencia, y le manifestó con acento severo do cuanto sabia acerca de sus proyectos. Quiso Lopez Moel disculparse alegando que, siendo picador de oficio y habiendo sabido que el general carlista acostumbraba á montar buenos caballos, habia venido á ofrecerle su servicio y á pelear por la causa que defendia, con la que estaba identificado por sus principios y opiniones.

Cabrera, sin dejarse arrebatar por la cólera, hizo presente al acusado que sabia todo su itinerario, que habia dispuesto le siguiese uno de sus confidentes hasta el campamento de Forcadell, y que tampoco ignoraba el nombre de las personas con las cuales habia hablado en Zaragoza acerca del objeto de su viaje. Quiso Lopez Moel replicar; pero Cabrera, dando á su fisonomía una expresion siniestra, exclamó con acento terrible: «Silencio; un puñal y un papel que contenia veneno, se hallaron en poder de usted en el acto de prenderle.—Mi general, piedad.—No hay piedad para los cobardes asesinos y envenenadores. Ahora debiera obligar á V. á tomar ese veneno con la punta de mi espada; merece V. la pena del Talion, pero va V. á ser juzgado inmediatamente por un consejo de guerra. Allí será usted interrogado y careado con su compañero de prision. Detras de V. tres envenenadores más por si se yerra este golpe; pero ellos retrocederán escarmentando en cabeza ajena. Lo sé todo, todo; los que han concebido el proyecto de matarme alevosamente, quisiera yo tener aquí; ellos no se atreven y envian á un desalmado como V.—Señores (dijo volviéndose

Seminario de HISTORIA

á los circunstantes), saquen V. á ese hombre de mi presencia (1).»

El infelíz Lopez Moel fué decapitado; el instrumento quedaba destruido, aunque no la intencion ni los planes de los que lo habian manejado. Más adelante se renovaron las tentativas contra la existencia del caudillo tortosino. Continuaba éste en el entretanto combatiendo con tanto brio como felicidad. Tres reputaciones se habian gastado en aquella lucha, durante pocos meses: Van-Halen, Amor Ayerbe y Nogueras, jefes todos de nota, habian pretendido en vano cercenar su dominacion; pues no pudieron lograrlo y se retiraron sucesivamente del mando de las tropas. Reemplazóles el general Don Leopoldo O'Donnell, jóven, valiente, entusiasta y entendido en el arte de la guerra. Acaso estas prendas no hubieran sido suficientes á domar una guerra tan encrespada y formidable sin el eficaz auxilio de las circunstancias. En el período á que nos referimos, habia sucumbido la causa carlista en las provincias del Norte. Cabrera supo este acontecimiento el mismo dia en que se apoderaba de Carboneras y de 2.000 hombres que constituian su guarnicion. Produjole esta noticia hondo despecho y reconcentrada ira, y en su primer arrebato vomitó injurias contra todos los fautores de la que él calificaba traicion. Levantaba con la imaginacion mil proyectos que, por lo instables y temerarios, se desvanecian luego. Por último, se aferró al pensamiento de combatir hasta más no poder; mas creyó prudente que ántes de empeñar una lucha desesperada y sangrienta debia conocer la opinion de los prin-

---

(1) *Historia de Cabrera por Córdoba.*

cipales jefes de su ejército. Esperaba Cabrera que batallando con tenacidad se daria lugar á que estallara una reaccion á favor de su causa, allí mismo en Navarra, donde acababa de recibir mortal herida; y aunque esto no se realizase, algo ganaria con prolongar la lucha; pero el tiempo, que templa todos los dolores, consuma tambien todas las desgracias, y la de su causa iba acercándose á su término.

Reunidos los jefes en su habitacion, se presentó á ellos Cabrera con tranquilo semblante y ánimo al parecer sosegado, y les habló de este modo:

«Señores: El mejor servicio del rey y mis particulares sentimientos, me obligan á exigir de ustedes que francamente manifiesten cuáles son los suyos despues de lo que se llama *Convenio de Vergara*, y que para nosotros los leales no merece otro nombre que el de *traicion*. Mis intenciones se reducen á emplear todos los medios inagotables para conseguir el triunfo de nuestra causa y proteger al país que tantos sacrificios ha hecho y hace para sostenernos, sacándole de las garras de la revolucion. Yo miro con horror aquel increible suceso; me parece un sueño todavía y no quiero hacer reflexiones que me recordarian cosas que debo olvidar, y me quitarian la tranquilidad de ánimo, tan necesaria en estos momentos. Léjos de desalentarme parece que Dios me inspira mayor entusiasmo. Á O'Donnell le batiremos.»

Aquellos jefes, educados bajo su influencia, acostumbrados á adherirse á todos sus pensamientos y opiniones, que le estaban unidos por el lazo del peligro, al verle hacer firme rostro á la desgracia, y mostrar, en estos momentos críticos

tan briosa resolucion, le interrumpieron con unánimes aclamaciones. Cabrera, en cuya frente brilló un rayo de esperanza y alegría, prosiguió así:

«Bien, señores: Chulilla y Carboneras acaban de llenar de fusiles y prisioneros nuestros depósitos; el enemigo no se mueve despues que le escarmentamos en Tales; si ataca nuestras fortalezas, le costará cara la empresa; el invierno se acerca; yo tengo mis planes, y necesito saber si ustedes están ó no dispuestos á secundarlos. Al que quiera abandonar estas filas, le daré pasaporte para el punto que elija; prefiero esto á que el contagio de Navarra llegue hasta aquí. Pero tambien advierto que si hay mal intencionados ó traidores que, aparentando fidelidad, introducen la discordia y la indisciplina en el ejército, á la menor sospecha serán fusilados. No hayamos rencores en circunstancias extraordinarias, y es preciso apelar á remedios tambien extraordinarios. Seré inflexible, y sirva de gobierno. Viva el Rey!»

Seguro de la decision de los jefes, trató de alentar á sus soldados, y dirigió una alocucion, presentándoles, en ennegrecido relieve, los tratos de Navarra, recordándoles sus pasadas victorias, y excitándoles á desplegar en la adversidad la intrepidez ardiente y obstinada á la vez que constituye la inmortalidad de los héroes, y el valor tranquilo y resignado que forma la aureola de los mártires. Pedíales que fuesen héroes en nombre de su rey y mártires en el de su religion. «Voluntarios, les decia, fieles compañeros de mis trabajos y de mis glorias; la religion y el rey reclaman nuevos esfuerzos de nosotros; el rey y la religion los tendrán. ¡Contadlos por victorias! Os lo promete vuestro general y camarada á quien,

como siempre, vereis pelear entre vosotros como capitan y como soldado.»

Hizo previamente prestar á su ejército nuevo juramento de fidelidad, y tomando ocasion de este suceso, mandó celebrar en Morella públicos regocijos con el fin de neutralizar ó disipar en el espíritu del soldado la impresion producida por los acontecimientos de Navarra. De este modo se dispuso á emprender una série de operaciones, en las que, cualquiera que fuera el fallo de la fortuna, debia pertenecerle toda la gloria de la campaña. Con sus 20.000 infantes y 2.000 caballos, parte de los cuales estaba en guarniciones, iba á resistir á un ejército de cerca de 100.000 hombres con inmensos recursos y con un formidable tren de artillería.

Este ejército, tan imponente por su número, familiarizado con la victoria, y lleno de confianza en su caudillo, que iba á arrancar una por una á Cabrera sus más preciadas conquistas, tomó una iniciativa vigorosa, atacando y tomando con inaudito arrojo los fuertes de Chulilla, Alpuente, Castellote, Segura, Arés y Alcalá de la Selva. En todos estos puntos, el valor de los carlistas vendió cara á los sititiadores la victoria. Las bocas de fuego que derruian los robustos torreones de los fuertes no abatian el valor desesperado de estos hombres, que perecian entre los escombros ó se entregaban cubiertos de heridas en poder de los vencedores.

Sin embargo, en lo general, las operaciones militares de los carlistas fueron un tanto desconcertadas; y al poco tiempo, y bajo la influencia de estos reveses, se mostraron tibios y desalentados muchos de los mismos que al principio de la campaña aparecieron dotados de belicoso ardor. Faltaba en

aquéllos el pensamiento generador y vivificante que les habia presidido hasta entónces, y éstos echaban de ménos la presencia de su jefe principal. En la prosperidad, el valor de los soldados se sostiene por sí solo, y en los peligros por el espíritu de asociacion; pero en una campaña como esta, más que azarosa, temeraria, era preciso que el ejemplo del caudillo sublevara los ánimos de la multitud contra la enemiga suerte. Así es que el ejército carlista se vió amenazado de una disolucion inminente cuando circuló en las filas la noticia de que Cabrera habia muerto envenenado.

Prestábale el vulgo de los soldados fácil y ligera creencia, porque los boletines de Morella habian denunciado poco ántes otra tentativa de asesinato contra el general carlista. Los verdaderos ó supuestos autores de este crímen, de apellido Cabot y Guarch, pagaron con su existencia el no haber tomado bien sus medidas. Díjose tambien que Guarch habia confesado sin siniestra intencion, manifestando habérsele ofrecido 80.000 reales y el grado de capitan. Apoyada en este precedente, corrió muy válida la opinion de que Cabrera habia sucumbido, porque sus fieles soldados no podian persuadirse que él, á quien habian visto á su lado en los trances más fuertes de los combates, que les habia empeñado últimamente en sostener una lucha condenada por la prudencia, no volara á su socoro hallándose vivo y sano. En efecto, Cabrera estaba enfermo y ofrecia pocas esperanzas de vida; pero su enfermedad no era un envenenamiento, como se sospechaba, sino una calentura nerviosa, segun opinaban los médicos, procedente de las muchas causas que, durante un período de seis años, habian agitado aquella organizacion singularmente susceptible. Las vigilias, las laboriosas elucubra-

ciones, la tension constante de su espíritu, las duras fatigas de su cuerpo en una campaña tan cruda como larga, sus hábitos de constante actividad, sus impetuosos placeres y la influencia de sus muchas heridas, habian ido minando poco á poco su existencia, y sólo necesitaba una causa ocasional para estallar y mostrarse al exterior. Esta causa se presentó. Los últimos acontecimientos habian producido acerba sensacion en Cabrera; se veia solo; el único campeon armado de la causa carlista debió considerar imposible una victoria completa por su parte, y por consiguiente vislumbrar muy próxima la ruina de sus proyectos personales. El ambicioso y el hombre de partido habian sido heridos de un mismo golpe, y en la fibra más sensible, por la mano de las circunstancias. Esta consideracion basta á esplicar la invasion, el desarrollo y el carácter del mal que atormentaba al caudillo tortosino.

La enfermedad que se habia presentado de una manera clara y ostensible el dia 16 de Diciembre de 1839, adquirió un aspecto tan grave, desde el dia 23 hasta el 27, que los médicos que le asistian hicieron ver como probable su muerte; postrado, inmóvil sobre el lecho, solo se agitaba de vez en cuando á impulsos del delirio que le habia sobrevenido; un sudor glacial cubria su cara y pecho; sus extremidades estaban frias, y acometíanle con frecuencia desmayos que ponian su vida en mucho peligro, y en gran consternacion á cuantos le rodeaban. Los médicos siguieron sin resultaddo el plan antiflogístico y revulsivo. Al anochecer del dia 24, habiendo desaparecido el delirio, confesó y comulgó con notable recogimiento y presencia de espíritu.

Hasta este dia empezó una reaccion favorable, y á pocos

pudo presentirse que la naturaleza saldria vencedora de la enfermedad. Trasladáronle desde el pueblo de Hervés á Morella en una camilla conducida por cuatro miñones. Iba detras largo séquito de médicos, jefes, ayudantes y oficiales. Ántes de llegar á Morella salió á su encuentro una multitud compuesta de pueblo y soldados: todos los circunstantes acompañaron al general carlista hasta su casa, guardando un sombrío silencio. Esta ovacion del dolor era una prueba evidente del prestigio que ejercia Cabrera en aquel país. El pesar, la congojosa tribulacion y la viva ansiedad que se retrataban en todos los semblantes, decian más en favor del jefe carlista que tódos los artificios de la lisonja y la ligera lengua de la fama. Cabrera, casi á las puertas del sepulcro, era más general que en el dia siguiente al de una victoria, porque dominaba sus subordinados por el influjo propio, por el valor de su persona, y no por el de las circunstancias.

Muy quebrantada estaba todavía la salud del caudillo catalan, y muy lento debia ser su restablecimiento si se atiende á la penosa situacion de su espíritu. Asaltábale de contínuo la idea de las operaciones, y preguntaba qué giro habian tomado éstas, cuál era la actitud de Espartero y cuál la de sus tropas, y hasta qué punto habian llegado la ofensiva y defensiva recíprocas. Los que le rodeaban procuraban contestar con evasivas á estas preguntas, pues no querian revelarle el deplorable estado de sus negocios, temiendo, y con fundamento, que tal noticia produciria en su oscilante salud un retroceso fatal. Sin embargo, como las tropas de la reina continuaban avanzando; como la desercion y los desastres mermaban las filas realistas, comprendieron que la verdad no podia andar por más tiempo recatada, sin que aumentán-

dose el peligro se hiciera imposible de rechazar. Reunidos en junta los jefes, trataron de elegir el medio más á propósito de manifestar á su general todo lo ocurrido; pero habíales precedido en este asunto Calderó, el padrastro de Cabrera, quien abordando la cuestion con la ruda franqueza de un marino, se expresó en estos términos: «Hijo mio, nuestros asuntos van cada dia peor; hemos perdido á Segura, Castellote, Aliaga, Alpuente y Alcalá; la dispersion cunde en el ejército, y es preciso poner á todo esto remedio pronto, muy pronto. Qué haremos, Ramon?» Imposible es describir la impresion que estas palabras produjeron en Cabrera, y la recia batalla que trabaron sus atropellados sentimientos; sin ser poderoso á dominarse, cayó como herido de un rayo en un parasismo que se creyó mortal. Apénas recobró su razon y sus sentidos, mandó llamar á los jefes y les reprendió su silencio con muestras y acento de profunda indignacion; quisieron disculparse, alegando que el temor de empeorar su salud les habia conducido á seguir semejante línea de conducta; pero Cabrera repuso sin dejarles concluir: «Y qué! ¿es por ventura primero mi vida que la causa y los derechos de mi rey?» Inmediatamente dispuso que se dirigiesen á Morella, «pues una vez, dijo, que Dios así lo dispone, buscaré la muerte al lado de mis camaradas.» El mismo dia en que salió de la Cenia, pernoctó en Chert, y al siguiente pasó revista á los batallones que se hallaban en este punto. Á las seis de la tarde entró en Morella en medio de estrepitosas salvas de artillería; los batallones que estaban formados prorumpieron al verle en vivas aclamaciones, y los habitantes salieron de sus casas para observar el estado de su salud.

Desde este punto los sucesos se precipitan y la causa car-

lista declina sensiblemente, y ni los esfuerzos de Cabrera, ni la bizarría de sus tropas, puede levantarla de la postracion en que habia caido despues de los sucesos del Norte. En el centro perdia tambien uno de sus mejores baluartes, Cantavieja; esta plaza, amenazada por fuerzas considerables, y no contando con suficientes elementos de defensa, fué abandonada por órden del general carlista; y el victorioso ejército cristino, avanzando siempre, llegó hasta los muros de la formidable Morella. En vano Cabrera, valetudinario y débil, pelea en la Cenia con O'Donnell para retardar aquel acontecimiento, porque, despues de derramarse mucha sangre por una y otra parte, se vieron obligados á replegarse los carlistas. Todavía se empeñó un último choque entre los mismos combatientes el dia 30 de Mayo cerca del Mas de Barbaran. En lo más recio de la accion cayó atravesado de cinco balazos el caballo que montaba Cabrera; y éste, envuelto en la caida, se vió espuesto á ser prisionero de un escuadron inglés. El valor desesperado de una compañía de granaderos que cargó á la bayoneta sobre el enemigo le salvó de este peligro.

Convencido Cabrera de que no podia sostenerse por más tiempo en las provincias del centro, se dirigió á la de Cataluña, cuyo mando en jefe le habia sido conferido últimamente por D. Cárlos; mas este movimiento no podia ya tener por fin el de reanimar la guerra, y sí de prolongar la resistencia, combatiendo hasta el último límite de las probabilidades, é internándose en el territorio frances luégo que la defensa se convirtiera en temeridad é inútil efusion de sangre. Así se verificó; Cabrera no halló en Cataluña los recursos que esperaba y que le habian prometido; y viéndose aquí como en

Aragon y Valencia con enflaquecidas fuerzas para resistir el ímpetu de sus enemigos, sostuvo en Berga el último combate, trasladándose despues al pueblo de Palau, enclavado en la frontera francesa, acompañado de los generales Forcadell, Llangostera y Burjó, y del intendente general Lavandero, de los brigadieres Añon, Arnau, Franco y Vals, de individuos de la plana mayor, y de 4.600 infantes y 300 caballos. Estos hombres habian sido los últimos adalides de la causa carlista en España durante la guerra de los siete años. Ellos, como su jefe, al poner el pié en el territorio extranjero, volvieron los ojos hácia la patria querida que habian regado con su sangre. Despues se pusieron en manos de la gendarmería francesa.

Cuando en 1847 estalló de nuevo la guerra en Cataluña, se hallaba Cabrera en Lyon, donde tuvo noticia de aquel acontecimiento, y se le hicieron indicaciones á fin de que se lanzara otra vez á los azares de la campaña, y contribuyera á dar el prestigio, la fuerza y la unidad de accion que necesitaba; Cabrera acogió con ánimo tibio esta primera insinuacion, y áun dicen que manifestó al encargado de hacérsela que la guerra nuevamente fomentada carecia de todas las probabilidades de triunfo, y que él no se hallaba en el caso de emprender la vida agitada, errante y peligrosa de guerrillero; pero añadió en otra ocasion, en que se le reiteró la misma propuesta: «Mi deber de súbdito y de soldado me impone el de obedecer las órdenes del Rey; mas creo francamente que la causa de éste está interesada en que no se agiten de nuevo todos los recursos con que cuenta en España; yo opinaré siempre por que en las fragosidades de Cataluña se sostenga la guerra de guerrillas, á fin de atraer las fuer-

zas y perpetuar, si es posible, la inquietud y los recelos del Gobierno de Madrid; mas de esto á una guerra en que se equilibren nuestras fuerzas con las del enemigo, creo que hay una distancia inmensa. Es preciso comprender que la España está muy trabajada, que tiene muy presentes los horrores de la guerra de los siete años, y que su primer deseo, su deseo más dominante en el dia, es la paz. Si nos presentamos ahora con la guerra, nos mirará como hijos desnaturalizados y nos arrojará de su seno.»

No obstante, como fué grande y rápido el curso de los acontecimientos, como sobrevinieron complicaciones, consideradas vulgarmente como imposibles seis meses ántes, y la revolucion electrizó todas las voluntades hostiles al Gobierno, creyeron los consejeros del jóven Cárlos Luis que habia llegado el momento de alcanzar el triunfo de sus pretensiones y de poner en juego los resortes de la fuerza, de la intriga y de la seduccion. Alucinados ó engañados por falsos informes, creyeron que el país puesto al borde del abismo volveria los ojos hácia un príncipe que habia abdicado pública y generosamente todos sus resentimientos, y que aceptaba como conquistas del siglo muchas de las reformas operadas durante nuestra revolucion. Prestaron tambien fácil y ligero asenso á la promesa ambigua de un antiguo extranjero; y contando de este modo con sobrados elementos para organizar una insurreccion arrolladora, empeñaron á sus principales caudillos para que marcharan á colocarse á su frente.

Los generales Alzáa y Elío se dirigieron á las Provincias Vascongadas, primer centro de la pasada guerra; y Cabrera, investido con el cargo de comandante general de las provincias del centro y Cataluña, tomó la ruta del Principado. Re-

fiérese que Cabrera mostró hasta lo último repugnancia al plan que se pretendia seguir, y que cuando se le preguntó definitivamente si aceptaba ó no la comision que se le habia encomendado, respondió: «Yo no puedo rehusar lo que debo aceptar por decoro, pero tengo el presentimiento de que esas magníficas esperanzas han de salir fallidas.»

Dispuesto á partir, hizo sus preparativos, y el 23 de Junio penetró en España por el bosque de Palau, acompañándole su cuñado el brigadier Arnau, un intendente, varios jefes de la plana mayor y veinticinco ordenanzas de los que habian estado á su lado durante la anterior campaña.

La noticia de haber entrado Cabrera en Cataluña circuló con rapidez suma, y produjo honda sensacion en los afectos al gobierno y en los amigos sinceros y leales de la paz; al paso que creó levantadas pretensiones, no sólo en los montemolinistas, sí que tambien en cuantos aborrecian el sistema político vigente á la sazon.

Fundábanse unos y otros, para alimentar tales recelos é ilusiones, en que siendo Cabrera el caudillo más prestigiado de la dinastía carlista, no se hubiera arrojado á la lid, sin contar con fuerzas poderosas, y sin considerarse apoyado por combinaciones extensas y eficaces.

Este cálculo era exacto, pero resultó ilusorio. Alzáa pereció en Navarra al principio de su demanda. Elío no se atrevió á pasar la frontera; en las demas provincias fracasaron las tentativas de insurreccion, y en Cataluña sólo halló Cabrera algunas partidas heterogéneas por su orígen político, mal armadas, peor equipadas, é indóciles al freno de la disciplina. Organizar estas fuerzas, instruirlas, hacer maniobrar bajo un pensamiento comun, extender el radio de la guerra, dotar á

las opiniones de una movilidad bastante á que 5.000 hombres, no sólo resistieran los esfuerzos de 50.000, si que tambien tomaran con frecuencia la iniciativa, penetraran en el corazon del país, y reportaran insignes triunfos sobre sus perseguidores; establecer un sistema financiero, capaz de proveer á las necesidades de su pequeño ejército, y mantener firme, hasta el último momento, un núcleo de fuerzas en medio de las decepciones y de la más activa y vigorosa persecucion; tal fué la obra de Cabrera durante su última campaña.

Pero más notable que sus operaciones militares fué la fidelidad con que siguió su nueva línea política. Cabrera, cuyo nombre despertaba tan aterradores recuerdos, seguia ahora una conducta humana y contemporizadora; prohibia que se irrogasen á los pueblos ni á los particulares otras vejaciones que las que trae inevitablemente consigo la guerra, como satisfaccion de impuestos y raciones, y áun en esto mismo nada dejaba á la arbitrariedad de los subalternos; amonestaba é imponia castigos siempre que traspasaban el límite de la moderacion; y aunque muchos de los suyos eran fusilados, él conservaba la vida á los prisioneros, y en algunas ocasiones les devolvia la libertad. Entre el Cabrera de 1837 y el de 1847, no existia sobre este punto el menor rasgo de analogía: una década fecunda en lecciones y desengaños, habia modificado profundamente su carácter; al hombre de pasiones irritadas habia reemplazado el hombre de cálculo; á sus sentimientos, su conciencia política y social.

Las acciones de Aviñó, en que quedó prisionero el brigadier Manzano, la del Pasteral, en que fué herido Cabrera, la sorpresa de San Lorenzo de Mrunys, en la que corrió grave riesgo de perder la libertad ó la vida el general en jefe mon-

temolinista; los acontecimientos de Pinós, en los cuales dominó el pensamiento de Cabrera, y otros hechos ménos importantes consignados como éstos en el cuerpo de la historia, constituyen el conjunto de los emprendidos por el caudillo tortosino en esta última guerra. Viendo sus recursos agotados, disminuidas sus fuerzas, abandonado por los mismos hombres que hasta aquella época le habian dado más señaladas pruebas de adhesion, y no pudiendo esperar ya mucho del país exhausto y ocupado militarmente por las tropas de la reina, no quiso arrostrar por más tiempo las peligrosas eventualidades de una campaña sin porvenir. Se dirigió á Francia el 25 de Abril de 1849, y fué preso en la frontera con el coronel Gonzalez Ceballos, su jefe de estado mayor, Boquica y algunos otros jefes más. Sus vaticinios se habian cumplido. La guerra de Cataluña terminaba por segunda vez.

Con la suma de estos hechos, pálida y concisamente reseñados, se presenta Cabrera ante la jurisdiccion de la historia.

El sistema sanguinario de Cabrera, si no admite justificacion, tiene escusa en la muerte de su madre. Tal vez ningun otro jefe en la primera guerra dinástica ha inmolado tantas víctimas inocentes; pero tampoco á ninguno se le ha sometido á tan dura prueba. Si Cabrera hubiese contestado á aquel acto con un rasgo de generosidad, se habria mostrado grande; mas no puede pedirse á un hombre dominado por la tiránica influencia de sentimiento tan acerbo hechos de sublime heroicidad.

Cabrera, como general, tiene algunas prendas muy dignas de consideracion: la afabilidad benévola para con los soldados, que une á éstos á sus jefes por el doble vínculo del amor y de la disciplina; la solicitud por los enfermos y he-

ridos, con la que siempre se cautivan las simpatías de las masas; la discrecion en los planes y la actividad en su ejecucion, sin las cuales quedan confiadas todas las operaciones al ciego capricho de la fortuna. Su valor, mal aconsejado por la prudencia, puede serle un don funesto. En los dias de batalla, su continente es marcial; y aunque las proclamas que dirigia á su ejército carecen de esos rasgos de fuego que encienden el entusiasmo de la multitud, sin embargo, como interpretaban y revelaban los sentimientos de aquellos, producian el mismo efecto.

Se le han censurado agriamente, y con justicia, algunas de sus disposiciones militares, precisamente aquellas en que tuvo más ocasion de desplegar sus talentos de general; la actitud que toma despues del primer sitio de Morella y su sistema de puntos fortificados.

El no haber atacado con tenacidad al ejército de Oráa en una retirada que emprendia descalzo, hambriento, afectado por los últimos reveses y embarazado con el tren y un numeroso convoy de heridos, es una falta que no puede justificarse ante los principios de la guerra. La razon que se alega de que los carlistas estaban desprovistos de víveres, y que necesitaban hacer, como la hicieron, una excursion á la rica huerta de Valencia, sólo sirve como todas las razones secundarias para poner más en relieve la principal.

Un ejército victorioso soporta con gusto las escaseces cuando va á buscar nuevos laureles, y si Cabrera hubiera derrotado á Oráa, habria tenido á su disposicion inmensos surtidores de riqueza y se habria enseñoreado del país. Tal vez hubiese resultado vencido el jefe carlista; pero en la guerra, como en todas las empresas humanas, deben aceptarse las

probabilidades y arrostrar las contingencias; las probabilidades aconsejaban á Cabrera que provocara la batalla.

Tambien es muy vituperable la línea de puntos fortificados. Esta línea puede ser buena cuando se opera exteriormente, y se trata de encerrar al enemigo en una esfera reducida donde agote pronto sus subsistencias y recursos, y tenga que luchar con el peor de los adversarios, el hambre; pero una línea interior sólo puede producir perniciosos resultados, ya porque desmembra con las guarniciones la fuerza activa del ejército, ya porque encadena en un punto determinado la atencion del general. Si Cabrera con un buen punto fortificado, como base de sus operaciones, se hubiera movido con rapidez de uno al otro extremo de la línea ofensiva, habria logrado batir en detall á las tropas de la reina, y entónces mucho más llana y fácil le hubiera sido la ocupacion de las plazas. En tésis absoluta, el beligerante que ofende debe acudir ántes con grandes golpes de fuerzas á los campos de batalla que á la conquista de las plazas. Así que Cabrera pagó cara su imprevision; pues perdió con sus puntos fortificados la sangre de sus valientes, y si los generales de la reina hubiesen desplegado más actividad, habria perecido con su ejército sobre las vertientes del Maestrazgo.

Sólo la educacion militar de Cabrera puede atenuar poderosamente estas graves faltas. Lanzado de repente en la guerra, tuvo que aprender la táctica en medio de los combates, y más de una vez al interrumpir las lecciones que le daba el oficial Melquita, para ir á rechazar al enemigo, se le oyó decir: *por ahora sabemos bastante; aprenderemos más en la accion.* Continuando esta existencia agitada y turbulenta, agobiado de asuntos perentorios políticos, económicos y milita-

res, se comprende cómo no pudo disponer de una hora al dia ni para abrir un libro, ni para preparar una combinacion estratégica. Teniendo en cuenta estos precedentes, sorprenden, no sus faltas, sino sus hechos. Para juzgar á Cabrera como general, no debe olvidarse nunca al capellan de *Mitan-Camí*.

Haremos aquí punto en la vida pública de D. Ramon Cabrera, y para concluir, referiremos algunos hechos que le ocurrieron durante su primer emigracion. Desde Palau se dirigió Cabrera á Prades, acompañado del brigadier Arnau, y vigilado de cerca por la gendarmería siguió á Perpiñan, y desde este punto marchó á París para cumplimentar una órden del gobierno frances. Como su salud era tan delicada, y se fatigaba á caballo, tomó un carruaje para hacer el camino con más comodidad. El carruaje le costó 2.000 reales, y este gasto extraordinario afectó en gran manera sus recursos pecuniarios. Consistian éstos en 12 ó 14.000 duros, procedentes en su mayor parte de las economías de su madre, de las cuales hizo mérito esta infeliz, pocos minutos ántes de su muerte, al sacerdote Curtó, designándole el sitio donde se encontraban. Pero casi toda esta suma (120.000 reales), fué presa de la rapacidad de los consortes Picola, que abusaron inicuamente de la credulidad de las hermanas uterinas de Cabrera, Doña Juana y Doña Teresa Calderó, y aunque el general carlista siguió un recurso ante los tribunales franceses, no pudo recuperar aquella cantidad, y sí sólo obtener una órden de prision para los esposos Picola.

Al llegar á París se apeó Cabrera en la fonda Orleans, rodeándole constantemente los agentes y gendarmes. Á las pocas horas tuvo una entrevista con el ministro de policía, M. Remusat, quien le hizo un interrogatorio largo y artifi-

cioso sobre su entrada en Francia, y la de su ejército, sobre las fuerzas de ambos beligerantes en los últimos meses de la campaña, su enfermedad, la calidad de sus tropas, su supuesta connivencia con los generales Elío y Alzáa para una nueva insurreccion, y su conducta en Cataluña.

«¿Cree V., le dijo tambien el ministro, que si el Gobierno frances diese las armas á los soldados que han entrado con V. serian fieles? Les escribiria V. para que se alistaran?

—Ellos han sido fieles hasta la muerte, contestó Cabrera (1), y lo que es más, hasta la expatriacion y la miseria. Yo no puedo decir si consentirian en alistarse bajo las banderas de Francia. En cuanto á invitarles á ello, mi honor no me lo permite. Yo no lo haré jamás.»

Miéntras el gobierno frances vejaba á los emigrados carlistas para obligarlos á que se alistaran en el ejército argelino, Cabrera fué trasladado á la ciudadela de Ham, y pocos dias despues á la de Lila, donde sólo podia ser visitado por los individuos de su familia, y ni áun se le concedia este pequeño alivio en su posicion, sin adoptar enojosas precauciones que hacian la gracia mezquina y casi aborrecible. Al principio sólo se le permitia pasear en el jardin del gobernador de la ciudadela desde las ocho á las diez de la mañana; más adelante se extendió el permiso hasta las cuatro de la tarde.

Una transicion tan brusca, un cambio tan repentino y absoluto en su método de vida, debió afectar profundamente su salud, ya muy quebrantada de suyo; en efecto, se exacerbaron sus dolencias, y aunque se le aplicó una cantárida al

---

(1) Prólogo de Cabrera adjunto á su historia.

pecho, no pudo evitarse el que escupiera sangre en bastante cantidad.

Alarmados su familia y sus amigos con este grave síntoma, solicitaron del gobierno frances el que se le permitiera trasladar á otro punto, donde un clima más puro influyera beneficiosamente en su restablecimiento. M. Dupui, médico del hospital militar de Lila, apoyó esta solicitud con un informe, y el gobierno le designó como el nuevo lugar de residencia la ciudad de Hieres, situada al Mediodía de Francia, y dotada de una temperatura suave y benigna.

Partió de Lila el 24 de Setiembre el general carlista, acompañado de un jefe de policía, y llegó á París, alojándose de nuevo en la fonda de Orleans. Fué á ver á los ministros para darlos gracias por su traslacion, y recibió de ellos algunas muestras de cortesana benevolencia. La curiosidad por una parte, y por otra el interes que excitaba su persona, proporcionaron al proscripto Cabrera una especie de ovacion. Afluian á la fonda gentes de todas clases y categorías sociales; entre ellas habia personas de elevado rango, títulos, pares y muchas notabilidades del partido legitimista. El duque de Jitzsames, el marques de la Rochejaquelin y el vizconde Eduardo de Valls obtuvieron del gobierno permiso para que Cabrera pudiera ver libremente las obras maestras del arte, que cautivan la atencion del viajero, tanto en la populosa capital de Francia como en el delicioso sitio de Versalles. Fué por la noche al teatro, y la inmensa concurrencia, atraida por la noticia de que asistia á la funcion el general carlista, pidió repetidas veces y con anhelosa impaciencia que se dejara ver éste, lo que le obligó á levantarse del asiento que ocupaba en un palco.

En el trayecto de París á Hieres obtuvo las más lisongeras manifestaciones y las atenciones más delicadas de parte de los legitimistas franceses. En Lyon y Nimes se le dispensaron singulares obsequios. En Aviñon le esperaban con músicas, un banquete espléndido y otros agasajos; pero el comisario de policía no le permitió detenerse en este punto.

Solo en Montpeller estuvo expuesto á recibir los insultos de algunos estudiantes españoles que cultivaban las ciencias médicas en su famosa universidad; mas tuvo noticia de esto, y dirigió al jefe de policía una comunicacion enérgica, manifestándole que, si no se apresuraba á evitar cualquier desman de parte de los estudiantes, adoptaria él todas las medidas que su honor y su seguridad personal le sugirieran. Desplegó el jefe de policía la vigilancia necesaria á impedir cualquier escándalo y conflicto, y los estudiantes desistieron de todo pensamiento hostil contra Cabrera.

Hallándose en Montpeller pasó por esta ciudad la reina Cristina. El jefe de policía indicó al general carlista que en tal caso convendria que no se dejara ver, pues podria con su presencia provocar algun lance desagradable. Cabrera escuchó sin alterarse esta advertencia de la autoridad, y al contestar, dijo con tono de firme conviccion: «Mucho extraño que usted me haga semejante observacion; sé respetar el infortunio de la reina Cristina y guardar las consideraciones que todo buen español debe tener á su real persona. Yo nunca ofendo á los desgraciados ni insulto á los caidos; villanía tal no es propia de españoles ni de hombres bien nacidos.»

Pocos minutos despues le anunciaron que la reina Cristina iba á pasar; y el comisionado de policía que le acompañaba

constantemente le advirtió que no se presentara en el balcon de la fonda. «Está bien,» le dijo, y se asomó á una ventana que habia al lado. Entónces pasaba la reina Cristina, y entónces se cruzaron por primera vez las miradas de aquellos célebres proscritos. Cuando el comisionado de policía le reconvino por haber olvidado ó despreciado su indicacion, le respondió Cabrera: «Usted me previno que no me asomara al balcon; por consiguiente, yo no he infringido la órden, porque la ventana no es el balcon.»

Llegó á Hieres el 26 de Octubre, donde se le concedió libertad, empeñando como garantía su palabra de honor. Desde este punto se dirigia á Tolon con frecuencia y siempre que debia maniobrar la escuadra, lo cual le anunciaban anticipadamente los jefes de la misma. En Hieres permaneció el invierno, y el ejercicio, el clima y las distracciones le restituyeron poco á poco sus fuerzas y la energía de su constitucion; recuperólas de todo punto en Lyon, adonde se trasladó en verano, habitando una casa de campo inmediata á esta ciudad, elegantemente amueblada y situada en un caprichoso panorama; casa que le cedió M. Biyer Petit.

Aquí fué visitado y obsequiado por personas de mucha consideracion social; D. Cárlos, su hijo primogénito y el infante D. Sebastian le escribieron cartas muy atentas y cuyo lenguaje revelaba un afecto cordial de parte de sus autores; el rey de Cerdeña le dirigió otra invitándole á que pasara á sus estados; mas como Cabrera no pudiera obtener del gobierno frances el necesario consentimiento, el monarca sardo, queriendo demostrar de cualquier modo al caudillo carlista sus vivas simpatías, agració al hermano y sobrino de éste con dos

En el trayecto de París á Hieres obtuvo las más lisongeras manifestaciones y las atenciones más delicadas de parte de los legitimistas franceses. En Lyon y Nimes se le dispensaron singulares obsequios. En Aviñon le esperaban con músicas, un banquete espléndido y otros agasajos; pero el comisario de policía no le permitió detenerse en este punto.

Solo en Montpeller estuvo expuesto á recibir los insultos de algunos estudiantes españoles que cultivaban las ciencias médicas en su famosa universidad; mas tuvo noticia de esto, y dirigió al jefe de policía una comunicacion enérgica, manifestándole que, si no se apresuraba á evitar cualquier desman de parte de los estudiantes, adoptaria él todas las medidas que su honor y su seguridad personal le sugirieran. Desplegó el jefe de policía la vigilancia necesaria á impedir cualquier escándalo y conflicto, y los estudiantes desistieron de todo pensamiento hostil contra Cabrera.

Hallándose en Montpeller pasó por esta ciudad la reina Cristina. El jefe de policía indicó al general carlista que en tal caso convendria que no se dejara ver, pues podria con su presencia provocar algun lance desagradable. Cabrera escuchó sin alterarse esta advertencia de la autoridad, y al contestar, dijo con tono de firme conviccion: «Mucho extraño que usted me haga semejante observacion; sé respetar el infortunio de la reina Cristina y guardar las consideraciones que todo buen español debe tener á su real persona. Yo nunca ofendo á los desgraciados ni insulto á los caidos; villanía tal no es propia de españoles ni de hombres bien nacidos.»

Pocos minutos despues le anunciaron que la reina Cristina iba á pasar; y el comisionado de policía que le acompañaba

constantemente le advirtió que no se presentara en el balcon de la fonda. «Está bien,» le dijo, y se asomó á una ventana que habia al lado. Entónces pasaba la reina Cristina, y entónces se cruzaron por primera vez las miradas de aquellos célebres proscritos. Cuando el comisionado de policía le reconvino por haber olvidado ó despreciado su indicacion, le respondió Cabrera: «Usted me previno que no me asomara al balcon; por consiguiente, yo no he infringido la órden, porque la ventana no es el balcon.»

Llegó á Hieres el 26 de Octubre, donde se le concedió libertad, empeñando como garantía su palabra de honor. Desde este punto se dirigia á Tolon con frecuencia y siempre que debia maniobrar la escuadra, lo cual le anunciaban anticipadamente los jefes de la misma. En Hieres permaneció el invierno, y el ejercicio, el clima y las distracciones le restituyeron poco á poco sus fuerzas y la energía de su constitucion; recuperólas de todo punto en Lyon, adonde se trasladó en verano, habitando una casa de campo inmediata á esta ciudad, elegantemente amueblada y situada en un caprichoso panorama; casa que le cedió M. Biyer Petit.

Aquí fué visitado y obsequiado por personas de mucha consideracion social; D. Cárlos, su hijo primogénito y el infante D. Sebastian le escribieron cartas muy atentas y cuyo lenguaje revelaba un afecto cordial de parte de sus autores; el rey de Cerdeña le dirigió otra invitándole á que pasara á sus estados; mas como Cabrera no pudiera obtener del gobierno frances el necesario consentimiento, el monarca sardo, queriendo demostrar de cualquier modo al caudillo carlista sus vivas simpatías, agració al hermano y sobrino de éste con dos

plazas en el colegio de Chambery, proveyendo á todos sus gastos con régia munificencia, y recomendando sus adelantos á los distinguidos profesores de aquel establecimiento científico.

Á esta época ó poco despues se refiere la noticia que circuló de haberse dedicado Cabrera al comercio. Esta noticia se fundaba en el hecho siguiente. Ignorando Cabrera el tiempo de su emigracion, y contando con escasos fondos para proveer á su subsistencia y la de su familia, trató de darles una inversion útil; y al efecto, y agregando algunas cantidades prestadas, tomó una de 7.640 francos, con la que estableció un almacen de vinos, chocolate y frutos de España. Al frente del comercio puso á D. Francisco Martinez, comisario que habia sido de guerra. Pero ya fuera con el objeto de estender las relaciones mercantiles, y ya dominado por un sentimiento filantrópico, Cabrera dispuso que se espendiesen muchos géneros al fiado, y de aquí resultó que por insolvencia y falta de garantías en los compradores perdió gran parte del capital, y tuvo que cerrar el almacen al cabo de un año.

Cabrera, durante su permanencia en Lyon, dividió el tiempo entre el estudio y las distracciones: por las mañanas se levantaba muy temprano, é invertia las mejores horas en leer las obras militares de más mérito y valía y las historias que corrian con mayor aceptacion. Á las diez almorzaba café con leche, y á las tres de la tarde tomaba una modesta comida, y el resto de la tarde lo empleaba en pasear y devolver visitas; por la noche despachaba la correspondencia, ayudado generalmente por alguno de los jefes de su ejército.

No ocurria en este sistema de vida una alteracion notable, á no ser en la temporada de verano, durante la cual pa-

saba muchas veces á las casas de campo de M. Flerius y del conde de Cha-vanes (1).

Vivia el conde de Morella en Lóndres, cuando la noticia de la enfermedad de D. Cárlos María Isidro le obligó á pasar á Trieste. El infortunado monarca se hallaba próximo á su fin sin haber conseguido la realizacion de sus esperanzas. D. Cárlos Luis trataba inútilmente de reanimar al querido padre en algunos momentos de angustia y dolor. «Si algun dia llegas á conseguir lo que á mí me negó la Providencia, no olvides, hijo mio, cuánto debes á los pueblos de España y á nuestros heroicos defensores..... Nunca olvides al conde de Morella, uno de nuestros mejores y más fieles generales..... Mi querido Ramon.» Y esto diciendo, el ilustre enfermo apretaba entre las suyas las manos de Cabrera (2).

Cuando D. Cárlos cerró por última vez sus humedecidos ojos, el conde de Montemolin volvió los suyos hácia el general, y, estrechándole entre sus brazos, le dijo con voz entrecortada por los sollozos: «Usted será mi mejor apoyo, general, y mi mejor amigo.» El conde de Morella no respondió, afectado como se hallaba en aquel momento.

Con cuánta injusticia se ocuparon del caudillo de la causa de D. Cárlos algunos escritores, fácilmente puede demostrarse. Cabrera fué siempre un misterioso conjunto de valor y sensibilidad exquisita: nunca las injurias que se le infirieran quedaron sin castigo; pero si llegó á implorar su misericor-

---

(1) *Teatro de la guerra; Cabrera y los montemolinistas.*

(2) Apuntes en un álbum de la guerra de nuestro querido amigo D. R. S., del estado mayor del general Cabrera.

dia, á impetrar su auxilio la madre desolada ó la desvalida huérfana, el conde de Morella no pudo negar su amparo y proteccion. Valeroso hasta la temeridad, previsor hasta un punto inconcebible, astuto y desconfiado, á causa de los frecuentes ejemplos de perfidia que se le ofrecieron durante la guerra, no podia cerrar su corazon á los más nobles sentimientos, cn él innatos, y nunca se mostró inflexible con el débil, ni fuerte con el que se humilló.

La segunda campaña, inaugurada en 1846, llamó de nuevo al caudillo carlista al teatro de la guerra. Cuáles fueron sus hechos, cuántas las hazañas, cuán inaudito el valor demostrado por el conde de Morella durante aquella lucha, gigantesca y gloriosa bajo un punto de vista, lamentable bajo el prisma de la civilizacion y de la política. Las indignas ambiciones de María Cristina, la insensatez del bando moderado, que juzgaba, con una nueva perfidia, asegurarse en el poder, fueron las causas de aquel funesto ensayo, en que tantos hijos de España se sacrificaron, y tales vejámenes se lanzaron sobre la nacion, ya esquilmada. Administraciones odiosas se sucedieron, y solamente consiguieron un turno en el gobierno las fracciones más odiosas é impopulares. Á una medida de órden, á una determinacion organizadora y prudente, seguian las más absurdas é injustificables tiranías, los abusos más escandalosos; y el partido que se llamó antirevolucionario, las huestes famélicas de los Narvaez y los Collantes, se repartieron el tesoro de España, como el botin que les correspondia despues del asalto.

En tanto que los llamados trabucaïres sufrian nuevamente las privaciones y miseria, durante la guerra, despues las humillaciones y dolores de la emigracion, el conde de More-

lla indemnizaba á los ayuntamientos que le habian proporcionado recursos con la suma de sesenta mil duros, enviada por él á España, por medio de uno de sus ayudantes (1).

Terminada aquella segunda campaña, el general Cabrera se retiró de nuevo á Lóndres. Allí unió su suerte á la de una ilustre señora, cuyas riquezas y principalidad son de todos harto conocidas. Su casa fué el refugio constante de los emigrados españoles; si su delicadeza le dificultaba alguna vez ejercer la caridad tan pródigamente segun deseaba, su misma esposa le impulsaba á ello. Nunca se vieron cerradas las puertas de aquella espléndida morada para el antiguo compañero, para el pobre soldado, para el correligionario, para el liberal, para todos, en fin, cuantos se llamaban españoles, cuantos sufrian, cuantos llegaban á visitarle y habian menester de sus auxilios.

Tal fué el conde de Morella. Cuando la Providencia hubo concedido al general el primer fruto de su matrimonio, D. Juan de Borbon fué su padrino; la princesa de Beira nunca se olvidó del valeroso caudillo; los miembros de la augusta familia manifestaron siempre el mayor aprecio á su fiel Cabrera.

Sucesos posteriores, y de que en su lugar nos ocuparemos, apartaron de las manos del conde la direccion de los negocios políticos del partido carlista. Sucesos lamentables. Pero no por eso el ardiente caudillo de la legitimidad se consideró divorciado de sus antiguos amigos, libre de sus compro-

---

(1) Testimonio del mismo señor, el dignísimo y respetable brigadier D. J. M. M., cuya honradez solamente es comparable á sus heroicos sufrimientos.

misos, y en pugna con su historia. El conde de Morella será, como siempre, uno de los más decididos mantenedores de la causa carlista. Muchas han sido las acusaciones que enemigos disfrazados ó vehementes partidarios del principio católico-monárquico lanzaron sobre el caudillo tortosino. Demos lugar al tiempo, y tiempo á la historia; en ella se consignan siempre, con indelebles caracteres, las grandes hazañas y las grandes apostasías, pero cuando como tales pueden considerarse, cuando hay pruebas para ello, cuando los hechos lo demuestran; y no hemos de pecar nosotros de ligeros ó apasionados, puesto que de todas maneras tenemos el deber de relatar la verdad; y con cuanta imparcialidad y justicia nos permitan nuestra debilidad y nuestro humilde criterio, en los sucesos de que pensamos ocuparnos en el libro tercero de esta popular historia, hemos de hallar el arsenal donde tomar las armas en defensa ó en ataque del que lo hubiere merecido.

Dios, Patria y Rey, constituyen el glorioso lema de la causa carlista; y todo el que dentro de él no se halle no puede considerarse como carlista. Esclarezcamos los hechos y sea el fallo tan desapasionado como severo.

BIOGRAFÍA DE URBIZTONDO.

En San Sebastian, capital de Guipúzcoa, nació D. Antonio Urbiztondo el 7 de Enero de 1803. Fueron sus padres Don Sebastian Urbiztondo y Doña Juana de Eguía, ambos de ilustre linaje. Entregado el niño Urbiztondo á los puros é inefables goces de la infancia, se vió obligado á derramar algunas lágrimas por la muerte de su padre, acaecida cuando él tenía siete años; y aunque este incidente funesto no debió afectarle por largo tiempo en una época de la vida en que nuestros sentimientos se apoyan y sostienen ménos que en la reflexion en la imitacion, sin embargo parecia que hubiera influido necesariamente en su porvenir. Empero una madre tierna y cariñosa velaba por él con solícito afan, y logró alcanzarle una plaza de caballero paje del rey, cuando Urbiztondo tenía once años. En esta posicion honorífica y distinguida, podia prometerse una brillante carrera. Permaneció Urbiztondo en Madrid con el carácter de paje de rey hasta el año de 1819, en que pidió y obtuvo permiso para pasar al colegio de San Bartolomé y Santiago de Granada, con el obje-

to aparente de dedicarse á la carréra eclesiástica, pero era otro el verdadero móvil de su conducta. Habíale inspirado una pasion amorosa profunda la hija del general D. Francisco Ramon y Eguía, parienta suya muy inmediata y con quien despues contrajo matrimonio; y como esta señora habia pasado á Granada acompañando á su padre, nombrado capitan general de aquella provincia, el amante novel halló en su supuesta vocacion al estado eclesiástico un expediente sencillo y oportuno para realizar sus galantes proyectos.

Á los que comprendan el imperio que ejercen ciertas afecciones dulces y expansivas sobre el corazon de un jóven, no les sorprenderá que Urbiztondo abandonase Granada, habiendo pedido y logrado préviamente su traslacion á la universidad de Oñate tan luégo como Eguía, separado del mando de capitan general, se dirigió á Durango con su familia, corriendo el año de 1821. Hallábase, pues, en Oñate Urbiztondo, cuando los acontecimientos políticos vinieron á dar otro rumbo, quizá el verdadero, á su vida y á sus planes.

La fisonomía moral del hombre tarda más en fijarse que su semblante, pero se notan en cada individuo desde el principio rasgos distintivos y originales que no pueden confundirse con los de ningun otro. Tenía Urbiztondo á la sazon diez y ocho años y mostraba un ánimo resuelto y decidido y una susceptibilidad de caráter tal, que no toleraba ni áun las sombras del insulto. Por otra parte, su espíritu activo, entusiasta y emprendedor, no podia acomodarse bien dentro de los estrechos límites de un colegio, ni reconciliarse completamente con la fria y severa calma que allí reinaba, sino que debia lanzarse en pos de esas grandes emociones que sólo se encuentran en un campo de combate y en el dia de batalla ó en

las duras alternativas de la vida militar. Agregando á estas circunstancias, que nacen del fondo del carácter de D. Antonio, la de que su familia, tildada de realista, era el blanco de las injurias de los constitucionales, se concibe bien que Urbiztondo esperaria una ocasion propicia para seguir sus impulsos y vengar sus injurias.

Sobrevino bien pronto en la provincia de Vizcaya un movimiento realista, y Urbiztondo, siempre dominado por los sentimientos que hemos señalado ya, partió rápidamente de Oñate á reunirse con los que pedian el absolutismo de Fernando; y el apuesto continente del jóven escolar, su aire marcial y el impetuoso ardor con que defendia sus principios, influyeron tanto sobre sus compañeros, que por acuerdo unánime le eligieron jefe, y marchando bajo sus órdenes á Salvatierra, se apoderaron de esta villa y se propusieron defenderse en ella con denuedo, extendiendo al propio tiempo las raices de la insurreccion. Habia sido aclamado Urbiztondo gobernador de Salvatierra, y como tal buscó medios de rechazar las tropas constitucionales que, acaudilladas por el general Lopez Baños, circunvalaban la plaza. Fué gallarda la defensa que hicieron los sitiados; ni el imponente número de las huestes de Lopez Baños, ni la falta de costumbre en los trabajos y fatigas de un asedio que debian tener unos hombres á quienes las circunstancias políticas habian puesto acaso por primera vez un fusil en la mano; ni el verse aislados en medio de la nacion, que acataba entónces distinto régimen político, bastaron á amedrentarles; sostuviéronse, pues, con esforzada constancia, y no pensaron en ceder hasta que, agotadas las municiones, no quedaba ya medio hábil de defensa; entónces abrieron tratos con el general sitiador, y obtuvieron

de éste una capitulacion honrosa bajo la que se rindió la villa el dia 24 de Abril.

Pero Lopez Baños quebrantó uno por uno los artículos del tratado; y Urbiztondo, con veintiuno de sus compañeros de infortunio, fué conducido á Vitoria y sometido al fallo de una comision militar: Urbiztondo no debia tener pocas esperanzas de salvacion: la conducta pérfida y dura al propio tiempo que habian observado con él los constitucionales le inspiraba serios y bien fundados temores para el porvenir; porque no podia suponerse en buenos términos, que unos hombres que habian desconocido los fueros de la justicia y la religion de los convenios, fuesen ahora á cumplir con una y otra, absolviendo á Urbiztondo y sus compañeros.

Habia ademas otra razon puramente de circunstancias: como Urbiztondo y sus parciales fueron los primeros en levantar pendones por el Gobierno absoluto, si quedaban impunes ó con leve castigo se alentarian otros muchos y seguirian sus huellas, principalmente si se atiende al estado de irritacion y efervescencia en que se hallaban aquellas Provincias. Repasando Urbiztondo en su imaginacion todas estas consideraciones, se convenció de que le condenarian á muerte, pero no se desalentó; por el contrario halló en su ingenio un medio de conjurar este peligro y le hizo valer al momento: Urbiztondo tenía diez y ocho años cumplidos, que constituian la edad señalada por la ley para irrogar la última pena; pero se propuso hacer creer á los miembros de la comision que sólo habia cumplido diez y seis años, y anduvieron en esta parte tan diligentes y cautos su familia y amigos que logró ver realizado su pensamiento. La comision pues, persuadida de que el jóven Urbiztondo sólo tenía diez y seis años, le

declaró comprendido en el decreto de amnistía, disponiendo que marchara confinado á Oñate. Á los pocos dias de haber llegado á este punto el jóven Urbiztondo burló la recelosa suspicacia de las autoridades y emigró al limítrofe reino de Francia, adonde por una feliz coincidencia acababa de llegar con su familia su abuelo D. Francisco Ramon de Eguía.

Organizóse por este tiempo, al principiar el año de 1822, una junta realista en Bayona para elaborar los planes de insurreccion contra el régimen constitucional, preparar los medios y dar un impulso enérgico á los movimientos comenzados. Era presidente de ella el general Eguía, quien empleó á Urbiztondo en la secretaría organizada bajo su inmediata direccion. Desempeñó éste con inteligencia el cargo que se le habia cometido, pero no estaba en armonía con su genio este género de vida, y así es que le abandonó bien pronto, corriendo á reunirse con el general D. Vicente Quesada, que habia levantado en el territorio vasco la bandera absolutista, y verificándolo en el mes de Junio del precitado año. Con el grado de capitan que le confirió Quesada, y que le correspondia por su procedencia de caballero paje del Rey adicto al estado mayor general, concurrió Urbiztondo á varios choques y acciones, distinguiéndose en las ocurridas en las Alburreas el 18 de Setiembre, y Nazar y Azarta el 27. Por su buen comportamiento en estas diferentes ocasiones, fué ascendido á teniente coronel de infantería.

Tenía Urbiztondo actividad y valor, y ese celo por los principios políticos, que parecen ser patrimonio exclusivo de la juventud, porque el egoismo nace del cálculo frio de la vejez. El general Quesada, reconociendo en él estas buenas prendas, le encomendó una comision, bastante difícil y ar-

riesgada en aquellas circunstancias. Mandó, pues, que Urbiztondo pasara á la provincia de Vizcaya á reclutar gente, lo que verificó éste, acompañado de otros cuatro, con tanto acierto y ventura, que á los pocos dias se presentó en el cuartel general de Quesada, que se hallaba en San Juan de Luz, con doscientos cincuenta hombres, que sirvieron de núcleo para formar un nuevo batallon.

En el entretanto, la máquina del gobierno constitucional se movia trabajosamente, porque una de sus ruedas principales, el poder ejecutivo, oponia una resistencia tenaz. El rey Fernando, indignado de que se hubiese limitado su autoridad, y queriendo romper las trabas que le rodeaban, llamó á los extranjeros á nuestro país.

Bien conocidos son los sucesos que acaecieron despues; los constitucionales, careciendo de la energía y nervio revolucionario, y no teniendo la unidad y disciplina de los absolutistas, fueron arrollados por los franceses, y la victoria se fijó del lado del monarca.

Cuando penetró en nuestro territorio el ejército auxiliar, Urbiztondo marchó á la vanguardia de éste con la division de Quesada; llegó á Madrid, y se dirigió poco despues á Extremadura, ejerciendo las funciones de jefe de estado mayor. Luégo que el rey hubo salido de Cádiz, Urbiztondo regresó desde Trujillo á Madrid al espirar el año de 1823. Durante su permanencia en la capital llevó felizmente á cabo, desplegando sagacidad y tino, algunas comisiones delicadas; pero una de ellas vino á serle funesta; porque su carácter altivo y resuelto no se plegaba muchas veces á las circunstancias. Confiáronle la defensa del general D. Joaquin Capape, cuya causa ofrecia graves dificultades, porque no podia brillar en

ella la verdad sin que hiriese con sus rayos á algunos altos funcionarios, y áun á los ministros de la corona. El defensor Urbiztondo se hallaba, por consiguiente, en la situacion más crítica, porque ó iba á granjearse la animadversion de esos hombres poderosos, desempeñando lealmente su cargo, ó tenía que hacer traicion á la confianza en él depositada.

Urbiztondo no vaciló siquiera en la eleccion de estos extremos; sus sentimientos caballerescos sofocaron cualquier otra consideracion de conveniencia individual, y descorriendo con noble audacia el velo que cubria muchos acontecimientos, presentó tales pruebas y adujo tan sólidas razones, que el general Capape fué absuelto, pero el atrevido defensor fué condenado á un año de prision en el castillo de las Peñas de San Pedro. La opinion pública, que siempre se inclina del lado de la desgracia y que nunca se asocia á la venganza de los poderosos, mostróse tambien propicia á Urbiztondo, lo que dulcificó un tanto sus sinsabores y amarguras.

No tardó en llegar el dia de la reparacion: cambió el ministerio, y Urbiztondo recibió una real órden levantándole la condena y llamándole á Madrid, donde se le confirió el mando del segundo batallon de voluntarios realistas, colocándole al propio tiempo en la Inspeccion general del mismo instituto. Estuvo desempeñando este doble cargo hasta el 17 de Marzo de 1828, en que fué destinado de teniente coronel con el grado de coronel al regimiento de la Reina, pasando con igual categoría al regimiento de infantería de Zamora en 1.° de Abril de 1832, y al de voluntarios de Navarra á fines de Enero de 1833.

Como por esta época el horizonte político se presentaba encapotado y sombrío, y el advenimiento de una guerra di-

nástica por instantes subia algunos grados más en la escala de lo verosímil, el Gobierno, que despues de seguir una marcha meticulosa é incierta habia acabado por llamar en su apoyo á los liberales emigrados, separaba de sus destinos, guiado por el mismo pensamiento, á aquellos que eran conocidos de antemano por su celo en favor de las doctrinas absolutistas. Uno de estos fué Urbiztondo, á quien se quitó el mando del regimiento de Navarra, confinándole á la ciudad de Mérida. En las turbulencias políticas, los adversarios sinceros é irreconciliables de una idea de gobierno son pocos, pero son muchas las pasiones enconadas por las pasiones de otros hombres. La inconsiderada conducta del general Quesada, á la sazon inspector de infantería, los altivos procederes de las autoridades de Madrid, y el mal recibimiento que hizo á Urbiztondo el gobernador de Mérida brigadier Aranguren, acabaron de enajenarle completamente del servicio y obediencia de la reina; y como en un hombre de su posicion y carácter la desafeccion no podia parar en indiferencia, aprovechó una coyuntura favorable y se marchó á Portugal el 19 de Enero para reunirse con el infante D. Cárlos, que huia de ciudad en ciudad perseguido por el ejército combinado lusitano-español.

Cuando Urbiztondo se presentó al Pretendiente, le recibió éste con marcada benevolencia nombrándole capitan de guardias españolas, y encargándole organizase un batallon, que se iba á formar con el nombre de aquel príncipe. Luégo que la ciudad de Evora, último asilo de dos pretendientes, D. Miguel y D. Cárlos, capituló el 29 de Mayo, Urbiztondo pasó á bordo del bergantin Carolina, anclado en la bahía de Lisboa el 8 de Junio, llegando el 9 de Julio al puerto de Porsmout.

El mismo dia en que desembarcó en la costa inglesa se le dió la órden de trasladarse á Navarra con un jefe de caballería que mereciera su confianza. Eligió Urbiztondo al coronel Don Cárlos Odonell y ambos se dirigieron á Lóndres á fin de proveerse de los recursos necesarios para un viaje largo y peligroso. Debian abandonar la Inglaterra y atravesar la Francia penetrando en la Península por la frontera del Norte. Con efecto salieron el 22 de Lóndres con pasaporte y nombre de napolitanos y marcharon resueltos á París, llegando á esta ciudad el 25. Mas un incidente vino á trastornar sus planes de expedicion: la policía francesa, que ya tenía noticia de la marcha y proyectos de los dos jefes carlistas, les prendió en París, encerrándoles en Sainte-Pelagie. Vista y fallada la causa por el tribunal de *Assises*, se les obligó á regresar á Lóndres en los últimos dias del mes de Octubre. Pero ni este revés desalentó á Urbiztondo, ni debilitó la constancia de los que habian dispuesto la expedicion. Al llegar á Lóndres, Don Antonio ya tenía preparada una goleta con la que debia dirigirse á Holanda, para tomar armamento y conducirlo al puerto de Anchote, en la costa de Vizcaya. Urbiztondo hizo con celeridad sus preparativos; adquirió el armamento en Rotterdam, y recibidas las últimas instrucciones, se dió á la vela desde la bahía de Elbelm, en la embocadura del rio Queel, el 28 de Diciembre de 1834.

Esta segunda expedicion parecia inaugurarse bajo felices auspicios: un viento favorable soplaba á la sazon con fuerza, y la goleta, impelida por su aliento, se deslizaba rápidamente sobre la superficie de las ondas; pero á media noche, cuando el equipaje entero olvidaba los peligros de la navegacion, la goleta, que habia entrado en el canal de la Mancha, varó

en un formidable banco de arena denominado Long-Sens. Vanos fueron los esfuerzos hechos para dominar aquel peligro; la goleta se sumergia insensiblemente, y la tripulacion y pasajeros hubieran probablemente perecido á no tener dos lanchas que botaron inmediatamente al agua, procurando ampararse contra la ira de las mugientes olas, y esperando los primeros albores del dia para salir de tan deplorable conflicto. Apénas amaneció se vió que las aguas envolvian el buque, no descubriéndose ya más que algunos de sus palos. Entónces Urbiztondo y sus compañeros de infortunio cortaron los cables de las lanchas y se entregaron á merced del viento, hasta que al cabo de cuatro horas de esta angustiosa navecion descubrieron un laud pescador, acercáronse á él pidiendo auxilio, y el patron les recogió á bordo á las once y media de la mañana del dia 29 de Diciembre. El puerto más inmediato era de Bracalancer; á él deseaban dirigirse los viajeros; y aunque el patron del laud manifestaba alguna repugnancia para llevarlos á aquel punto, lograron vencerla á fuerza de dádivas y promesas. Desde Bracalancer marchó Urbiztondo á Glocester, y de aquí á Lóndres, adonde llegó el 31; en este punto se le reiteró la órden de emprender de nuevo el viaje á las Provincias Vascongadas, tanto porque D. Cárlos le reclamaba con urgencia, cuanto porque era necesario conducir plomo, de cuyo metal escaseaban las tropas del pretendiente.

Aunque habia obtenido un éxito desgraciado en sus dos anteriores tentativas, Urbiztondo no vaciló en desafiar por tercera vez la inclemencia de la suerte. Aparejóse, pues, una nueva goleta llamada *Isabel Ana*, se cargó de plomo en el rio Támesis, y Urbiztondo y 26 oficiales que habia designa-

do, levaron anclas en 10 de Enero de 1835. No fué más feliz este viaje que los pasados. Declaróse desde luégo un temporal furioso que sublevando las espumosas olas amenazaba al buque con un naufragio próximo; y aunque no habia podido abandonar las costas, perdió sin embargo el trinquete y el bauprés en la noche del 17, siendo indispensable, por lo tanto, entrar en la rada de Eimouth para reparar las fuertes averías de la goleta.

Hasta aquí Urbiztondo habia hecho frente á peligros eventuales envueltos en el seno misterioso de la fortuna; pero ahora iba á arrostrar uno cierto, casi inevitable. Supo que el gabinete inglés habia participado al embajador español la salida del buque, el número de personas que iban en él y el objeto y mision de cada una, y sin embargo no dudó en partir. Bogó de nuevo la goleta en la madrugada del 24, marcando su rumbo hácia las costas españolas; mas al tocar las aguas de Castro-Urdiales fué apresada el 2 de Febrero por el vapor *Reina Gobernadora*, siendo conducidos Urbiztondo y los demas pasajeros á Santander en la mañana del dia 3.

Por esta época la guerra habia ido amansándose y perdiendo algo de su primitivo y sanguinario carácter. En las luchas civiles la terrible iniciativa de las represalias generalmente se toma por el más fuerte y siempre redunda en daño suyo, porque así reduce á su enemigo al mayor extremo y excita las fuerzas de la desesperacion. Los carlistas, pocos é indisciplinados al principio en las provincias del Norte, se engrandecieron despues, tanto que su voz de combate era un grito de victoria y su lema político era considerado en la Europa. Como se habia debilitado la funesta animosidad de los primeros momentos y los prisioneros lo eran en mayor núme-

ro en poder de los carlistas, el ministerio Martinez de la Rosa accedió, si no lo solicitó, al convenio de Elliot.

Fortuna fué para Urbiztondo el caer prisionero en estas circunstancias. El comodoro inglés que mandaba la goleta *Isabel Ana* prometió salvarles la vida, y sus activas diligencias, unidas al precedente que hemos señalado, fueron parte poderosa para que Urbiztondo y sus compañeros no expiaran con su cabeza un arranque de imprudente valor.

Fueron pues conducidos al castillo de San Anton de la Coruña, en el que permanecieron diez meses, y de este punto les trasladaron á Cádiz y de aquí á Puerto-Rico, adonde llegaron el dia 5 de Abril de 1836. Era á la sazon capitan general de aquella Antilla D. Miguel de Latorre, sujeto muy considerado y prudente y que conocia profundamente la máxima de que la gratitud es el vínculo más poderoso para retener al hombre desgraciado en el círculo de sus deberes.

Latorre dispensó á los confinados todas las consideraciones compatibles con su carácter de primera autoridad; pero el segundo cabo le vituperó estos buenos oficios y áun insistió en que se redujera á prision á los confinados. Urbiztondo, que de tiempo atrás andaba desasosegado con la dura condicion á que la suerte le habia reducido, noticioso de los proyectos del general segundo cabo, trató de prevenirles, aprovechando una coyuntura propicia para alcanzar la libertad. Esperó, pues, para fugarse á que el general Latorre se ausentara momentáneamente de la isla, á fin de que la responsabilidad de aquel acto recayera sobre el segundo cabo. Tomadas algunas medidas de precaucion ocultóse Urbiztondo en un bosque con algunos de sus compañeros, y allí esperó á que sus amigos le proporcionasen una lancha para pasar á la isla dinamarque-

sa de Santo Tomás. Pronto se vieron realizados sus deseos; vino el bote, y embarcados en él Urbiztondo y los suyos se arrojaron en los brazos de la instable fortuna, habiendo permanecido cuarenta y cinco dias confinados en Puerto Rico. Tan azarosa fué esta navegacion como las anteriores: separa á Puerto Rico de la isla de Santo Tomás una tabla de agua de escasa latitud y que generalmente se atraviesa en pocas horas; mas apénas empezaron á bogar los fugitivos carlistas cuando sobrevino una calma que les detuvo en el mar por espacio de seis dias, sufriendo todas las penalidades del hambre, porque en la creencia de que el viaje era corto no se habian provisto de víveres. Vencidos al fin estos obstáculos arribaron á la isla dinamarquesa, pero encontraron aquí nuevas dificultades: estaban los isleños en amistosos tratos y cabal armonía con las autoridades de Puerto Rico y no querian exponer sus relaciones á las contingencias de una ruptura por dar hospitalidad en su suelo á los fugitivos carlistas. No obstante las eficaces recomendaciones que éstos llevaban para algunos isleños principales, y acaso más que todo la consideracion de que pertenecian á un partido que en la Península balanceaba con las armas el éxito de la guerra dinástica, hubieron de tener gran fuerza en el pensamiento de los jefes de la isla, pues al cabo permitieron á Urbiztondo y á los que le acompañaban pasar á bordo de un buque inglés. Zarparon de las aguas de Santo Tomás el dia 6 de Junio y llegaron el 7 de Julio á Porsmouth sin avería ni ocurrencia alguna desagradable, y desde aquí se trasladó Urbiztondo aceleradamente á Lóndres.

Sin volver los ojos á los peligros que habia corrido, Urbiztondo se puso de nuevo en marcha para las Provincias Vas-

congadas, tomando la ruta de Francia; y no obstante la órden prohibitiva del ministerio de Thiers, expresa y nominal, llegó sin entorpecimiento alguno á la frontera de España, entrando en la villa de Urdax en la noche del 2 de Agosto de 1836. Tres dias despues, el 5 del precitado mes y año, se reunió Urbiztondo á D. Cárlos en la villa de Azpeitia, despues de haber probado en tantos contratiempos su constancia y resolucion.

Recibióle D. Cárlos afablemente y con toda la consideracion debida á un hombre que habia mostrado una voluntad firme y decidida en su servicio, promoviéndole al grado de brigadier el 10 de Agosto de 1836. Al poco tiempo, el 6 de Setiembre, se le confirió el cargo de jefe de estado mayor general, y asistió con este carácter al sitio de Bilbao.

Mandaba entónces Villareal las tropas de D. Cárlos, como general en jefe, y estrechaba cada dia más el asedio; pero la obstinada defensa de aquella plaza, y las hábiles operaciones del general Espartero, inutilizaron los esfuerzos de los carlistas, obligándoles á levantar el cerco, con mengua de su reputacion y con notable detrimento de su causa. Con efecto, en las vicisitudes de la guerra ningun revés tiene una influencia tan perniciosa como el que viene á cortar una larga serie de victorias, porque se creen encadenados todos los acontecimientos á la prudencia humana y se olvida la instabilidad de la suerte. Bien fuese por esta razon general, bien porque Villareal no hubiera seguido con vigor y concierto las operaciones del sitio, lo cierto es que se le separó de su mando, cesando al propio tiempo en el cargo de jefe de estado mayor el brigadier Urbiztondo. Acaeció este suceso el 25 de Diciembre, y el 30 fué comisionado Urbiztondo para reorganizar la

division expedicionaria de Gomez, quien despues de haber penetrado atrevidamente en las provincias del interior y descrito una vasta circunferencia, habia vuelto al territorio vasco con sus huestes rotas y en deplorable estado.

En pocos meses llevó á cabo Urbiztondo la laboriosa empresa que se le habia confiado: formó nuevos batallones, les dotó de una disciplina severa y supo armonizar tan bien los elementos de órden y de marcialidad, que todos aquellos cuerpos dieron en diferentes ocasiones pruebas claras de decision y bizarría. Uno de éstos, un batallon de granaderos, se apoderó con singular arrojo, en la batalla de Oriamendi, de un reducto obstinadamente defendido por las tropas cristinas, perdiendo aquél 131 individuos; otro, el 2.° batallon de Castilla, se batió denodadamente en el puente de Zornoza el 21 de Marzo de 1837, y Urbiztondo, que le mandaba, obtuvo por esta accion la cruz de tercera clase de San Fernando; el 4.° batallon de Castilla, reorganizado tambien por Urbiztondo, lidió con noble esfuerzo en el paso del rio Cinca, mereciendo el que ondease sobre su bandera la corbata de San Fernando, y los demas batallones se distinguieron en distintos encuentros.

Permaneció Urbiztondo al frente de la division castellana hasta que recibió órden de reunirse en las márgenes del Arga á las columnas expedicionarias.

Aunque el territorio vasco-navarro era el foco principal de la guerra y el centro donde ejercia su accion más enérgica y vigorosa, extendíase, sin embargo, en rádios desiguales por las provincias de Aragon y Cataluña. Esta circunstancias, el deseo de dar un golpe decisivo, la necesidad de crear nuevos recursos ó tal vez la existencia de oscuras combina-

ciones y misteriosos pactos, hicieron concebir á D. Cárlos y su córte el proyecto de una grande expedicion. Aprestóse para ella un ejército respetable á cuya cabeza se puso el mismo pretendiente. Acompañábale Urbiztondo en clase de segundo jefe del estado mayor general. Las tropas carlistas salvaron la valla natural del Ebro, penetraron en el Aragon, recorriéronle rápidamente y fueron á caer sobre el suelo fabril de Cataluña. Hallábase D. Cárlos en Vinaxa cuando mandó venir á su presencia á Urbiztondo, y le dijo en tono familiar:

«Antonio: me veo en la necesidad de dejarte en este Principado, por faltar á su ejército una cabeza que lo organice y para que metas en cintura á unos jefes que obran en sus respectivos distritos como unos reyecitos. Estas y otras consideraciones, añadió, me han obligado á acceder á las repetidas gestiones de los sujetos de más prestigio; y como prueba de mi estimacion, serás declarado mariscal de campo desde este momento.»

No se deslumbró Urbiztondo con el brillante oropel de su nuevo cargo; conoció que estaba rodeado de espinas y dificultades y que la prudencia no bastaria acaso para separar unas y vencer otras. La ambicion, que es el resorte más poderoso de la voluntad, y la que más eleva y engrandece los afectos humanos, solo cuando es ciega se irrita con los obstáculos, y apoyándose en el pasado desafía el porvenir. Habia dado Urbiztondo pruebas de decision y firmeza de carácter y no escaseaba tampoco las demas dotes militares; empero no tenía el ascendiente poderoso del genio que humilla y sojuzga las más enconadas pasiones, ni bastantes títulos para granjearse, de los que iban á ser sus jefes subalternos, hasta entónces independientes y rivales, ese respeto individual que es

el apoyo más sólido de una autoridad cualquiera y que solo puede hallar en la fuerza una sustitucion débil y precaria.

Formar un ejército con las distintas partidas, sujetarle con el vínculo de la disciplina, imponer á los generales, trazarles una línea de sus deberes, saber contenerles en ella, regularizar y humanizar la guerra; hé aquí la mision del nuevo comandante general. Tentado estuvo Urbiztondo á renunciarla en los primeros momentos; pero reflexionándolo despues, y no queriendo dejar defraudada la confianza del príncipe, la aceptó. Recibió el dia 27 de Junio de 1837 el nombramiento de comandante general del ejército carlista del Principado, y el despacho en que se le promovia á mariscal de campo, y acompañó á D. Cárlos con esta categoría hasta el litoral del Ebro, regresando desde Ginesta el 29 y dirigiéndose á Solsona, adonde llegó el 3 de Julio.

En este punto quiso trazar un plan de operaciones, pero aumentó su perplejidad al saber que en los ramos de administracion habia el mismo desconcierto que en los puramente militares, que las promesas de la junta directiva tenían más de gratuitas que de realizables, que escaseaban las municiones hasta el punto de no haber sino cinco cartuchos por plaza, y un repuesto de dos mil, y que todo el tren de batir le constituian tres piezas de irregulares proporciones y construidas con muy poca solidez. Pero cuando el hombre ha aceptado una condicion social, militar ó política, debe buscar todos los medios para sostenerse en ella con decoro. Urbiztondo lo comprendió así, y trató de sacar todo el partido posible de las circunstancias que le rodeaban. Como debia ante todo regularizar y morigerar sus tropas, pensó que sería bueno formar algunas compañías con los heridos de las acciones de

Huesca y de Barbastro que habian pertenecido al grande ejército carlista, y que tenian el valor de los combates, con los hábitos de la disciplina. Estos cuerpos servirian á la vez de ejemplo á los catalanes que se fueran organizando, de rémora á los que estuviesen áun desmoralizados y de elemento de órden en todo caso al general.

Llevó Urbiztondo á cabo este pensamiento con la mayor celeridad, y entónces, colocando á las tropas catalanas en observacion del enemigo, marchó él mismo sobre Berga, llegando frente á los muros de esta villa el 6 de Julio. Invirtió los siguientes dias 7, 8, 9 y 10 en practicar varios reconocimientos y preparar los útiles de batir, y el 11 empezaron ya á vomitar fuego las baterías. Contestó la plaza con otro nutrido bien sostenido y tan certero, que á las pocas horas estaban fuera de combate el comandante carlista de artillería y otro jefe que le habia sustituido con varios individuos de tropa. Eslabonábanse los azares por momentos. La única pieza de grueso calibre con que contaba Urbiztondo quedó inutilizada por haberse roto la cureña al segundo disparo, y cuando el general corria á reanimar á los artilleros, reventaron los otros dos cañones.

Ya no habia medios hábiles de continuar el asedio: era preciso, pues, ó renunciar á la posesion de Berga ó decidirse por el asalto. Urbiztondo le dispuso; pero cuando sus tropas marchaban á escalar la muralla, se le presentó una comision de los sitiados, ofreciendo abrir las puertas de la plaza bajo ciertas condiciones. No eran éstas inadmisibles, y Urbiztondo las aceptó despues de modificar algunas.

En su consecuencia, entraron las tropas carlistas en Berga á las tres de la tarde del dia 12 de Julio de 1837: tres-

cientos ochenta prisioneros, veintiun caballos, dos piezas de artillería, un considerable número de fusiles y municiones fueron el fruto de esta conquista, ademas de la posesion de la villa de Verga, muy considerada por su imponente topografía y por el buen estado de sus fortificaciones. Berga era ademas la llave del Principado por aquella parte.

Restablecida completamente la calma, los habitantes de Berga se entregaron á sus ordinarias faenas, y el melancólico silencio de la noche sólo se vió turbado por el ruido de las alegres tocatas y bulliciosas danzas.

Este rasgo de fina política preparó una reaccion en los sentimientos, en las ideas y hasta en las preocupaciones de los catalanes. Várias plazas, escalonadas en el cuerpo de la alta montaña, se entregaron por estos dias á los carlistas. Gironella capituló á las primeras intimaciones el dia 13. Su guarnicion, que constaba de 200 hombres de línea y de algunos nacionales, quedó prisionera de guerra. Prats de Llausanes, asediado el dia 15, abrió sus puertas el 18. Ripoll, atacado por las tropas carlistas, á cuya cabeza se hallaba Urbiztondo el dia 20, se rindió por capitulacion el 27, y entónces el caudillo carlista marchó contra San Juan de las Abadesas.

En medio de esta serie de rápidas conquistas se levantaba un elemento pernicioso para la causa carlista. La indisciplina de los cuerpos catalanes, que se revelaba en los trances más difíciles y en las ocasiones más complicadas, podia entorpecer las operaciones del general ó inutilizar sus esfuerzos. Durante el sitio de Berga la brigada Castell, que le formaba, dió pruebas tan claras de falta de valor y sumision á sus jefes, que Urbiztondo creyó llegado el caso de adoptar severas determinaciones. Estaba decidido á hacer un castigo ejemplar;

pero, cediendo á las súplicas de personas muy consideradas, se limitó á disolver las compañías de preferencia de los batallones que constituian la precitada brigada, prohibiendo á sus individuos el uso del bigote; no permitiendo que entrasen en la plaza; suspendiendo á los oficiales del ejército de sus respectivos empleos, y relegándoles al depósito de prisioneros, hasta que solicitaran asaltar una de las plazas que se atacasen. Con estas medidas convaleció un tanto la disciplina, pero no fueron bastante eficaces para destruir todos los gérmenes del mal. Convencióse de ello Urbiztondo en la ocasion que vamos á referir.

Luégo que el baron de Meer tuvo noticia del sitio de San Juan de las Abadesas corrió desde Olot á socorrer la combatida plaza. Previendo Urbiztondo este caso, habia colocado una recia columna en las respetables posiciones de Capsa-Costa. El baron, sin embargo, se adelantó con denuedo hasta el sitio que ocupaban las fuerzas carlistas, penetró en él venciendo la resistencia que éstas le opusieron, débil por lo mal concertada, y bien pronto se puso á la vista de San Juan. Vióse entónces precisado Urbiztondo á levantar el cerco, devorando el hondo despecho que le habia producido este suceso; porque ningun mal se siente tanto como el que vence todas las probabilidades del bien. No tardó en indagar que la mala defensa de Capsa-Costa era el resultado de la rivalidad que existia entre los jefes catalanes, tan mezquina y extraña á la razon, que les cegaba hasta el punto de no ver en la derrota de los unos sino el triunfo de las pasiones de los otros. Justamente indignado Urbiztondo de que sentimientos tan bastardos hubieran precipitado á los jefes catalanes en una defeccion, suspendió del mando al brigadier Sobrevias, que ejer-

cia las funciones de segundo cabo del ejército carlista del Principado, mandó formarle causa, le señaló el punto de Solsona para su residencia, y nombró en su lugar al brigadier Zorrilla.

Á medida qu iba pasando el tiempo veia Urbiztondo quebrarse alguna esperanza ó perderse una ilusion más entre el choque de los acontecimientos. Cada dia nuevos conflictos venian á formar un guarismo más en la suma de sus tribulaciones. No sólo se hallaba imposibilitado de continuar sus planes de conquista por la absoluta falta de artillería, sino tambien por la falta de actividad ó mala inteligencia de la junta directiva, que nunca habia armonizado completamente con el general, y que ya se desviaba más y más de las intenciones y compromisos de éste. Abandonado Urbiztondo á sus propias fuerzas, sin elementos para continuar la campaña y despues de haber dejado bien puesto el honor de sus armas en la accion de Ridaura, volvió todos sus cuidados á la organizacion del ejército. Aunque el arma de caballería no era absolutamente necesaria en la guerra de montaña, ni podia maniobrar con éxito en la áspera geografía de aquel país, no obstante, Urbiztondo, bien porque se propusiese hacer algunas escursiones en el llano, bien, como es más verosímil, porque profesara la máxima militar de que en una guerra larga la caballería es el apoyo más fuerte contra la instabilidad de la fortuna, lo cierto es que quiso formar algunos nuevos cuerpos, mejorando, disciplinando é instruyendo á los que ya tenía. Confió este cargo al brigadier D. Pascual Real, sujeto laborioso y entendido que, perteneciendo al ejército expedicionario, habia quedado herido y se hallaba á la sazon convaleciente. No olvidó tampoco Urbiztondo la para él privilegiada

arma de infantería. Dominábale de tiempo atras la idea de mejorar el estado de los batallones. Ya habia formado uno con las reliquias del grande ejército expedicionario, que servia de núcleo y modelo para la formacion de los otros; pues ahora se propuso dilatar esta base, agregándola un nuevo batallon compuesto de gentes escogidas y diestras ya en el terrible juego de los combates. Mandó reunir de intento, formando un solo cuerpo á los desertores del campo de la reina, á los que, habiendo caido prisioneros, quisieran abrazar la causa carlista, y á los jóvenes de mejor conducta que sirviesen ya bajo la bandera de D. Cárlos. Dotó este batallon con los oficiales carlistas procedentes de las acciones de Huesca y Barbastro, restablecidos apénas de sus heridas. Ambos cuerpos constituyeron una brigada que Urbiztondo puso bajo las inmediatas órdenes del coronel Togores.

Los polos de nuestras pasiones se tocan con frecuencia, y la emulacion, que es uno de nuestros más nobles afectos, degenera en la envidia procurando dar entónces á los más fútiles pretestos el valor de verdaderas causas, y queriendo sujetar todas las circunstancias, buenas ó malas, al logro de sus fines. Parecia que hasta aquí las medidas adoptadas por el general Urbiztondo tenian todas una tendencia benéfica; la de organizar su ejército, fiando cada vez ménos la victoria á la veleidosa fortuna, y regularizar la guerra, dándola un carácter más fijo, más humano y conciliador; pero de repente se alzó contra él, cebándose en su reputacion, una nube de émulos, rivales y enemigos personales; los jefes catalanes, agraviados ó mal avenidos con el freno de la disciplina; algunos justamente indignados quizá del genio altivo é imperioso del general, y muchos miembros de la junta directiva. Unos y otros de comun

concierto llevaron sus quejas, cubriéndolas, como de ordinario sucede, con el velo del mejor servicio, hasta el mismo Don Cárlos; y este príncipe, que tenía el defecto de las almas débiles, de creer sin analizar, dió fácil asenso á cuanto le dijeron en contra de Urbiztondo.

Apénas conoció este general las clandestinas maquinaciones de sus enemigos y los puntos sobre que giraba su acusacion, dirigió una exposicion al ministro de la Guerra, escrita en un estilo enérgico y brioso, vindicándose de esa manera indirecta que permite el orgullo herido, y presentando los hechos en su severa realidad.

En este documento Urbiztondo trazaba con mano experta y vigorosa el panorama de la guerra carlista en Cataluña, enumerando sus elementos de vida y accion, bosquejando la conducta de los generales catalanes y la suya propia.

Y aunque, al calificar los procederes de aquellos y el estado de sus respectivas tropas, acaso no faltaba á la severa verdad, puede asegurarse desde luego que traspasaba la medida de la templanza. Dominado por la irascibilidad de su carácter no miraba el porvenir, reconcentrando sus sentimientos y sus ideas en el pasado. Hombre de una fibra delicada, no conocia bien el valor de las circunstancias; y como tenía la conciencia de su superioridad, de sus hechos, de su educacion militar, ajaba sin miramiento la reputacion de sus subalternos, olvidando que áun el hombre que arrastrado por la pendiente del crímen llega al último grado de perversidad posible, desearia presentarse puro ante la sociedad, que le sostiene y rodea, y que le castiga con su silencio. Puede, pues, juzgarse del tono acre y virulento que empleaba Urbiztondo en la precitada exposicion, por el que se observa en las siguientes líneas:

«Con tan poca fuerza he vencido, y con ella, si se me permite, enseñaré á vencer á hombres (los carlistas catalanes) que hasta ahora no conocen otro arte de la guerra que la rapiña y vandalismo, ni otros jefes que aquellos que más se han distinguido por acciones indignas de los defensores de un rey católico y de una causa justa, ni más derechos que obrar desenfrenadamente atropellando las leyes y los fueros, ni más subordinacion que su propia y libre voluntad cuando no están satisfechas sus pasiones.»

Sincerábase al propio tiempo Urbiztondo de la intencion, que gratuitamente se le habia atribuido, de querer debilitar el ejército carlista del Norte, en beneficio del suyo, prefiriendo su gloria personal á la prosperidad de su causa y áun á la seguridad de su príncipe. Las razones que alegaba en esta parte llevaban envuelta la conviccion. «Así que, excelentísimo señor, decia, áun juzgado yo como militar ambicioso de gloria, nadie que haga justicia á la rectitud de mis principios ni á mi corta capacidad llegará jamás á imaginarse que yo soy capaz de dejar expuesta la augusta persona de mi Rey á peligros eminentísimos, á trueque de conseguir laureles en los campos de Cataluña, siendo así que nadie dudar puede que el golpe dado á la cabeza ha de dejar inermes las otras partes que componen el cuerpo.»

En otra exposicion elevada á D. Cárlos con fecha 15 de Agosto, Urbiztondo retocaba dándoles más subidos colores, los contornos del cuadro trazado en la primera, en la parte que se referia á los jefes catalanes; deploraba la falta de los elementos más necesarios para la campaña, y defendia enérgicamente su sistema de guerra y su conducta delante de las plazas de Ripoll y Berga.

Pero desencadenada ya la animosidad de una y otra parte, no podia esperarse tregua ni concordia. La junta directiva, siempre adversa al general, no sólo no le proporcionaba recursos, sino que le suscitaba embarazos y dificultades, buscando motivos y estudiando medios para colocar á éste en una posicion falsa y difícil. Al fin creyó encontrar uno en el carácter altivo del general. Enlazó pues las circunstancias con un suceso de bien escasa importancia, pero que podia servir de pretesto escelente. Habia dispuesto Urbiztondo que uno de los batallones recientemente creados se acuartelase en el convento de San Francisco de Berga, respetando la parte del edificio que ocupaban los religiosos. Este acto no envolvia ultraje alguno á los más cristianos sentimientos, y era de grande y beneficiosa consecuencia para el servicio, porque aquel cuerpo podia recibir así una buena educacion militar, y servir con los otros dos de base á la reorganizacion del ejército carlista, llenando así los planes del general. Pero cuando éstos se iban desvaneciendo como las ilusiones al rudo golpe de la realidad; cuando el coronel D. Hilario Alonso Cuevillas, comisionado por D. Cárlos, se llevaba á las Provincias todos los jefes, oficiales y soldados pertenecientes al ejército expedicionario, se presentó á Urbiztondo el obispo de Mondoñedo, que tenía el carácter de delegado castrense en el Principado, amonestándole severamente por haber convertido el convento en cuartel, calificando este acto de profanacion, y exigiendo que inmediatamente abandonase el edificio la tropa que le ocupaba. Contestóle al principio Urbiztondo con mesura y comedimiento, haciéndole presente lo perjudicial é intempestivo de semejante pretension; pero el prelado, que estaba decidido á provocar una escision, insistió con más fuerza en su de-

manda, y entónces el general, arrebatado por la ira, exclamó: «que él no entendia la religion de otro modo que empleando en la causa de su rey todos los medios posibles, y que si, careciendo de plomo para batir á sus contrarios, no tuviese autorizacion para tomar cuanto encontrase en los templos del Señor, no solamente lo tomaria contra la opinion del Papa, sino hasta sus propias chinelas con tal que fuesen del mismo metal.»

Esta imprudencia de Urbiztondo suministró á sus enemigos una arma nueva y poderosa. D. Cárlos, á quien se refirió la escena ocurrida entre el obispo y el general, se indignó altamente por las palabras que habia éste proferido; los consejeros del príncipe, mal avenidos con el sistema planteado por Urbiztondo, dieron á este suceso voz y valimiento de grave desacato, convirtiendo un hecho fuera del dominio de la razon en síntoma inequívoco de todo un plan de conducta. Desaprobóse la del general por la córte carlista repetidas veces y bajo sus dos principales fases, militar y política, y apénas la junta directiva del Principado tuvo noticia de la divergencia entre Urbiztondo y el ministerio, procuró por su parte dar el último golpe á la reputacion de aquél. Nególe todos los recursos, todas las provisiones de guerra y boca, hasta el punto de pasar dos y tres dias sus soldados sin alimento alguno, obteniendo cuando más media racion por plaza, y viéndose obligados á caminar descalzos por un terreno agrio é ingrato. Los jefes y comandantes de los diferentes cuerpos, rebeldes á toda idea de disciplina y que odiaban al general por querer establecerla, tomaron de aquí ocasion para acosarle con reclamaciones, y no concurrir oportunamente con sus fuerzas respectivas á las operaciones de la campaña.

Muy difícil era sin duda á Urbiztondo sostenerse en la posicion creada por el artificio de sus enemigos, y en cada paso que daba tropezaba con nuevos lazos, con otra red más cuyos hilos se multiplicaban é iban á parar á diferentes extremos. Convencido, pues, que en aquella lucha desigual de nebulosas maquinaciones, él debia sacar la peor parte, se dirigió á D. Cárlos describiéndole su situacion, el encono de sus adversarios, la conducta de éstos, que él calificaba de profundamente inmoral, y, por último, la dificultad de obrar con tan contrarios elementos, suplicándole se dignase admitir la dimision de su cargo; pero se apagaron los ecos de su voz entre las murmuraciones de los cortesanos que rodeaban á Don Cárlos, y este príncipe no contestó á ninguno de los extremos que abrazaba la exposicion del comandante general de Cataluña.

Afectó mucho á Urbiztondo este desaire, y comprendiendo toda la ira y poder de sus antagonistas, trató de contemporizar y de excitar la cooperacion de la junta, á fin de que le proporcionase los medios más indispensables, y no le dejara en una evidencia deplorable casi á la vista del enemigo; pero las corporaciones son mucho más implacables que los individuos cuando se trata de rescatar ó vengar su poder, y la junta directiva, que tenía muy presente la altiva conducta del general, le contestó negándose rebozadamente á satisfacer ninguna de las exigencias de éste, y escudándose como pudo con las circunstancias. Entónces Urbiztondo hizo á aquella autoridad cuantas observaciones se le ocurrieron, y las que se desprendian naturalmente de la marcha misma de los sucesos; y terminó manifestando su resolucion de resignar el mando en el jefe inmediato y retirarse al vecino reino de Francia. La

junta permaneció impasible; respondió evadiéndose de todo compromiso, y áun tuvo la destreza de hacerle recaer sobre el general, diciéndole que ilustrase á la corporacion con sus conocimientos sobre el ramo administrativo, pues estaba pronta á poner en juego los medios que, para la subsistencia del ejército carlista, reputase él como los más idóneos y eficaces.

No tardó en conocer Urbiztondo que esta contestacion era una verdadera carta de Tiberio, pues se daban elogios á su celo y conducta y se deferia mucho á su ingenio para hacer resaltar más y más su impotencia; y convencido de que era imposible llegar á una reconciliacion sincera, reiteró su dimision robusteciendo las razones en que se apoyaba. En el entretanto, la falta de víveres se hacía por momentos más sensible y producia graves perjuicios desmoralizando la causa carlista; los comandantes de batallon, á quienes se habia encomendado la manutencion de sus respectivos cuerpos, cometian para lograrla mil vejámenes y estorsiones, y los infelices pueblos, presa de su avaricia, maldecian una guerra que les arrancaba sin piedad hasta sus últimos elementos de vida. De modo que la reaccion operada por la conducta mesurada y prudente de Urbiztondo habia venido á tierra, y áun los antiguos afectos políticos se convertian en odios, porque la propiedad es el vínculo más fuerte que liga al hombre á una sociedad cualquiera, y al que se enlazan todas las cuestiones políticas.

Luégo que tuvo noticia Urbiztondo de los desacatos cometidos por sus subalternos, se apresuró á ponerles un coto, y, al efecto, organizó una comision de los jefes más probos y entendidos para que, sin herir tantas susceptibilidades ni lasti-

mar tantos intereses, adquiriesen las subsistencias necesarias para el ejército. Quedaron, por consiguiente, exentos de este cargo espinoso los comandantes de batallon y la junta directiva, mas esta corporacion no toleró un acto que reputó como una usurpacion de sus atribuciones; desaprobó esplícitamente el proceder del general y reclamó sus vulnerados derechos, fundándose en que, pues ella era la autoridad suprema, ninguna otra podia mezclarse ni intervenir en administrar el país. El intendente carlista del Principado secundó eficazmente las miras de la junta directiva, y nombró un ministro de Hacienda militar para que por sí, y sus agentes, administrase el distrito de Lérida. Entónces Urbiztondo, viendo que la uota creada por él no tenía ya objeto, la suprimió.

Este golpe dado á su autoridad, este tiro nuevo y directo lanzado de frente contra su sistema privilegiado, debieron herir en lo más vivo al general Urbiztondo, quien sin embargo, encerrándose en los difíciles límites de la prudencia, devoró en silencio sus pesares y sólo insistió en que Don Cárlos aceptara la dimision presentada. Al efecto, y para que hiciesen presente al príncipe la imposibilidad de que dos autoridades rivales y celosas obrasen en una misma esfera, sin chocar frecuentemente, el grave daño que producirian á su causa estos conflictos y divergencias, y por último la firme resolucion del general de abandonar un mando con el que su reputacion iba á quedar menguada, mandó á la córte del pretendiente dos oficiales de su confianza encargados de exponer y apoyar estos sentimientos. Partieron los referidos oficiales el dia 31 de Octubre, y en los siguientes Urbiztondo, á fin de que no se le acusase de inactivo, verificó varios movimientos y emprendió algunos ataques. Combatió en efecto las

fortificaciones de Capellades y Pont de Armentera y se apoderó de las de Piera, Prades y Rivas. Mas habiendo repetido el ataque al Pont de Armentera, supo que se acercaba en socorro de la plaza, que se habia defendido valerosamente y rechazado un asalto de los carlistas, el baron de Meer al frente de una division respetable; y entónces Urbiztondo, no creyendo oportuno medir sus fuerzas con las superiores del baron, se retiró á pernoctar en unos pajares inmediatos. Aquí experimentó el general carlista una sorpresa, ménos sensible por la pérdida que tuvieron sus tropas que por una de esas circunstancias fortuitas que dominan tantas veces la inteligencia del hombre, destruyendo sus mejores cálculos y aniquilando sus planes, y que parecen ser el sello de la superioridad de la Providencia.

Al retirarse Urbiztondo á Santa Perpétua lo hizo con tanta precipitacion que su secretario dejó olvidadas las carteras de la correspondencia, en las que habia documentos importantes, y entre ellos los borradores de las diferentes exposiciones que Urbiztondo habia dirigido á D. Cárlos sobre la guerra de Cataluña. Al poco tiempo el baron de Meer era ya dueño de estos interesantes papeles. Apénas tuvo noticia Urbiztondo de este suceso, que podia ser fecundo en consecuencias muy funestas, se apresuró á dirigirse al baron pidiéndole con un carácter puramente personal la devolucion de los precitados papeles; pero el baron subordinó todas las demas consideraciones á la política; y aunque devolvió algunos de escaso interes, se reservó aquellos que comprometian más la posicion de su adversario. Conociendo Urbiztondo que si el baron, como era verosímil, publicaba las mencionadas exposiciones, los miembros de la junta y todos cuantos se adhe-

rian á la opinion y sentimientos de ésta tomarian de aquí ocasion para descargar sobre él su venganza, trató de prevenirles reteniendo cerca de sí alguna prenda de mucha estima. Al intento, y valiéndose de diestros y bien urdidos pretestos, logró atraer á su lado al presidente de la junta; mas fué inútil esta precaucion, pues hallándose Urbiztondo en Rialp el 2 de Enero de 1838, despues de haber batido el dia ántes en aquel punto á la columna Vidart, se le presentaron los ayudantes de estado mayor D. Luis Rivas y D. Fernando Zapino, y le hicieron presente que la junta directiva reunida en sesion extraordinaria, á consecuencia de haber publicado el baron de Meer sus comunicaciones en los periódicos de Barcelona, habia decidido obligarle á dimitir su mando ante aquella corporacion, por medio del secretario D. Fernando Segarra, quien iba comisionado al efecto, y llevaba ademas instrucciones para que, en el caso de que el general resistiese, distribuyera ejemplares de las indicadas exposiciones entre los comandantes de los cuerpos, convenciéndoles por este sólo hecho que no podian obedecer á un jefe que tanto habia vulnerado su reputacion.

Tentado estuvo Urbiztondo, luégo que recibió este mensaje, á seguir los primeros movimientos de su ira, y adoptar una medida violenta. Sin duda su amor propio ofendido y su posicion política y militar le aconsejaban que cortase aquella larga cadena de intrigas y persecuciones, quebrantando las manos que la sostenian; acaso podia con golpe rápido y enérgico atemorizar á los individuos de la junta; mas retrájole de este pensamiento la consideracion de que su conducta no sería nunca aprobada por D. Cárlos, y prefirió pasar al punto donde se hallaba este príncipe, para exponerle sus ra-

zones, su comportamiento y sus planes, abogar por una causa, y concertar los medios de vigorizar y regularizar la inmediata campaña, sofocando y extinguiendo los gérmenes de discordia. Para poner en ejecucion esta idea, se aprovechó de la circunstancia de estar encerrada en Sort la columna Vidart, y dejando al brigadier Val las instrucciones necesarias para el caso de un segundo combate, se puso en marcha el dia 2 de Enero, saliendo de Llaburi á las ocho de al mañana, y haciendo correr préviamente la voz de que iba á Tirbia á verificar el canje de la familia del gobernador de este punto, con una hermana del presidente de la junta. Con efecto, pasó por Tirbia y Noroi, y hallándose en Urdino supo que la columna Vidart habia sido batida otra vez, y obligada á retirarse dejando á su jefe en el campo de la accion. Aceleró entónces su viaje, dando noticia de él á la junta y á los comandantes generales de division, y llegó en poco tiempo al límite del territorio catalan. Al atravesar la frontera en la mañana del dia 4, halló al coronel D. Leandro Eguía, que regresaba del cuartel de D. Cárlos y traia una órden de este príncipe para que Urbiztondo continuara en el desempeño de su mando. Sin embargo, continuó su expedicion y entró en Navarra el dia 10 por la borda de Don Pedro.

Muy difícil era sin duda á Urbiztondo sostenerse; apénas pisó de nuevo el territorio español participó á D. Cárlos su próxima llegada al cuartel general y esperó impaciente la resolucion del príncipe. Al siguiente dia, hallándose Urbiztondo en Tolosa, recibió órden de su soberano mandándole detenerse en el punto donde á la sazon se hallara. Urbiztondo, acatando esta disposicion, permaneció en Tolosa, cuya ciu-

dad le fué declarada de cuartel el dia 27 de Octubre. En vano desde aquí elevó á D. Cárlos repetidas instancias y súplicas pidiendo que se sometiera su conducta al fallo de un tribunal; pero nadie hizo caso ni esforzó su solicitud; y este hombre, que acaso no tenía otro delito que el de haber luchado con poco tino con circunstancias muy complicadas, se vió á merced de sus émulos por no haber desplegado en los momentos críticos bastante constancia y firmeza de carácter. En la vida pública del hombre, pueden justificarse todos sus sentimientos menos la inconsecuencia y la debilidad.

Miéntras estuvo Urbiztondo en Tolosa, no le economizaron sus adversarios sinsabores y desquites. No sólo influyeron para que D. Cárlos le despojase del carácter de comandante general, sino que hasta le hicieron sufrir muchas privaciones, persiguiéndole de diferentes maneras é hiriéndole en todos sus afectos con esa constancia rara, propia únicamente del enemigo que, ántes de esperarlo, ha logrado el triunfo de sus maquinaciones.

Á los resentimientos personales se agregaba el odio de partidos. Habíase de tiempo atrás dividido el campo de Don Cárlos en dos parcialidades conocidas por su mayor ó menor apego á las tradiciones ó á la reforma de la época. El carácter débil del príncipe habia dejado nacer y medrar á su vista estas rivalidades con mengua y peligro de su causa, porque si es ley de los partidos la de dividirse en la victoria, su desunion durante el combate es síntoma claro de su ruina. El ministro Arias Tejeiro era la cabeza de la fraccion ultrarealista, y al general Maroto se le reputaba como uno de los principales corifeos de la fraccion moderada. Pertenecia á éste Urbiztondo, así como sus compañeros de armas é infortu-

nio, Villareal y Latorre, y esperaba con viva impaciencia un cambio político que le devolviera su posicion y su fortuna. No tardó éste en ocurrir. Maroto fué promovido al mando en jefe del ejército carlista, y creyendo que serian un obstáculo perenne á sus ulteriores planes algunos hombres de ideas más ó ménos sanas en política, pero de una lealtad y adhesion á D. Cárlos nunca desmentidas, les hizo fusilar arbitrariamente en Estella. Este tremendo golpe hizo volver al príncipe los ojos en su derredor, y no vió más que peligros y dificultades; y aunque habia ya perdido la ventaja irreparable de la oportunidad, trató sin embargo de aunar todos sus elementos á fin de reprimir la insolencia del general en jefe. Llamó con este motivo á muchos de los jefes desgraciados, y uno de ellos fué Urbiztondo, á quien se mandó dirigirse ganando horas á la residencia de D. Cárlos. Llegó á este punto el 21 de Febrero de 1839, y el 22 le comisionó el príncipe para salir al encuentro de Maroto, que desde Estella se adelantaba osadamente al frente de su ejército hácia Villafranca, donde se hallaba el cuartel del pretendiente. Desde este punto se hace ya más sensible al historiador la série de combinaciones que acabaron por hundir en el polvo las brillantes esperanzas de Don Cárlos. Si se concede alguna lógica en las acciones y en los sentimientos del hombre, puede suponerse que desde un principio tomó Urbiztondo uno de los hilos de esta trama. Partió, pues, de Villafranca, se avistó con el general en jefe, pidióle esplicaciones, y entre ambos hicieron caso de necesidad la proscripcion de los áulicos de D. Cárlos. Regresó muy luégo Urbiztondo para manifestar á este príncipe cuáles eran las exigencias y deseos del general; resistió al principio D. Cárlos con entereza, y fuéle necesario á Urbiztondo esforzar las

razones que reclamaban semejante medida, insistiendo en que la voluntad del general en jefe sería inquebrantable, porque se apoyaba en el sentir del ejército y del pueblo. Cedió Don Cárlos por fin, pero exigió de Urbiztondo que condujera bajo su estrecha responsabilidad á las personas expatriadas al territorio frances. Verificólo, en efecto, saliendo el dia 4 de Marzo de Villafranca y volviendo el 6 á Tolosa, donde se habia trasladado el cuartel de D. Cárlos, despues de llenar su cometido.

El 12 del precitado mes se nombró á Urbiztondo comandante general de la division castellana, cuyo cargo desempeñó hasta la celebracion del convenio de Vergara.

Parte muy principal é importante tuvo Urbiztondo en este célebre suceso y en los actos que le precedieron y prepararon. Identificado en sentimientos con Maroto, convencido como él de la imposibilidad de sostener por más tiempo la guerra con verosimilitud de un resultado propicio, debió influir eficazmente en el advenimiento de la paz, y todo esto suponiendo que tuviera esa abnegacion profunda que es bien rara en tiempos de revueltas y encerrara en el fondo de una conciencia generosa pasados resentimientos. De cualquier modo, pues, Urbiztondo secundó eficazmente las miras del general en jefe desempeñando por órden de éste y con reconocido tino algunas comisiones muy delicadas. Encomendósele que propusiera á los jefes guipuzcoanos la realizacion del convenio, y Urbiztondo se manejó en esta parte con tal destreza y actividad, que el 22 de Marzo presentó á Maroto un poder en que aquellos le autorizaban para arreglar todos los particulares concernientes á la paz.

La mision que se le sometió el 24 era más difícil y espi-

nosa. Debia hacer presente á D. Cárlos lo crítico de su posicion, empeñándole en aceptar una paz desventajosa como el premio de seis porfiadas campañas, como el violento corolario de seis años de risueñas esperanzas, de dolorosos esfuerzos y de sangrientos sacrificios.

Todas las consideraciones hechas á D. Cárlos por Urbiztondo giraron sobre dos extremos: la imposibilidad de continuar la guera, y por consiguiente la necesidad de pedir la paz. Hizo una triste pintura del estado de las Provincias Vasco-navarras, del espíritu de las tropas carlistas, y concluyó asegurando que el medio más honroso y español de obtener el resultado propuesto era el de abrir inmediatamente negociaciones con el Gobierno de Madrid, ántes que el fastidio y desaliento medraran entre las filas carlistas ó que una derrota empeorase su situacion, debilitando sus derechos.

D. Cárlos, á quien todavía saludaban por rey muchos miles de españoles y que tenía asegurado el centro de sus operaciones en los rádios desiguales de Aragon y Cataluña, donde un ejército valiente, decidido y bastante bien organizado se agrupaba en derredor de su bandera, D. Cárlos, pues, que tenía ante sus ojos todos estos elementos de triunfo, rechazó enérgicamente las proposiciones de Urbiztondo. Retiróse entónces éste profundamente abatido por la impresion que le habia causado la negativa del príncipe, regresando aquel mismo dia al cuartel general de Maroto. Pero esta circunstancia no detuvo las negociaciones entre los generales en jefe de ambos ejércitos beligerantes; mas como era necesario conciliar tantos y tan distintos intereses, á cada paso se presentaban nuevas dificultades. Urbiztondo se hallaba iniciado en las preten-

siones respectivas de Espartero y Maroto, y asistia á las conferencias de éstos, hallándose el 27 en la que tuvieron en Abadiano y concurriendo el dia 29 á Oñate con el carácter de comandante general de la division castellana, para presenciar la redaccion del tratado.

Desde este dia, Maroto, asaltado de graves temores, se trasladó al cuartel general de Espartero, y Urbiztondo quedó al frente de su division y de una brigada guipuzcoana, teniendo que arrostrar sérios y multiplicados compromisos, viendo muy expuesto á trastornarse de pronto el edificio levantado con tanta lentitud y trabajo, y combatido entónces más que nunca por los intereses parciales, rebelados los unos contra los otros, y algunas conciencias susceptibles que no querian ponerse en contradiccion con su historia ni apartarse decididamente de sus deberes y juramentos. Muy angustioso fué sin duda el estado de Urbiztondo en aquellas circunstancias: «nadie, dice él mismo, sino el que lo pasa, sabe lo que son treinta y seis horas de semejante situacion;» pero al fin con decision y actividad pudo dominar estos obstáculos, y logró entrar en los campos de Vergara en la mañana del 31 de Marzo con seis batallones, tres escuadrones y dos piezas, siguiendo luégo su ejemplo la brigada guipuzcoana de Iturbe, y al inmediato dia la division vizcaina bajo la conducta del general Latorre.

Despues de un suceso tan célebre en los anales de la última guerra, Urbiztondo recibió órden del general Espartero para pasar con su division á acantonarse en Tolosa. Aquí permaneció Urbiztondo hasta que D. Cárlos con algunas tropas abandonó el territorio vasco-navarro, refugiándose en Francia. Entónces fué disuelta la division castellana, y su jefe pi-

dió el cuartel para San Sebastian. Las ocurrencias de Octubre de 1841 vinieron á lanzarle de nuevo entre el tumulto y agitacion del mundo político. La junta que se formó en las Provincias apedillando el gobierno de la reina madre, le confirió el cargo de comandante general de Guipúzcoa; pero sofocado aquel movimiento, Urbiztondo emigró á la nacion limítrofe.

Cuando regresó de Francia en Julio de 1843, el partido moderado, elevado ya á gobierno, queriendo recompensar su anterior conducta, le nombró comandante general de Vizcaya en 12 de Setiembre del precitado año, agraciándole en 13 de Enero de 1845 con la gran cruz de la órden americana de Isabel la Católica, y elevándole en 10 de Octubre de 1846 á la categoría de teniente general.

Actualmente, al trazar las últimas líneas de esta biografía, 16 de Abril de 1848, Urbiztondo se halla desempeñando el cargo de capitan general de las Provincias Vascongadas, que le fué cometido por decreto de 16 de Marzo del mencionado año de 1846. La última página de su historia permanece todavía abierta, y sobre ella puede imprimir su sello la sociedad que le rodea (1).

---

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFÍA DE TRISTANY.

Varios son los hombres que figuran en línea más ó ménos elevada de la narracion histórica que precede; pero pocos hay que merezcan ocupar una página singular en las crónica contemporáneas con tanta justicia como el caudillo D. Benito Tristany, fiel y constante sostenedor de las causas carlista y montemolinista, tipo exacto del hombre de grandes convicciones políticas, y del intrépido guerrillero. Tracemos, pues, su biografía, con la concision y brevedad posible, anotando sus hechos con la imparcialidad que forma la primera y más digna circunstancia del verdadero historiador.

D. Benito Tristany (a) Mosen Benet, nació el 6 dé Marzo de 1794, cerca del pueblo llamado Ardebol. Sus padres, honrados habitantes de la casa de campo donde Tristany vió por primera vez la luz benéfica del sol, pensaron que su hijo no debia perder el inapreciable tiempo de la infancia, y encomendaron la instruccion primaria del mismo al venerable sacerdote párroco del mismo pueblo. Este respetable ministro del altar cumplió tan á satisfaccion su cometido, que en muy poco tiempo ya sabía el niño Benito leer, escribir, gramática

y aritmética, y por consiguiente se hallaba apto para emprender estudios superiores. Así lo juzgaron sus padres, y lo mandaron á la ciudad de Solsona, donde estudió gramática latina, rudimentos de retórica y un año de filosofía, cursando despues varios de teología moral, á cuya clase no tuvo gran aficion, y por el contrario, presentando contínuas pruebas de su carácter, que entónces empezaba á mostrarse ardiente, inquieto y bullicioso.

Pero siguió su inalterable marcha el tiempo, y como él enseña grandes cosas, el jóven Tristany se decidió por la carrera eclesiástica, y fué ordenado de presbítero á los veinticinco años de edad, corriendo el año de 1820.

Poco despues aconteció la llamada revolucion de las Cabezas de San Juan. El clero, en su mayor número, y con particular empeño el catalan, manifestó ser adversario de los principios constitucionales proclamados entónces. El presbítero D. Benito Tristany, llevado de la impetuosidad y firmeza de su carácter, creyó extemporáneo el entrar á discutir con sus enemigos sobre la mayor ó menor latitud de principios abstractos, y decidió, en fin, habérselas con ellos con las armas en la mano.

Tomada esta resolucion, y siendo el dia 17 de Mayo de 1822 uno de esos momentos de agitacion en los diferentes partidos políticos, Tristany, lleno de fe y entusiasmo por el sistema absoluto, fué el primero que marchó con el estandarte en la mano, enarbolado en Solsona, reclutando fuerzas por doquiera que pasaba, y á cuyo frente se colocó, recogiendo durante aquella campaña laureles y miradas de deferencia y admiracion. Pero habiendo entrado los franceses en España, el baron de Eroles dispuso que se le pusiera preso é inco-

comunicado, mandando igualmente que le formasen causa por los muchos abusos y excesos que en la campaña se decia que habia cometido. Instruyóse dicha causa, y acordaron remitirla al señor obispo de Solsona, juntamente con el preso, considerando que como á jefe de la Iglesia correspondia imponer á Tristany el castigo á que se hubiera hecho merecedor, pues pertenecia al estado eclesiástico. No obstante, el obispo examinó nuevamente la sumaria, y poco despues fué puesto en libertad, entregándole igualmente las licencias de celebrar; y así permaneció por algun tiempo.

Cuando hubo terminado la guerra creyó Tristany que podia pedir alguna gracia en recompensa de sus muchos y señalados servicios, y emprendió con este propósito un viaje á Madrid. Llegó, y se dió tan buena traza en la córte, que fué nombrado canónigo de la colegiata de Guisona, dándole ademas una real órden en la que se disponia que en la primera vacante fuese promovido á una catedral, lo que logró muy en breve, siendo nombrado para una de Gerona en el año de 1826. Pero el cabildo lo recibió con disgusto, tanto porque les habian dado malos antecedentes de su nuevo compañero, cuanto por la escasez y superficialidad de conocimientos científicos que observó poseia, tan necesarios é indispensables en el hombre colocado en ciertas dignidades, como lo era la que se le habia conferido. Idearon, pues, un medio de alejarle, y dispensándole de asistir con tal que saliera de Gerona, lo consiguieron; porque Tristany accedió y fijó su residencia en Barcelona.

Allí permaneció durante algun tiempo, hasta que habiendo sabido el curso que tomaba la política, tanto interior como exterior, juzgó en el santuario de su conciencia que se

habian atropellado los derechos del infante D. Cárlos; y arrojando sus manteos y demas insignias eclesiásticas, fué el primero en 1833 que levantó la bandera carlista.

Siguió Tristany las inspiraciones de su fe y entusiasmo por la causa que se propuso defender, y prestó no pequeños servicios al ejército realista. El infante D. Cárlos comprendió que merecia una distincion, y le nombró mariscal de campo de sus ejércitos.

Desempeñó Tristany tan alto puesto, sin deshonra ni mancilla, durante un largo período, y decidió tomar por sorpresa el pueblo de Manlleu, lo que verificó rápidamente, no obstante las complicaciones é inconvenientes que en aquella época se oponian al feliz éxito de tales empresas. Sin embargo, Tristany, hombre de serenidad, comprendió que le importaba cumplir su propósito, y en aquel mismo año de 1838 lo efectuó, con lo que adquirió más consideracion, si bien dicho pueblo tuvo que lamentar los azares de la guerra, pues lo mandó incendiar, tal vez con algun secreto cálculo para el porvenir.

Mas adelante, en el año 1839, sostuvo una lucha terrible con los valientes defensores de la villa de Moyá, de los cuales pocos se salvaron; porque el más sangriento furor dominaba el corazon de ambos combatientes. Por este mismo tiempo fueron entregados al furor de las llamas el pueblo llamado Pals, y una gran parte del de Calaf. Tales desgracias son harto frecuentes en las guerras civiles; y aunque siempre deplorables, hay momentos en que el general más morigerado se encuentra en la dolorosa necesidad de emplear los medios citados para la consecucion de sus mejores planes.

Otra de las sorpresas que hizo Tristany, fué en la Pana-

della, donde, despues de un pequeño combate, fueron hechos prisioneros hasta 200 que mandó fusilar en Prades. Y continuando su táctica favorita de hacer sorpresas, lo hizo en Casa Mansana del Bruch, donde quedaron en su poder dos compañías del ejército isabelino, cuya suerte tuvo tambien en aquella carretera el batallon de cazadores de Oporto, de los cuales murieron gran número.

Marchó despues por el camino que hay desde Tarrasa á Rubí, donde aprehendió á siete milicianos nacionales, como igualmente á diez y siete de Calaf, y de los cuales fusiló cinco. El comandante de armas de aquel punto le pasó un oficio en el que manifestaba que, si continuaba vertiendo angre de adictos á la reina, él verteria la de su hermana, que tenía en su poder.

No satisfecho Tristany con tantas y tan felices sorpresas, emprendió su marcha hácia Solsona, en la que entró la noche del 20 al 21 de Abril de 1837, cuyas puertas le fueron abiertas por uno de la misma ciudad, habiéndolo efectuado por el palacio, donde el introductor estaba de guardia.

Por este tiempo preparó una emboscada en el monte de San Justo á una compañía de cuerpos francos que iba de Cardona á Solsona con la correspondencia pública, y consiguió realizar sus deseos; pues cayendo sobre ellos con su infantería y caballería, los persiguió tanto, que se vieron obligados á encerrarse en una casa del término de Solsona, en la que hallaron todos su tumba, excepto el capitan y un soldado que no se encerraron, porque fué entregada á la accion rápida del fuego.

La guerra, empero, iba tocando á su término, y muchos jefes carlistas se habian marchado á Francia, y los demas

hacian sus preparativos con la mayor prontitud. Solo quedó un jefe en el campo de batalla, y este jefe era D. Benito Tristany.

Hiciéronse grandes esfuerzos para obtener su captura, lo que era sumamente difícil, si se atiende á que permanecia entre los pueblos de Ardebol, Valmaña, Sú, Matamargo, Treivinel, Prades, Molcosa, Fonollosa, Vallforosa y otros; y que si bien en ellos habia consumado hechos terribles, tambien les dió dias de alegría y consuelo, repartiendo con mano pródiga auxilios al necesitado, por lo que no debe sorprender que fuera tanto tiempo ocultado por aquellos habitantes, pues todos conocemos el sentimiento noble de la gratitud.

Permaneció Tristany en esta situacion, tan poco conforme con su carácter, hasta que poniéndose de acuerdo con algunos de los suyos que permanecian dentro de Cervera, defendida á la sazon por diez ó doce hombres (segun tenemos manifestado en la seccion histórica, capítulo II), se decidió á entrar en ella, y lo efectuó al aparecer el sol sobre el límpido y puro techo de aquella antigua ciudad, el 16 de Febrero.

Todos los demas pormenores y hechos de D. Benito Tristany, están consignados en la parte histórica.

Cerremos pues esta página, consignando que, influido poderosamente por el sentimiento moral y religioso, que lleva con serenidad á los hombres á los mayores conflictos, D. Benito Tristany fué á recibir la muerte, alentando sin duda el puro ambiente que exhalan la confianza y la religion (1).

---

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFÍA DE ROS DE EROLES.

Puede observarse que en las grandes convulsiones políticas aparecen hombres notables que, salidos de la más humilde casa de algun pequeño pueblo, logran hacer sus nombres preclaros, distinguiéndose unos por sus admirables invenciones, y otros por sus gloriosos hechos de armas. Á estos últimos pertenece el personaje que nos ocupa, y cuya biografía vamos á trazar en pocas líneas, sin dejar por esto de detenernos en aquellos hechos cuya novedad é importancia los haga dignos de una minuciosa y detallada narracion.

Nació D. Bartolomé Porredon (a) Ros de Eroles, en una pequeña casa de campo, llamada de Eroles, perteneciente á la parroquia de Castell-Llebre, y jurisdiccion de la villa de Oliana, en el año de 1736. Deseando sus padres que adquiriera los primeros rudimentos del saber, cuando ya habia entrado en la adolescencia, encargaron su educacion á un sacerdote; pero no quiso aprender más que leer y escribir.

Con tan escasa instruccion fácil es comprender cuán poco apto sería para otro ejercicio que el de la agricultura el niño Porredon; y con efecto, llevados por esta natural convic-

cion, le emplearon durante algunos años en las faenas del campo, donde empezó á descubrir que por su carácter y áun ingenio no estaba destinado á permanecer en el quietismo moral en que están muchos habitantes de las campiñas, y que contribuye, y no poco, á la destruccion particular, y, por consiguiente, al malestar social, económicamente hablando, que sentimos hoy más que nunca.

Pocos años habia pasado en esta situacion, cuando concibió la idea de emanciparse del suave yugo paterno; y á fin de realizar este juvenil deseo, pidió y obtuvo la mano de una sobrina del cura de un pueblo inmediato al suyo, llamada Anores, trasladándose despues con su consorte, y para vivir con más libertad, á la villa de Oliana, ocupándose desde entónces en la arriería, con que subvenia á las necesidades que se creó con su matrimonio.

Pero no debia detenerse mucho tiempo Porredon en aquel nuevo camino. Una bandera enarbolada en aquel año de 1822, y cuyo lema era defender hasta morir la causa del sistema absoluto, ponia en movimiento todos los hombres decididos por estos y los opuestos principios políticos. De los primeros era gran partidario el cura, tio político de Eroles, el cual procuraba prosélitos á su causa. Alistóse, pues, su sobrino, y por consideraciones, fáciles de comprender al principio, y despues por los servicios que prestó, obtuvo algunos grados, llegando á la efectividad de capitan al terminar aquella campaña.

Concediéronle licencia ilimitada con una parte de paga, y se retiró á descansar en la villa de Oliana, no distante, como tenemos dicho, de donde residia su tio, y en cuyo lugar permaneció por algun tiempo.

Sin embargo de los grandes elementos de órden que el Gobierno de entónces poseia, sublevároнse en aquel año, 1827, algunos poco conformes con la administracion de la cosa pública, y otros con el sistema político vigente. Con ellos lo hizo Porredon, y habiéndose destruido por la base aquel levantamiento, fácil es comprender que los que en él tomaron parte no quedarian sin el justo castigo, y, por consiguiente, á nadie debe sorprender que D. Bartolomé Porredon fuera desterrado á Ceuta. Aquí, como en todas partes, su conducta moral fué irreprensible.

Cuando hubo terminado el tiempo de destierro, volvióse tranquilo á Oliana, donde le esperaban una familia y un hogar queridos, por tantas veces abandonados. Pero muy luego tuvo que alejarse de ellos, porque su honor, su conviccion y hasta su interes, le impulsaban á marchar al lado de sus antiguos compañeros, que á la sazon (1833) pedian por la legitimidad de derecho al trono, en nombre del infante Don Cárlos. Unióse á los nuevos campeones del absolutismo, y en cien veces y otras cien tuvieron la satisfaccion de observar que Porredon sabía, en funcion de guerra, ser tan valiente como un encanecido granadero, y tan humano y prudente como su mismo sacerdote ó *capellan*.

Sus notables hechos de armas, y la consideracion de lo que dejamos manifestado, influyó sin duda alguna para que le nombrasen brigadier del ejército carlista.

Entusiasta defensor del infante D. Cárlos, no permitia que llegasen á sus oidos ni áun esas palabras que manifiestan la duda que hay sobre las intenciones de los superiores. Con más de un antiguo amigo rompió relaciones por haber manifestado recelos; y aunque en algunos hechos dolorosos

tuvo parte, no tuvo otra causa más claramente reconocida sino saber Porredon que ciertos hombres de su mismo partido hacian mal á la causa del infante con sus impremeditadas resoluciones.

Aquella guerra terminó, como todos sabemos, con el convenio de Vergara. Creyó Porredon que no debia entrar en aquél, y marchó con algunos otros á Francia, donde comiendo el pan y la desesperacion del emigrado, permaneció hasta que se inauguró una nueva guerra en el Principado de Cataluña, y que pedia el trono de España para el conde de Montemolin, que volvió á entrar en la amada patria; y reuniéndose con los montemolinistas, continuó prestando servicios á la causa que desde jóven se propusiera defender.

Pero si los hombres le distinguian, condecoraban y graduaban, la fosa se abria ante sus piés, y el dedo de la Providencia le señalaba el camino de la eternidad.

Sus esfuerzos tuvieron un fin trágico, pues sorprendido con Tristany en las casas de Vila, fué cosido á bayonetazos en el mismo lecho en que le tenian postrado unas fuertes calenturas. Su cadáver fué trasladado á Solsona, y colocado dentro del cuadro en que fué fusilado Tristany (1).

---

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

Seminario de HISTORIA
U.
M.
Universidad de Murcia
S.

BIOGRAFIA DE D. JOSÈ PUIG (a) ROQUICA.

Siempre se han juzgado como principales bases en que descansa la verdadera historia, la imparcialidad, la exactitud y la justicia. Abrid sus páginas, meditad, comparad los hechos de las generaciones pasadas con los de las que van arrastrando ante nosotros su fatigada vida, y estareis próximos á la verdad y á la filosofía de la misma. Pero no siempre hallareis historias escritas con un criterio imparcial, porque muchos olvidan que ante la consideracion del historiador debe ceder la del hombre político, y que encubrir una verdad por miras mezquinas de partido, es causar á las sociedades venideras muchos y trascendentales perjuicios. Y ciertamente que las pasiones más ó ménos nobles de algunos cronistas son causa conocida de que haya dudas hasta hoy sobre algunos hechos, personas y circunstancias, que vivieron y consumaron en épocas aún no lejanas.

Considerando, pues, tan indispensables esas circunstancias en la historia general, es evidente que procuraremos presentar este ligero cuadro ó biografia conforme con los principios indicados, y con tanta más razon, cuanto que del su-

jéto que va á ocuparnos, se ha hablado bastante, pero sin los suficientes datos. Nosotros, empero, no queremos hacer una narracion demasiado minuciosa de sus hechos, porque consideramos cuán desagradable sería al lector ver aquí consignados algunos, de que tendrá conocimiento, por haber leido la seccion histórica. Sin embargo, diremos todo lo que juzguemos más necesario.

Nació D. José Puig (a) Boquica, en *Castelló de Nuch*, el año de 1797. Sus padres, más ricos en honradez que en bienes de fortuna, dedicaron al niño José al estudio de las primeras letras, á cuya tarea se consagró con gran empeño, y por consiguiente con resultados satisfactorios. Pero las travesuras que hacía en la infancia, manifestaban claramente la intrepidez y valor que más tarde habian de distinguirle.

Pocos años tenía Puig (a) Boquica, cuando ya se ocupaba en el tráfico de telas, y con cuya ocupacion, no sólo aumentó el número de sus amigos, sino tambien los intereses de su familia. Continuó así durante algun tiempo, hasta que, llevado de su carácter belicoso, levantó una gran partida en 1822 en defensa de los principios que entónces proclamaba el partido realista, y á los cuales tenía más afecto por instinto que por conviccion.

La série de acontecimientos que se verificaban ante su vista, influyeron sin duda en su ánimo para tomar algunas determinaciones, entre otras la de ponerse á las órdenes del conocido Montaner con toda su gente, teniendo en consideracion la experiencia y tacto que aquel poseia en materias y funciones militares, y la falta de recursos en que se encontraban los que le seguian, cuya escasez era muy natural,

atendiendo á que no permitia que se cometiesen atropellos, ni se hiciesen sufrir vejaciones á los pueblos por donde pasaba. Conducta que merecia los sinceros elogios de los hombres más entusiastas de todos los partidos.

Siendo subordinado, como desde entónces fué del citado Montaner, no causa gran sorpresa saber que este jefe nombrase á Puig capitan de infantería, y que éste siguiese firme en su primer propósito, aunque la graduacion que se le concedia no correspondia con las fuerzas que habia reunido y empezado á organizar; pues es una verdad reconocida en todos los pueblos, que nada hace tanto daño á las opiniones nacientes, como las exigencias de mando en los primeros defensores de ellas. Esta consideracion y la de observar con exactitud cuanto le mandaba su jefe, le acarrearon grandes disgustos y algunas diatribas; pero diatribas sin estar enterados sus autores de que procedia este caudillo á la ejecucion de algunos hechos porque recibia órden de hacerlo, y llevado de su entusiasmo y decision por aquellos principios que al lanzarse á la pelea habia jurado defender.

El curso que siguieron los acontecimientos de 1822, su influencia en la política europea, el efecto que han producido, aunque ligeramente, en la moral de nuestra sociedad, la valoracion que se hizo de estos y de aquellos principios; y el desenvolvimiento, en fin, de ciertas doctrinas, todo prueba lógica y políticamente que el movimiento verificado en aquel año era prematuro. Por eso, su término fué tan rápido como su nacimiento y marcha; pero dejando tristes recuerdos de los dias que tuvo de existencia. Las ciencias exactas se enaltecen con justicia de haber conseguido que la materia eléctrica les obedezca enterrándose para no privar de la vida á

los séres, pero no por eso dejan de causar algunos males, aunque leves y remediables.

Ahora bien: restablecida la tranquilidad creyó el gobierno que debia cortar de raíz muchos abusos, y á fin de conseguirlo en lo perteneciente á las diferentes graduaciones del ejército, dispuso que una junta de clasificacion señalase á cada individuo el empleo que desde entónces juzgase podia desempeñar. Esta junta dió principio muy luégo á sus trabajos, y declaró teniente de infantería á D. José Puig, pero sin destinarle con mando á un regimiento. Diéronle licencia ilimitada, y se marchó á su pueblo, donde permaneció disfrutándola hasta el levantamiento de los catalanes en favor de Don Cárlos, que formó una nueva partida que llamó batallon volante, y con el cual empezó á hostilizar á las tropas isabelinas.

No pasó mucho tiempo en este nuevo estado. Hombre de arrojo, comprendió que podia cometer algun error trascendental á sus adictos, y decidió, despues de habérselo manifestado á aquellos, ponerse á las órdenes de otro jefe llamado Caballería, el cual le nombró primer comandante.

El año 1834 corria á la sazon. La guerra se extendia más y más por las provincias del Norte, y la desolacion y la muerte penetraban en el seno de todas las familias.

Tal era el aspecto de la sociedad en el citado año, y en que Puig se hallaba mandando un batallon carlista. Cargo difícil no solo por la circunstancia de ser voluntarios, sino por su desórden é indisciplina. Mas Puig tenía un genio organizador, y consiguió por lo tanto introducir todas las mejoras de que era susceptible aquella pequeña columna. Una de ellas fué nombrar jefes de compañía y distribuir el perso-

nal de tropa con igualdad entre las mismas para facilitar las operaciones y poder reunirse con más prontitud si tuvieran que declararse en dispersion algun dia. Despues dió algunas otras disposiciones referentes á policía y subordinacion, con lo cual logró mandar una de las más brillantes columnas del ejército carlista.

Con tales elementos, fácil es comprender que D. José Puig no estaria ocioso, y por consiguiente que no perderia ocasion para batir las tropas de la reina. Así lo hacía efectivamente, y hasta para conseguirlo hizo marchas harto fatigosas.

San Juan de las Abadesas, Tuxen y otros puntos inmediatos, vieron defenderse á Puig contra fuerzas muy superiores. Tambien presenciaron muchos de sus hechos de armas los habitantes de Camprodon; y los fuertes de las poblaciones comarcanas fueron atacados más de una vez por las tropas que mandaba Caballería como jefe, y comandaba Puig como su más inmediato subalterno, dando por resultado algunas veces un nuevo triunfo para las armas carlistas.

Pero no se crea que todas las acciones en que se halló fueron coronadas con igual éxito. En algunas estuvo en gravísimo apuro, y debemos dejar expuesto del modo más terminante que solo consiguió salvarse por el conocimiento minucioso que de aquel terreno poseia. Sin él, indudablemente hubiera perecido cuando se ha visto tantas veces atacado por un número de tropas mucho mayor que el de las que disponia. Pero ese conocimiento y su serenidad en los mayores conflictos, le han salvado la vida. Que tanta es la ventaja del que hace guerra en montañas teniendo simpatías en el país, y más que todo las cualidades enunciadas.

Continuando siempre su sistema más grato, que era ha-

cer sorpresas, no dejó de prestar tambien grandes servicios. Empero despues de tantos esfuerzos y hazañas, Puig se hallaba tanto en sus grados como en sus intereses lo mismo al principio que al fin de la pasada campaña. Ni su carácter le habia permitido adular á ninguno de sus superiores, ni su conciencia le dejaba marchar por todos los caminos que hay para hacer cuantiosos capitales cuando existen en un país discordias civiles.

Cuando llegó al antiguo Principado el conde de España, nombró inmediatamente jefe del distrito de Gósoli, Tuxen y San Llorens á D. José Puig, cuyo cargo desempeñó á satisfaccion de sus jefes. Continuó con él algun tiempo, y despues, en union de Castell, siguió persiguiendo á las tropas de la reina con una constancia, celo é inteligencia que sorprendia hasta á sus mismos compañeros.

Tales fueron los principales hechos de Puig durante la guerra de 1833 al 40. Terminada ésta, se vió precisado á emigrar á Francia, donde permaneció hasta que se levantó en Cataluña la bandera montemolinista. Fiel Puig á sus principios se lanzó de nuevo á defenderlos en la arena de los combates. Organizó una partida, y al frente de ella penetró en el territorio catalan, dando mayor fomento con su actividad y valor á la lucha.

Sin embargo, un ejército numeroso y disciplinado estaba destinado á combatir aquellas fuerzas heterogéneas y sin elementos para sostenerse largo tiempo, y por consiguiente las probabilidades de victoria estaban de parte de los primeros. Y así fué, si bien á ello contribuyeron otras causas de todos conocidas. La presentacion de unos, y las derrotas que sufrian otros, manifestaban claramente que la guerra tocaba á su

fin; y si algun otro hecho faltaba para declararlo de una manera absoluta, la marcha de Cabrera á Francia era más que suficiente para adquirir este conocimiento. Todos dejaban las armas y corrian á buscar un hogar ó un pais hospitalario donde librar su vida de las iras políticas.

Entre estos últimos se hallaba Puig, que como ellos marchaba emigrado á Francia, y á cuyo punto lograron llegar sin que les ocurriese suceso alguno notable, cuando el mes de Abril de 1849 estaba concluyendo. (1)

---

(1) *Teatro de la guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFÍA DE LOS TRISTANYS.

Vamos á recorrer, aunque ligeramente, la historia de cuatro hermanos, más célebres por el nombre y la memoria de su tio que por sus propios hechos; historia que, si bien es breve y casi insignificante en sí, ofrece, sin embargo, una terrible leccion, un ejemplo práctico de que la efusion de sangre es el peor remedio de que puede echarse mano en casos dados y en conocidas circunstancias. Efectivamente, examínese como se quiera la reseña que trazamos; analícense bajo sus diferentes fases los hechos de los cuatro hermanos Tristanys en la última campaña, el hecho, la consecuencia de ese exámen y de ese análisis será que el deseo de vengar la muerte desastrosa de su tio Mosen Benet Tristany, llevó á los hermanos de que nos ocupamos al campo montemolinista, y les hizo empuñar las armas y exponer sus vidas en obsequio y defensa de la causa de que consideraban mártir á su tio.

Desgraciadamente no es éste el único ejemplar que la historia nos ofrece de lo infructuoso de la pena de muerte. La relacion de nuestra guerra civil nos presenta numerosos ejem-

plos. Las terribles, las horrorosas represalias por los del uno ú otro bando ejecutadas, no han aterrado al contrario; no han servido para contener á los unos ó á los otros en su funesta carrera de sangre y de matanzas; la sangre ha producido más sangre, los castigos han aumentado la irritacion, han exasperado los ánimos, y el deseo de la venganza ha producido más partidarios que el principio político, que el amor á la causa proclamada.

Las pasiones políticas, como hemos dicho, se exacerbaron más con la muerte de Tristany y Ros de Eroles, y léjos de desaparecer para siempre del suelo catalan los últimos restos de las partidas montemolinistas, como el general Pavía prometia al país en su bando, fechado en su cuartel general de Solsona el 17 de Mayo de 1847, nuevas fuerzas aparecieron en el país, mandadas las unas por jefes ya conocidos, guiadas las otras por noveles aventureros, arrastrados por la cólera y movidos par el deseo de la venganza.

Hijos de aquel país en que los hechos de su tio habian hecho célebre su nombre, cuatro jóvenes llamados Francisco, Ramon, Rafael y Antonio, á la sombra del prestigio que su predecesor habia logrado captarse, apresuráronse á recoger la sangrienta manda que al morir pareció legarles, y el pueblo de Montblanch y el campo de Tarragona los vieron bien pronto decididos á apoderarse de los quintos que en el primero de los citados puntos existian; llevar su arrojo y osadía hasta penetrar en la importante villa de Igualada, y extender sus correrías y excursiones hasta la ciudad de Reus, en cuyos habitantes sembraron la consternacion y el desaliento, circunscribiéndolos al recinto de sus murallas.

Las tropas del Gobierno acosábanlos, es cierto, en todas direcciones; pero su conocimiento del país les hacía burlar las combinaciones de los jefes isabelinos, que á pesar de su actividad y decision, rara vez pudieron darles alcance. Los hechos militares de los Tristanys, fueron, es cierto, de escasa importancia: sus movimientos, empero, rápidos, atrevidos y osados, tuvieron en contínua alarma á las fuerzas contrarias, sin permitirlas el menor descanso; así es que á pesar del acertado plan que Pavía puso en ejecucion en la época á que nos referimos, los Tristanys lograron siempre frustrar sus disposiciones y dejar ilusorios sus mejor fundados proyectos.

Miéntras Pavía anunciaba la terminacion de la guerra de Cataluña, los Tristanys, acostumbrándose al peligro, aleccionaban sus escasas fuerzas, y reunidas á las de otros montemolinistas, presentábanse de cuando en cuando á medir sus armas con las tropas de la reina, como sucedió el 7 de Enero de 1848, en que, unidas con las de Borges y Coscó, sostuvieron un encuentro bastante formal.

Varias escaramuzas con mejor ó peor éxito sostuvieron los Tristanys, que no merecen particular detalle. Haremos, sin embargo, mencion del choque que tuvo lugar el 8 de Junio entre las fuerzas que ellos comandaban, unidas á las de Masgoret, con la columna de Manresa mandada por el brigadier Manzano, en cuyo encuentro, que empezó en las inmediaciones de San Joaquin de Balleneta, si bien los montemolinistas se hubieron de retirar en los primeros momentos, reforzados despues con otras partidas que se les unieron y posicionaron cerca de Cabassi, sostuvieron despues fuertes ataques á la bayoneta, pronunciándose luégo en retirada. Tambien al dia siguiente midieron sus armas con las de la reina,

y á los pocos dias atacaron, aunque sin efecto, el destacamento de Vidrá.

Prolija é inútil tarea sería la de hacer aquí especial mencion de los diversos hechos de armas en que tuvieron parte los Tristanys. Referidos con minuciosidad en el cuerpo de la obra, no lograríamos añadir nuevos detalles y conseguiríamos tan solo llenar infructuosamente algunas columnas; bástenos por ahora decir, que sostuvieron la campaña con increible teson y encarnizamiento; que utilizaron en favor de la causa á que se consagraron, su prestigio, sus conocimientos en el país y hasta su reducido patrimonio; que en todas ocasiones dieron muestras inequívocas del valor más cumplido, colocándose en los puestos de mayor compromiso, tanto que el uno de ellos, D. Rafael, alcanzó gloriosas heridas en la sorpresa de Tarrasa, cuando ya tenía el grado de coronel.

Los hechos por que son más conocidos los Tristanys, son la ocurrencia del baron de Abella y el fingido convenio con el coronel Santiago. En su respectivo lugar hicimos detallada mencion de estos hechos que los partidos han desfigurado á su modo, y que cada cual ha juzgado segun la pasion que le movia: refiriéndonos en este particular á lo que en la parte histórica dejamos asentado, diremos únicamente que los Tristanys en esa ocasion dieron una prueba de abnegacion, desinteres y consecuencia política que por desgracia tiene pocos imitadores en la azarosa época que atravesamos.

Terminada la campaña, los Tristanys se refugiaron en el vecino reino, donde permanecen disfrutando de una consideracion de que no gozaban ántes del hecho de Pinós (1).

---

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFÍA DE PLANADAMUNT.

Muy importantes, aunque con reducidas fuerzas, fueron los servicios que prestó Planadamunt á la causa montemolinista. Activo, fiel á sus principios, incapaz de retroceder ante la línea política á que una vez se adhiriera, ha sellado con su sangre la firmeza de sus juramentos, y se ha cautivado la atencion pública, tanto por su desastroso fin, como por los esfuerzos que ha desplegado en defensa de su bandera.

Nació D. Rafael Salas en el año 1815. Aprendió durante los años de su infancia á leer, escribir y algunos conocimientos de aritmética, pero no podia permanecer por más tiempo el niño Rafael asistiendo á recibir los primeros destellos de la ciencia, y sus padres lo llevaron al campo para que viese y aprendiese las faenas agrícolas.

No habia pasado mucho tiempo cuando el jóven Salas sabía perfectamente todo lo necesario para ser un regular labrador. Su inteligencia, aunque jóven, era tan clara, que comprendia con facilidad cuanto veia y le esplicaban. Por eso sus progresos en este ejercicio sorprendian no solo á sus padres, sino á sus vecinos.

En esta ocupacion hubiera subsistido toda su vida, si no hubieran hecho una profunda sensacion en su corazon algunas causas propias de las convulsiones políticas. Parecióle que debia ser uno de los más firmes baluartes del partido carlista, y se presentó con la fe del apóstol y el ardor del jóven á ofrecer sus brazos para defender los derechos del infante.

Admitiéronle, como que en aquellos momentos (1833) necesitaban hombres decididos todos los bandos políticos lanzados á la pelea, y empezó mandando unos cuantos hombres, pero con la graduacion de teniente. Graduacion de que tuvieron muchas ocasiones de alegrarse por haberla dado los superiores cuando vieron en el jóven Salas, no solo un oficial valiente é intrépido, sino pundonoroso y disciplinado.

Las repetidas acciones y escaramuzas en que se ha encontrado Salas, manifiestan sobradamente su admirable serenidad. No nos detendremos á enumerarlas cuando ya lo hemos hecho en la seccion histórica. Referiremos, empero, algunos de sus hechos y circunstancias.

Caminaba en el mes de Diciembre del año 1833, mandando unos 60 infantes por un camino estrecho y profundo, cubierto de nieve como sus soldados, y con todos los rigores de aquella estacion, cuando una descarga de fusilería hecha desde la eminencia por dos compañías de las tropas isabelinas le deja fuera de combate algunos de sus más decididos y valientes soldados. En tal situacion, cualquiera otro hombre que no tuviera la firmeza de Salas hubiera huido vergonzosamente; pero muy léjos estaba de tomar esa determinacion. Contramarchó rápidamente para poder subir á encontrar los enemigos, y habiéndolo efectuado, consiguió ponerlos en completa dispersion. Este hecho no sólo fué notable por

las desventajas de terreno y número de combatientes, sino porque habiendo cogido prisionero á uno que tenía muchas heridas, procuró que no sufriera, llevándole á otro punto, donde lo curaron. Generosa y caritativa accion, muy propia en el hombre de verdadero valor.

Otro de los acontecimientos más singulares que verificó Salas fué el desarme de dos gendarmes que le conducian preso cuando hizo su primera emigracion. Sorprendiéronle inmediato á Aviñon, y despues de haberle puesto una argolla en el cuello, marcharon con él hácia el interior. Comprendieron los gendarmes que debian tener gran cuidado con aquel preso, y ahora uno y despues otro, no soltaban la cuerda que pendia de la argolla. Salas, sin embargo, sufria mucho por ver la situacion en que estaba, y concibió la idea de fugarse, pero habia muchos inconvenientes para la realizacion de tan natural deseo. Siguió tranquilo su marcha, y cuando los gendarmes comprendieron lo que les pasaba, estaban sobre la tierra tendidos y las armas en poder del prisionero. En uno de esos sublimes actos del alma que arrastra á la materia con más rapidez que se comunica la electricidad, habia Rafael Salas hecho caer á sus piés á los que pocos momentos ántes eran dueños de su existencia.

Libre por aquel momento, veia la posibilidad de ser detenido si seguia marchando, y lo previa con tanta más razon, cuanto que la argolla no se la podia quitar. Creyó que debia pedir auxilio en algun caserío, y con efecto, obtuvo hospitalidad en una casa de campo, donde permaneció durante algunos dias, y desde cuyo punto marchó para Perpiñan.

No habia pasado mucho tiempo cuando estaba en poder

de otros gendarmes, y los cuales llevaban órden para trasladarle desde Carcasona al Paso de Calais, y extrañarlo de Francia. Ocurrióle á Salas el felíz éxito de su primer arrojo, y aprovechando la ocasion de estar algo distraido uno de los que le conducian, y que tenía en aquel momento la cuerda de su argolla, tiró fuertemente, y con una velocísima carrera consiguió adquirir de nuevo su libertad. Resoluciones como esas son hijas de una voluntad firme y de un temple de alma, propiedad exclusiva de ciertos hombres.

Cuando estuvo próximo á Perpiñan, dijo á unos pastores que le quitasen la argolla, y habiéndolo conseguido aquellos, no sin dificultades, siguió tranquilamente su camino, y permaneció en las inmediaciones de la citada ciudad durante algun tiempo, en compañía de unos antiguos amigos de sus padres.

Habiendo sabido que los defensores de D. Cárlos se presentaban nuevamente en los campos del antiguo Principado para defender la bandera que llevaba por lema el conde de Montemolin, salió inmediatamente de aquel punto, y se dirigió á Cataluña, donde formó en pocos dias una considerable partida, con la que empezó sus nuevas hazañas militares.

Una série de circunstancias, ó más bien de etiquetas militares, ha sido causa de que Salas en esta última guerra no consiguiera elevarse á una graduacion digna del caudillo intrépido y valiente. El jefe de partida, Estartús, tuvo gran deseo de que Planadamunt se pusiera con su gente bajo sus órdenes, cuyo deseo no se realizó porque Salas comprendia la diversidad que habia entre su carácter y el de Estartús, y previa por consiguiente cuán fácil era que su reunion produjese mayor número de males que de sucesos prósperos y

favorables á la causa que sin embargo ambos se habian propuesto defender.

Pero un suceso imprevisto y desagradable para los montemolinistas puso fin á tan encontradas opiniones. Muere repentinamente Estartús, y las tropas que estaban á sus órdenes se unieron voluntariamente á las de Salas, quien al ver centralizadas unas fuerzas ántes sin comunicacion, con sus planes y combinaciones, juzgó que desde aquel momento estaba en el caso de acometer á toda clase y número de enemigos; y sus hechos prueban sobradamente que en esta confianza y con su natural arrojo se lanzaba en el más difícil combate. Siempre los hombres llenos de fé se presentan en las batallas sin atender al número de enemigos. De ese modo se presentaba Planadamunt delante de las tropas de la reina.

Continuó con este nuevo refuerzo batiendo algunas fuerzas isabelinas, mereciendo por consiguiente las consideraciones de sus superiores y el aprecio de sus soldados. Pero la suerte, que tan pródiga se habia mostrado con Salas hasta entónces, le abandonó y entregó á todos los rigores del vendaval de la vida.

Los dias 3 y 4 de Abril fueron los señalados por el caudillo Marsal para dar una accion de importancia en las inmediaciones de Gerona. Combinóse entre todos los jefes de partida próximos al sitio designado el plan que debia seguirse en tales dias, y con efecto, cada uno cargó con la responsabilidad de tomar una posicion ó perecer en el campo en donde operase. Entre los jefes que habian dado su palabra se hallaba Salas.

Se empezó la accion, y aunque hubo grande órden y subordinacion en unos y otros combatientes, quedó muy en bre-

ve decidida la victoria. Habian atacado por flancos y frente los soldados del ejército isabelino, y arrollando por consiguiente á los montemolinistas, les causaron gran número de muertos, heridos y prisioneros. Entre el de estos últimos se hallaban D. Manuel Romero, y Salas.

Terminada esta pequeña batalla, y despues de quedar en poder de los defensores de la reina todo aquel terreno, fueron trasladados los heridos y prisioneros á la plaza de Gerona, donde pocos dias despues de su llegada se les notificó la sentencia por la que serian fusilados. Oyeron con serenidad tan terrible notificacion, tanto el ayudante de Marsal, Romero, como Salas; y despues de haber hecho lo que en tales ocasiones debe hacer el hombre religioso, caminaron llenos de fé y resignacion al sitio de la ejecucion.

Pocos momentos habian pasado despues de su llegada, cuando una descarga cerrada habia concluido con la existencia de D. Rafael Salas. Eran las ocho de la noche del dia 10 de Abril cuando dió el prostrer aliento (1).

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

PÁGINAS.

PRÓLOGO..... 5

LIBRO PRIMERO.

(1839-1845).

CAPÍTULO PRIMERO.

El Convenio de Vergara..... 7

CAPÍTULO II.

La guerra despues del Convenio.—Situacion del bando liberal.—Fin de la guerra..... 51

CAPÍTULO III.

Don Cárlos María Isidro.—Situacion de Europa al tiempo del nacimiento de D. Cárlos.—Carácter de éste.—Su actitud en los primeros levantamientos á su favor.—Conducta de D. Cárlos durante la guerra civil.—Daña María Francisca de Asis de Braganza.—Su carácter.—Su influencia en los asuntos políticos..... 78

CAPÍTULO IV.

Detalles de la llegada de la régia familia á Portugal y Lóndres.—Fuga y entrada de D. Cárlos en España.—Sucesos de la guerra.—D. Cárlos Luis.—Su carácter y su educa-

cion.—D. Fernando.—D. Juan.—Carácter respectivo de estos infantes.—La régia familia en la emigracion.—Muerte de Doña María Francisca..... 117

CAPÍTULO V.

Sentimiento de D. Cárlos Luis y sus hermanos por la muerte de su madre.—La princesa de Beira encargada de sus sobrinos.—La régia familia en Alemania.—Matrimonio de Don Cárlos María Isidro con la princesa de Beira.—D. Cárlos Luis y la princesa vuelven á España.—Su recepcion en las Provincias Vascongadas.—Notificaciones del matrimonio de la princesa con D. Cárlos.—D. Cárlos Luis es nombrado príncipe de Asturias.—Su vida durante la guerra civil.—Emigracion de la real familia á Francia..... 172

CAPÍTULO VI.

La ley sálica.—La real familia en Bourges.—Trabajos diplomáticos.—Proyectos de abdicacion.—Abdicacion de Don Cárlos Luis en el conde de Montemolin..... 237

LIBRO SEGUNDO.

(1845-1854.)

CAPÍTULO PRIMERO.

Manifiesto de D. Cárlos Luis.—Efecto que produce en Europa.—Orígen del condado de Montemolin..... 269

CAPÍTULO II.

Fuga del conde de Montemolin.—Manifiesto del conde..... 315

CAPÍTULO III.

Proyectos matrimoniales.—Consecuencias de la resolucion adoptada.—Guerra civil..... 340

PÁGINAS.

CAPÍTULO IV.

Continuacion de la guerra.—Los centralistas.—Vuelta del conde de Morella al campo carlista.—Su proclama.—Sucesos de los isabelinos.—Fusilamiento del baron de Abella.—Sorpresa de Cabrera.—El general Concha.—Disposiciones de Concha y Cabrera.—Sucesos de Pinós..... 410

CAPÍTULO V.

Retrato del conde de Montemolin.—Su estancia en Lóndres. 449

CAPÍTULO VI.

Continuacion de la guerra.—Desgraciada expedicion de Don Cárlos Luis —Prision de Marsal.—Entrada de Cabrera en Francia.—Terminacion de la guerra..... 461

CAPÍTULO VII.

Pretensiones de los gobiernos de Francia y España acerca de Don Cárlos Luis.—Viaje de D. Cárlos Luis.—Su casamiento con la princesa Carolina.—Muerte de D. Cárlos María Isidro..... 494

CAPÍTULO VIII.

Reseña histórica..... 512

CAPÍTULO IX.

La Iglesia durante el último período histórico.—Predominio de la escuela regalista.—Tratos entre Roma y España en los primeros años del reinado de Felipe V.—Bula Apostolici ministerii.—Concordato de 1737.—Concordato de 1753.—Capilla real.—Vicariato general castrense.—Pase regio.—Tribunal de la Rota.—Nuevas diócesis.—Concordato

de 1851.—El clero.—Órdenes religiosas.—Su extincion.—La Iglesia y la revolucion..... 552

CAPÍTULO X.

Doña María Teresa.—Su influencia en los asuntos de su augusta familia.—Doña María Beatriz de Este.—Su carácter.—Matrimonio de D. Juan de Borbon con la archiduquesa de Austria..... 575

NOTICIAS Y DOCUMENTOS.

Aclaraciones acerca de la expedicion del conde de Negri.... 583
Sobre la traicion de Vergara (1839)..... 587
Más intrigas de Maroto..... 592
Sobre los fusilamientos de Estella..... 597
Sobre la expedicion de D. Cárlos á Madrid..... 606
Sobre la insurreccion de D. Juan Echevarría, el obispo de Leon, D. Basilio García, Lamas Pardo y otros..... 610
Notas comparativas de las fuerzas de cada partido en la guerra, y consideraciones sobre el mismo asunto..... 640
Popularidad de D. Cárlos.—Algunas proclamas.—Planes de Maroto..... 649
Carta de D. Francisco de Asis á D. Cárlos Luis..... 705
Exposicion dirigida al gobierno frances por Sopelana en 1846. 707

(1846-1848).

Proclamas del general en jefe del ejército carlista..... 717
Carta dirigida al director del periódico frances *L'Union*.... 726
Extracto ó índice de los documentos hallados al general carlista Alzáa..... 735
Estado de las fuerzas montemolinistas..... 737
Tropas isabelinas que operaban en la capitanía general de Cataluña..... 738

PÁGINAS.

Biografía del conde de España..... 739
Idem del conde de Morella..... 823
Idem de Urbiztondo..... 905
Idem de Tristany..... 941
Idem de Ros de Eroles..... 949
Idem de D. José Puig (a) Boquica..... 953
Idem de los Tristany..... 960
Idem de Planadamunt..... 964

Universidad de Murcia
S-XIX 3129 (I)
406059

